

A photograph of a person's legs from the knees down, wearing white sneakers with white laces. They are standing on a brick-paved path. The background is a sunset or sunrise scene with palm trees and a warm, orange and purple sky. The text 'Guapa Lista y Madridista' is overlaid on the image in a stylized, white, cursive font with a purple outline. There are also three soccer ball icons scattered around the text.

Guapa  
Lista

y

Madridista

Janis Sandgrouse



A photograph of a person's legs from the knees down, wearing white sneakers with white laces. They are standing on a brick-paved path. The background is a sunset or sunrise scene with palm trees and a warm, orange and purple sky. The text 'Guapa Lista y' is overlaid on the image in a stylized, purple-outlined font.

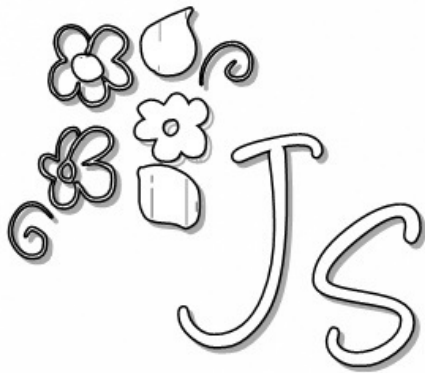
Guapa  
Lista  
y

Madridista

Janis Sandgrouse



Guapa  
Lista  
y  
Madridista



Janis Sandgrouse

Copyright © 2019 Janis Sandgrouse

Todos los derechos reservados.

© Autora: Janis Sandgrouse

© Autora de portada: Janis Sandgrouse

Facebook: <http://www.facebook.com/janis.sandgrouse>

YouTube: Janis Sandgrouse

Blog: <http://janissandgrouse.blogspot.com>

E-mail: [janis.s.novelas@gmail.com](mailto:janis.s.novelas@gmail.com)

La novela GUAPA LISTA Y MADRIDISTA es una obra de ficción. Cualquier parecido con los personajes, lugares que se citan o cualquier otro tipo de coincidencia es fruto de la casualidad.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la autora, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier tipo de procedimiento.

## **AGRADECIMIENTOS**

A mi marido, por seguirme en esta locura que es la escritura, por ser el primero en leer cada una de mis historias; por su apoyo, la ayuda y ser parte de mi vida.

El destino pone en nuestras vidas a personas a quienes merece la pena conservar. A mi vida llegó una gran mujer, una luchadora como no he conocido a ninguna otra. La considero amiga, pero también familia. Laura Duque Jaenes, gracias por estar ahí, por las risas, los cafés, las charlas de WhatsApp y por tu tiempo en leer, revisar y ayudar a que mis historias vean la luz.

Y también me encontré en esta vida, no hace mucho, a dos brujitas que cada día me hacen reír y sonreír. Que mezclan sus locuras con las mías, que comparten el tiempo en nuestro pequeño mundo facebookiano charlando y riendo. Vanesa María Mulero Albalate y Alicia Brujilla, gracias por esos ratos compartidos y por seguirme en la locura de esta historia. Sabéis que esa rubia y esa pelirroja tienen algo de vosotras.

Y a esos días de locura le añadimos a Javier Piña Cruz, quien recientemente se ha convertido no solo en compañero del mundo literario sino en amigo a través del ordenador. Gracias, Colmillitos mío, Maestro del Averno, por esos momentos en los que una necesita ayuda y lo primero que dices es ese “A ver, Bruji” que me saca la sonrisa.

A quienes me han leído y a quienes empiezan a leerme. Gracias por dejar que mis personajes entren en vuestras vidas. Entre much@s de esos lectores está Asun Molina, fiel a mis historias que, después de leer todas, sigue esperando por más.

Mariluz Aquino, Sheila Maldonado, Normma Alicilla y Dulce Landa, grandes personas que consiguen hacerme reír en un día gris.

A l@s que forman parte de mi mundo virtual. Por los buenos días,  
los cafés y

la risas que compartís conmigo.

## **SINOPSIS**

Damaris es una joven alegre cuyo sueño es ser periodista.

A pesar de que la vida le ha golpeado muy duro, ella no pierde nunca esa sonrisa que le hace ser alegre y, junto a sus tres amigas de toda la vida, que forman esa peculiar familia, tratan de vivir al máximo el día a día y las situaciones que pasan en su camino.

Cuando menos lo espera, en el momento más difícil, su novio, la persona en la que más confiaba y por quien lo habría dado todo, decide tomar otro rumbo.

A partir de ahí se apoya en sus amigas para superarlo, viviendo las cuatro juntas momentos que nunca olvidarán.

Amores, desamores y unos escoceses que al cruzarse en sus vidas les darán más de una sorpresa.

¿Qué les espera vivir a Damaris y sus amigas con los escoceses?

*Porque tú, como el abuelo de esta historia, fuiste el mayor madridista de mi vida, con quien vi muchos partidos siendo apenas una niña.*

*Gracias, por los recuerdos que tenemos juntos.*

*Gracias, por haber sido parte importante en mi vida.*

# Guapa Lista y Madridista



## Capítulo 1

**San Fernando, Cádiz, 15 de Noviembre de 2009**

Aquí estamos al fin, las cuatro locas. Mis tres brujis y yo, disfrutando de nuestro merecido fin de semana de descanso en San Fernando, Cádiz, en casa de Milagros, la abuela de Alicia. Es viuda desde hace años, y por más que su hija le pide que se mude a vivir a Madrid con ella, no quiere. «Mi Cai, eh mi Cai» dice ella con ese acento tan saleroso que tiene.

Es su abuela, pero nos adoptó al resto hace algunos años, cuando los padres de Alicia nos trajeron un verano por haber aprobado todas con buena nota.

¡Qué tiempos los de mi infancia! Claro que, no todos los recuerdos que tengo son buenos.

Veamos. Voy a presentarme un poco. Me llamo Damaris Moreno, tengo veintidós años y vivo en Madrid, como mi hermano mayor, Ismael, que vive con su esposa Lidia y mis sobrinos, Elías de quince, Galilea de cinco y el recién llegado Rubén, que apenas tiene dos meses.

El nombre de Galilea os suena, ¿a que sí? Normal. ¿Quién no ha escuchado alguna vez esa canción de Sergio Dalma? Mi hermano y yo crecimos escuchando sus canciones, así que no era de extrañar que a los dos

nos gustase. Y resultó que Lidia también era una gran admiradora del cantante español, así que al final mi sobrina lleva el nombre de la canción que escuchaban la noche en que la concibieron. ¡Qué románticos son mi hermano y mi cuñada!

En casa de mi hermano también viven su suegra, Remedios, y el padre de ella, Tobías, que me tiene como a una nieta más.

Yo vivo sola, desde que cumplí los dieciocho, en el piso que fuera de mis padres. Mis padres... cuánto me acuerdo de ellos. Murieron cuando yo tenía ocho años, y mi hermano Ismael, a sus dieciocho, se hizo cargo de mí.

Él ya estaba viviendo con Lidia en un piso cerca de los padres de ella, y tenían a Elías que por aquel entonces apenas si era un bebé de un año.

Mis padres tenían una joyería, y el padre de Lidia era su socio. Mi madre solo trabajaba por las mañanas, mientras yo estaba en el colegio, y por las tardes, cuando me recogía, las pasaba conmigo ayudándome con las tareas y llevándome al parque a pasar la tarde con mis tres amigas.

Una tarde, antes de ir a casa, pasamos por la joyería para ver a mi padre y como siempre, estaba en la trastienda. Mi madre se quedó atendiendo a una mujer que estaba esperando y yo fui a saludarle.

Poco después se escucharon gritos y mi padre me dijo que me quedara allí encerrada. Cuando salió, cerré la puerta con llave como él me dijo y me quedé esperando a que regresara, pero no lo hizo.

Tiempo después escuché voces por el pasillo. Con miedo, abrí la puerta y vi un policía que al verme se arrodilló y me preguntó si



estaba bien. Asentí y al preguntar por mis padres, tan solo me dijo que me abrazara a él, y que cerrase los ojos para no ver nada de lo que había pasado, que favor no los abriese pasara lo que pasara.

Salí de la joyería de mis padres siendo aquella la última tarde que los viera con vida. El último regalo de mi padre, que me entregó esa misma tarde, aún cuelga de mi cuello.

Una cadena de oro con la inicial de mi nombre y un pequeño diamante.

El seguro de la joyería dio para cubrir muchos gastos que tenían aún por pagar, y con sus seguros de vida, el piso quedó pagado y mi hermano guardó algo de dinero en una cuenta para él, y otra para mí.

El padre de Lidia por desgracia también murió aquel día, así que mi hermano y ella dejaron el piso en el que estaban de alquiler y nos fuimos,

todos, a vivir con su madre y el abuelo Tobías.

Catorce años han pasado de aquello, y tengo tanto que agradecerle a mi hermano... Se hizo cargo de mí porque ya era mayor de edad, y con ayuda de su suegra hoy puedo decir que soy la mujer que estáis conociendo.

Pero como digo, muchos recuerdos son felices. Por ejemplo, el día que conocí a mis tres locas favoritas.

Empiezo por Isis.

Para mí es como una hermana, podríamos decir que melliza, aunque...

veamos... Yo soy rubia, de ojos verdes y metro cincuenta y cinco de estatura.

Y ella es una pelirroja muy peligrosa, de ojos azules y metro cincuenta y siete.

Vamos, que nos parecemos como un huevo a una castaña, que se dice.

En fin, sigo que me voy por las ramas. Isis, Isis... Nos conocemos desde la guardería, y ahí empezaron nuestras travesuras y locuras. Sí, nos hicimos inseparables. Ha sido mi paño de lágrimas, como yo el suyo, en nuestros peores momentos. Cuando perdí a mis padres, ella estuvo llorando conmigo durante días, de hecho los fines de semana me iba a pasarlos a casa de sus padres, a una que ellos tienen en Madrid en plena sierra, y allí estábamos los cuatro, pasándolo genial porque para ellos yo era casi como una segunda hija, aquella que Isis quería y que nunca tuvieron. Así era yo... como su hermanita.

Alicia llegó a nuestras vidas cuando teníamos cuatro adorables años y empezamos a ir al colegio. Alicia y yo sí que podríamos pasar por mellizas.

Es una preciosa rubia de ojos verdes y su sonrisa y vitalidad es contagiosa. Si no fuera porque mide metro sesenta, seríamos casi iguales.

Y, por último, pero no menos importante, está Ana. Cuando teníamos cinco años ella llegó nueva a nuestra clase. Acababa de mudarse a Madrid con sus padres porque a él lo habían trasladado a las oficinas centrales del banco en el que trabajaba, así que se unió a nuestro grupito aquella niña adorable de pícara mirada de ojos verdes y cabello pelirrojo.

¿Ahora entendéis por qué nos llamamos brujis las unas a las otras? Dos rubias y dos pelirrojas, tenemos un peligro cuando nos juntamos...

Necesitábamos pasar un fin de semana de mimos y cuidados con la abuela Milagros, así que no lo pensamos y planeamos este frío fin

de semana madrileño para pasarlo con algo de calorcito andaluz. Tampoco mucho, pero al menos podemos oler la playita que a todas nos gusta.

Es una pena que ya estemos a domingo y tengamos que volver, pero antes de que acabe el año nos presentamos otra vez aquí las cuatro brujitas para

hacer el puchero de la abuela.

Mientras estoy terminando de recoger las pocas cosas que he traído, suena mi teléfono y cuando veo que es el abuelo Tobías sonrío. ¡Ese hombre no puede estar si mí!

—¡Hola, abuelo!

—¡Ay, mi niña! Que nos los han quitado... —dice llorando y más alterado que de costumbre. Me cuesta entender lo que dice así que procuro que se calme antes de que siga hablando.

—Abuelo, respira y cálmate. No te entiendo. ¿Qué nos han quitado?

—Mis niños... ¡Ay mis niños!

—¿Mis sobrinos? ¿Les ha pasado algo? Abuelo por favor, ¡dime qué pasa!

El llanto de Rubén llega a mis oídos, seguido del de mi pequeña Lea, diminutivo que solo me permite a mí llamarle.

Me pongo nerviosa y sigo metiendo todo rápidamente en la mochila.

Cuando vuelvo a gritar pidiéndole al abuelo que se calme, Isis entra en el dormitorio y me pregunta, sin palabras, frunciendo el ceño.

—No lo sé Isis, el abuelo... está llorando, y Rubén también. ¡No lo entiendo! Ismael está en el restaurante, trabajando, pero Lidia debería estar en casa.

—Tranquila, deja que yo me ocupo de la mochila, cariño.

Mientras ella se encarga de recoger el neceser y lo poco que queda por guardar, consigo que el abuelo se calme y deje de llorar, aunque ahora, tras saber lo que ha pasado, la que llora soy yo.

—Mi hija se sentía mal —comienza a decir el abuelo—, así que Lidia llamó a tu hermano para que viniera a buscarla y la llevara al hospital. Yo me he quedado con los niños, y a Dios gracias porque si no... la tragedia sería mayor. ¡Ay mi niña! Un coche en dirección contraria ha chocado con el de Ismael, y nos los han matado.

Sé que el abuelo sigue hablando, pero no escucho nada más. Noto que me falta el aire, me cuesta respirar y dejo el teléfono caer al suelo.

Me siento en la cama y noto las lágrimas corriendo por las mejillas, calientes como llamas de una hoguera.

He perdido a mi hermano, a mi única familia. Me he quedado sin mi otra mitad, sin la parte más importante de mi mundo.

Isis coge el teléfono, habla con el abuelo, pero no sé qué le dice. No puedo prestar atención a nada.

Lo siguiente que recuerdo es que estoy de camino a Madrid, para dar el último adiós a mi familia, otra vez.



# Guapa Lista y Madridista



## Capítulo 2

**Madrid, 16 de Noviembre de 2009**

Siento que mi mente no está en este lugar.

El abuelo Tobías está a mi izquierda, llorando mientras entierran a su hija, su nieta y mi hermano junto al que fuera su yerno y a mis padres. Vi a mi hermano por última vez el viernes, y hoy lunes, empiezo la semana despidiéndome de él, esta vez para siempre.

Mi sobrino Elías está abrazando a Galilea como el hermano protector que siempre ha sido. Ruben está en su cochecito, ajeno a lo que estamos haciendo aquí, durmiendo mientras Isis le mece.

Los padres de Isis, junto con los de Alicia y Ana, nos acompañan en esta triste despedida. No he dejado de llorar desde que me llamó el abuelo, estoy segura que después de hoy no me quedarán lágrimas suficientes para derramar el resto de mi vida.

Mientras el sacerdote da el último adiós a mi familia, recuerdo el día que tuvimos que enterrar a mis padres. Una ligera brisa me abraza y miro al cielo.

Sé que están aquí, conmigo, recibiendo a su lado a mi hermano, a su adorado hijo.

Tobías, mis sobrinos y yo recibimos las condolencias de los asistentes.

Todos tienen una palabra de ánimo para darnos, pero a mí nada me consuela.



Mi hermano se ha ido.

Cuando todo acaba, miro a mis amigas, mis hermanas, y saben que necesito estar a solas. Se alejan con el abuelo y mis sobrinos y me arrodillo junto a la tumba de mis padres, al lado de la que ahora ocupa mi hermano.

—Mamá, papá. Ya está con vosotros. Ahora os toca cuidar de él.

—Paso las manos por sus nombres y veo las lágrimas caer en la lápida.

Las seco y me despido de mi hermano y mi cuñada, y de esa segunda madre que Remedios, la suegra de mi hermano, fue para mí.

—Hermano, te prometo que cuidaré de tus hijos. Le hablaré a Rubén de vosotros para que sepa quiénes fueron sus padres. Haré de Elías un hombre de provecho, y conseguiré que tu princesita Lea sea una gran mujer. Te quiero, hermano, cuida de nosotros desde allá arriba —digo llorando sin parar.

La brisa de nuevo me abriga y tengo la sensación de escuchar a mi hermano diciendo que sabe que cumpliré mi palabra.

Les lanzo un último beso y seco mi rostro. Sé que tengo los ojos hinchados por tantas lágrimas, pero ahora debo ser fuerte. Tengo a tres niños a mi cargo, no pueden verme llorar por las esquinas todo el día.

Me acerco al coche donde me espera mi familia y me despido de mis amigas. Mis brujis, esas hermanas que la vida puso en mi camino y a quienes les agradezco estar a mi lado en este momento.

Ha pasado una semana desde que enterramos a mi hermano. El notario nos ha citado hoy para la lectura de los tres testamentos, así que aquí estamos los cinco esperando.

Cuando la chica de la recepción nos llama, entramos en la sala y tal como nos indica nos sentamos. Y es ese momento el que mi sobrino Rubén escoge para despertarse con hambre y empezar a llorar.

Lidia le daba el pecho, y ahora yo me he convertido en toda una experta en preparar biberones. Yo, que tan solo me ocupaba de dárselos a Elías y Galilea cuando eran pequeños, ahora he tenido que aprender a prepararlos.

Cojo a mi príncipe en brazos, saco el biberón del bolso y cuando se lo lleva a la boca, entra el notario.

—Buenos días. Vaya, parece que tenemos un pequeñín hambriento en la sala —dice sonriendo al verme con el niño en brazos.

Sonrí y sé que me sonrojo. Es joven, tal vez tenga treinta años, y esa sonrisa es simplemente perfecta.

—Bien, si están de acuerdo, vamos a proceder a la lectura del testamento de Don Ismael Moreno, Lidia Pérez y Remedios Díaz.

—¿Tita, qué es un testia... testom... testamento? —pregunta Galilea, a lo que el notario sonrío y antes de que yo hable, él se lo explica.

—Para que lo entiendas, jovencita. Es la última voluntad de tus papás, y tu abuela. Es un papel en el que me explica qué es lo que te han dejado para cuando seas mayor.

—Ah. Como ahora están en el cielo... ¿Me han dejado cosas?

—Lea, deja que el señor haga su trabajo —digo cogiendo la mano de mi sobrina.

—Lo siento —susurra ella mirando hacia la mesa.

—No pasa nada, pequeña. Bueno, veamos qué hay por aquí.

Tanto mi hermano como Lidia han dejado el chalet que compraron cuando nació mi sobrina en herencia a mis sobrinos. Allí seguirán viviendo hasta que sean mayores y quieran independizarse, por lo que después podrán hacer con él lo que les venga en gana.

Y con ellos, viviremos el abuelo Tobias y yo.

A mí me han nombrado su tutora legal, de modo que hasta que no tengan la mayoría de edad, están a mi cuidado.

El restaurante que pusieron hace años lo han puesto a mi nombre y han dejado constancia de que una vez que Elías cumpla los dieciocho, se hará cargo de él conmigo.

Ambos disponían de un seguro de vida, el cual una vez abonado por la aseguradora, estará en una cuenta conjunta a nombre de los tres



niños.

La madre de Lidia me incluyó en su testamento como a una hija más, por lo que el dinero que me ha dejado en herencia podré emplearlo en comprarme un coche familiar, ya que el de mi hermano... Ni siquiera quise ver cómo quedó el coche.



Una vez que los tres testamentos están leídos, y tanto el abuelo como mis sobrinos y yo hemos firmado, nos despedimos del notario y salimos para ir de regreso a casa.

Llevo toda la semana viviendo con ellos, así que ya es hora de recoger mi piso y ponerlo en alquiler. No quiero venderlo, no puedo desprenderme del piso de mis padres.

Volvemos a casa y escucho mi teléfono móvil sonar en el dormitorio. Lo olvidé aquí antes de marcharnos a la notaría. Menos mal que el abuelo Tobías llevaba el suyo.

Cuando dejo a los niños en el salón voy a por mi teléfono. Tengo tres llamadas perdidas, una de cada una de mis amigas, y el grupo de WhatsApp que tenemos, al que llamamos “Nuestro Aquelarre”, tiene varios mensajes.

La última llamada es de Quique. Sonríe al verla y no duda en llamarle.

Quique es mi novio desde hace dos años. Es seis años mayor que yo y es periodista. Viaja mucho y cuando vuelve a Madrid, lo primero que hace es llamarme. Por eso aún no había podido contarle lo de mi hermano.

—Hola, nena. ¿Cómo estás? —pregunta nada más descolgar.

—Hola. ¿Ya has vuelto?

—Sí, acabo de aterrizar. Te echaba de menos. ¿Nos vemos en tu piso para comer?

—Quique... tengo que hablar contigo.

—¿Qué pasa nena? Te noto triste.

—Es mi hermano, murió la semana pasada.

—¡Joder, nena, lo siento! ¿Dónde estás ahora? Voy para allá.

—En casa de mi hermano, con mis sobrinos.

—Vale, nos vemos en media hora.

Tras colgar, me dejo caer en la cama y lloro, como suelo hacer alguna noche, en silencio y a solas.

Justo media hora después suena el timbre y Lea va a abrir la puerta.

Cuando Quique entra, como es costumbre en él, la coge a hombros y llega a la cocina.

—Hola, nena. —Me saluda dejando a mi sobrina en uno de los taburetes y abrazándome—. Dios, debes estar destrozada. ¿Cómo está Lidia? Has venido para ayudarla, ¿no?

—Quique... ella también murió, y Remedios.

—No me jodas. Nena, ¿estás bien? Dios, qué pregunta más estúpida.

¿Cómo vas a estar bien? ¿Y Tobías?

—Se ha ido a dar un paseo con Elías y Rubén. No tardarán en volver.

—Tito, mis papis están en el cielo.

—Lo sé princesa. Pero van a seguir cuidando de ti desde allí.

—Eso dice la tita Dama. —Dama, así me llama ella desde que aprendió a hablar, por lo que ya todos me llaman Dama más que Damaris.

Mando a mi sobrina al salón a ver la televisión y dejo que mi amor me abrace y lloro entre sus brazos. Me acaricia la espalda con la mano mientras susurra que todo saldrá bien y me va meciendo poco a poco.

Cuando estoy más tranquila le cuento que soy la tutora de los niños, que me tengo que hacer cargo del restaurante y que no voy a estudiar periodismo, mi sueño desde que era pequeña.

La cara de Quique ha ido cambiando según le iba contando. Supongo que estará nervioso, como yo, pues ahora cuando venga de un trabajo fuera no pasará las noches en mi piso, sino en esta casa.

No dice nada, se levanta y saca una cerveza de la nevera, da un trago y vuelve a sentarse.

—Nena, sabes que te quiero. Que eres muy importante para mí, y adoro a tus sobrinos, pero...

—¿Pero? ¿Por qué hay un pero, Quique?

—Nena... —Cogiéndome la mano, aparta la mirada y sé que lo que va a decirme no me va a gustar ni un poquito—. Yo no puedo hacerme cargo de tres críos ahora. Soy muy joven para atarme de ese modo.

—¿Cómo? —me suelto de su mano y me pongo en pie, nerviosa.  
No

puedo creer lo que me está diciendo.

¿Que es muy joven para atarse? ¡Por el amor de Dios, tiene veintiocho años! Joder, yo sí que soy joven para hacerme cargo de un adolescente, una niña y un bebé.

—Sabes que viajo mucho por trabajo, y cuando vuelvo a Madrid lo que menos me apetece es encerrarme en una casa rodeado de críos. Son increíbles, de verdad, pero no estoy preparado para ser... padre.

—¡Es que no vas a ser su padre, gilipollas! Eres... no, mejor dicho, eras su tío. Mira, se acabó. —No quería llorar, pero que me esté dejando tirada justo ahora, cuando más le necesito, es un dolor tan grande que no puedo controlar las lágrimas—. ¡Se acabó! ¿Me estás dejando? ¡Bien, perfecto!

¡Vete! Vete y no vuelvas. Que te vaya bien. Y una cosa te voy a decir, ojalá algún día tu futura novia te diga que está embarazada, y espere trillizos, a ver si tienes los mismos cojones de decirle a ella que no estás preparado para ser padre. ¡Largo de mi casa!

En ese momento entran el abuelo Tobías y Elías con el cochecito de Rubén. Al escuchar mis gritos, mi sobrino viene corriendo a la cocina y al verme llorar, sin necesidad de decirle lo que pasa, mira a Quique y le pide que se marche.

—Elías, cuida de nuestra Dama, ¿vale? —le pide al salir de la cocina.



—Mejor que tú, gilipollas —responde mi sobrino entre dientes.

Cuando Tobías entra en la cocina no pregunta. Supongo que verme llorar como una idiota enamorada es suficiente para saber lo que ha pasado.

Cojo a Rubén de su cochecito, le cambio el pañal y le doy de comer antes de preparar la comida para el resto.

Cuando recuerdo que mis brujis me habían llamado, aprovecho que todos duermen la siesta para escribirlas.

Leo los mensajes que me habían enviado y no puedo evitar sonreír.

### **Isis 12:10**

*Bruji!!! Que no lo coges. ¿Es que ya eres muchimillonaria y te has olvidado de las pobres? Qué pena, la periodistucha esta...*

### **Alicia 12:20**

*Isis, deja de meterte con ella. ¿Qué tal en el notario? ¿Podemos olvidarnos de la carrera y ser unas mantenidas?*

### **Ana 12:30**

*Ay que joderse, dejarla en paz, que tendrá que buscar nuestro próximo destino para retirarnos. Dama, tesoro, llámanos. O escribe, pero por Dios...*

*¡¡dinos que estás viva, bruja!!*

Respiro hondo y empiezo a teclear, contándoles todo lo que hemos sabido en el notario. Y al fin, con el valor suficiente, les cuento lo de Quique.

### **Damaris 16:30**

*Y ahora, también he perdido a mi novio. Vuelvo a estar soltera.  
¡Yupi!*

*(ironía pura) Quique dice que no está preparado para ser padre. Es que no tiene que serlo... solo el tío que ha sido hasta ahora. ¿Por qué tenía que dejarme él también justo ahora? No lo entiendo. Me ha dejado cuando más le necesito.*

De nuevo las lágrimas y el sonido de los mensajes de mis tres amigas no se hacen esperar.

### **Alicia 16:35**

*¡¿Cómo?! Será hijo de... Dios, es que no tiene nombre. Tranquila, cielo, que nosotras estamos aquí, ya lo sabes.*

### **Isis 16:40**

*A la horca!!! Que le corten la cabeza. Las dos... ¡maldito gilipollas!*

*Cariño, te queremos un taco y lo sabes así que lo que necesites, no lo dudes.*

### **Ana 16:43**

*No me echaré a la cara yo a ese cabrón!!! Si me le cruzo... ¡Ay si me le cruzo! Es que le suelto una hostia que no quiere dos. Bruji!!!  
Ánimo que*

*estamos contigo. Ya sabes, el aquelarre al 1000%.*

Es que no puedo quererlas más. Son mis amigas, mi familia, y siempre están ahí. Les digo que no podré estudiar periodismo y que a partir de ahora soy la propietaria de uno de los mejores restaurantes de Madrid y ellas se alegran por mí al tiempo que se disgustan.

Son mis brujis, mi aquelarre particular, y siempre que las necesite podré contar con ellas, igual que ellas conmigo.

# Guapa Lista y Madridista



## Capítulo 3

**Madrid, 15 de Noviembre de 2010**

Hoy es el primer aniversario de la muerte de mi hermano. Y aquí estamos, en el cementerio, dejando unas flores.

Elías ya tiene dieciséis años, sigue siendo un crío para mí, pero es que ha dado un estirón... que soy más bajita que mi sobrino, hay que joderse.

Es un adolescente, y hace cosas de adolescente, por supuesto, pero es de lo más responsable. Durante este año, se ha hecho cargo de Lea mientras yo tenía que ocuparme del pequeño Rubén. Me ayuda en casa y está tan centrado en los estudios que tiene muy claro que quiere hacer empresariales para poder ser un buen jefe en el restaurante, a mi lado.

Pero también le encanta el fútbol. Quería dedicarse a ello profesionalmente, pero con la muerte de sus padres... la cosa cambió y tan solo entrena alguna tarde suelta entre semana y juega partidos los fines de semana con el equipo que tienen en el instituto.

Mi princesa Lea, seis añitos y tan espabilada... Otra aficionada al fútbol, como Elías y yo, que lo llevamos en la sangre por mi padre y mi hermano. Y

también juega en un equipo en el colegio, si la viera mi hermano... Tiene un toque de balón que ya quisieran muchos. Y no es por presumir de sobrina, Dios me libre.

Y como mi hermano una vez le dijo que él la había hecho guapa, lista y madridista, pues con eso se ha quedado y cada vez que le toca partido ahí está mi niña, gritando a los cuatro vientos con sus compañeras.

—¡Mi papá me hizo guapa, lista y madridista!

Sí, somos muy fieles seguidoras del Real Madrid, y tenemos nuestras pequeñas discusiones con Isis, que es una atlética de cuidado.

Rubén ya dice alguna que otra palabra, sobre todo mamá y papá cuando le enseñamos las fotos de mi hermano y Lidia. También dice tita, aunque me suele llamar mamá y eso... hace que llore como una tonta.

El abuelo Tobías es un amor. He tenido su ayuda durante todo este año, en el que me he centrado en el restaurante y en cuidar de los niños, tanto, que apenas he salido con mis amigas.

Y en una de esas pocas veces en las que me iba con mis amigas, tenía que volver porque Lea o Rubén lloraban sin parar o se ponían malos.

Mamitis, que se dice.

—Os quiero mucho, papis —dice mi sobrina dejando una rosa blanca en cada tumba—. La tía Dama es una gran mamá.

No puedo evitar llorar. Seco las lágrimas rápidamente y noto la manita de Rubén acariciándome la mejilla. Le miro y me sonrío.

—Mamá —susurra sin dejar de acariciarme la mejilla.

Elías me pasa el brazo por los hombros y me pega a su costado.

Permanecemos en silencio unos minutos más y nos despedimos de nuestra familia para volver a casa.

He hablado con el abuelo Tobías y hemos decidido que nos vamos a pasar este fin de semana a casa de la abuela de Alicia. Sí, mis tres loquitas también vienen. Necesitamos unos días de playita gaditana.

De camino a casa suena el teléfono y en el manos libres veo que es Isis, una de mis brujis.

—Hola, ¿qué pasa bruji? —pregunto al descolgar.

—Hola cariño. Quería saber cómo estáis.

—Bien, volviendo a casa. Acabamos de ir al cementerio.

—¡Tía Isis! —grita Lea desde el asiento de atrás—. Tienes que ir a cenar a casa, ¡que mañana nos vamos a Cai!

—Jajaja, esta niña, ¡es que me la como! Verás la abuela Milagros qué contenta se pone cuando te vea, pequeñaja.

—Oye, ¿tienes la mochila preparada, verdad?

—Lo siento mucho, cariño, pero es que el lunes tengo un examen y... voy apañada si me voy de fin de semana.

—¡Jooooo tía! No puedes quedarte en Madrid —protesta Lea.

—Oye, no me hagas pucheros que te conozco. —Isis no puede evitar reírse mientras habla porque, sin ver a mi sobrina, sabe que se ha cruzado de brazos y está haciendo un puchero.

—Espero que estudies mucho y el examen te salga bien.

Isis se decantó por estudiar administración, así que espero que algún día se convierta en una gran contable para poder ayudarme con el restaurante.

—Eso espero yo también. Quién me mandaría a mí escoger números...

¡Si siempre fui más de letras!

—Anda, petarda, cuelga y estudia. Nos vemos el martes, cenamos en el restaurante, ¿verdad?

—¡Pues claro! A ver si te crees que me voy a perder yo una de nuestras cenas. Pasadlo bien, ¿vale?

—Vale. Te quiero, bruji.

—Y yo a ti, brujita. ¡Besos para todos!

—¡Un beso tía! —mi sobrina y sus gritos.

Cuando cuelgo, en la emisora de la radio empieza a sonar *Esa chica es mía*, una de las canciones de Sergio Dalma que tanto me gustan y que hace que recuerde a mi hermano.

—Tía, ponlo un poquito más alto, por favor —miro por el espejo retrovisor y veo a mi sobrino con los ojos vidriosos.

Es un adolescente al que sin duda le gusta cualquier estilo de música que se baile pegando gritos y saltos, pero Sergio Dalma... sus canciones calan hondo en mi familia, no hay duda.



***Madrid. 19 de Noviembre de 2010***

—¡Vamos, que nos esperan en la estación! —grito colgándome al hombro la bolsa de Rubén y cogiéndole a él en brazos.

—¡Ya vamos, ya vamos! —me responde Lea bajando las escaleras con Elías detrás de ella.

—Abuelo, nos vemos pasado mañana. Cuidate... ¿vale?

—Que sí mi niña, que yo me cuido. Tranquila que no te van a llamar para decirte... Bueno, ya sabes que estaré aquí esperando a que volváis.

—Es que no sé por qué no quieres venir. La casa de la abuela Milagros tiene habitaciones de sobra.

—Estoy mayor y prefiero estar aquí. Además, este fin de semana tengo fútbol.

—¡Cachis! Nos perdemos el partido... —me lamento chascando los dedos al aire.

—¡Anda ya, si hay más para ver! Ese Madrid-Atleti con la tía Isis...

¡Necesitamos la bufanda nueva!

—Lea, cariño, ya tenemos muchas —digo entre risas.

—Sí, pero no tengo la mía de madridista. ¡He visto una foto en internet!

—¿Se puede saber qué haces tú viendo internet?

—Me la enseñó Elías... y quiero una. Es rosa y blanca ¡muuuuuy chula!

—No va a parar hasta que se la compremos —dice mi sobrino Elías.

—Lo sé. Anda, vamos futbolera que al final no llegamos a coger el tren.

Entre besos y abrazos nos despedimos del abuelo y antes de lo que esperaba, pues hoy el tráfico de la capital no está tan mal, llegamos a la estación de Atocha donde nos esperan mis brujis, Alicia y Ana.

—¡Tías!

—¡¡Brujita!! Pero mira qué guapa va nuestra princesa Lea. —Alicia sonríe al tiempo que la coge en brazos—. Cuando te vea la abuela Milagros, te va a comer a besos.

—Ya lo sé, es que soy muy mona.

—La madre que la parió —dice Ana sin poder dejar de reír—. Hola, Elías.

¡Chico, deja de crecer que nos estás dejando a todas...!

—Hola Ana. Qué quieres, soy como mi padre.



Y tiene razón, es un clon de mi hermano. Guapo a rabiar, su sonrisa es de esas que consigue robarte el aliento. Cuando te mira con esos ojos marrón verdosos tan intensos que tiene y sonrío... He visto a más de una chica de mi edad, y mujeres más mayores, suspirar por este mocoso. Ya mide metro ochenta, y si sigue dando estirones, llega al metro noventa de mi hermano antes de que me de cuenta.

—¡Uuff! Tu padre... —suspira Alicia abanicándose con la mano—  
¡Qué hombre! Dios, me tenía loquita. ¡Ay, si hubiera sido yo más mayor...!

—Estás loca, ¿lo sabías? —pregunto arqueando una ceja.

—Ay, Dama, por Dios. ¡Pero si es que tu hermano estaba buenísimo! Me enamoré a los doce. Una pena que fuera un hombre casado...

—Vale, o nos vamos o perdemos el tren.

Cargadas de mochilas, niños y juguetes, emprendemos camino hacia el andén desde donde saldrá el tren.

Rubén es un pedacito de pan. En cuanto empieza a moverse el coche, el tren o lo que sea que le lleve de un sitio a otro, él cae rendido y ni se entera del viaje.

Cuando llegamos a casa de la abuela de Alicia, nos recibe con besos y abrazos a todos, pero a Lea y a Rubén los achucha como una abuela sabe hacer.

Dejamos las mochilas en los dormitorios y la ayudamos a preparar la comida. Entre risas nos cuenta los cotilleos de las vecinas, y es que está deseando que nos juntemos las cuatro para charlar con nosotras.

—Pues eso, que el nieto de la Paquita, que está fuera de España, ha venido a pasar el fin de semana. ¡Y menudo buen mozo que es

el chiquillo! Si hace nada era un mico así —señala a la altura de su cintura y sonrío—, menudo y delgaducho.

—Pues habrá que ver al nieto de la Paqui. Oye, ¿se te ha acabado el azúcar, verdad? —pregunta Alicia, poniéndose en pie, azucarero en mano.

—¿No serás capaz? —pregunta Ana empezando a reírse.

—Esta noche salimos de marcha, brujitas —suelta Alicia, con una de esas sonrisas que nos hacen temer que no puede pasar nada bueno.

Y así, sin más, azucarero en mano, sale de casa de su abuela y aparece diez minutos después acompañada de tres hombres que... ¡Ay, mamá! Estos deben ser boxeadores o algo porque esos brazos no los he visto yo ni en los porteros de discoteca.

Vale, ¿hace cuánto que no voy a una discoteca...? Joder, sí que deben de haber cambiado los porteros, la virgen.

—¡Ay, la virgen María! —susurra Ana cogiéndome la mano.

—¡Para, coño que me haces daño! —le pido frunciendo el ceño. Joder, es pequeña mi Anita pero... ¡qué fuerza gasta, la leche!

—Mira abuela, el nieto de la Paquita —dice Alicia, así, como quien no quiere la cosa—. Que ha venido a pasar el fin de semana en su casa y quería saludarte.

—Buenas tardes, señora Milagros. La veo tan bien como siempre.

—¡Ay, chiquillo! No me llames señora que me haces mayor. ¡Pero qué buen mozo estás hecho! ¿A ti qué te dan de comer por las Américas, hermoso?

Los tres muchachos rompen en carcajadas, y no es para menos. ¿Os imagináis a la abuela Milagros? Vale, os la describo...

Es una señora muy vivaracha, sonriente y con ese salero gaditano que Dios la dio. Bajita, con unos preciosos ojos verdes que Alicia heredó de ella y el pelo canoso. Pero es que verla, tal como la estamos viendo ahora todos...

colgada del brazo del nieto de la Paquita, apretando fuerte. Joder, yo también quiero tocar, ¡qué leches!

—Bueno, ¿no vas a presentarnos o qué, Alicia? —pregunta Ana batiendo las pestañas.

¡Será bruja! ¿Pues no se pone ahora a hacerle ojitos al moreno que ha venido con el nieto de la Paquita...?

—¡Uy, sí! Perdonar, chicas. Él es Nando, el nieto de nuestra vecina Paquita. Y ellos, sus compañeros de trabajo. Michael —señala al moreno al que Ana le hace ojitos—, y Jack —un rubio que... para mí lo quisiera—.

Ellas son mis amigas, Ana y Damaris. Y ellos son...

—Hola, soy Elías —se presenta mi sobrino poniéndose en pie, ofreciéndole la mano a los tres— sobrino de Damaris. Y ellos mi hermana Lea y mi primo, Rubén, hijo de mi tía —¡lo mato! Pero... ¿acaba de mandar a la mierda una oportunidad de que yo conozca a alguien?

—¡Qué dices Elías! Pero si los dos son tus hermanos —protesta Alicia, tan sorprendida como yo.

—Vale, lo siento. Joder, es que no quiero que llegue otro gilipollas como Quique y deje a mi tía por tener que cuidarnos. Ya me adelanto a poner las cosas feas antes de que la conozcan.

—Elías, basta —y como si de un complot se tratase, en ese momento Rubén me llama mamá, me tiende las manitas y se que quiere ir a dormir.

Genial—. Si me disculpais. Voy a acostarle.

Me pongo en pie, le cojo en brazos y desaparezco del salón más roja que un tomate. ¿Es posible que mi vida pueda ser más patética? No.

Oye, que no me quejo de que me tocara hacerme cargo de mis sobrinos, pero es que si existía una pequeña posibilidad de haber podido salir esta noche con las chicas y estos tres hombretones... ¡se acaba de ir a la mierda!

—Qué suerte la mía...

Entro en mi dormitorio y comienzo a mecer a Rubén. Verle la carita es lo que me da ánimos cada día. Él es igual que Lidia. Tiene el pelo negro y los ojos marrones, pero cuando sonríe... es a mi hermano a quien veo. Para sorpresa de todos, Lea es igualita que yo. Quien la ve cree que es mi hija.

He luchado por Rubén y sus hermanos durante todo este año, dejando mi sueño de ser periodista para centrarme en ellos. Son mi vida, lo daría todo por ellos, pero de vez en cuando también necesito mi respiro, ver sitios diferentes, salir con mis amigas, porque la verdad sea dicha, llevo sin tener una cita desde...

Joder, Quique fue el último. Y ni qué decir tiene que el sexo es... pues eso, inexistente. Y no, no me vengáis con eso de que puedo tener un amiguito

de silicona porque... ¿Recordáis que tengo un adolescente y dos niños pequeños en casa? Por no hablar de que está también el abuelo.

—Pero os quiero mucho, mi príncipe —susurro dejándole en la cama completamente dormido.

—Tienes una sobrina muy espabilada para tener solo seis años  
—me sobresalto al escuchar esa voz, tan varonil y sexy a mi

espalda, y casi grito, pero me controlo porque no quiero despertar a Rubén.

Me giro y ahí está el rubio de ojos marrones. Jack, dijo Alicia que se llamaba. Vaya, así que si salimos este hombretón es para mí... hummm. ¡Por Dios, mis bragas se acaban de desintegrar con esa sonrisa!

—Ho-hola. ¿Qué haces aquí?

—Venir a buscarte. Vamos, que los demás nos esperan en la playa. Ponte el bañador y coge una toalla.

—¿Es que estáis locos? Con el frío que hace...

—Anda, ponte un bañador y nos vamos —repite, acariciándome la mejilla y por Dios que siento que las piernas me fallan. Joder, qué necesitada estoy.

—Vale —acierto a decir antes de que salga del dormitorio.

Cojo la mochila y en menos de diez minutos tengo el bikini rojo puesto, los vaqueros, una camiseta y mis *Converse*, esas zapatillas que desde que tenía ocho años mi hermano Ismael me ha regalado un par en cada uno de mis cumpleaños.

—Estoy lista. ¿Nos vamos? —pregunto cuando entro en el salón y veo a Jack con mi sobrina sentada en las rodillas, mirando la pantalla del teléfono.

—¡Tía! Nando, Michael y Jack son piragüistas profesionales. ¡Mira qué video más chulo!

Me siento en el sofá al lado de ellos y miro lo que me ha dicho mi sobrina.

Joder, ¿en América son todos así? ¡Madre mía, qué cuerpazos tienen los piragüistas! ¡la virgen María, como dice mi Anita!

—Pasalo bien, tía. Y... lo siento por lo de antes. Si esta noche decidís salir... yo me encargo de ellos —me dice Elías dándome un codazo en el brazo.

Le miro, sonrío y le abrazo antes de marcharnos. Es que no puedo querer más a mis tres sobrinos.

De camino a la playa en el coche de Jack hablamos un poco de nosotros.

Tras contarle mi vida tan resumida como puedo, me cuenta que su padre es un ex militar del ejército de Estados Unidos y su madre española. Se conocieron en unas vacaciones que su padre pasó en España con algunos de sus compañeros, y aquella preciosa noche concibieron a su hijo Jack. Poco después se casaron y se instalaron en América. Una española dejó todo por amor y cuando su padre falleció en acto de servicio, se quedó allí con su hijo.

Tiene veintiocho años y aunque le hubiera gustado seguir los pasos de su padre, no quería dejar sola a su madre así que optó por el deporte, y acabó eligiendo piragüismo.

Cuando llegamos a la playa, salimos del coche y Jack viene a mi encuentro, coge la bolsa de playa de mi mano y se la cuelga al hombro al tiempo que me dedica una de esas sonrisas que están haciendo que mis bragas se vayan solitas de vuelta a casa.

Su siguiente movimiento me deja en *shock*, lo juro. Es más alto que yo, como Elías, así que no tiene más remedio que inclinarse para tenerme cerca.

Roza mis labios con los suyos y deja un breve beso que hace que contenga el aliento.

—Eres preciosa, y deseaba hacer eso desde que te he visto  
—susurra acariciándome la mejilla.

Deja caer la mano lentamente y coge la mía para llevarme, literalmente porque siento que floto más que ando, hacia donde están los demás.

Extendemos las toallas y veo cómo se quita los pantalones y la camiseta.

¡Madre del amor hermoso! ¡Qué cuerpo! Con la camiseta se intuían brazos fuertes y musculosos, pero no me esperaba que los tuviera tan marcados. Se nota lo trabajado que está en el gimnasio. Y esos abdominales... en la época de mi abuela los habrían utilizado para lavar ropa en el río, lo juro.

Los dedos me cosquillean, deseosos de acariciar uno por uno cada músculo de su cuerpo. Joder, me estoy excitando y sin ser consciente de lo que hago, paso la lengua por mi labio inferior y me lo muerdo.

—Rubita, si me sigues mirando así... —susurra acercándose a mí y haciendo que deje a un lado mis pensamientos más lascivos— te juro que voy a tener que tumbarte en esa toalla y hacer lo que mi entrepierna quiere en este momento.

Y por el bulto duro y grueso que noto en mi vientre, no me cabe ninguna duda de que su entrepierna se alegra mucho, muchísimo, de verme.

Me quito la ropa y me quedo en bikini mientras Jack me mira con el deseo

instalado en sus ojos.

—Me lo han puesto difícil —dice cogiéndome la mano para ir hacia el agua donde los demás juegan como niños.

—¡Dama! Venga, al agua que no está fría —grita Alicia mientras se sube a hombros de Nando.

—¿Que no está fría?! —grito entrando al agua, a punto de la congelación. ¡Será bruja!— Por Dios, se me están congelando hasta las pestañas.

—Anda, ven, que te hago entrar en calor —Jack se acerca y me rodea con su cuerpo.

Bueno, más que rodearme... acaba de hacerme desaparecer entre sus brazos. Joder, ¡es enorme! Ahora sí que me siento pequeña, más que nunca.

Su abrazo tiene efecto inmediato y entro en calor. Me mira, sonrío y nos arrastra a los dos hacia el agua para mojarnos enteros. No me lo esperaba y cuando salgo, buscando aire como un pececillo, le golpeo en el pecho y veo que se está riendo.

—Ahora ya no notarás nada de frío. Venga, súbete a mis hombros.

Se agacha, me agarro a él y me subo tal como están Alicia y Ana. Nando tiene una pelota en las manos y en cuanto nos ponemos en el corrillo que han hecho, empieza a lanzarla de uno a otro.

Pasamos la tarde entre risas y charla, dándonos algún que otro baño y sentados en las toallas mientras ellos nos cuentan su vida de piragüistas.

Cuando el poco sol de noviembre empieza a irse de esta playa gaditana, recogemos para marcharnos de nuevo a casa. Alicia y Ana van en el coche con Nando y Michael, mientras yo regreso con Jack.

Al llegar a la casa de las abuelas, quedamos para vernos por la noche después de cenar. Los chicos han decidido invitarnos a tomar unas copas y llevarnos a bailar. Educadamente declino la proposición, ya he abusado bastante de la abuela Milagros dejándola a cargo de mis sobrinos toda la tarde. Pero Alicia se apresura a obligarme a salir y decir que la abuela está encantada con los niños en casa.



Jack me coge la mano y me acerca a él. Ese gesto no le pasa inadvertido a ninguno de los presentes y yo noto que me arden las mejillas. Sí, acabo de sonrojarme como cuando tenía quince años. ¡Que vergüenza!

—Rubita, no me dejes solo con las parejitas.

—Vamos Dama, que para una vez que podemos salir una noche...

—suplica Alicia mientras Nando le coge la mano.

Miro a Ana y veo que Michael la tiene abrazada por la cintura, pegada a su pecho. Joder, ya han hecho parejitas y me dejan a mí la última palabra.

—Está bien, pero necesito que volvamos temprano. De verdad, Rubén no está acostumbrado a estar solo con los chicos durante tanto tiempo.

—¡Bien! —grita Alicia soltando a Nando y corriendo hacia mí— ¡Ay bruji, que nos lo vamos a pasar de maravilla!

Guapa  
Lista  
y  
Madridista



Capítulo 4

Y aquí estamos, en uno de los locales de la zona más concurrida de San Fernando, bailando y disfrutando como hacía tiempo que no me lo permitía.

Cuando empieza a sonar *Bad Romance* de Lady Gaga, las brujis lo dan todo en la pista bailando. Se nota que están acostumbradas a esas noches de sábado de copas y baile, pero yo ya no aguanto más y mi cuerpo está a punto del colapso. Así que me despido de ellas y voy a la barra a por otro resresco.

Sí, desde hace un año me he convertido en mi cuñada Lidia... Una mujer que deja a un lado las noches de fiesta. Adiós a las copas con alcohol.

—¿Todo bien, rubita? —pregunta Jack cuando llego junto a ellos y veo a Nando y Michael ir hacia la pista.

—No puedo más. No estoy acostumbrada a tanto baile, ya no.

Sonríe, me acaricia la mejilla y rodeándome la cintura con ambos brazos me pega a él y me besa con el hambre de quien está a punto de morir por inanición.

¡Dios, qué beso! Gimo y me estremezco ante lo que mi cuerpo quiere y desea en este momento. Y para que quede constancia, es a él. Quiero que acaricie mi cuerpo con esas manos que tanto me excitan con un simple roce, que me bese hasta dejarme los labios magullados y doloridos. ¡Ay, por favor!

Necesito sentir su abultada erección dentro de mí, y no pegada a mi estómago.

—Jack... —susurro cuando pega la frente en la mía.

—Vamos, ven conmigo.

Me coge la mano y me lleva por el local hasta un pasillo que hay al fondo.

Miro hacia la pista, pero con tanta gente no localizo a ninguna de mis amigas.

Antes de que me de cuenta de lo que hace mi acompañante, estoy entre sus brazos y rodeándole las caderas con las piernas. ¿Para esto me he puesto falda? Seguro que ha sido inconscientemente... ¿verdad?

—¿Vamos al cuarto de baño? —pregunto, sonrojada y nerviosa.

—Damaris, si no quieres...

—Sí, sí que quiero.

Sonríe y vuelve a besarme. Las manos de Jack se posan en mis nalgas y las aprietan con tanta fuerza que posiblemente me deje la marca de sus dedos en ellas.

Estoy tan excitada en este momento, que tengo la tela del tanga completamente empapada. Espero que no entre nadie porque si no...

Cierra la puerta y sigue besándome, mordisqueándome los labios y acariciándome la piel de mis nalgas.

Me pega a la pared y mientras me sostiene con la mano izquierda, lleva la derecha a la parte delantera de mi tanga, apartándolo a un lado, y metiendo el dedo para rozar mi más que excitado clítoris. ¡Dios, qué maravilla!

Jadeo y me aferro a la tela de la camisa que lleva, apretando los puños mientras me penetra con el dedo y juega con él en mi interior.

—Jack... ¡oh, Dios!

—Estás tan mojada, rubita. Me tienes empalmado desde que te vi. Joder, no va a ser lento, lo siento. Te deseo, quiero follarte, rubita.

Que me hable de ese modo hace que me excite aún más. Quique no era así, era más... comedido.

Sin dejar de penetrarme con el dedo, me acaricia el clítoris con el pulgar y en poco tiempo me tiene desmadejada entre sus brazos tras el orgasmo más rápido de mi vida.

Escucho que desabrocha el cinturón y el pantalón y jadeo al sentir la punta húmeda y caliente de su erección pasar lentamente por mi sexo.

Mueve las caderas mientras nuestros sexos se saludan. Me apodero de esos labios que me han vuelto loca y escucho desde aquí la voz de Eros Ramazzotti. Perfecto, no hay una mejor canción para describir lo que siento en este momento. *Fuego en el fuego* comienza a llenar todo el local. Y eso es

lo que yo siento, fuego.

Mi cuerpo envuelto por las llamas del calor que este hombre me está haciendo sentir. Veo que lleva un envoltorio plateado a sus labios y lo rasga.

Con una rapidez increíble para la postura en la que estamos, se coloca el preservativo y de una embestida me penetra.

Jadeo, entrelazo los dedos en su pelo y tiro de él cada vez que sus caderas van al encuentro de las mías. Me siento una muñeca entre los brazos de este hombre. Me mueve y me lleva al encuentro de su erección con una agilidad increíble.

Me besa el cuello y lo mordisquea. Pasa la lengua por esa parte tan sensible de mi cuerpo y me saborea.

—Dios, rubita... eres perfecta para mí. Me acoges tan bien...

—susurra mordisqueándome el lóbulo de la oreja.

Y no puedo llevarle la contraria. Con lo grande que es él... mi cuerpo lo acoge como si estuviera acostumbrado a estos encuentros desde hace años. Le devuelvo el mordisco en el cuello y escucho que gruñe y aumenta el ritmo de sus embestidas, moviéndome hacia su encuentro mientras todo mi interior se contrae.

Sé que estoy a punto de correrme, y por cómo palpita su erección dentro de mí... él también.

*«Abrazado a ti*

*llenaré mi piel de tu calor latino.*

*Yo te sentiré, así te sentiré.*

*La historia es esta.*

*La noche es casi perfecta así*

*disfrutaremos la vida los dos*

*somos fuego en el fuego y ya...*

*estamos quemándonos.»*

Sí, me estoy quemando. Estoy teniendo sexo con un desconocido en el cuarto de baño de una discoteca. Impensable en otros tiempos.



—Rubita... —Habla jadeando, entre beso y beso—. Me voy a correr.

Venga, córrete conmigo.

Y cuando esos labios que me atormentan desde el beso casto y algo tímido que me dio en la playa se apoderan de nuevo de los míos, me aferro a los hombros de Jack y mientras me mueve a su antojo con esas manos grandes y fuertes, me estremezco y me preparo para el mejor orgasmo de mi vida.

Me corro gritando su nombre y siento cómo descarga su excitación, mientras una más que gloriosa y palpitante erección me llena por completo.

—Joder, rubita, ha sido increíble —me asegura con la frente pegada a la mía, una vez que nuestras respiraciones se han normalizado.

—Sí. Hacía tiempo que yo no...

—No digas nada, no quiero saber lo que has hecho antes de mí. Ni lo que pasará después, cuando vuelvas a Madrid. Te quiero para mí hasta el domingo. ¿Puede ser?

Me quedo mirando esos ojos marrones y me pierdo en ellos.  
¿Quiero pasar estos días con él? ¿Seré capaz de despedirme después y no mirar atrás?

No pensar en él cuando esté en Madrid, de vuelta a mi vida...

—Puede ser —respondo sin pensar mucho más.

Y el fin de semana llega a su fin. Mis sobrinos han disfutado con la abuela Milagros y yo... yo he dejado de ser tía, madre y padre por unas horas para ser simplemente yo, Damaris, una joven de veintitrés años, dejándome llevar de la mano de un hombre al que conocí hace dos días que me ha hecho tener más orgasmos en dos días que los que tuve en dos años con Quique. Joder, tengo doloridas todas y cada una de las partes que han sido tocadas, besadas, mordidas y penetradas por él.

Teníamos que habernos marchado esta mañana, pero lo retrasamos un poco más, pues quería despedirme de Jack, mi amante pasajero.

Estamos en la habitación del hotel que ha sido testigo de nuestros encuentros después del primero en el cuarto de baño de la discoteca. Estoy

entre sus brazos y sé que no soy la única que no quiere que esto acabe, que piensa en la posibilidad de una relación, aunque sea en la distancia.

La música llena la habitación. Es algo que he descubierto de este hombre tan grande y me ha sorprendido. Le gusta tener sexo escuchando música romántica. ¡Joder, si es que es perfecto!

Y justo en este momento, cuando estoy planteándome pedirle una locura, un imposible, empieza a sonar una canción que hace que se me parta el alma.

La quinta estación y Marck Antonhy cantan *Recuérdame*. Me estremezco y siento las lágrimas agolparse, quemando mis ojos.

*«Recuérdame amándote*

*mirándote a los ojos*

*atándome a tu vida.*

*Recuérdame amándote*

*esperándote tranquilo*

*sin renconres sin medida.*

*Recuérdame, recuérdame*

*Que mi alma fue tatuada en tu piel.»*

—No voy a olvidarte nunca, rubita —susurra dejando un beso en mi cabello, y mis lágrimas no aguantan más y salen surcándome las mejillas con su caliente humedad. Las aparto y me levanto de la cama, me visto y salgo de la habitación sin mirar atrás.

No me he despedido de él, no puedo hacerlo. Cojo un taxi y llego a casa de la abuela Milagros donde mis sobrinos y las brujis me esperan. Me cuelgo la mochila al hombro, cojo a Rubén en brazos y tras despedirnos de la abuela salimos de la casa.

El coche de Jack llega en ese momento. Cuando se baja y me mira sé que quiere una explicación. Que le diga por qué me he marchado de ese modo.

Pero no puedo. Entro en el taxi que nos espera y ponemos rumbo a la estación.

No quiero mirar hacia atrás, no quiero, pero... lo hago. Veo a Jack con las manos en los bolsillos, sin apartar la vista del taxi. La abuela Milagros se

acercas a él y le pasa la mano por la espalda. Él la mira y asiente y, ante mi sorpresa, se inclina para dejar que la abuela le abrace.



—Quería conocerte más, brujita mía —susurra Alicia acariciándome el brazo.

La miro, sonrío y cuando una lágrima se escapa de mi ojo, ella la seca y me abraza.

—¡Ay, brují! Sé que al final llegará el hombre que cuide de ti, y de nuestros tres niños. Sólo hay que esperar... Pero sé que llegará.

Guapa  
Lista  
y  
Madridista



## Capítulo 5

**Madrid, 24 de Mayo de 2014**

Cuatro años y medio. Mi vida ha cambiado por completo en los últimos cuatro años y medio. El tiempo que llevo siendo la tutora legal de mis sobrinos.

Elías se ha convertido en todo un hombre. Ya tiene veinte años y está en la universidad, centrado en sus estudios de empresariales, al tiempo que me ayuda en el restaurante que mi hermano me dejó cuando murió.

También sigue dedicándose al fútbol, pero no jugando, no. Es el entrenador del equipo femenino infantil del colegio de mi sobrina

Lea.

Mi niña, con diez años, es toda una campeona del balón. Y sí, sigue diciendo a voz en grito aquello de “mi papá me hizo guapa, lista y madridista”.

Y Rubén... mi príncipe tiene cuatro años y medio y es el muñeco de la casa. Y como no podía ser de otra manera, lleva el fútbol en las venas. Aún es muy pequeño para jugar, pero se defiende, y Elías le deja estar en los entrenamientos con Lea y sus compañeras, de ese modo yo puedo encargarme del restaurante por las tardes.

Mis brujis siguen a mi lado, siempre pendientes de nosotros y ayudando en lo que necesitemos.

Isis acabó su carrera de administración, y ahora trabaja en la gestoría que tiene el que fuera el mejor amigo de mi hermano Ismael, así que se ha convertido en mi contable y asesora de modo que yo apenas me preocupo de esas cosas.

Ana siguió los pasos de su padre y trabaja en el banco en el que él acabó jubilándose hace un par de años. Lleva todo lo relacionado con las empresas, así que es mi asesora bancaria particular, por no hablar de que si tengo que hacer alguna transferencia urgente no tengo más que enviarle un mensaje y ella se encarga de todo.

Y Alicia... Ella nos sorprendió a todas. Acabó estudiando enfermería y ahora trabaja en una clínica privada aquí, en Madrid. Creo que el motivo fue que tuviéramos que pasar tantas noches, todas juntas, en urgencias esperando que nos dijeran algo sobre Rubén cuando tenía fiebre, o se ponía malo del estómago.

El abuelo Tobías sigue siendo mi principal punto de apoyo. Si no fuera por él, no estaría tan cuerda como estoy. Vale, sigo estando bastante loca, pero... ¿quién no lo está?

A mis veintisiete años puedo decir que soy una mamá todoterreno, aunque realmente sea tía y no madre.

—Buenos días, jefa —esa que entra por la puerta del restaurante es Mariela, una de mis camareras.

Una española de metro sesenta, cabello castaño, ojos grises y veintitrés años. La más dicharachera de todo mi equipo. Ella es capaz de sacar una sonrisa al cliente más serio que nos visite.

—Buenos días, Mariela. ¿Lista para el día que nos espera?

—Sí, ya sabes que siempre lo estoy.

—Bien, pues ves organizando las mesas para la comida, que la cena...

será otra historia.

Y es que hoy tenemos reservadas todas las mesas para la cena. ¿El motivo? Es el partido de la final de la Champions League de fútbol y, a pesar de que no se disputa aquí en España sino en el Estadio Da Luz de Lisboa, no hay nada como verlo en el bar y muchos de mis clientes han decidido venir aquí a disfrutar del ambiente del local.

Para mi mayor ilusión uno de los equipos es el Real Madrid, equipo de mi familia desde hace años, que se juega su décima copa contra otro equipo

madrileño, el Atlético de Madrid. Y esta noche cenamos las cuatro aquí, así que entre Isis y yo... la pelea futbolera estará servida.

Pero nos queremos mucho a pesar de que los colores de nuestros equipos no sean los mismos.

—Buenos días —la voz de Pablo, otro de mis camareros, rompe el silencio en el que estoy envuelta ahora mismo, mientras reviso el libro de reservas.

—Buenos días, Pablo. Menuda carita me traes... ¿una mala noche?

La respuesta que veo es cómo encoge sus hombros y baja la mirada. La verdad es que no es normal en él no hablar casi pues es uno de los que más habla.

Me quedo mirándole cuando se aleja. ¡Menudo culo tiene! No, no es acoso laboral que puedo mirar y nunca, jamás, me he aprovechado de uno de mis empleados. Pero es que si le viérais... Tiene un culito prieto que dan ganas de estrujarlo.

Y eso que Pablo es bastante normalito. No es un cachitas de gimnasio aunque se cuida mucho. Mide metro ochenta, tiene el cabello negro y los ojos azules más bonitos que he visto en mi vida.

—¡Hola, mi niña! —y aquí llega mi salvadora.

—Buenos días Olga. ¿Preparada para la faena?

—Mis fogones siempre están listos. Voy a ello. Por cierto, Alena se retrasará un poco, ha vuelto a dejarla tirada el coche.

—Vale, no hay problema.

Olga es una rusa de cincuenta años que empezó a trabajar para mi hermano y, si no fuera por ella, yo habría vendido el restaurante al primer mes de tomar las riendas.

Estaba desesperada, todo me sobrepasaba y una noche, al terminar, acabé llorando sentada en la cocina con una botella de vodka en la mano. No le di un solo trago. Olga se había dejado el teléfono y cuando volvió para cogerlo me encontró de esa guisa y me puso en mi sitio.

No es la típica rusa que podrías pensar que tiene mala leche, ¡qué va! Ella es un amor. Rubia, de metro setenta y ojos verdes, con una sonrisa y un don de mando como toda una madraza. Alena, otra de las camareras, es su hija, y salvo porque tiene los ojos azules, en el resto es idéntica a su madre. Tiene veinticinco años y si están juntas fácilmente podrían pasar por hermanas.



— *Bom di, linda*<sup>[1]</sup> —y aquí llega el brasileño que se lleva de calle a todas mis clientas.

Joao. Metro noventa y cinco, morenito de piel, cabello rubio, ojos marrones, trabajado en el gimnasio y, definitivamente, nacido para el pecado.

Tiene treinta años y está soltero porque, según dice, no ha encontrado aún a “*sua alma gêmea*”<sup>[2]</sup>

—Buenos días, Joao. Alena llegará tarde, te toca empezar con Mariela.

—Perfecto, linda.

Sí, me llama linda desde que tomé las riendas del negocio. ¿Que por qué no le digo que no me llame así? Pues... porque me gusta escuchar un apelativo cariñoso.

Sigo inmersa en mis cosas cuando suena mi móvil. Veo en la pantalla que es Elías y sonrío. Hoy le tocaba partido con el equipo de Lea, y Rubén estaba muy emocionado porque iba a ser el ayudante de Elías.

—Hola, cariño. ¿Cómo ha ido?

—Genial, nuestras niñas han ganado por tres a cero. ¡Tenías que verlas, tía! Es que lo dan todo. ¡Y lo bien que lucen las camisetas con el nombre del restaurante!

Sonrío, pues no puedo evitar hacerlo cuando tengo estas buenas noticias.

¿Que si estoy orgullosa de mis sobrinos? Desde luego, no podría estarlo más.

Charlamos durante un rato y le recuerdo que a las ocho estén todos aquí en el restaurante. Esta noche hay partido y, como siempre, lo veremos en familia.

—¿Seguro que no quieres que nos quedemos? —me pregunta Alena mientras termina de guardarse las propinas.

—No, de verdad. Está todo controlado. Mañana nos vemos.

—Vale. Venga mamá, te llevo a casa.

—¿Ya te han solucionado lo del coche, hija? —pregunta Olga cogiendo su bolso.

—Le he tenido que cambiar la batería. En cuanto pueda me compro otro, barato eso sí.

—Que tengáis buena noche, mi niña.

—Gracias Olga, y tú descansa que te lo has ganado.

—¡Lo siento! Llego tarde... —dice Susana que entra por la puerta como un huracán.

Esta alocada muchacha de veintitrés años, de metro sesenta y cinco, cabello negro como la noche y ojos marrones, es un peligro andante. Es encantadora, pero algo patosa por lo que hemos sufrido

algún accidente en el restaurante. Pequeñas cosas como que tropezara sin darse cuenta y las tres tazas de café acabaran poniendo como una sopa al mismísimo director de uno de los bancos que tenemos por la zona.

Pero mi encantadora sonrisa y la invitación a un chupito digestivo, hizo maravillas aquél día.

—Tranquila, ¿mucho tráfico? —pregunto poniéndole un refresco en la barra.

—Bastante. Se nota que hay partido, aunque no se juegue aquí al lado.

Y con eso de aquí al lado, debo dejar claro que mi hermano escogió la zona cercana al Estadio Santiago Bernabéu, del Real Madrid, para poner el restaurante.

—Sofía y Carlos ya están preparándose. Ve a cambiarte que dentro de nada empezarán a llegar los clientes —digo mirando el reloj.

Sofía es la más joven de todos. Tiene veinte años y trabaja en el restaurante solo los fines de semana para poder pagarse la carrera. Va a la universidad con Elías y cuando me dijo que necesitaba un trabajo, no dudé en ofrecerle un puesto aquí.

Es de mi estatura, metro cincuenta y cinco, y tan sonriente que cuando estoy de bajón, la llamo a ella para que me dibuje una sonrisa. Según dice, lo mejor que hay que hacer cuando nos levantamos es ponernos una sonrisa en el rostro, eso nos alegrará el día. Es rubia y de ojos color miel, y por lo que he visto cuando Elías está por aquí... le tiene embobado.

Carlos, Carlos... otro que hace suspirar a mis clientas. Veintiocho años.

Metro ochenta y dos de cuerpo perfectamente cincelado en el gimnasio. Si el

David de Miguel Ángel cobrara vida, sería Carlos sin ninguna duda.

Cabello castaño y ojos marrones que dejan ver su estado de ánimo con solo una mirada. Y la sonrisa que tiene... puedo dar fe de que es de esas baja bragas. Y no, no es que las mías haya conseguido bajarlas... Es que, veréis.

Hace un año tuvimos una cena de despedida de soltera, y claro, entre copa y copa las muchachas iban serviditas y se calentaron al punto de pedirle a Carlos, cuando ya eran las únicas que quedaban antes de cerrar, que les hiciera un *striptease*. Nos negamos los dos, lógicamente. Y al final, antes de marcharse, las seis fueron al baño y al salir por la puerta le guardaron a Carlos sus tangas en el delantal.

Sí, en aquel momento me reí por lo colorado que se había puesto el duro de Carlos.

—Damaris, todo listo por aquí —me dice Mario, el cocinero del turno de noche, desde la cocina.

—Genial, pues a esperar que esto se llene. ¡Mucha suerte, equipo!  
—digo levantando las manos como si fuera la entrenadora de un equipo de fútbol.

Minutos después, nuestros primeros clientes empiezan a llegar y Sofía los acompaña a sus mesas.

Estoy preparando las bebidas que me ha pedido Carlos cuando siento unas manitas alrededor de mi pierna derecha.

—¡Hola, mami! —grita Rubén a quien, por más que le hemos dicho que me llame tía, sigue llamándome mami.

—¡Hola, príncipe! ¿Qué tal te has portado hoy? —pregunto cogiéndole en brazos.

—Muy bien. He sido un segundo entrenador fantástico. Eso me ha dicho Elías.



—Vale, entonces de mayor ¿quieres ser entrenador de fútbol?

—¡¡¡Sí!!!

—Hola, hija —el abuelo Tobías se acerca a la barra y tras darme un beso, coge a Rubén.

—Hola. Está la mesa lista. La del fondo, como siempre.

—Tía, ¿ya te ha dicho Elías que hemos ganado? —me pregunta Lea.

—Sí, cariño. ¡Felicidades! —respondo abrazando a mi sobrina, mi mini yo.

—Venga, ir a la mesa con el abuelo que voy a ayudar a la tía y enseguida vamos —Elías tan responsable como siempre.

—¡Oh! Hola... —saluda Sofía cuando llega a la barra para dejar algunos vasos.

—Hola, Sofía. ¿Va todo bien? —pregunta Elías cogiendo los vasos.

—Sí, y aunque hay gente, está tranquilo.

—¡Tías! —cuando Rubén grita, todos los clientes se giran hacia la puerta y observan la entrada de mis amigas.

Dos pelirrojas y una rubia, con sus tipitos de infarto, menuditas, sonrientes y vestidas con vaqueros, camiseta y sus taconazos.

—¡Que me como a mi niño! —grita Alicia cogiéndole en brazos—. ¿Qué tal la tripa, cariño?

—Mejor. Hoy ya no me duele.

—Hay que ver lo que hace el fútbol contigo, canijo —dice Ana pellizcándole el moflete—. Hola, familia.

—Hola, brujis. Id a la mesa, que Elías y yo enseguida nos unimos.

—Cariño —Isis se acerca y me tiende una carpeta—, esto ya está solucionado.

Respiro aliviada pues era un pago de Hacienda que, vete a saber por qué, se nos pasó a Elías y a mí y nos llegó una pequeña sanción... Menos mal que Isis es mi ángel de la guarda y me soluciona los despites.

—Muchas gracias, guapa. ¡Qué haría sin ti!

—Pues nada, si sabes que soy la mejor —dice entre risas.

Elías y yo preparamos las bebidas que nos han ido pidiendo para los clientes las chicas y Carlos. Cuando acabamos, nos unimos a la mesa con nuestra amplia y divertida familia.

Y así, entre risas y tapeo, a las 20:45 da comienzo el partido que nos puede dar una nueva alegría a los Vikingos o a los Indios.

Guapa  
Lista  
y  
Madridista



Capítulo 6

Isis ha estado eufórica durante todo el partido. Y es que, para desgracia de los madridistas, en el minuto treinta y seis el Atlético de Madrid se ha hecho con el mando del partido tras el primer gol que ha marcado Diego Godin.

Con el corazón en un puño hemos estado mientras veíamos el partido, nosotras y los aficionados blancos que se habían dado cita en Lisboa, porque el reloj iba descontando los minutos y era imposible traspasar la muralla defensiva del equipo colchonero.

Noventa minutos en los que daba por perdida la décima copa de mi equipo. Esa que tanto le habría gustado ver a mi hermano.

Pero ahí estaba Sergio Ramos, nuestro salvador, para marcar un gol en el minuto noventa y tres. Vale, ha sido en el tiempo añadido por el árbitro, pero con ese cabezazo de Ramos... hemos empatado y ya no había vuelta de hoja, nos jugábamos la décima en la prórroga.

Gareth Bale, nuestro Galés, y no, no es familia del actor Christian Bale, que sepamos, nos ha dado la ventaja en el minuto ciento diez. Y de ahí, a la victoria final, con un gol de Marcelo en el minuto ciento dieciocho y otro, de penalti, de Cristiano Ronaldo en el minuto ciento veinte.

La cara de Isis ha pasado por todos los colores y estados de ánimo. Ella, que veía ganador al Atlético de su alma, ha tenido que ver cómo, por décima vez en la historia madridista, el gran capitán Iker Casillas levantaba la copa.

—Es que es increíble. ¿Qué han hecho durante el partido? ¡Nada!

Nosotros éramos mucho mejores, y al final nos meten cuatro. ¡Cuatro! Vaya noche —se queja mi atlética favorita.

—Vamos Isis, que no pasa nada. Habéis jugado bien, nos lo habéis puesto difícil de narices, pero estaba de que la copa viniera a la Cibeles y no a Neptuno —Alicia trata de consolarla, otra gran madridista como yo.

La de veces que habremos intentado de jóvenes que nos firmaran un autógrafo en la ciudad deportiva de nuestro Real Madrid del alma... Pero nada, que nos volvíamos con las mismas ganas que llegábamos. ¿Y fotos?

Muchas, de coches varios, pero más movidas que una gelatina en un terremoto.

—Cojonudo —responde Isis y nos mira de una a otra, señalándonos con el dedo—. No pienso ir a celebrarlo allí con vosotras, que lo sepáis.

—Tranquila que yo no puedo ir —digo encogiéndome de hombros—.

Tengo trabajo, sobrinos, una casa que cuidar... ¿recuerdas?

Y al final estallamos en risas. Es cierto que no compartimos colores en el fútbol, pero somos inseparables.

—¡Y ahora noche de chicas! —grita Alicia poniéndose en pie, consiguiendo que las miradas de los clientes se centren en ella.

Varios hombres sonrían y nos miran a las cuatro. Joder, es que por donde vamos...

—Upsss, perdón —dice volviendo a sentarse—. ¡Y ahora noche de chicas! —susurra apretando los puños.

—La madre que la parió, está loca. ¿Seguro que no tomas nada raro en la clínica en la que trabajas? —pregunta Ana mirándola con una ceja arqueada.

—No, tonta. Es que quiero ir a un sitio nuevo. Me han dicho que está muy bien...

—Pasarlo bien —digo poniéndome en pie.

—Perdona, ¿vas tú también a esa noche de chicas que ha dicho tu amiga?

—cuando me giro, los ojos verde esmeralda más increíbles que he visto en mi vida hacen que me quede embobada mirando.

—¡Pues claro que viene! No se va a quedar en casa, como una monja.

—¡Alicia, que te pierde la boquita, hija! —y ahí está Ana para echarle la bronca a la rubita.

—Preguntar dónde iréis sería demasiado atrevido, así que... espero que



nos encontremos —dice el Adonis que tengo delante sin apartar la mirada de la mía y guiñando un ojo.

—Jo-der. Dama, ¡que has ligado! —Alicia casi lo grita. Casi.

—¡Esa boca, que hay niños! —la regaña señalando a Rubén y Lea.

—Bueno, hija, yo me llevo a los chicos para casa. Tú sal, y diviértete. Que no sales casi —me dice el abuelo Tobías dándome un abrazo.

Y tiene razón, desde que me hice cargo de mis sobrinos, apenas salgo con las chicas. Me vendrá bien una noche en un sitio rodeada de adultos, sin películas de dibujos, sin deberes, sin cuentos...

Ay, pero es que los acabaré echando de menos...

—¡No se hable más! Brujis, a recoger y cerrar que nos vamos a desmadrar

—grita Alicia.

Y aquí estamos, en el *Night Beach*. Un local que se ha puesto de moda en la noche madrileña. Algo que no entiendo porque... para entrar pagamos veinticinco eurazos, a Dios gracias que nos dan una copa con la entrada que si no...

En fin. Hemos esperado en la cola como unos veinte minutos, cosa que mis pies no han agradecido porque me están matando. Joder, que yo llevo con los tacones desde que me levanté a las siete y media de la mañana. Ajo y agua que decía mi madre.

La verdad es que el local está bastante bien. La fachada exterior es como de mármol beige, así imitando la arena de la playa, podríamos decir. El letrero es luminoso, con las letras grandes y blancas acompañado de una palmera y una media luna.

Nada más entrar nos recibe una música que me gusta, otro punto a su favor. Hay mucha gente, pero como es un espacio amplio, podemos andar sin chocar ni tropezar con nadie, y eso, de lo que recuerdo de otros lugares, es un alivio inmenso.

Diversos neones de lunas y palmeras decoran las paredes, haciendo que los sofás negros se distingan perfectamente.

Llegamos a la barra y nos atiende un mulato que... ¡ay, señorita Escarlata!

Si Will Smith tuviera que prepararse para un papel de barman, que busquen a este chico.

¡Qué brazos, la madre que le parió!

—Buenas noches, ¿qué os pongo, preciosas? —pregunta sonriente.

—A mí, tu teléfono en esta servilleta, guapetón —pide Alicia.

—¡Mira la bruta! Chica, deja de comertele con los ojos —grita Ana entre risas.

—¿Ves lo que aguanto los sábados por la noche? No te permito que me dejes sola nunca más —me advierte Isis señalándome con el dedo y no puedo evitar reírme.

—Vale, vale. Pon cuatro mojitos, ¡macizo!

—¡Alicia! ¡Ya!

—Sí, mamá...

Vaya dos. Alicia y Ana siempre igual.

Con nuestros mojitos en la mano, nos dirigimos hacia una mesa que se ha quedado libre y nos sentamos a tomar nuestra copa. ¡Gracias a Dios!

Necesitaba que mis pies descansaran. Pero, para mi mala suerte, el descanso me dura poco.

—¡A bailar, mis divas! —grita Isis cuando empieza a sonar *Virtual Diva* de Don Omar.

Intento quedarme, pero no hay manera. Me llevan arrastras y temo que entre las tres consigan que se me rompa un tacón. La verdad,

no me haría gracia volver descalza a casa.

*«Salió a la disco a bailar*

*una diva virtual.*

*Chequea cómo se menea»*

Pues sí, he salido a la disco a bailar. Así que me olvido de todo. Del dolor de pies, de las horas de un lado a otro en la barra del restaurante, de las sonrisas a los clientes, y de que soy una tía-mamá todo el tiempo.

Dejo que la música se haga con el control y me dejo llevar en la pista.

Muevo las caderas y doy palmas mientras la melena ondea al viento.

*«Ella es ese sueño que tuve despierto*

*un recuerdo leve de esto que siento»*

Unas manos grandes se posan en mis caderas y siento el calor de un cuerpo a mi espalda. Cierro los ojos y vuelvo a hace casi cuatro años. A las manos de Jack, al roce de sus labios contra los míos. Me estremezco y me giro pensando que me encontraré con él. Que después de tantos años sin saber nada, el destino, caprichoso, vuelve a traerlo a mí.

Madre del amor hermoso. ¿Y este dios nórdico de dónde ha salido?

Un tipo alto, metro ochenta por lo menos, con el pelo rubio alborotado y unos impresionantes y penetrantes ojos azules, con barba muy cuidada, me sonrío y me observa como si quisiera comerme. Joder, no aparta las manos de mis caderas y, para colmo, está acariciándome de un modo tan sensual que...

¡Por ahí va mi tanga!



—Hola, *mo shithiche*[\[3\]](#)—su voz es... tan varonil, tan sexy... Joder, siento que me fallan las piernas y no puedo hacer otra cosa que agarrarme a esos brazos tan duros que tiene bajo la camisa azul.

—Hola... ¿qué me has llamado? —consigo preguntar pasados unos segundos, entre sus brazos, que me han parecido horas.

— *Mo shithiche* —vuelve a decir, mientras me acaricia la mejilla. Me quedo mirándole y sonrío, arqueo una ceja para hacerle saber que no sé que significa y se acerca para susurrarme—. Significa mi hada, en escocés.

Así que tengo un escocés delante. ¡Ay la virgen María! como dice mi Anita.

—¿Y por qué me llamas hada? —pregunto, inocente de mí, claro.

—Porque eres pequeña y muy bella —responde sin dejar de mirarme con ese hambre en los ojos.

Joder, o me aparto... o me lo como yo a él. Cuatro años casi sin sexo...

qué necesitada estoy, por Dios. Y sí, entre las tres brujas me regalaron para reyes un amiguito de silicona. Eso no alivia, os lo digo yo.

—¿Y cómo se dice gigante en escocés? —pregunto, pasándome la lengua por los labios.

Una sonrisa de medio lado aparece en sus labios, y si no estuviera sujetándome por las caderas, ahora mismo estaría tirada en el suelo, como la gelatina.

— *Fuamhaire*[\[4\]](#)—responde al fin, pasando el pulgar por mi labio inferior.

—Pues... Hola, *fuamhaire* —y llamadme loca, atrevida o lo que queráis, pero acabo atrapando ese pulgar entre mis dientes y

cuando me pega a él, noto una gran alegría en su entrepierna.

—No juegues con fuego si no quieres quemarte, *mo shithiche*  
—susurra antes de dejar un beso en la sensible piel de mi cuello.

Cierro los ojos y siento todo el cuerpo estremecerse, anticipando lo que podría pasar si... Pero no, no puedo. Pongo las manos sobre su duro pecho y me aparto. Levanto la mirada y me observa con sorpresa.

¡Por favor, que deje de mirarme así!

—La canción ha acabado —digo alejándome—. Debo volver con...

Pero me quedo callada y con la boca abierta cuando veo a mis amigas bailando muy acompañadas.

¿Y esos tres pedazo de tíos de dónde coño han salido? Si el rubio que ha conseguido que mi tanga saliera corriendo de aquí me parecía un gigante...

¡el que está bailando con Ana es enorme!

Jo-der. Debe medir por lo menos dos metros. Tiene una melena importante, en un tono entre rubio y castaño, que lleva recogida en un moñete que le queda de lo más sexy. Ojos azules, barba y... ¡unos brazos con los que fijo que parte troncos él solito! Madre del amor hermoso. Este debe ser leñador por lo menos.

El rubio que baila con Isis tampoco tiene desperdicio. ¿Pero qué les han dado de comer a estos tíos? Joder, que yo me hartaba a *petit suisse* y... me quedé en hada, según el escocés.

A lo que iba, que me pierdo. El rubio de Isis también tiene un cuerpazo que te quita "*er sentío*" como dice Alicia. ¡Otro con ojos azules! Y barba, que esa no falta. Madre mía, ¡qué mirada!

¡Hombre, un moreno! Por favor ¡y qué moreno! Y Alicia tan contenta, mírala, se ha olvidado del mulato de la barra.

Alto, cabello y ojos negros, cachitas y con barba.

—Creo que tus amigas están ocupadas —susurra mi dios nórdico haciendo que me estremezca.

Espera, ¿es un gemido eso que ha salido de mi boca? Me giro, le miro y está sonriendo. Sí, he gemido. ¡Dios, qué vergüenza!

—Pues... a mí se me hace tarde. Si me disculpas...

—¡¡Bruji!! Ven, que te presentamos —dice Alicia en ese momento cogiéndome la mano y tirando de ella.

—¡Para, que me haces daño! —grito intentando pararla, pero nada, ella a lo suyo.

Y el dios nórdico pegado a mi espalda... ¡Esto no ayuda a que me calme!

—Dama, ellos son Fran —me va presentando al tiempo que señala al del moñete que... sí, es alto con ganas—, Dominic —señala al otro rubio—, e Ian

—esto último lo ha dicho... ¿suspirando? Joder, le está haciendo ojitos.

—Hola —digo levantando la mano.

—¿Dama? ¿Te llamas así? —pregunta el moreno, al que me ha presentado como Ian.

—Damaris. Me llamo Damaris, lo de Dama... es una historia muy larga.

—Bueno, tenemos toda la noche. Soy Ian O'Connel. Encantado —me dice el moreno inclinándose para darme dos besos.

—No eres español, ¿verdad?

—No, escocés de pura raza. No como ellos —sonríe al tiempo que señala al del moñete y a mi dios nórdico—. Fran —alias el moñete para mí— y Kayden —así que mi dios se llama Kayden, bonito nombre— son hijos de padre escocés y madre española. Dominic es canadiense.

—¿Estáis de vacaciones? —pregunto, ya que estamos pues me entero.

—Algo así, *mo shìtiche* —dice Kayden rodeando mi cintura—. Soy Kayden McBane.

Se inclina y me besa en el cuello, ¡menuda presentación la suya! Espera.

¿Ha dicho McBane? ¿De qué me suena a mí ese nombre...?

—Fran McGregor, un placer, *shìtiche* —se presenta sin dejar de mirar a mi rubio, que no tarda en gruñir.

— *Bràthair*[\[5\]](#)—es lo único que dice Kayden. No sé que habrá dicho, pero... sonaba a amenaza.

—Los conocimos la semana pasada —dice Isis—. Habíamos quedado en venir hoy y... ¡aquí estamos!

—Espera, ¿esto estaba planeado? Joder, ¿pero no era una noche de

“chicas”? —pregunto enfadada pues no esperaba que me preparasen una cita a ciegas.

—Sí, pero si te decíamos que habíamos quedado con unos amigos...

—Ana me mira y se encoge de hombros.

—No habrías querido venir. Así que ya que estás aquí ¡a divertirme que la noche es joven!

—¡No! Me habéis engañado, ¡Dios! Que tengo que cuidar de...

—me quedo callada, ¿es que voy a tener que contarle mi vida al primero que me conoce? Pues no—. Da igual. Que lo paséis bien, de verdad. Yo... me voy a casa.

—No te vayas, por favor, *mo shithiche*.

—¡Damaris! —grito apartando su mano—. Me llamo Damaris.

—Está bien. Dama, por favor, no te vayas. Solo una copa, te lo prometo.

Después yo mismo te acompaño a casa —y me acaricia la mejilla. ¿Y así cómo voy a ser fuerte y no voy a caer rendida a él? Imposible.

Cierro los ojos e instintivamente llevo la mano sobre la suya. Está caliente, y tiene la piel suave...

—Una, y me voy —claudico al fin. A lo que él responde sonriendo al tiempo que asiente y se inclina para... ¡besarme!

Mierda, ¡no hagas eso! No me beses...

Es apenas un roce de labios, pero... Sí, estoy perdida mirando esos ojos mientras pasa el pulgar por los labios que acaba de besar.

¿He dicho ya que he perdido el tanga? Sí, desintegrado por completo.



Tengo que admitir que hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien.

Salir con las chicas, con mis brujis, es el mejor remedio para desconectar.

Y la compañía... ha resultado ser de lo más divertida. Estos cuatro grandullones son simpáticos, amables y de lo más atentos. ¡Y bailan de miedo!

¿Será cierto eso de que si bailan bien... en la cama también son buenos?

¡Ay, ya! No quiero pensar más en eso, pero es que mi dios nórdico... mi *fuamhaire*, lleva toda la noche tentándome.

Un roce por aquí, un beso por allá, bailar pegadito a mí... ¡Uuff! Estoy a punto de sufrir una combustión espontánea.

— *Mo shítiche*... —susurra, con esa voz que hace que me estremezca, mientras un escalofrío me recorre la espalda.

Empieza a sonar una canción que conozco bien, la he bailado tantas veces... que me dejo llevar por *Una noche más* con la voz de

Jennifer López.

Las manos de Kayden me recorren el cuerpo mientras sus caderas se pegan a mi trasero. Dios, este hombre ha conseguido que me excite con cada baile que nos hemos marcado.

No puedo pensar con claridad, sentir el tacto de sus manos a través de la tela de la camiseta me está volviendo loca.

Me gira y se inclina para besarme. Pero no es un beso de los que me ha dado durante la noche, no, para nada. No es casto, ni discreto, es...

hambriento, voraz. Es el beso de un hombre que, sin palabras y con ese gesto, te hace promesas de lo que te hará si te dejas llevar.

¡Ay, por Dios! No quiero que pare... no quiero que sus labios abandonen los míos. Necesito sentirlos. Nuestras lenguas bailan al ritmo de la música y cuando se aferra con las manos apretándome las nalgas, le rodeo el cuello y me pego a él, gimiendo al tiempo que su erección choca con mi vientre.

*«Necesito más de lo que me das*

*todo ya no es suficiente.*

*Me dejé llevar por un beso más*

*yo estoy presa para siempre.»*

Sí, me he dejado llevar por ese beso. He dejado que me arrastre lentamente hacia las promesas que sus labios están haciendo en este momento.

Cuando me coge en brazos y hace que le rodee las caderas con las piernas, escucho los gritos y aplausos de cuantos nos rodean.

Se aparta y pegando la frente a la mía, me mira y coge aire.

—En mi hotel, tú y yo, ahora.

No es una pregunta. Es una invitación. Asiento y vuelvo a besarme antes de empezar a caminar hacia la mesa en la que están nuestros amigos. Noto que me sonrojo, ¡qué vergüenza! Agarrada a él como una monita a su papá.

—Chicos, Dama y yo nos vamos.

—Lo imaginábamos —dice Fran con esa sonrisa de medio lado que tanto se parece a la de Kayden.

—¡Pásalo bien, brujita! —grita Alicia guiñándome un ojo.

¡Por Dios! ¿Por qué tiene que quedar tan claro que vamos a...? Sí, a echar un polvo ¡qué leches! Somos adultos, y con mis amigas no hay secretos. Sin duda mi amigo de silicona después de esta noche no tendrá que trabajar en una temporada.

—¿Nos vemos mañana? —pregunto cuando Isis me da mi bolso.

—A las dos para comer, como todos los domingos —dice acercándose y me susurra—. Aprovecha y deja que te haga un buen conjuro, brujita.

Sonrío y me despido de las chicas. Kayden me deja en el suelo y me coge de la mano para salir del local.

Respiro el aire de la noche y siento que mis oídos agradecen el cambio de ambiente. La música tan alta al final acaba pasando factura. Me rodea los hombros con el brazo y paramos en la acera, esperando que pase un taxi que nos lleve a su hotel.

Cinco minutos después estamos en el asiento trasero del taxi, besándonos como si fuéramos dos quinceañeros impacientes.





—¿Te alojas aquí? —pregunto al salir del taxi cuando veo, ante mis ojos, el *Hotel Eurostars Madrid Tower*.

—Sí. ¿Algún problema?

—No, no. Es que... bueno, este hotel no es precisamente barato.

—Tranquila, me lo puedo permitir —dice acariciándome la mejilla mientras me dedica una de esas sonrisas tan sexys.

Rodeándome la cintura camina hacia la entrada del edificio y el botones nos saluda y desea que pasemos buena noche.

Otra vez su apellido... ¿de qué me suena? Sigo sin recordar dónde lo he oído antes... ¿o lo habré leído? ¿Será un empresario de esos multimillonarios que ha venido para hacer negocios a la capital española? Mmm... no sé, no le veo de traje...

Tan inmersa estoy en mis pensamientos que no me he dado cuenta que entrábamos en el ascensor. Y claro, con esos labios besándome el cuello y mordisqueándome la oreja, pues dejo de pensar y me centro en lo importante.

En este dios nórdico que tiene toda la pinta de ser un empotrador de los buenos.

¡Dios, pero qué coño estoy pensando! Vale, no estoy pensando ese es el problema. ¡Estoy dejando que mi vagina piense por mí!

— *Mo sithiche...* —susurra cogiéndome en brazos y así, con mis piernas alrededor de esas caderas que tanto me tientan, salimos del ascensor.

Estoy tan encendida que ni siquiera me he dado cuenta de que ha abierto la puerta de la habitación. Siento el frío de la puerta en mi espalda mientras Kayden me pasa las manos por debajo de la camisa y me acaricia los costados, consiguiendo que me erice y espere más, mucho más.

Rompe el beso y sus ojos se quedan fijos en los míos mientras, lentamente, me desabrocha uno a uno los botones de la camisa.

Respiro hondo y me paso la lengua por los labios, ante lo que él sonrío pícaramente y cuando me mordisqueo el labio inferior, se acerca y lo mordisquea él.

Me quita la camisa y en un rápido movimiento se deshace también del sujetador. Sus ojos se posan en los erectos pezones. ¿Cómo no iban a estar así si no hace más que provocarme? Se inclina y pasa la punta de la lengua por el derecho, lo besa, muerde y vuelve a acariciarlo con la lengua, mientras yo siento que estoy a punto de correrme con ese simple gesto.

Pasa al izquierdo y le dedica las mismas atenciones, mientras me coge por las nalgas y me levanta aún más. Joder, qué de ventajas tiene que mi dios nórdico sea tan grande.

Me besa el vientre y baja dejando un camino de besos hasta la cintura del pantalón. Grito cuando noto que desabrocha el botón con los dientes. ¡Por Dios, qué destreza la suya! Me acaricia el costado con la mano derecha y baja la cremallera. Me mira, sonrío y lo

siguiente que noto son esos dedos que han estado tentándome toda la noche.

Me acaricia por encima del encaje y le escucho gruñir.

—Estás muy húmeda, *mo sithiche* —susurra antes de mordisquearme el pezón y succionarlo como si fuera un caramelo.

Jadeo, me aferro a su cabello y tiro de él cuando aparta el tanga y me penetra con el dedo. Dios... esto es mejor que la puñetera silicona de mi amiguito.

—Kayden... —digo entre jadeos y antes de lo que pensaba, mientras me penetra con dos dedos, estoy explotando en un orgasmo que me hace temblar de pies a cabeza.

—Vaya, has sido rápida, *mo sithiche*. ¿Tan excitada estabas?

—Yo... —noto que me sonrojo, tengo las mejillas ardiendo y debo parecerme a Heidi en este momento. ¡Qué vergüenza! Estará acostumbrado a que le duren más...

—¡Ey, tranquila! —me dice cogiéndome la barbilla con dos dedos para que le mire, puesto que me siento tan avergonzada que había inclinado la mirada hacia el suelo— No pasa nada, me gusta saber que te he llevado al máximo placer en tan poco tiempo. Eres perfecta, y muy receptiva.

Eso es bueno, ¿verdad? Sí, debe serlo puesto que me está besando como si quisiera que no me fuera nunca.

Empieza a caminar y pronto estoy recostada en la cama, ante la mirada del hombre que está a punto de devorarme, lo veo en sus ojos.

Se quita la camisa y no puedo evitar mordirme el labio cuando veo esos abdominales, y esos brazos... Dios, esto no lo voy a olvidar en la vida.

Cuando está completamente desnudo sonrío al ver que mis ojos han ido directos a su entrepierna. ¡Jo-der! No creo que eso entre fácilmente en...

—Tranquila, *mo sìthiche*, iré despacio, lo prometo —dice mientras se arrodilla en la cama, entre mis piernas, y me quita el pantalón llevando consigo mi tanga.

Instintivamente cierro las piernas cuando estoy desnuda. Vale, soy tímida

¿qué pasa? Me mira, arquea la ceja derecha y con una mano en cada rodilla, me abre de piernas y me observa con ese deseo en la mirada.

—Perfecta, preciosa y toda mía.

Se inclina, me besa y me coge por las nalgas para acercarme a él. Jadeo cuando la punta de su erección roza mi humedad y arqueo la espalda en una clara invitación a que me haga suya. A que me lleve de nuevo a sentir un más que perfecto orgasmo.

Se aparta y abre uno de los cajones de la mesita de noche y en menos de un minuto tiene el preservativo puesto y vuelve a cogerme de las nalgas, me mira, sonrío y poco a poco me penetra.

—Kayden... —grito cerrando los ojos mientras se abre paso lentamente en mi interior.

Me estremezco y clavo las uñas en esos brazos tan fuertes que me envuelven. Un último movimiento rápido de caderas y está dentro por completo. Grito, me aferro a él y siento cómo se inclina para abrazarme y besarme el cuello.

—¿Estás bien? —pregunta acariciándome el cuello con la punta de la nariz.

—Sí...

—Sé que soy grande, en todos los sentidos. No quiero hacerte daño *mo sithiche*, nunca.

—No lo has hecho. Estoy bien.

—En ese caso... deja que te haga disfrutar.

Y lo hago. Dejo que me lleve a encontrar el placer que ha estado prometiéndome con sólo mirarme y con cada roce.

Me besa y entrelaza nuestras lenguas, dejando que se saboréen. Me penetra despacio, con calma, como si quisiera que esto no acabara en toda la noche.

Le rodéo las caderas y apoyo los talones en sus nalgas. ¡Oh, por favor, qué duro tiene el culo! Aumenta el ritmo de esos movimientos de caderas y acompaso el mío, acercándome al encuentro de sus penetraciones una y otra vez.

Jadeo, gimo y me aferro a él sintiendo cómo mi cuerpo se prepara para estallar de nuevo. Un gruñido sale de los labios de Kayden cuando ambos notamos que mis músculos internos aprietan su erección y cuando el escalofrío recorre mi espalda, grito al alcanzar el clímax, uno de los pocos buenos orgasmos que he tenido en mi vida.

Se aferra a mis caderas, me penetra una, dos, tres, cinco veces rápidas y fuertes y grita cuando su esencia se libera dentro de mí.

Se deja caer sobre mí y me besa el cuello mientras ambos recuperamos el aliento. Me rodea con los brazos y se gira llevándome con él, dejando mi cuerpo laxo y desnudo sobre el suyo, sin salir de mí.

—¿Todo bien, *mo sithiche*?

—Hummm... —es lo único que puedo decir. Estoy agotada. Satisfecha, muy satisfecha de hecho, pero agotada.

La risa ronca de Kayden hace que abra los ojos y le miro, me sonrío y se incorpora para besarme la frente.

—Descansa —susurra al tiempo que me recuesta en la cama y sale de mi interior.

Le veo levantarse mientras se quita el preservativo y camina hacia una puerta, que deduzco es el cuarto de baño.

Escucho el agua de la ducha correr y... la realidad me invade.

—¿Qué mierda acabo de hacer? —susurro incorporándome y contemplo la habitación.

Bueno, habitación... no es la palabra. Esto parece un apartamento. Se nota el lujo del hotel con sólo ver los muebles de diseño que hay aquí. Todo de madera de nogal, muy elegante.

—¿Qué hago aquí? Tendría que estar en casa...

Me levanto y recojo mi ropa, tan rápido como puedo, y me visto en un santiamén. Tengo que irme, esto... Joder, esto no debería haber pasado. Llego a la puerta, y cuando tengo el pomo en la mano, me giro. ¿Debería dejarle una nota? Respiro hondo y abro. Estoy huyendo como una idiota. ¿Una nota? ¿En serio?

Salgo de la habitación y camino hacia el ascensor. Sé que no debería marcharme así, pero es lo mejor. Esto no va a repetirse así que... para qué quedarme a dormir y despertar mañana para volver a mi realidad, a mi vida.

—Cuanto antes, mejor —digo entrando en el ascensor.

Cojo el móvil y pido un taxi. La operadora me asegura que en menos de cinco minutos estará en la puerta así que al menos eso lo agradezco.

La chica de la recepción me sonrío, y yo inclino la mirada sonrojada y avergonzada. Joder, soy una conquista más de un hombre que...

¡Dios, la de mujeres que han debido pasar por esa habitación!

—Buenas noches, señorita. ¿Le digo al chófer del señor McBane que la lleve a algún sitio? —pregunta el botones cuando salgo del edificio.

¿Que el dios nórdico tiene chófer? Joder, pero ¿con quién narices acabo de acostarme?

—No gracias, he pedido un taxi.

—La acompaño, creo que es ese.

Miro hacia el frente y ahí está el taxista, saliendo sonriente.

—¿Señorita Moreno? —pregunta.

Asiento y voy hacia el taxi que me lleva a mi casa, a mi vida, a mi rutina...

Guapa  
Listo  
y  
Madridista



Capítulo 7

**Domingo, 25 de mayo de 2014**

Apenas si he dormido. El despertador otra vez sonando a las seis y media.

Toca ponerse en marcha.

Una ducha rápida, una coleta y algo de maquillaje. Pantalones negros, camisa celeste y mis tacones.

—Buenos días —dice mi sobrino Elías cuando entro en la cocina y me recibe con una taza de café en la mano.

—Buenos días. ¿Qué haces tan temprano despierto?

—Me toca la casa. Quería ponerme antes de que se levanten los pequeños.

Luego iré con ellos al parque y después a comer al restaurante.

—Ay, Elías, si te vieran tus padres...

—Tía, seguro que si nos están viendo, se sienten muy orgullosos de ti.

Has conseguido hacer de mí un buen hombre.

—Y un buen socio para el negocio. Mañana que cerramos aprovecharé para ir a la gestoría y al banco.

—Vale, si quieres te acompaño.

—No, tranquilo. Dejaré a Lea en el colegio y a Rubén en la guardería y así

voy pronto. Después haré algo de compra.

—Voy a empezar con la casa. ¿Nos vemos a la una y os he hecho una mano con el salón antes de comer? —pregunta inclinándose para besarme la frente.



Ese gesto es tan de su padre...

—Vale. Me voy ya —digo antes de dar el último sorbo al café—, que no coma Rubén muchas chuches que después no querrá la pasta.

—Tranquila, tengo al mico controlado —me dice al tiempo que sonrío y guiña un ojo.

Miedo me da preguntar qué se traen estos dos entre manos.

Lavo la taza y la guardo. Cojo una manzana de la nevera y me cuelgo el bolso al hombro antes de salir. Voy al garaje y entro en el coche al tiempo que abro la puerta automática. Lo pongo en marcha y la música de la radio me da los buenos días.

La voz de Adele rompe con el silencio que me rodea. *Rolling in the Deep* le pone ritmo a mi comienzo del domingo. Subo el volumen, salgo del garaje y al son de la música me incorporo al tráfico.

Esta canción hace que recuerde a Quique.

«*The scars of your love remind me of us.*

*The keep me thinking that we almost had it all*[\[6\]](#) .»

Llego al restaurante y tras abrir preparo la máquina de café. No tardarán en llegar mis más fieles clientes de cada domingo por la mañana. Esos que buscan una taza de café caliente y una tostada después de toda la noche trabajando por los alrededores.

—Buenos días, jefa —Sofía, como cada domingo, la primera en llegar.

—Buenos días. ¿Un café?

—Sí, gracias.

Se sienta en uno de los taburetes de la barra y disfrutamos de nuestro café mientras nos ponemos al día de cómo le van las

clases.

Desde que estoy al cargo de mis sobrinos, me he convertido en mi madre, no me cabe ninguna duda.



Olga y Alena llegan con su alegría habitual y entre las cuatro empezamos el día. Minutos después Pablo y Joao se unen a nosotras y comienzan a llegar los habituales en busca de cafeína.

Escucho sonar mi móvil y miro el reloj, las doce y media. ¿Será Elías?

¿Les habrá pasado algo a Lea o Rubén?

Lo saco del pantalón y veo que es un número que no conozco, así que lo silencio y sigo preparando las mesas del salón.

Se corta, pero vuelve a sonar. De nuevo el mismo número. Lo silencio y ahora sí lo dejo sólo en vibración.

Tan rápido se me pasa el tiempo que cuando estoy preparando los saleros para llevarlos a las mesas, se abre la puerta y mi príncipe entra gritando mi nombre.

—¡Tía Dama!

—Hola cariño. ¿Qué tal en el parque? —pregunto cogiendo a mi sobrino Rubén en brazos.

—Muy bien. Y no he comido muchas chuches, te lo prometo —dice llevándose los dedos índice y corazón a los labios, un gesto que mi hermano y yo siempre hacíamos.

—Vale, pues después de la pasta tienes una sorpresa —digo guiñándole el ojo.

—Ves, canijo. Si te portas bien, la tía te da una sorpresa —dice Elías cogiéndole en brazos—. Venga, a la mesa a esperarnos que voy a ayudar a la tía.

—Ven abuelo, vamos a sentarnos —mi sobrina Lea coge la mano del abuelo Tobías y los cuatro se van a nuestra mesa.

Entre Elías y yo terminamos de preparar las mesas del salón mientras el resto come antes de empezar el turno de comidas.

A la una y media entran mis tres brujitas por la puerta, con unas caritas de

resaca...

—¡¡Buenas tardes!! —grito todo lo que puedo, y ellas no tardan en llevarse las manos a la cabeza.

—¡Ay, por favor, no grites...! Mi cabeza... —dice Alicia sentándose en uno de los taburetes de la barra.

—Por favor, un paracetamol... —me pide Ana.

—Pues vaya tres. ¿Tanto bebísteis después de que me marchara?

—pregunto sirviendo agua y dejando un paracetamol para cada una en la barra.

—Joder, si no fue tanto. El problema es que había tanta música y bailamos mucho... —contesta Isis masajeándose las sienes.

—Ya, ¿y hubo más marcha después? —sí, les espera un buen interrogatorio, porque ellas también me harán uno a mí.

—¿Más marcha? ¿Te parece poco? —pregunta Isis.

—Osea, que no tuvisteis mambo después —mira que es raro que estas tres locas se hagan las remolonas conmigo.

—¿Pusieron mambo en la discoteca? —pregunta Alicia llevándose el vaso de agua fría a la frente.

—No que yo sepa —responde Ana.

—No esa clase de mambo, brujis —susurro entre risas.

—¿¿Quieres saber si hubo sexo?! —pregunta Isis.

—¡Premio para la resacosa número tres! —grito y ellas me chistan y se masajean las sienes, haciendo que me ría más aún.

—Yo sí, y qué sexo. Ese hombre me tiene loca —responde Ana.

—Mira que es alto el señor muñete —digo sonriendo.

—Muy alto, muy ancho, muy fuerte y muuuy grande —me contesta guiñando un ojo. ¡Será bruja!

—No, si los de estas dos no se quedan atrás. ¿Pero de dónde habéis sacado a semejantes especímenes? —les pregunto, curiosa.

—Los conocimos la semana pasada. Por cierto, se marchan el martes, pero volverán dentro de tres semanas. Y ahora te toca a ti. Habla —me dice Isis mientras me señala con el índice.

—No hay mucho que contar.

—¡Vaya que no! ¿Por qué ha tenido que llamar a Ian para pedirle tu teléfono, si puede saberse? —pregunta Alicia.

—¿Porque no se lo di? —respondo poniendo los ojos en blanco.

—¿Y puede saberse por qué? Parecía muy interesado —asegura Isis.

—Porque... me marché mientras se duchaba.

—Espera... ¡¿qué?! ¿Es que te has vuelto loca? Tienes a semejante hombre interesado en ti, te da un buen orgasmo y tú ¡¿te marchas sin decir nada?! —pregunta Alicia.

—Dos —digo girándome para guardar la caja de paracetamol.

—¿Dos, qué? —pregunta Ana.

—Que fueron dos buenos orgasmos. Los mejores en años, sin duda.

—¡La madre que la parió! ¡Y lo dice tan tranquila! Mira, será mejor que le llames... Dama, Kayden quiere verte.

—Pero yo no, ¿vale? No quiero que esto sea como con...

—Jack pudo haber dado señales y ni se molestó. ¿Es que vas a pensar que todos los tíos van a ser así? Además, si no recuerdo mal, tú tenías claro que era el tiempo que estuvisteis en Cádiz —dice Alicia poniéndose en pie.

—Sí, lo sé, pero... tal vez... Da igual, no va a volver a repetirse lo de anoche. Además, se marcha pasado mañana, ¿no? pues ya está todo dicho.

Salgo de detrás de la barra y voy a la mesa donde esperan mis sobrinos y el abuelo Tobías. Les pregunto lo que van a comer y vuelvo a la cocina para servirlo.

Cuando vuelvo al salón con algunos de los platos, me quedo parada ante lo que estoy viendo.

¿Qué hace él aquí? Todos, los cuatro. Están aquí, en mi restaurante...

Espera, ¿qué hace Kayden rodeado de mujeres? Dios, qué va a hacer, idiota, ligar. ¿Es que no le has visto?

Respiro hondo y sigo hacia nuestra mesa.

—Toma cariño, la pasta —digo dejando el plato frente a mi sobrino Rubén.

—Tía, ¿has visto quién está allí? —pregunta Lea señalando hacia los

cuatro gigantes con los que estuve anoche.

—Pues hay cuatro hombres...

—¡Tía, parece mentira que sepas de fútbol! Es Kayden McBane, el delantero del *Manchester United*.

Abro la boca para decir algo, pero no me salen las palabras. ¿Kayden McBane, el futbolista? ¿Me acosté anoche con ese Kayden McBane?

Miro a mis tres amigas que, ante mi pregunta silenciosa, asienten y se encogen de hombros.

—¿En serio? No me lo puedo creer —grito mirando a las que consideraba mis mejores amigas.

Dejo el plato de Lea y vuelvo a la cocina. ¿Me he acostado con un futbolista famoso? Por el amor de Dios... mi madre estaría santiguándose ahora mismo si lo supiera.

—Jefa, ¿va todo bien? —pregunta Joao al verme apoyada en una de las mesas de la cocina.

—Sí... no. No lo sé. Esto es increíble. No puede ser verdad.

—¿Pero qué pasa, *linda*?

—Joao... No pasa nada, sigue con el trabajo.

—¿Estás segura? Te has quedado pálida.

—Sí, de verdad. Estoy bien.

Tomo aire y lo suelto lentamente para calmarle. Cojo el plato del abuelo Tobías y el de Elías y cuando voy a salir, mi sobrino entra para coger los de mis amigas.

—Tía, te has quedado blanca. ¿Estás bien?

—Sí, sí. Vamos.

—No será por el futbolista. Anda, que no es la primera vez que tenemos un famoso comiendo aquí.

—Es que... No es por eso, vamos.

Salimos de la cocina y dejamos los platos en nuestra mesa. Elías se sienta y cuando me giro para ir a por mi plato, ahí está Kayden, con esa mirada y esa sonrisa que tanto me gustan.

—Hola, *mo sithiche* —me susurra acariciándome la mano sin que nadie

pueda verlo—. Te fuiste, y no tenía manera de localizarte. Te he llamado, pero...

—Estaba trabajando, y no he oído el teléfono. Si me disculpas...

—¡Hola! —mierda, Rubén, cariño, no hagas nada...

—Hola, *buadhaiche*[\[7\]](#).—saluda Kayden al tiempo que se pone en cuclillas y le alborota el pelo. Mi sobrino le mira sin saber qué le ha dicho, así que Kayden sonríe y nos traduce—. Perdona, a veces se me escapa alguna palabra en escoc es. Te he llamado campeon. Dime,  c mo te llamas?

—Rubén.  T  eres Kayden McBane, de verdad?

—S .  Me conoces?

— Claro! He visto muchos partidos de tu equipo.  Es verdad que te rompiste el tobillo?

—S , duele mucho, pero gu rdame el secreto —susurra gui andole un ojo.

—Rubén, este señor —digo remarcando la última palabra—, tiene que volver con sus amigos.

—Señor McBane... —mi sobrina habla tímidamente, y sí lo que le va a pedir—  Me firma un autógrafo?

—Claro que s , *pr iseil*[\[8\]](#). —Kayden sonríe cuando ve a mi sobrina mirarme—. Quiere decir princesa.

Sin decir nada, se levanta y me coge la libreta del bolsillo trasero del pantalón y el bolígrafo. Escribe algo y le pregunta el nombre a mi sobrina, que con una sonrisa se lo da encantada, y arranca la hoja para dársela. Se acerca y pide un teléfono que Elías se apresura a darle, y se saca una foto con ella y con Rubén.

Por el amor de Dios,  por qué es tan encantador con los niños? Joder, me lo va a poner difícil para que le mande a la mierda.

— Muchas gracias! Cuando les diga a mis amigas que tengo su autógrafo y una foto...

—No me llares de usted, que me siento mayor. Ll mame Kayden.



Mis sobrinos sonrían y se sacan alguna foto más, mientras el resto de clientes no hace más que hablar sobre lo que pasa en nuestra mesa.

— *Mo síthiche*, quiero hablar contigo, por favor.

—Ahora no puedo. Estoy con mi familia.



—¿Son tus hijos? —pregunta mirando a Lea y Rubén. Vuelve a mirar a Lea y después a mí, arquea una ceja y antes de que pueda contestarle, sonrío de medio lado—. Ahora ya sé por qué no querías cogerme el teléfono.

Estás... casada.

—Yo... —¡miente! Di que sí y que se olvide de ti.

—Tía, ¿puede Kayden comer con nosotros? —pregunta Rubén, y a la mierda mi mentira.

Kayden sonrío y sin que nadie le vea, me coge la mano y la acaricia.

—Tus sobrinos... —susurra— Pues ¿sabes, *buadhaiche*? Que vamos a comer con vosotros. Chicos, traed esa mesa que la juntamos —y en menos de un minuto, los otros tres gigantes están a nuestro lado y colocan la mesa.

—¡Qué grande! —dice Rubén al ver a Fran, para mí el moñete.

—Es que de pequeño comía mucha verdura y muy pocas chuches

—mierda, eso es chantaje, moñete...

—Tía, quiero más verdura para ponerme grande.

—Vale... a partir de mañana empiezas a comer espinacas de primero

—digo sentándome a su lado y Kayden se sienta al mío.

Todos los clientes nos miran, cuchichean y en alguna ocasión, los niños se han acercado para hacerse fotos con el famoso delantero del *Manchester United*.

Dios, ¿por qué mis amigas tuvieron que ponerle en mi camino?

La comida ha transcurrido entre risas y anécdotas. Entre ellas, las victorias del equipo de fútbol femenino infantil del colegio de mi sobrina Lea.

Gracias a esta charla con los cuatro gigantes, he sabido al fin que Kayden y Fran son primos, ya que sus madres son hermanas. Fran jugó hasta los veintisiete años en uno de los más grandes e importantes equipos de fútbol americano. Una lesión de la rodilla le hizo retirarse hace tres años, cuando estaba en lo más alto de su carrera. Y ahora es el entrenador personal de

Kayden.

Ian se crió en un orfanato y cuando cumplió los dieciocho empezó a labrarse su futuro y estudió leyes. A día de hoy es uno de los

mejores abogados especializados en deporte, así que aparte de buen amigo de Kayden, también es su abogado.

Dominic es canadiense, pero creció en Escocia ya que trasladaron allí a su padre. Conoció a los chicos y se hicieron grandes amigos. Es representante de Kayden, junto con otro amigo que no ha podido viajar con ellos en esta ocasión, y se encarga de todo lo que esté relacionado con la prensa.

Mis amigas están encantadas con las que sin duda son sus nuevas parejas.

No he dejado de ver muestras de cariño entre ellos. Una caricia en la mejilla, una mirada, una sonrisa... Estas tres mujeres están más pilladas de lo que pensaba.

—¿Estás bien, *mo sithiche*? —pregunta Kayden pasándome el brazo por los hombros y acariciándome el brazo.

—Sí. Voy a recoger esto.

—Te ayudo —dice poniéndose en pie y cuando Elías hace lo mismo, Kayden le dice que se quede sentado que él se encarga.

Le miro, me sonrío y guiña un ojo. Va cogiendo los platos y entre los dos lo llevamos a la cocina.

Olga se sorprende al verle entrar y cuando se le presento, él se deshace en atenciones y alagos a la cocinera.

Cuando entro en la despensa para coger los bollos que he comprado para Rubén, escucho que se cierra la puerta y antes de que pueda girarme tengo el pecho de Kayden pegado a mi espalda y esos brazos tan fuertes rodeándome la cintura.

—Kayden, puede entrar alguien —digo intentando que me suelte, pero no hay manera.

—No entrará nadie. Olga se encarga de vigilar la puerta —susurra besándome el cuello.

Mierda, no hagas eso... ¡Oh, Dios, estoy perdida...!

— *Mo sithiche*... ¿por qué te fuiste? Quería dormir contigo. ¿Debería habértelo pedido? Tal vez pensaste que quería que te marcharas...

—Tenía que irme. Ya has visto que tengo familia a mi cargo.

—¿No cuidan sus padres de ellos?

—Mi hermano y su mujer murieron hace años, soy su tutora legal.

—Lo siento.

—Ya puedes marcharte. Los hombres suelen salir huyendo cuando saben que voy con tres mochilas —digo lo más tranquila que puedo.

—¿Por eso no tienes pareja? —pregunta acariciándome el vientre con la mano mientras con la otra sube lentamente por mi brazo.

—Sí. Nadie quiere cargar con unos hijos que no son suyos. Mi ex fue el primero en dejarme cuando más le necesitaba.

—Ese era un estúpido. Estoy seguro de que se arrepiente de lo que dejó escapar. Pero ahora... puedo intentarlo yo —susurra girándome y besándome antes de que pueda evitarlo.

Otra vez ese beso... y mis neuronas se van de vacaciones en este preciso momento. No pienso, simplemente me dejo llevar por lo que los labios de Kayden sobre los míos me hacen sentir.

Me coge en brazos y rodeándole con las piernas puedo sentir su erección pegada a mi sexo, que comienza a palpitar y humedecerse por lo que este hombre es capaz de hacer conmigo.

—Me marcho en dos días, pero volveré. Por favor, deja que pase estos días contigo y que podamos volver a vernos a mi vuelta  
—susurra con la frente pegada a la mía.

¿Quiero pasar tiempo con él? Ya pasé por esto con Jack y... no quiero que sean dos días y después nada. Es que no puedo volver a estar pensando en que me llamará, que vendrá a verme y me pedirá... ¿Qué, exactamente? ¡Por el amor de Dios! Este hombre es futbolista, es famoso y sale en las revistas acompañado de mujeres espectaculares. ¿Y yo qué soy? Una mujer pequeña y con cargas. Un hada, como el dijo.

—No puedo, lo siento. Yo... no podría pasar otra vez por dos días llenos de sexo maravilloso y después que no quieras saber nada de mí —ale, ya está, lo he dicho. Soy patética...

—¿Otra vez? Eso quiere decir que... ¿has pasado por eso más de una vez?

—No, solo fue una vez y llevo cuatro años pensando si podía haber hecho algo por cambiarlo.

—Vale, entonces... nada de sexo. Podemos cenar esta noche, tomar algo.

O si quieres mejor quedamos mañana para comer. O... podríamos pasar la tarde con tus sobrinos. Delante de ellos no habrá sexo, te lo aseguro.

Sonrío porque no puedo evitarlo. Él es capaz de hacerme sonreír como una quinceañera...

—Vale, podemos llevarlos al parque y después a merendar —digo al fin.

—Bien. En ese caso, tenemos una cita mañana, señorita Damaris

—susurra acercando esos labios que tanto me hacen sentir a los míos, dejando un beso apasionado—. Tenía que besarte, porque mañana tendré que controlarme mucho. Solo espero que me des el tiempo de poder conocerte cuando regrese.

No digo nada, no puedo hacer una promesa que no sé si cumpliré. Me deja de nuevo en el suelo, cojo los bollos y salimos de la despensa.

Olga me mira y sonrío, me sonrojo y salgo de la cocina seguida por Kayden.

Cuando llegamos a la mesa, Rubén sonrío al ver sus bollos favoritos y me abraza. Son estas pequeñas cosas que le hacen feliz las que a mí también me lo hacen.

Tras tomar café con nosotros, Kayden y los chicos se despiden y quedamos en vernos mañana por la tarde aquí en el restaurante. Rubén y Lea no paran de aplaudir sabiendo que van a pasar la tarde con uno de los futbolistas más famosos del momento. Y yo... Yo no estoy segura de que esto vaya a salir bien.

Guapa  
Listo  
y  
Madridista



Capítulo 8

***Lunes, 26 de mayo de 2014***

—Buenos días, señorita Moreno —la secretaria de la gestoría me recibe con una de sus adorables sonrisas.

Es una mujer de unos cincuenta años, y lleva trabajando en esta gestoría desde que Iván, el amigo de mi hermano, la puso en marcha hace años.

—Buenos días, Consuelo. ¿Está Isis? —pregunto sentándome frente a ella.

—Sí, deme un minuto que la aviso —responde cogiendo el teléfono y avisando a mi amiga—. Enseguida viene a buscarla.

—Gracias, voy a hacerme un café. ¿Quiere uno?

—No gracias, esperaré al descanso que tanto café no me sentaría bien.

Me levanto de la silla y carpeta en mano voy hacia la máquina de café para sacar el mío y el de mi amiga.

Me giro cuando escucho el repiqueteo de unos tacones. Esa es Isis sin ninguna duda.

—Buenos días, brujita —digo cuando está a mi lado.

—Buenos días. Gracias —dice cogiendo el café que le ofrezco—. Ven,

vamos a mi despacho a ver qué tienes en esa carpeta, que miedo me das.

Entre risas, caminamos hacia su despacho y durante una hora y media hablamos del papeleo del bar y de algunas revisiones que tiene que hacer.

Cuando me despido de ella, y antes de que llegue a la puerta, ésta se abre y me encuentro con Iván frente a mí.

—¡Vaya, qué sorpresa! —dice acercándose para abrazarme—.  
¿Cómo estás, cariño?

—Bien. Traje algunas cosas para Isis. Ya sabes que la contabilidad y yo...

—Lo sé, por eso confías en nosotros. ¿Qué tal va el restaurante?

—Muy bien, la verdad. La clientela fija nos es fiel, y ya sabes que por la ubicación en la que estamos... muchos rostros conocidos han comido allí.

—Lo sé. Ayer, sin ir más lejos, tuvisteis a Kayden McBane. ¿Sabes que van a empezar a negociar con el Real Madrid para que le fichen? —pregunta Iván y eso me deja descolocada. ¿Por eso están en Madrid?

—No lo sabía...

—Bueno, por el momento lo llevan casi en secreto. Pero ya sabes que la gente habla. Uno de mis clientes conoce a uno de los que trabaja en las oficinas del equipo y al parecer se lo comentó.

—Vaya, pues sería un buen fichaje —digo sin más—. Me marcho ya, chicos. Tengo que ir al banco a ver a Ana.

—A ver si me paso por el restaurante a comer un día de estos. Llevaré a uno de mis clientes y así te haces con un nuevo cliente fijo —me dice Iván al tiempo que guiña un ojo.

Sí, él ha firmado tantos contratos de colaboración con clientes suyos en el restaurante, que gracias a eso el negocio me va tan bien.

Me despido de Iván y de Isis, salgo del despacho y veo a Consuelo hablando por teléfono, así que le digo adiós con la mano y ella me dedica una sonrisa.



Llego al *parking* en el que dejé el coche y pago. Mientras camino le envío un mensaje a mi brujita Ana para que sepa que voy a verla y me responde que me espera en la cafetería de al lado del banco.

Pongo el coche en marcha y escucho la música de una canción que sin duda me va a levantar el ánimo. La inconfundible voz de John Newman con su *Love Me Again* me hace sonreír al tiempo que subo el volumen.

*«It's unforgivable,*

*I stole and burned your soul.*

*Is that what demons do?*

*They... worse than me, destroy everything.*

*They blame on angels like you[9].»*

Veinte minutos después estoy entrando en la cafetería y Ana me abraza como si hiciera años que no me ve. Nos sentamos y desayunamos como solíamos hacer cuando íbamos al instituto, charlando de todo un poco.

Me cuenta que tienen un director nuevo en la sucursal y que va a provechar que estoy de visita para presentármelo.

Pago y salimos de la cafetería para entrar al banco. Nada más verme, el siempre sonriente y alegre Nicolás me saluda y aprovecha que está solo en su mesa para levantarse y darme uno de sus abrazos.

—¡Mira que te haces de rogar, Dama! Te vemos poco por aquí  
—dice acariciándome los brazos.

Ay, Nico, Nico... ¿por qué no funcionó lo nuestro? Fácil, yo no estaba preparada. Y ahora él lleva tres años casado y es el feliz padre de un niño adorable. ¡Qué difícil es la vida!

—Pues porque teniendo secretaria personal en esta oficina, ¿para qué voy a venir? —digo sin dejar de sonreír.

—¡La madre que la parió! Mira que eres bruja, Dama —me dice Ana matándome con los ojos pero con una gran sonrisa en los labios.

—Pues deberías venir más para tomar café con nosotros, que nos tienes a los dos abandonados.

—Prometo venir al menos un lunes al mes para desayunar con los dos.

¿Te parece bien, Nico? —pregunto dándole un abrazo de esos suyos que tanto echo de menos.

—Me parece perfecto, cielo. Te echo de menos... —susurra sin que nadie pueda oírlo.

Me aparto, le miro y se encoge de hombros. ¿Pero si está casado por qué me dice eso?

—¿Tienes algo que contarme? —pregunto cuando Ana va hacia el despacho del director.

—Me voy a separar. Mi matrimonio no funciona.

—Nico... —digo acariciándole la mejilla sin que nadie me vea, y él cierra los ojos—. Lo siento.

—No pasa nada. Todo fue rápido, ya sabes que se quedó embarazada y sus padres... Bueno, nos obligaron a casarnos y esta es la consecuencia. Un matrimonio que no es lo que ninguno de los dos esperaba. Al menos tengo a mi pequeño Gabriel. Oye, ¿cenamos esta noche?

—No puedo, he quedado esta tarde con... —¿le digo la verdad? Al fin y al cabo, no es nada mío, ni lo será...—. Voy a llevar a Lea y Rubén a merendar. Y es lunes, toca cena con la familia.

—Claro, lo olvidaba. Pero oye, tenemos que vernos algún día. A solas...

—susurra cogiéndome la mano y acariciándola.

Siempre que hacía eso... mi cuerpo reaccionaba a él, anticipándose a uno de esos besos que me hacían perder la cabeza. Pero ahora no siento nada.

Absolutamente nada.

—Nico, sabes que nosotros...

—Lo sé, pero no puedes pretender que no te desee. Siempre has estado muy presente en mí —se acerca, inclinándose, y me susurra—. Daría lo que fuera por una última noche contigo.

Un beso en el cuello, en esa parte tan sensible de mi anatomía, y me tiene pensando en las noches que estuve entre sus brazos.

¡Dios, no puede ser! Me aparto, sonrío y le beso en la mejilla.

—No puede ser, y lo sabes —digo antes de apartarme y alejarme de él para ir al despacho del nuevo director.

Ana nos presenta, hablamos y mi amiga le informa de todos los movimientos que tiene la cuenta del restaurante.

El director se alegra de saber que soy una de sus mejores clientes, y queda en que pasará a comer esta semana al restaurante para conocerlo.

Ana y yo salimos del despacho y nos ponemos al día con todos los papeles que tengo que firmarle de las transferencias que hizo la semana pasada. Después de una hora con mi amiga, me despido y pongo rumbo a casa para preparar la comida antes de que Elías llegue con Lea y Rubén.



—¡Vamos, niños, que nos esperan! —grito desde la puerta, esperando que Lea y Rubén bajen de sus habitaciones.

Tardo poco en escuchar sus pasos corriendo escalera abajo. Cualquier día se cae alguno y tenemos una pierna o un brazo escayolado.

—¡Vamos, tía, que quiero ver a Kayden! —me dice Rubén cuando llegan a la puerta.

Cogen sus abrigos y no puedo evitar sonreír al ver sus pies. ¿Qué tendrán las *Converse* que tanto nos gustan en esta familia?

Desde que mi hermano empezó a regalármelas, todos los años cae una para cada sobrino desde que nacieron. Es casi como una tradición. Vaqueros, una camiseta, abrigo o chaqueta y las *Converse*.

—Abuelo, nos vamos. Vendremos para la cena —digo abriendo la puerta para ir al garaje.

—Vale hija, pasarlo bien. ¡Y cuidado con el coche!

—Tranquilo, que siempre lo tengo.

Entramos y mientras abro la puerta enciendo la radio. Cuando mis sobrinos escuchan la música me miran por el espejo retrovisor con sus sonrisitas y subo el volumen.

Taylor Swift y su *Shake it off* les encanta, y aunque estén sentados, no dejan de bailotear mientras cantan a grito pelado, y yo les acompaño, claro está.

«*But I keep cruising*

*can't stop, won't stop moving.*

*It's like I go this music*

*in my mind saying: It's gonna be alright*[\[10\]](#).»

Voy al *parking* de siempre y salimos hacia la calle, con las vistas del Estadio Santiago Bernabéu muy cerca de donde estamos. Sí, el restaurante que mi hermano fundó hace más de diez años está cerca del estadio de nuestro equipo de fútbol favorito.

Según nos vamos acercando al restaurante veo la imponente figura de Kayden. Está recostado en la pared con los tobillos cruzados mientras mira el móvil. Lleva unos vaqueros desgastados que le sientan de miedo, chaqueta de sport negra y unas deportivas.

—¡Kayden! —gritan mis sobrinos al verle y corren hacia él que, cuando los ve, guarda el móvil en el pantalón y se inclina para abrazarlos y cogerlos a cada uno en un brazo. Dios, sería un padre perfecto... ¡Mierda, no pienses en eso! Un polvo, eso fue para ti, idiota.

—Hola, *mo sìthiche* —me saluda cuando llego a su lado y se acerca para dejarme un beso en la mejilla.

Me mordisquéo el labio y él sonrío. ¡Por favor, y qué sonrisa! No me extraña que tenga a todas las féminas locas por conquistarle.

—Hola. Hay un parque aquí cerca... —hablo al fin, cuando mis hormonas se han recuperado, o eso espero.

—Pues vamos, entonces.

—Kayden, ¿estás aquí de vacaciones? —pregunta Lea cuando la deja en el suelo.

—En parte sí. Pero es más por trabajo.

—¿Vas a dejar el equipo? ¿Estás buscando otro?

—Lea, para. No atosigues a Kayden a preguntas, que no eres periodista, hija mía —digo algo avergonzada.

—No pasa nada, no me molesta que pregunte. Mira, seréis los primeros en saberlo. Tengo a mi gente negociando con varios equipos españoles. Quiero vivir aquí, cerca de mis padres. Ellos tienen una casa en Mallorca y me gustaría poder visitarlos más a menudo.

—¡Tienes que fichar por el Real Madrid! —grita Rubén dando palmaditas—. Es el mejor equipo.

—Eso intento, pero no creo que sea fácil ser uno de ellos. Tienen jugadores buenísimos, como Cristiano, Ramos...

—¡Ay, Ramos! Yo quiero ser como él cuando sea profesional  
—asegura

Lea sonriendo.

—Así que juegas al fútbol. Me gustaría ir a ver algún partido, cuando vuelva de ver a mis padres, si me invitas claro.

—¡Claro que sí! Mi hermano Elías es nuestro entrenador. ¡Tía, se morirán de envidia mis amigas! Tiene que venir a vernos, y enseñarnos algún truco para hacer contra otros equipos.

—Lea, por favor... —digo ya desesperada porque mi sobrina es capaz de montar una fiesta en el campo de fútbol si Kayden va a verlas jugar.

Afortunadamente llegamos al parque y Kayden va con ellos a los columpios y entre risas los empuja mientras mi sobrino Rubén grita que le lleve más alto.

Sonrío y saco el móvil para hacer algunas fotos. Al fin y al cabo, no siempre tienen la posibilidad de que un futbolista famoso esté con ellos en el parque.

Tan solo llevamos veinte minutos en el parque y veo que se acerca un periodista.

—Lea, Rubén, nos vamos.

—Pero tía...

—Señor McBane, qué sorpresa verle por la capital. ¿De vacaciones con...

la familia? —pregunta el periodista con una cámara de fotos en la mano.

—Amigo, estoy de vacaciones y ellos son unos amigos. Por favor, no saques fotos de los niños, no querrás que tu jefe tenga que enfrentarse a una demanda ¿verdad? —responde Kayden mientras se pone delante de mis sobrinos para protegerlos. Bueno, solo por eso ha ganado un punto.

—Se te ve bien con los pequeños. ¿Pensando en ampliar la familia?

—Mira, será mejor que te vayas por donde has venido.

—Vamos, McBane, sólo hago mi trabajo. Una foto, unas preguntas y me marcho.

Kayden se gira, me mira y me encojo de hombros. Es que no puedo hacer otra cosa. Cuando vuelve a girarse para darle al periodista lo que quiere, cojo a Rubén en brazos y a Lea de la mano y me alejo de allí.

—Tía, no hemos merendado... —dice Rubén cuando entramos en el *parking*.

—Lo sé, cariño. Vamos a pasar por el burger y compramos la cena. ¿Os apetece hamburguesa?

—¡Sí! —gritan al unísono.

—Pues vamos a por esas hamburguesas.

Mi teléfono no ha dejado de sonar en el interior del bolso. Sé que es Kayden, y debería cogérselo y disculparme por irme así, sin más. Pero... ¿qué pinto yo en su vida? Y con mis sobrinos. Es que no estoy dispuesta a ser la próxima conquista del futbolista y salir en las revistas. ¿Y que saquen a mis sobrinos? Que acaben siendo la comidilla del colegio... ¡Ni hablar!

En el burger nos abastecemos más que de sobra como para dar de cenar a todo un regimiento, y es que mis sobrinos no son de los que comen con los ojos, no, ellos comen con hambre y con ganas. Verduritas y pescado no mucho, ahora que hamburguesas y pizzas...

Cuando llegamos a casa Elías nos ayuda con las bolsas y empieza a besarme la mejilla. ¡Anda que no es zalamero el jodío! Siempre ha conseguido de mí lo que ha querido, igual que sus hermanos.

—Vaya, ¿cenamos hamburguesas? —pregunta el abuelo Tobías, otro al que le encantan las hamburguesas.

—Sí, no tenía ganas de cocinar esta noche —respondo sacando la comida de las bolsas.



—¿Qué tal con McBane, mi niña?

—Abuelo, no hay nada ¿vale? Y además, llegó un periodista y nosotros nos fuimos.

—Espera, tía, ¿has dejado plantado a Kayden McBane? ¡No me lo puedo creer! —grita Elías llevándose las manos a la cabeza.

—Oye, que seguro que no soy la primera que planta al gigantón ese.

—¡Que no dice! Pero ¿tú sabes lo que daría cualquier mujer por estar con él?

—Pues que den lo que quieran, Elías, yo no seré una de sus conquistas.

Tengo familia y...

—¡Y no eres monja, tía por el amor de Dios! Madre mía, desde que te dejé el gilipollas de Quique, no has vuelto a... Sí, espera, un par de meses con Nicolás y después un fin de semana con Jack en Cádiz. De verdad, tía, estoy por comprarte un hábito y pedir plaza en el Convento de las Carmelitas.

—¡Elías Moreno Pérez! ¡Ya basta! A cenar y estudiar —grito dando un golpe en la encimera de la cocina.

—¡Tía, tu teléfono! —me grita Lea desde el salón.

—¡No lo cojas!

—Tarde —responde entrando con una sonrisa en los labios y el móvil en la mano. La mato, juro que la mato—. Es Kayden.

—Pues no estoy —digo girándome hacia el mueble de la cocina para sacar platos.

—¡Que ya te ha oído, tía por favor! —me dice Elías cogiendo el móvil de la mano de Lea—. Hola, McBane, Elías al habla. Espera, que está ocupada con la cena. Hamburguesas. Sí, como para un regimiento. ¡Claro! ¿Te mando ubicación?

Tiemblo al tiempo que grito y le arrebató mi móvil de la mano a Elías. Le fulmino con la mirada y cuelgo la llamada.

—¡Sí hombre! Lo que me faltaba, que traigas al gigantón a cenar a mi casa.

—Es nuestra casa —me dice señalándonos a todos—, así que vamos a votar. Y si hay mayoría...

—¡Sí! Que venga, por favor... —piden Lea y Rubén mirándome.

—Tres a uno. Abuelo, ¿tú que dices? —pregunta Elías.

—Que tu tía tiene razón. Si no quiere saber nada de ese muchacho...

¡Ojo! Que me parece buena persona, pero... es ella y solo ella quien debe saber con quién quiere y con quién no quiere estar.

—Gracias, abuelo. Y ahora a cenar, que mañana hay clase.

Entre susurros de que estoy loca y pucheros queriendo dejar salir las lágrimas, nos sentamos a la mesa y ponemos la televisión para ver las noticias mientras cenamos.

Tardaban poco en hablar de Kayden... Una foto suya en el parque y algunas suposiciones de por qué está en la capital hacen que se me quite el hambre por completo. Empiezo a recoger y cuando todos han terminado, voy con los pequeños para que se bañen y meterlos en la cama.

—Buenas noches, cariño —digo dándole un beso en la frente a Rubén—.

Que descanses y sueñes con papá y mamá.

—Buenas noches, mami —aunque me llame tía, sigue dejando claro que para él soy su mami—. Te quiero mucho.

—Y yo a ti.

Salgo de su dormitorio y cierro la puerta. Voy al de Lea y la veo leyendo en la cama, como siempre antes de dormir.

—Mi niña, es tarde. Venga, a dormir.

—Voy. Estaba repasando para el examen de lengua de mañana.

—¡Oh! ¿Y qué tal lo llevas?

—Bien, seguro que apruebo.

—Hummm... vamos a ver qué estudias —cojo el libro y empiezo a preguntarle lo que ha estado repasando.

Es una cerebritito como lo era mi hermano, y como yo aunque no esté bien decirlo de una misma. Mis sobrinos son muy inteligentes, así que espero que cuando Lea y Rubén tengan que elegir carrera, sea algo que les guste y consigan sacarla adelante.

Beso la frente de Lea y guardo el libro en su mochila. Salgo del dormitorio y me encuentro a Elías apoyado en su puerta con los brazos y los tobillos cruzados.

—Lo siento. No debería haber dicho todo eso.

—No pasa nada, mi pequeño rey —así le llamaba cuando era pequeño, y desde que murieron sus padres, siempre que he podido lo he hecho—. Anda, ve a la cama que mañana tienes clase —digo poniéndome de puntillas para darle un beso en la mejilla.

Siento sus brazos rodeándome la cintura y sonrío. Es como su padre, siempre tan protector.

—Te quiero, tía. Y... yo solo quiero que encuentres un buen hombre, nada más. No tienes que ser la tía solterona ¿sabes?

Me río y me aparto para cogerle las mejillas con las manos. Es mucho más alto que yo, pero para mí siempre será mi niño, ese bebé que me robó el corazón el primer día que le conocí.

—No seré la tía solterona de los gatos, te lo prometo.

—Vale.

Un último abrazo y nos damos las buenas noches.

Entro en mi dormitorio y me recuesto en la puerta, cierro los ojos y pienso en lo que ha sido mi vida estos últimos años. Es cierto que no necesito un hombre para vivir, pero no puedo negar que me gustaría sentirme querida por alguien que no fuera uno de mis sobrinos.

Guapa  
Lister  
y  
Madridista



Capítulo 9

**Domingo, 1 de junio de 2014**

Han pasado seis días desde que vi a Kayden, y ni uno solo de ellos él ha dejado de llamarme o escribirme mensajes de WhatsApp.

**Kayden. 27/5/2014 12:20**

*Mo sithiche, me voy hoy. No quería que nuestra... ¿cita? terminara así, pero te fuiste. ¿Por qué? Coge el teléfono, por favor, necesito que hablemos.*

**Kayden. 28/5/2014 11:05**

*Por favor, Damaris, llámame. O al menos escíbeme. Dime algo. Dime que cuando regrese podremos vernos.*

Y así el resto de días. Y yo evitando contestarle, ni a las llamadas ni a los mensajes.

—Jefa, tenemos un problema en sala —me dice Sofía entrando en la

cocina.

—¿Qué pasa? —pregunto girándome hacia ella.

—Es que... ha llegado un cliente que dice que te conoce, pero no tiene reserva y...

—Vale, yo me encargo. ¿Está en la barra?

—Sí —responde al tiempo que asiente.

Salgo de la cocina y cuando llego a la barra no puedo evitar sonreír. El nuevo director del banco donde trabaja Ana está aquí acompañado de dos hombres.

—Buenos días, Joaquín —digo cuando estoy a su lado.

—Damaris, buenos días —responde él con una sonrisa—. Perdona que me presente así, pero... no sabía dónde ir a comer sin reserva y que nos hicieran un hueco.

—Claro, tranquilo. Ahora mismo... estamos completos, pero si no tienes mucha prisa...

—¡No, no! Por Dios, me salvas la vida si me das una mesa. Había quedado con un nuevo cliente que llegó ayer y... Bueno, esto es así. De verdad que siento presentarme sin reserva.

—No pasa nada. Tengo una mesa que se quedará libre en... media hora más o menos.

—Perfecto, me la quedo —dice acariciándome el brazo.

—Bien, es tuya entonces —respondo sonriendo—. ¿Os apetece tomar algo?

—Sí, estará bien mientras esperamos. Por cierto, ven y te presento.

Dejando la mano sobre mi cintura, caminamos hacia donde están los dos hombres que le acompañan y me quedo sin aire en los pulmones cuando veo al más alto de todos.

Cabello castaño, ojos marrones, con un impecable traje azul marino y corbata negra que le queda como un guante. Alto, algo más de metro ochenta seguramente. Está sonriendo por algo que le ha dicho el bajito regordete y calvo que le acompaña.

—Caballeros, les presento a Damaris. Una de las mejores clientas del banco y propietaria del restaurante. Ellos son Manuel, mi cuñado y abogado

—me presenta señalando al hombre regordete—, y Eliam.

—Encantado, Damaris —dice el que me ha presentado como Eliam, con una voz que hace que toda yo me estremezca y empiece a imaginarme cosas.

Cosas que podrían pasar con él y yo sin ropa en una cama... o donde sea.

—Un placer —acerto a decir mientras estrecho la mano que me ofrece.

Es suave, cálida, y cuando siento su ausencia gimo como un gatito al que acaban de negarle una caricia. ¡Mierda! se ha dado cuenta... Está sonriendo y... ¡Por el amor de Dios! Esa sonrisa debería estar prohibida.

Joder, ¿tan necesitada estoy? Prepárate Señor silicona porque esta noche... tienes trabajo.

Voy detrás de la barra y les sirvo unas copas de vino. Llamo a Sofía y le pido que en cuanto la mesa ocho se quede libre, la prepare para tres comensales.

Y así lo hace mi pupila más joven. Prepara la mesa y en cuanto está lista los acompaña mientras yo cobro a los clientes que ya se marchan.

Me he sentido observada desde que Joaquín y sus acompañantes se sentaron. Y sé, a ciencia cierta, que no es precisamente el director del banco quien no ha dejado de mirarme.

Dejo los cafés que me ha pedido Sofía en la bandeja y miro hacia la mesa ocho. Y allí están, esos ojos marrones fijos en mí. Eliam me sonríe y no sé por qué me sonrojo y desvió la mirada. ¿Es que ahora tengo quince años? Por Dios, que soy una mujer adulta.

Sofía llega a por la bandeja y se marcha de nuevo, mientras yo me centro en hacer caja. Un leve carraspeo a mi espalda hace que me gire, y la sonrisa más canalla que he visto en mi vida me saluda.

—¿Necesitas algo? —pregunto mirando a los ojos a Eliam. Vale, es más alto que yo y tengo que dejar caer un poquito la cabeza hacia atrás, pero...

—Quería darte la enhorabuena. Estaba todo delicioso —qué voz tiene, de esas que, con solo decir tu nombre, es capaz de hacer que te estremezcas entera.

—Muchas gracias.

—Estoy seguro que volveremos a vernos. Vendré a comer aquí en alguna ocasión.

—Me alegro que te vayas satisfecho —digo sonriendo.

—¿Te pago a ti? No quiero que Joaquín se me adelante.

—Claro, dame un minuto —le contesto levantando mi dedo índice.

—Genial.

Preparo su cuenta y tras cobrarle, vuelve a la mesa. No aparto mis ojos de él, me lleno con su forma de caminar, tan elegante, tan decida, tan... Su traje parece una segunda piel, dejando intuir sus músculos. Me estoy volviendo loca cuando su perfume me embriaga por completo, haciendo que mis neuronas y mi mente trabajen juntas para hacer que me azore con las imágenes que me hacen ver.

Se gira y al ser consciente de que le estoy mirando, sonrío y me guiña el ojo. Desvió la mirada y me sonrojo, pero no puedo evitar estremecerme. Si con solo una mirada, con su presencia, consigue que me estremezca... ¿qué no haría conmigo entre sus brazos?

Escucho sonar mi móvil y lo saco del bolsillo. Es Nico, y por unos minutos dudo si contestar o no.

—Hola, ¿qué tal? —pregunto tras descolgar.



—¡Hola cielo! —su voz suena tan bien como la recordaba cuando me llamaba—. Pues verás, ¿te acuerdas que hace un tiempo me dijiste que querías regalarle un cachorro a los peques?

—Sí.

—Un amigo tiene una pareja de Beagle, que sé que te encantan, y tuvieron una camada hace un par de meses. Les queda un cachorrito y si lo quieres, es tuyo —dice y noto felicidad en su voz.

Adoro esos perros. De pequeña vi uno y mi padre prometió regalármelo, pero... antes de que el cachorrito llegara, ellos murieron.

—¡Pues claro que lo quiero! A Rubén le hará mucha ilusión.

—Entonces, si te parece bien, te recojo en veinte minutos en el restaurante y vamos a por él. Y ya nos acercamos al veterinario y le compras lo necesario.

—Ok, nos vemos ahora.

Cuelgo y al girarme veo que Joaquín se acerca a la barra, junto a su cuñado y a ese Adonis que me tiene pensando cosas que no debería.

Nuestras miradas se cruzan, y una sonrisa de lo más canalla hace que

deseo morder ese labio inferior tan carnoso que tiene. ¡Dios, qué tortura!

Camina sin dejar de mirarme y simplemente con eso, siento que todo mi cuerpo arde en deseos de que esté mucho más cerca. Otra vez su perfume...

varonil y amaderado.

Me coloco un mechón de pelo tras la oreja y me muerdo el labio. No puedo apartar la mirada de la suya, es... como si hubiera lanzado un hechizo hacia mí, como si mi cuerpo le reconociera como parte de mí.

—Damaris, nos marchamos —dice Joaquín cuando llegan a la barra—.

Gracias por el hueco. Y felicidades, estaba todo delicioso.

—Muchas gracias, Joaquín. Cuando quieras, esta es tu casa.

—Me tomo la palabra. Vendré con más de un cliente por aquí. ¿Te veré pronto por el banco? —pregunta.

—Seguramente la próxima semana. Tendré papeles que firmarle a Ana.

—Bien, nos vemos entonces.

—Damaris, encantado de conocerte —me dice el cuñado de Joaquín del que, siendo sincera, no recuerdo el nombre.

—Igualmente, gracias por venir.

—Ha sido un verdadero placer conocerte, Damaris —cuando EIAM dice mi nombre, cogiéndome la mano y besándola, en ese tono tan ronco y al mismo tiempo sensual... siento que me fallan las rodillas—. Volveremos a vernos, *glè mhat*[\[11\]](#) —susurra con los ojos fijos en los míos.

Frunzo el ceño porque no sé qué ha querido decir con ese... gle... algo.

Sonríe y de nuevo ese guiño de ojo. Dios, tengo el corazón a punto de salirse del pecho.

—¿Qué significa gle...qué? —pregunto mientras sigue sujetándome la mano.

—Te lo diré el próximo día que te vea —me suelta la mano y se aparta.

Me despido de Joaquín y antes de que se alejen de la barra, Nico entra y sonriendo se acerca a mí. Como si de su restaurante se tratase, pasa detrás de la barra y cogiéndome en brazos, me planta un beso en los labios que me deja muerta.

—¡Hola, cielo! Venga, recoge que nos vamos —dice mirándome y sin bajarme al suelo.

—Bueno... nosotros nos vamos. Nos vemos en el banco, Damaris

—Joaquín se despide, asombrado por el comportamiento de uno de sus empleados, el cual aún está casado.

Miro hacia donde están ellos y veo a mi Adonis, que tiene fruncido el ceño y las manos metidas en los bolsillos. Miro a Nico, que sigue sin bajarme, y vuelvo a mirar a Eliam. Sigue mirándome fijamente, frunciendo el ceño y veo que tiene la mandíbula apretada.

—Bájame Nico, por favor. Tengo clientes... —le pido y él, a regañadientes, obedece—. Eliam... —digo saliendo de detrás de la barra, pero

¿qué voy a decir?

Asiente, se gira y camina hacia la puerta. ¿Por qué siento un nudo en el estómago? Por qué verle marchar se me está haciendo tan duro. Ni siquiera le conozco, apenas si hemos cruzado unas miradas y... ¿Eso es suficiente para querer que no se marche? Para que hablemos y nos conozcamos más.

—Dama, venga vámonos —la voz de Nico me devuelve al restaurante.

Le sonrío y asiento. Voy a la cocina para recoger mis cosas y me despido de Olga antes de salir. Llamo a Elías y le pido que llegue un

poco antes al restaurante, y que le diga al abuelo Tobías que se lleve a los niños al parque, así cuando yo llegue con el cachorro puedo prepararles una sorpresa.

Caminamos hacia su coche y cuando al llegar me abre la puerta, en ese gesto suyo tan caballeroso, no puedo evitar sonreír. ¿Por qué no pude enamorarme de él hace tanto tiempo?

La inconfundible melodía de *Someone Like You* de Adele suena en la radio. Cuánta verdad tiene la letra de esta canción. Nico conoció a otra, se casó y formó una familia. Sí, ella le dio cosas que yo no le dí.

*«Don't forget me, I beg. I remember you said:*

*“Sometimes it lasts in love but sometimes it hurts instead” [12].»*

Miro a Nico, que sigue concentrado en la carretera, y recuerdo el día que me dijo que le gustaría formar parte de mi vida. Que me quería a su lado, que sería el tío y el padre de mis niños.

Ahora sonrío al recordarlo, pero en aquel entonces... En aquella época seguía teniendo miedo de que me pasara lo mismo que con Quique. Que entrara en la vida de mis sobrinos para acabar marchándose como si nunca

hubiera habido nada entre nosotros.

Siento que los ojos me escuecen. Las lágrimas que durante años me han acompañado quieren salir, pero no voy a dejarlas. Paso el dorso de la mano por mis mejillas y evito que se me desborden los ríos de lágrimas de hace tantos años.

Al entrar en casa de los amigos de Nico, una niña preciosa y sonriente nos da la bienvenida. Debe tener la misma edad que Rubén, y lleva un cachorrito en brazos.

—Hola, Princesa Carla —Nico saluda a la niña, con reverencia incluida, y eso me hace reír.

—Hola, Rey Nicolás —cuando la pequeña Carla habla, mi risa definitivamente se hace con el protagonismo.

—Carla, ella es Damaris. Y ha venido a por ese cachorrito que tienes ahí

—le dice Nico, imagino que para que la niña no se entristezca demasiado cuando le quitemos su cachorrito.

—Ya lo sé, mami me lo ha dicho —dice ella sonriendo—. ¿Es para tu hijo, verdad? —me pregunta mirándome.

—No, es para mis sobrinos. A Rubén le va a gustar mucho.

—Todavía es pequeñito, pero es muy listo, y muy bueno. ¿Sabes? Duerme conmigo en la cama —me dice con su adorable voz infantil.

—¿Sí? Entonces seguro que le gustará dormir con mi sobrino.

—Es un macho —la voz de un hombre hace que me gire hacia el lugar del que proviene.

—Hola Raúl. Ella es Damaris, mi... —carraspea y me mira. ¿Su qué?—

Una buena amiga desde hace años.

—Encantado, Damaris. Vamos al salón. ¿Queréis un café?

—pregunta mientras se dirige al que imagino es el salón, y Nico y yo le seguimos, con Carla a nuestro lado.

Ambos rechazamos el café. Nos sentamos en el sofá y la mujer de Raúl, Karen, se nos une enseguida.

Carla se ha sentado a mi lado y me ha dejado coger a mi nuevo perrito.

Me he enamorado de él en cuanto le he tenido en brazos. ¡Es tan mono!

Raúl me informa de que está sano y que, como ya sé, es una raza que no crecerá demasiado. Los padres de mi cachorro se acercan al sofá donde estoy, me olisquean un poco y después a su pequeño. La hembra le acaricia con la pata antes de alejarse de nuevo, como si con ese gesto se despidiera de su retoño.

Media hora después, Nico y yo nos marchamos camino al veterinario.

Le han hecho ficha de paciente y tras comprar comida y lo necesario para instalarle en casa, Nico y yo volvemos en su coche hasta el *parking* donde tengo el mío.

—Tenemos que cenar un día de estos, cielo —dice cuando para al lado de mi coche.

—Lo vamos viendo, ¿sí? Dentro de poco los chicos empiezan las vacaciones de verano y... Tengo un viaje que organizar con ellos.

—Vale, cuando tú quieras, solo tienes que llamarme.

Se acerca, me acaricia la mejilla y lleva la mano hacia atrás, la entrelaza en mi cabello y...

—Nico, no. Por favor... —le pido justo antes de que sus labios rocen los míos.

Se han quedado a un escaso centímetro. Estoy segura que por ese poco espacio no podría pasar ni el aire.

—Dama, cielo. Te lo dije, te echo de menos. Quiero... —no le dejo terminar. No puedo dejar que hable porque no voy a empezar nada con él.

—Nico, lo nuestro tuvo su momento, y no funcionó.

—Pero ahora podría funcionar. Solo... Cielo, solo dame la oportunidad.

—No puedo Nico. No siento nada por ti. Ya no. Te quiero, pero como un buen amigo.

—Yo también te quiero, mi niña —dice pegando su frente a la mía.

Le veo cerrar los ojos y los cierro yo también. Cientos de veces estuvimos así, en el interior de su coche, antes de despedirnos en la puerta de mi casa.

—Lo siento —susurra.

—¿Por qué?

—Por lo que voy a hacer.



Abro los ojos y me sobresalto cuando posa sus labios sobre los míos. Nos besamos tantas veces en aquel entonces... Sus labios eran capaces de hacer que todo mi cuerpo se estremeciera con un simple roce. Pero ahora no.

Noto la punta de su lengua tratando de abrirse paso entre mis labios, pero no se lo doy. Llevo las manos a su pecho, le empujo levemente y le aparto.

—Nico... —digo en tono de reproche.

—Te dije que lo sentía. No volverá a pasar, te lo aseguro.

Asiento y cuando voy a abrir la puerta para salir, me dice las palabras que nunca creí que él pronunciaría.

—Te quiero Damaris, te quiero como no pensé que fuera posible. Por eso... Por eso sé que debo dejarte marchar y, cuando encuentres al hombre merecedor de todo el amor que guardas aquí —pone la mano sobre mi corazón y me sonrío—, será el más afortunado de los mortales por tenerte. Ve con cuidado, cielo. Y dime si les gusta el regalo a los pequeños —y ahí está de nuevo, el hombre divertido y algo canalla que me volvió loca años atrás, guiñándome el ojo.

—Te mandaré un mensaje después. Nos veremos... en el banco y desayunamos un día de estos, ¿te parece bien? —pregunto antes de salir del coche.

—Me parece perfecto.

Salgo y cierro la puerta. Cuando entro en mi coche, Nico se aleja y siento que con él se va la buena conexión que teníamos. Es difícil esto del amor...

Muy difícil.

—Estate ahí quieto, pequeñajo —le digo al cachorro mientras salgo de la cocina.

Le he preparado un cuenco con comida y otro con agua, y cuando escucho que se abre la puerta de casa, salgo para recibir a mis pequeños.



—¡Tía! —grita Lea al verme—. El abuelo nos ha llevado al parque y nos

ha comprado uno de esos cucuruchos que tanto te gustan.

—¡Vaya! Espero que después cenéis... —digo mirando al abuelo, que se encoge de hombros.

Desde luego es que estos dos juntos son un peligro para todo aquél que los rodea.

—Tía, no te enfades que nos vamos a cenar todas las verduras —me dice Rubén dándome un abrazo.

No puedo con este niño, es que me rompe por completo.

—¡Un perrito! —me grita Rubén tan cerca del oído que creo que me ha roto el tímpano.

Se separa de mí y corre hacia el salón. ¡Que se me ha escapado el perro de la cocina! ¡Ay la Virgen María!

—¡Rubén, no corras! —grito detrás de él y al llegar al salón veo al nuevo miembro de la familia correteando de un lado al otro, tirando a su paso alguna que otra cosa tras los golpes que da a la mesa de café.

Mi sobrino le sigue de cerca, lo que conlleva que él también tire cosas...

—¡Lea, ayudame! —le pide Rubén a su hermana, y ella muy solícita empieza a correr tratando de acorralar al perro.

Resultado: cojines por el suelo, fotografías caídas, figuritas rotas, dos niños partiéndose de risa con su nuevo amiguito, el abuelo Tobías con el cachorro en brazos y yo al borde del infarto.

—Pero ¿qué ha pasado aquí, un tornado? —pregunta mi sobrino Elías que acaba de llegar.

—¡Y que lo digas! El pequeñajo que nos ha tenido a los cuatro detrás de él por todo el salón —respondo señalando al cachorro que ahora se hace el bueno en los brazos de Lea.

—Pues ya sabes cómo podemos llamarle —dice Elías.

—¡¡¡Sí!!! —gritan Lea y Rubén al unísono.

Y así es como nuestro cachorrito, ese que la pequeña Carla dijo que era muy listo y muy bueno, fue bautizado con el nombre de Tornado.

Guapa  
Listo  
y  
Madridista



Capítulo 10

***Miércoles, 4 de junio de 2014***

Aunque el lunes es el día que cerramos el restaurante, hoy me lo he cogido libre para ultimar detalles de nuestras vacaciones.

Sí, lo sé, el viaje es a casa de la abuela Milagros, en San Fernando, pero...

hay que comprar trajes de baño para los pequeños, que de un año a otro han dado un estirón.

Por la tarde recogí a los peques en el cole, con el abuelo Tobías y Tornado, para ir al centro comercial. Nosotros comprando y el abuelo con el cachorro en un parque cercano, tranquilito que a él lo de ir de tiendas no le gusta.

Elías se encargaba del restaurante, cosa que le agradezco porque así desconecto del trabajo, aunque sean solo unas horas.

Y aquí estamos, de vuelta a casa. Deseando dejar las bolsas de ropa en sus habitaciones y quitarme los puñeteros tacones.

—Tía, me hago pis —me dice Rubén. Creo que su vejiga y el mando de la puerta del garaje están conectados, porque es cogerlo y entrarle ganas.

—Ya hemos llegado, cariño —digo pulsando el botón del mando, pero la puerta no se abre.

Insisto. Sigo pulsándolo, pero nada, que la puerta no hace caso. La lucecita roja del mando se enciende, así que de las pilas no es. Mira que si se ha roto el motor de la puerta... lo que me faltaba.

—Tííííaaaaa ¡píiiiiissssss! —grita Rubén desde el asiento trasero.

—Que sí cariño, espera que la puerta no se abre.

Escucho un claxon, miro por el retrovisor y veo el coche de mi sobrino Elías justo detrás. Salgo del coche y le digo que no va el mando. Así que empieza a darle él al botón del suyo, y tampoco.

—Se ha debido romper el motor de la puerta, tía —me dice Elías.

—Pues nada, hoy aparcamos fuera —digo encogiéndome de hombros.

Aparcamos en la acera de enfrente de la casa y empezamos a sacar bolsas, menos mal que Elías ayuda porque... nos hemos vuelto locos comprando ropa nueva para el verano.

Cuando llegamos a la puerta de casa, meto la llave, pero no gira.  
¿Qué pasa ahora? Joder, que me quiero quitar los tacones...

—Tía, ¡piiiiiissssss! —mi sobrino Rubén sigue a lo suyo.

—Elías, mira a ver si puedes abrir, que no sé que pasa que mi llave no gira

—le pido ya desesperada.

Busca en los pantalones, la chaqueta y no encuentra las llaves. Va al coche, pero vuelve sin ellas y cuando le veo abrir los ojos y silbar... malo.

—Esto... creo que me las he dejado puestas —dice.

—¿¿Qué?! La madre que... ¡Pero cómo te las dejas puestas! —grito, a punto de que me de un algo.

—Pues porque salgo por el garaje con el coche, como tú.

—¡Dios! Esto no puede estar pasando.

¿Y ahora cómo narices entramos en casa? Voy hacia el patio trasero, por si por un casual nos hubieramos dejado alguna ventana abierta. Oye, que abriéndola más podemos hacer que entre Lea y abra la puerta. Pero nada, todas las ventanas cerradas a cal y canto. ¡Con la de veces que se habrá quedado alguna abierta y lloviendo!

Vuelvo a la puerta de entrada y veo a Rubén haciendo bailecitos. Al final se me hace pis encima el pobre. El abuelo Tobías está mirando a ver si puede abrir la puerta del garaje, a pulso.

A ver, me explico. Lleva motor y se abre automáticamente, pero por suerte no es de las seccionables, sino que es una puerta de tijera y se abre entera.

—Abuelo, que te vas a hacer daño —le digo acercándome.

—No hija, si seguro que la abro.

Y ahí está, agarrando el asa de la puerta y tirando de ella. Y yo con él, no penséis que me he quedado quieta. Que la puerta se abre... ¡sí o sí!

Tres minutos. Han pasado tres minutos y los dos venga a tirar y la puerta que no hace ni el intento, la muy puñetera.

Me pongo a mirar en el jardín delantero, alguna piedra tiene que haber porque ya me da igual, rompo la ventana del salón y ya la cambiaremos.

¡Ni una piedra! ¡Increíble! Pues nada, al patio trasero que seguro que alguna encuentro.

¡Será posible! Con la de veces que he visto piedras como puños... ¡Y

ahora que las necesito se esconden!

—¡A buscar piedras todo el mundo! —grito al llegar de nuevo a la puerta.

Me miran como si me hubiera salido una segunda cabeza, o igual es que me ha salido y no me he dado cuenta.

Yo sigo a lo mío, buscando piedras, pero nada que no hay, mientras el abuelo tira y tira de la puerta. Si el motor no se ha roto, se lo carga él seguro.

—¡Tornado, no! —grita Lea y la veo correr detrás del cachorro que, por como mueve el rabo, debe estar haciéndose pis como Rubén.

—¡Tía, me hago pis!

—Rubén, cariño, espera por favor —le pido, controlando mi voz y mis nervios.

—Vamos a llamar al seguro, hija. Verás que nos mandan un cerrajero en un momento y nos abre —dice el abuelo Tobías.

Saco el teléfono y marco, y no me queda otra que resignarme a esperar a que me atiendan.

Lea vuelve con Tornado que ha tenido la genial idea de hacer sus cositas en el jardín de la casa de los vecinos. ¡Perfecto!

Después de diez minutos al teléfono, me dicen que me envían al cerrajero famoso... ¡que tardará una media hora!

—Tía, que me hago mucho pis —me dice Rubén.

—Ay, cariño, tienes que aguantar un poco... —le pido cogiéndole en brazos.

—¡Tía! —grita Lea y miro hacia donde ella lo hace.

Se me para el corazón durante una fracción de segundo cuando veo al cachorro corriendo hacia la carretera y un Mercedes azul acercándose.

Un frenazo, un ladridito y me temo lo peor.

Veo a Elías correr hacia donde Tornado se ha quedado parado. Lo coge en brazos y el pequeñajo empieza a gimotear. Respiro aliviada porque para mis sobrinos habría sido una desgracia perder a ese pequeño de cuatro patas. Y

para mí también, que le he cogido cariño al mordedor oficial de mis *Converse*...

—Está bien, tranquila —asegura Elías llegando al lado de Lea.

—¿Está bien el cachorro? —una voz, que escuché por primera vez hace tres días y que no se me ha ido de la cabeza, se hace con el control de todo mi cuerpo.

Me estremezco y mis ojos van directos a encontrarse con los suyos, que me observan con sorpresa.

—Damaris, hola —dice sonriendo.

—Hola, Eliam.

—¿Está bien? —pregunta él acercándose a Elías y acariciando la cabeza de Tornado.

—Sí, tranquilo. Es que Tornado es un poco revoltoso —le responde Elías.

—¿Se llama Tornado? —Eliam sonríe, eleva las cejas y me mira.

—Sí, el primer día en casa parecía que hubiera pasado uno por el salón

—dice Elías riendo.

—Tía, me hago mucho, mucho, mucho pis —me susurra Rubén.

—Cariño, pues aún tardarán en llegar los del seguro —le digo.

—¿Qué ocurre? —pregunta Eliam, y mi sobrino Elías le hace un resumen de nuestra mala suerte.

Eliam se queda mirándonos, imagino que está alucinando con nuestra pequeña aventura.

—Vamos, venid a mi casa —se ofrece pero yo no quiero molestar.

—Eliam, el cerrajero no tardará en lle...

—Damaris —me interrumpe cogiéndome la mano—, vivo ahí al lado.

Cuando miro hacia la derecha y veo que señala la casa de los vecinos, me quedo a cuadros. ¿Es mi nuevo vecino? Espera, ¿cuándo han puesto la casa a la venta?

Joder, voy a tener de vecino a mi Adonis...

—Tía... —vuelve a susurrar Rubén.

—Ya vas al baño, campeón —dice Eliam cogiendo en brazos a Rubén y caminando hacia la casa.

—Pero, Eliam —intento detenerlo, pero nada, es imposible.

Lea le sigue mientras Tornado corretea a su lado. Miro a Elías que se encoge de hombros y me dice que va a llamar al cerrajero para que nos avise al móvil cuando llegue. El abuelo y yo seguimos a Eliam y cuando abre la puerta entramos en la casa.

—Venga campeón, corre al baño. Es la segunda puerta a la derecha en ese pasillo —dice Eliam dejando a Rubén en el suelo.

Mi sobrino sonrío, asiente y sale corriendo.

—¡Rubén, sin correr! —grito abriendo los ojos.

—¡Es que no me agunto, tía!

Perfecto, la segunda vez que veo a mi Adonis, y mi sobrino está corriendo por el pasillo de su casa para hacer pis.

—Vamos a la cocina. ¿Queréis tomar algo? —nos pregunta Eliam dejando el maletín que llevaba en la mano sobre el mueble de la entrada.

Observo la entrada y veo un bonito cuadro de un atardecer que nos da la bienvenida en la pared donde está el mueble.

Las paredes, pintadas en un tono gris claro, combinan perfectamente con el negro de los muebles.

—¿Eliam? —la voz de una mujer hace que me sobresalte. ¿Está casado?



—Hola, mamá —responde él y yo, sin saber bien por qué, sonrío aliviada.

De momento, y que yo sepa, no vive con su mujer.

—¡Oh, tenemos visita! —una mujer menuda y sonriente, con el mismo

color de ojos que Eliam y de cabello negro, se acerca a nosotros y saluda a su hijo con un beso en la mejilla— Me podrías haber avisado, tesoro. Pasad, no os quedéis ahí.

— *Màthair*[\[13\]](#), ella es Damaris —habla sonriendo en mi dirección—, y ellos... —se queda callado y caigo en la cuenta de que no le he presentado a mi familia. ¡Genial!

—Oh, perdona Eliam, no os presenté. Ellos son el abuelo Tobías, mis sobrinos Elías y Lea, el pequeño Tornado y el que ha salido corriendo a invadir tu baño es Rubén.

—Encantado de conoceros a todos. Ella es Sonia, mi madre —dice abrazando a la mujer, mucho más bajita que él.

—¡Tía, ya! —grita Rubén llegando junto a nosotros.

—Muy bien cariño. Dale las gracias a Eliam.

—Gracias.

—No hay de qué, campeón. Vamos al salón y esperáis al cerrajero —nos pide Eliam y cuando siento que me rodea la cintura con la mano, un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Qué ha pasado, hijo? —pregunta Sonia.

Eliam le dice que se han quedado las llaves puestas en casa y que la puerta del garaje no se abre, así que nos ha ofrecido su casa para que esperemos al cerrajero.

Tornado ha estado de lo más tranquilo, acurrucado a los pies de Eliam, mientras nosotros esperábamos la llamada del famoso cerrajero.

Cuando por fin sonó el teléfono de Elías, casi me levanto de un salto del sofá. Y es que Sonia es una mujer amable y buena anfitrion, no ha parado hasta que hemos aceptado tomar un refresco, pero quiero llegar a casa, quitarme los tacones y darme un baño.

—Buenas tardes —nos dice el cerrajero cuando llegamos a la puerta de casa.

En realidad, vienen dos cerrajeros. Que, siendo sincera, cuando los he visto me han venido a la cabeza el gordo y el flaco. El que nos ha saludado es bajito, regordete, algo calvo y con bigotillo.

A su lado, un joven alto, delgado, pero de cuerpo trabajado en gimnasio.

—Buenas tardes —saludo sonriente.

Les contamos el pequeño problema de que no podemos abrir la puerta, y el cerrajero regordete saca una especie de tarjeta blanquecina y rectangular que empieza a meter por el poco espacio de la puerta cerrada.

Así está un rato, intentando que la puerta se abra, pero nada.

—Es raro que no se abra, normalmente no tardo mucho —nos dice, y lo mismo piensa que así me voy a quedar más tranquila. Pues no, mira tú por donde—. Ya debería haber cedido el mecanismo de la cerradura.

—¿Con las llaves puestas? —pregunta mi sobrino.

—¿Se han dejado las llaves puestas? —el cerrajero nos mira sorprendido.

—Sí, se lo dije a los del seguro —contesto, pues fui yo quien hablé con ellos.

—Pues me han dicho que era porque se habían dejado las llaves dentro.

—Hombre, dentro están —dice el abuelo Tobías—, pero puestas. Y si no fuera así, habríamos entrado con otras que tenemos aquí.

—Pues con las llaves puestas, lo único que se puede hacer es romper el bombín, pero, claro, al tener que cambiarlo... el seguro solo les cubre la mano de obra —y el cerrajero se queda así, tan tranquilo.

—Ay, Dios... —suspiro llevándome las manos a la cabeza— ¡Es que ya te vale, Elías!

—Joder, lo siento. Salí con prisa y...

—¡Sí, siempre las prisas! ¿Y ahora qué?

—Damaris, tranquila *glè mhath*[\[14\]](#)... ¿Hay algún otro modo de entrar?

—me pregunta Eliam.

—El garaje es el otro modo de entrar. Porque la puerta del patio tiene reja y un candado, del que no tenemos llave tampoco. Aparte, que la puerta solo se puede abrir y cerrar desde dentro —respondo, maldiciendo mi mala suerte.

—Vale, vamos a ver si entre los dos podemos abrir la puerta del garaje

—dice Eliam acercándose a la puerta y tirando del asa, haciéndole señas al cerrajero más joven.

—Eso ya lo hice yo antes, hijo —le dice el abuelo Tobías.

—Puede funcionar. ¿Cómo es el motor de la puerta? —pregunta el cerrajero.

—Pues la puerta se abre entera, como ve, y el motor tiene un tirador para poder dejar el mecanismo de apertura manual —qué técnica me he puesto, pero claro, este hombre es cerrajero, tendrá que entenderme.

—Bien, pues vamos a ver si podemos abrir un poco la puerta, entro por ella y tiro para poder abrirla manual —me responde el cerrajero más alto.

Sonrío y pienso que menos mal que ha sido él quien se ha ofrecido a entrar por la apertura, porque si lo tiene que hacer el más regordete... Nos acaba rompiendo el bombín de la entrada.

Y allá que van, Eliam y el joven cerrajero a tirar de la puerta. Eliam del asa, y el cerrajero de una esquina por abajo. Tira que te tira, de una esquinita a otra, el cerrajero intentando abrir la puerta.

¡Y al final entre los dos la abren! Lo justo para que el cerrajero, que afortunadamente es delgado y alto, se tire al suelo y empieza a reptar cual culebrilla.

—Esto es como los gatos. Una vez que metes la cabeza, el resto del cuerpo es fácil. —Veo al cerrajero agarrado a la puerta y entrando hasta el garaje de mi casa—. ¡Tiro! Ya está, puede abrirla.

Eliam tira de la puerta y la abre, yo creo que estoy a punto de llorar de la emoción. ¡Malditas llaves y mandos de las narices!

Mi sobrino Elías entra en casa y desde allí me dice que no hay luz, que han debido saltar los plomos. Así que vuelve a poner todo bien y con mi mando de la puerta del garaje cerramos la puerta, volvemos a abrir y probamos con el de Elías.

Van perfectos, así que mi odisea con la puerta ha sido por culpa de los puñeteros plomos.

—¿Os dejasteis algo enchufado que no lo esté habitualmente?  
—pregunto, pues en contadas ocasiones han saltado los plomos.

Negativa por respuesta, así que tal vez, y solo tal vez, el destino que es caprichoso a más no poder... ¿quiso que yo me enterara de que mi Adonis es el nuevo vecino? Quién sabe, puede que sí, o puede que no.

—Pues esto ya está. Si me firman el parte, me marcho —dice el cerrajero, ese salvador que se ha convertido en mi héroe del día.

—Claro, y muchas gracias por la ayuda —le respondo mientras firmo el papelito.

—Es mi trabajo. Buenos días.

Mientras Elías y el abuelo llevan las bolsas de la compra a las habitaciones de los pequeños, me quedo a solas en la puerta del garaje con mi Adonis.

Siento que un escalofrío me recorre por todo el cuerpo cuando nuestras miradas se quedan conectadas. No puedo apartar los ojos de él, es como si una fuerza invisible los atrayese hacia los suyos.

Estamos lo suficientemente cerca como para mantener una conversación, pero no sé por qué no digo nada, no me salen las palabras.

Eliam da un paso hacia mí, sin dejar de mirarme, y otro más, y en apenas un segundo su cuerpo está tan cerca del mío que noto el calor que desprende.

Respiro despacio y cuando ese aroma que tanto me gusta llega a mí, cierro los ojos y me mordisqueo el labio de forma involuntaria.

—No hagas eso, por favor, *glè mhath* —susurra pasando la mano por mi cintura, lentamente, hasta tenerme rodeada y pegada a su cuerpo.

—¿El qué? —pregunto, inocente ante todo pues soy consciente de mi gesto.

—Morder ese labio que me muero por besar desde que te conocí.

¡La virgen María! Joder, si hasta yo quiero que me bese...

Puedo jurar que estoy escuchando los latidos de mi corazón, estrellándose contra el pecho intentando salir de esa jaula que lo encierra.

Eliam se inclina, acerca su rostro al mío y cuando estoy segura que voy a sentir esos labios contra los míos, se desvía hacia mi oído derecho mientras me acaricia la mejilla con la punta de la nariz.

—Pero no lo voy a hacer —susurra consiguiendo que su tono de voz me haga estremecer—. No puedo besar a la mujer de otro.

Espera, ¿qué? Pero ¿qué dice? ¿La mujer de otro? Y es ahí, en ese instante, cuando me doy cuenta de lo que quiere decir. De que el día que nos conocimos, cuando sentí que habíamos conectado tanto, como si nuestras almas se hubieran reencontrado después de tanto tiempo, apareció Nico en escena. ¡Mierda!

Se aparta y noto el frío que se instala en el lugar donde antes estaba su mano, todo su brazo alrededor de mi cintura. Inclino la cabeza hacia atrás y me vuelvo a encontrar con esos ojos, brillantes de deseo y cargados de desilusión.

—Yo nunca me he metido en medio de una relación. Al contrario, siempre

he sido el que ha acabado perdiendo a la chica —dice metiéndose las manos en los bolsillos.

—Eliam...

—Me marchó, tengo algunas llamadas que hacer. Me alegra saber que al menos conozco a una de mis vecinas. Adiós, *glè mhath* —se

despide caminando hacia atrás para después alejarse.

¿Y por qué narices no le he dicho que no hay nada con Nico? ¡Por el amor de Dios, qué me pasa con este hombre! Me quedo muda, ¡joder! Escucho su voz y... se me olvida todo: respirar, hablar, ¡ser adulta, leche! Con él me convierto en una quinceañera idiotizada por el guapo de la clase.

Guapa  
Lista  
y  
Madridista



Capítulo 11

No he podido dejar de pensar en lo que me ha dicho antes Eliam. ¿Quería besarme? Pero no lo hizo porque cree que tengo pareja. Y yo ¿de verdad quería que me besara? ¡Pues claro que sí! Para no querer.

Cuando tuve su cuerpo tan cerca del mío, rodeándome con el brazo, sintiendo el cálido aliento en mi cuello, me sentí tan bien.

Son las once y media de la noche, los pequeños llevan una hora durmiendo, el abuelo Tobías se acostó hace poco y Elías acaba de salir con Tornado.

Miro por la puerta del salón que da al patio y salgo para contemplar la noche. Me gusta estar así, en soledad, bajo el manto de estrellas

que me cobija desde el oscuro cielo nocturno de Madrid.

Miro hacia la casa de Eliam y, antes de ser consciente de lo que hago, estoy caminando hacia allí, hacia el patio de su casa.

—Buenas noches, *glè mhath* —la voz de Eliam hace que me sobresalte.

Me giro y lo encuentro apoyado en la pared, camuflado en las sombras de la noche.

—Me has asustado —digo caminando hacia él.

—Bueno, yo estoy en el patio de mi casa. Tú no.

—Vale. Es que... yo... —no sé qué contestar, así que soy sincera—. No sé que hago aquí. Salí al patio y me vi llegando aquí.

Poco a poco me he acercado a él. Ahora los dos estamos apoyados a esa pared, frente a frente, y de nuevo nuestros ojos se quedan conectados.

Incluso en esta oscuridad que nos envuelve y oculta de las miradas de posibles curiosos, puedo distinguir el brillo de sus ojos. Tan marrones, tan expresivos, tan...

—¿Qué significa *gle mat*, o como sea eso que me dices?

—pregunto al tiempo que me coloco un mechón de cabello detrás de la oreja.

— *Glè mhath* —susurra con ese acento tan sexy que me hipnotiza.

Inclinándose, acerca un poco más su rostro al mío y vuelve a susurrar—. Es *escocés*, y significa bonita.

Con la mano izquierda me roza la mejilla, bajando hasta la barbilla y ahí para, acariciándome despacio con el pulgar.

—Así que... te parezco bonita —pregunto, susurrando igual que él.



Eliam asiente y veo que dirige la mirada a mis labios. No puedo evitar mordisquearlo y cuando paso la lengua por él, Eliam acorta la distancia y siento la calidez de sus labios al besarme.

Es apenas un contacto, un breve toque, pero que hace que todo mi cuerpo reaccione. Sin soltarme la barbilla, me rodea por la cintura con el brazo derecho y me pega a él. El latido de ambos corazones se acopla en nuestros pechos, rápido y acelerado.

Cierro los ojos y de pronto empiezo a escuchar música. Es una melodía que conozco bien, sus canciones me han acompañado muchas noches antes de dormir.

La voz de Pablo Alborán y su primer éxito, *Solamente tú*, nos acompaña en este momento de intimidad.

Los labios de Eliam vuelven a posarse sobre los míos y deja otro breve beso, hasta que, decidida, entreabro los labios y voy tímidamente al encuentro de los suyos con la punta de la lengua. Los acaricio y le noto sonreír. Me estrecha aún más con el brazo y su lengua se entrelaza con la mía.

*«Regálame tu estrella*

*la que ilumina esta noche*

*llena de paz y de amornía*

*y te entregaré mi vida.»*

El beso se vuelve más apasionado, más intenso. Llevo las manos alrededor de su cuello y doy un leve grito cuando me coge por las nalgas.

Automáticamente le rodeo las caderas con las piernas y cuando me pega a la pared, empiezo a notar la humedad formarse en mi ropa interior.

Jadeo y me aferro a sus hombros, extasiada con la promesa que ese beso esta haciendo, hasta que Eliam rompe el beso y, respirando con dificultad, pega la frente a la mía y me dice que lo siente.

—¿Por qué? —pregunto con la respiración igual de agitada que la suya.

—Porque te dije que no podía besar a la mujer de otro hombre, y casi te hago mía en esta pared.

—Estoy soltera —me apresuro a confesar.

Quiero que me bese, que me acaricie, que me haga suya ¡por el amor de Dios!

—Pero, en el restaurante, vi cómo te besaba.

—Él... bueno, es un ex. Ahora es solo un amigo, pero... él pensaba que podríamos volver y, la verdad, hace tiempo que dejé de sentir algo por él —le aclaro, porque quiero que me bese, otra vez, varias veces. Toda la noche si fuera posible.

—Dejame hacerlo bien —me dice mirándome a los ojos al fin. Sonrío porque creo que va a volver a besarme y me acerco a él para ello, pero me da un breve beso y me deja de nuevo en el suelo—. Te invito mañana a cenar.

—Vale.

—Eres preciosa —susurra acariciándome la mejilla—. Te recojo en tu casa a las ocho. ¿Te va bien?

—Oh, ¿no cenamos en tu casa? —pregunto, a lo que él niega y sonrío.

—No quisiera tener una primera cita con mi madre como carabina.

—Vaya, cierto. ¿Vives con ella?

—No, ella vive en Mallorca con mi padre. Pero como me acabo de mudar, quería venir a pasar unos días conmigo —responde pasándome el brazo por la cintura para pegarme a su cuerpo mientras me acompaña a casa.

—Eres su niño, sin ninguna duda —digo sonriendo.

—Soy hijo único, así que imagínate. Y tú, ¿vives con los padres de tus

sobrinos?

—No, mi hermano y mi cuñada murieron hace unos años y... me nombraron tutora legal de ellos. A Rubén lo he criado yo —digo y siento un nudo en la garganta, y la quemazón de las lágrimas tratanto de salir—.

Apenas tenía unos meses cuando ocurrió el accidente.

— *Glè mhath*... —girándome hasta tenerme frente a él, me estrecha entre sus brazos y me dejo envolver por el aroma que desprende. Noto que me besa la coronilla y le rodeo la cintura para abrazarme más fuerte a él.

—Gracias —susurro cerrando los ojos.

—¿Por qué?

—Por este abrazo. Por extraño que parezca, lo necesitaba. Esta noche lo necesitaba —respondo apartándome y mirando esos ojos que me tienen completamente hechizada.

—Pequeña, voy a darte todos los abrazos que me dejes —se inclina y me da un beso en los labios.

Caminamos hacia la puerta de mi salón y antes de entrar me abraza de nuevo, y siento que entre sus brazos todo irá bien.

Le veo alejarse y, por primera vez en años, creo que me he enamorado por completo de ese Adonis que tengo por vecino.

Guapa  
Lista  
y  
Madridista



Capítulo 12

***Jueves, 5 de junio de 2014***

El día en el restaurante ha sido agotador. Para ser un jueves hemos tenido el salón lleno. En uno de los edificios cercanos se ha celebrado una conferencia, por lo que la gran mayoría de los asistentes se ha decantado por nosotros a la hora de comer.

Yo he estado atendiendo la barra, ayudando a preparar los platos y sirviendo las mesas. No hemos dado a basto.

Cuando la cosa se ha quedado más tranquila me he despedido de todos para poder ir a recoger a Lea y Rubén al colegio. Una tarde en el parque comiendo porquerías es lo que más les gusta así que ahí está la tía Damaris para llevarlos.

Le he pedido a Elías que llegue a casa antes de las ocho, ya que Eliam me pasaría a recoger a esa hora.

La mirada y la sonrisita que me ha dedicado mi sobrino, no me ha pasado desapercibida. Y es que, cuando anoche entré en el salón... me encontré con mi sobrino apoyado en la pared, cruzado de brazos y tobillos y tuve que contarle que me había invitado a cenar.

¿Vio algo de lo que pasó en la oscuridad entre Eliam y yo? No lo sé, y si ese fue el caso, no me lo contó.

Tras pasar una tarde en el parque con mis pequeños y con el revoltoso de Tornado, ya estamos en casa, y me deshago de los tacones, caminando descalza por toda la casa para que el fresquito del suelo calme un poco mis doloridos pies.

Si pudiera me pondría mis *Converse*, con lo cómodas que son y lo bien que voy con ellas. Pero claro, voy a cenar... tengo una cita con un hombre que... ¡Ay, qué hombre!

Mientras Lea se baña y Rubén disfruta de sus dibujos favoritos en la televisión, voy preparando la cena. Una lasaña, que a los peques les encanta.

Escucho el sonido de mensaje de mi móvil y dejo el cuchillo sobre la tabla. Cojo el móvil y veo el nombre de Kayden en la pantalla. Otro mensaje... No ha parado de escribirme desde que se fue. Pero si yo no le contesto, ¿por qué no se da por vencido y deja de escribir?

**Kayden. 5/6/2014 18:30**

*Mo sìthiche, ¿por qué no respondes a mis mensajes? Quiero hablar contigo, y tampoco atiendes mis llamadas. No voy a darme por vencido, cuando regrese a Madrid hablaremos. Me gustas mucho Damaris, no solo para lo que pasó aquella noche. Nos vemos a mi vuelta. Un beso.*

Si con ese mensaje quiere decir que no va a volver a escribir, pues mejor.

Porque, ¿de verdad quiere hacerme creer que no fue más que una noche de sexo? A ver, que es un futbolista famoso y las tendrá a todas loquitas por sus huesos.

Me centro en la cena y dejo de pensar en mi dios nórdico. O al menos lo intento, porque... reconozco que Kayden McBane es un portento. No es sólo que tenga un cuerpazo y que sepa como usarlo, es que se ve que es un buen hombre. Y, debo reconocer, que tiene buena mano para los niños.

—Tía, ya me he bañado —me dice Lea entrando en la cocina—. Y he preparado el baño para Rubén.

—Gracias cariño. Rubén —le llamo para que me atienda—, ve con tu hermana para que te ayude a bañarte.

—Vale. ¿Qué estás haciendo para cenar, tía? —pregunta arrodillándose en el sofá.

—Algo que te gusta mucho —aseguro sonriendo.

—Hummm... No son verduras, entonces —me responde poniéndose en pie.

Y no puedo evitar reírme por esa sonrisa triunfal de mi sobrino. Lea y él salen en dirección a su cuarto de baño mientras yo sigo preparando la lasaña.

Escucho que la puerta de la entrada se abre y la voz del abuelo Tobías nos saluda. Llega a la cocina y tras un beso se arremanga para ayudarme.

—Sabes que no hace falta —le digo observando cómo empieza a rallar queso.

—Y tú sabes que me encanta cocinar.

Y es cierto. De no ser por él y por su hija, yo no sabría cocinar estos manjares. Tiene un archivador lleno de recetas que, tal como me

dijo hace años, será para mí y deberá pasar de mis manos a las de mis sobrinos y nuestros hijos. Las recetas del Yayo Tobías las bautizó.

Con todo listo y el horno ya precalentado, meto la lasaña para que se haga y dejo al abuelo viendo el Pasapalabra en la televisión. Ese programa es eterno, y al menos con él mantenemos entretenidos a los pequeños, al tiempo que aprenden.

Una ducha rápida pero que me revitaliza, dejo que el pelo se seque a su aire y un toque de maquillaje natural, como a mí me gusta.

Vaqueros, camisa blanca anudada a la cintura y unos tacones. Lista para mi cita.

Estoy dándome el último retoque cuando escucho sonar el timbre. Sonrío y veo que son las ocho. Elías llegó hace diez minutos y, según sus palabras

*“Vas a poner malo a ese pobre hombre”*. Me miro por última vez en el espejo, cojo el bolso, mi móvil y salgo, acompañada por el repiqueteo de los tacones.

—¡Hala, tía! ¡Qué guapa! —dice Lea cuando me ve entrar en el salón.

—Gracias, cariño.

—Lo que yo digo. Malo se va a poner el rubio —escucho a Elías detrás de mí y me giro alzando una ceja—. No me mires así, tía, que sabes que tengo razón.

—Damaris, hija, han venido a buscarte —me dice el abuelo Tobías y, cuando dirijo la mirada hacia él, me quedo sin aliento.

Siento que todo mi cuerpo se estremece al ver a mi Adonis parado en el salón de mi casa. Dios, está para comérselo bocado a bocado. Enterito.

Pantalón y camisa negros, mangas arremangadas, las manos en los bolsillos y esa sonrisa de canalla que hace que me derrita. Los primeros botones de la camisa desabrochados mostrando un poco de piel, hacen que me mordisqueé el labio y él, en respuesta y sin perder la sonrisa, alza una ceja y mira disimuladamente a mi familia.

—Estás preciosa, Damaris —dice caminando hacia mí, cual león acechando a su presa.

Se inclina y, rodeándome por la cintura, me da un beso en la mejilla y disfruto de su aroma. Joder, creo que me estoy humedeciendo con este casto beso.

—Tú... —carraspeo un poco, pues apenas si me sale la voz— Tú también estás muy guapo.

Tornado empieza a ladrar y dar saltitos alrededor de Eliam, que se agacha para cogerlo en brazos y veo a nuestro cachorrillo menear la cola y lamerle la mejilla cuando recibe una caricia.

Sí, yo también quiero que me acaricie. Por todas partes. Toda la noche.

«¡Damaris, ya! Por Dios, no pienses esas cosas» me regañó a mí misma.

—¿No cenas en casa, tía? —pregunta Rubén.

—No cariño, esta noche no.

—¿Y quién me leerá el cuento antes de dormir?

—Pequeñajo... —le dice Elías.

Y sé que Rubén ya está preparado para una mala noche. Y es que, para no perder la costumbre, en las contadas veces que salgo con las chicas, mi sobrino se pone malo o dice que tiene miedo y que quiere que yo le cuide.



—Yo te lo leo, Rubén. Y puedes dormir conmigo —dice Lea, mi niña que se hace mayor a cada día, y que ya es una mujercita.

—Pero yo quiero que lo haga la tía...

—Rubén, ¿hace cuánto la tía no sale a divertirse un poco?

—pregunta el abuelo Tobías, a lo que mi sobrino responde con un tímido y casi inaudible

«mucho»—. Pues ya es hora que salga, ¿no crees? Además, solo va a cenar.

—Campeón —Eliam se acerca al sofá, se pone en cuclillas frente a él, con Tornado aún en brazos, y tras alborotarle el cabello vuelve a hablar— ¿a qué

hora te vas a la cama?

—Ahora a las diez, después de cenar.

—Entonces, te prometo que a esa hora estará aquí tu tía para contarte el cuento —dice Eliam y me quedo mirándole.

Pero ¿es que se ha vuelto loco? ¿En serio ha venido para llevarme a cenar y solo voy a estar fuera de mi casa dos horas? ¡Dos horas, por el amor de Dios!

—¿De verdad? —pregunta Rubén con una sonrisa y los ojos abiertos.

—Te lo prometo. Pero tengo una condición.

—¿Cuál?

—El sábado tienes que dejar que tu tía y yo nos vayamos a cenar. Y el cuento te lo leerá tu hermana. ¿Trato hecho? —pregunta Eliam tendiendo la mano para que Rubén se la estreche.

Y mi sobrino, que alterna la mirada entre Eliam y yo, tras un suspiro asiente y le estrecha la mano.

—Trato hecho.

—Bien, es un placer hacer negocios con usted, jovencito  
—responde Eliam dejando a Tornado en el regazo de mi sobrino y poniéndose en pie—. Y

ahora, nos vamos a cenar y a las diez en punto estará en casa tu tía.

—Vale —Rubén, con el cachorro en brazos, se pone en pie y se acerca para abrazarme—. Te quiero mucho, mami.

—Y yo a ti, cariño.

Procuramos que me llame tía, porque no soy su madre, pero cuando me llama así, no puedo evitar que los ojos se me llenen de lágrimas que controlo para que no salgan.

Una vez en la calle, caminamos en silencio hacia el coche de Eliam, ese precioso Mercedes azul que, por lo que veo, es un Clase E. Como todo un caballero, abre la puerta y sonríe cuando nuestras miradas se cruzan.

Me siento y no dejo de observarle caminar por delante del coche hasta que abre su puerta y se sienta.

—Hola, *glè mhath* —susurra inclinándose y cogiéndome la barbilla para dejarme un beso en los labios—. No me parecía bien hacerlo delante de ellos.

Pero me moría de ganas.

—Yo también —reconozco, para qué molestarme en negarlo si mi cuerpo reacciona cuando le tengo delante.

Tras poner el coche en marcha, dejamos nuestras casas atrás y mientras contemplo la calle por la ventana, siento la mano de Eliam coger la mía.

—¿Qué tal el día? —me pregunta.

—Cansado, pero bien. Hemos tenido el restaurante lleno en la comida.

—Eso es bueno.

—Sí, mucho. La casa y mis sobrinos no se mantienen del aire, aunque aún tengamos dinero de la herencia ahorrado.

—¿Por qué vives con tus sobrinos? —pregunta acariciándome la mano con el pulgar.

Respiro hondo y en el tiempo que nos lleva llegar hasta el lugar escogido para la cena, le cuento resumida mi historia de los últimos años.

—Pues eres toda una madraza. Lo has hecho bien, con los tres —dice cuando salgo del coche y me rodea la cintura.

—El abuelo Tobías es una gran ayuda. Y Elías. Él era mayor cuando pasó, y desde entonces ha madurado y se ha convertido en un hombre.

—Damaris, lo has hecho bien con todos. Elías es un hombre, como bien dices; Galilea es una niña muy lista y se ve a leguas que muy centrada. Y

Rubén, ese niño es adorable. Y te quiere como a una madre.

—Gracias. Yo solo quería que mi hermano y mi cuñada se sintieran orgullosos de...

—Sé que lo están —dice sin dejarme terminar—, están muy orgullosos de la mujer que eres y de lo que has hecho con sus hijos.

Entramos en un pequeño y acogedor restaurante y un hombre de unos cincuenta años, sonriente y elegante, nos da la bienvenida.

Eliam le confirma la reserva dándole su nombre y le seguimos hasta una mesa al fondo del local.

Las paredes son de ladrillo visto, de las que cuelgan variadas imágenes de atardeceres y fotografías de algunas celebridades que han pasado por el lugar.

En mi restaurante también tenemos, una pared a la entrada dedicada en exclusiva para ellas.

La tenue luz del restaurante es perfecta para las parejas que hay cenando,

que por lo que he podido contar son siete mesas ahora mismo, y apenas si quedan tres libres. Como dije, un restaurante pequeño y acogedor.

—¿Habías venido antes aquí? —le pregunto cogiendo la carta y para mi sorpresa veo que se trata de un restaurante francés.

—No, pero uno de mis amigos sí estuvo aquí hace unas semanas, y me dijo que se come bien.

—¿Dónde vivías antes? Dijiste que acababas de mudarte a Madrid...

—Vivía en Mánchester, igual que mis primos y unos amigos. Por trabajo, realmente. La verdad es que mi residencia sigue siendo allí —dice cerrando la carta y supongo que ya ha elegido—, la casa de aquí está alquilada.

Necesitamos espacio para cinco hombres.

—¡Oh! Así que ¿viviréis todos en tu casa?

—Sí. Hemos venido a Madrid por trabajo, estamos en negociaciones con... —se queda pensando, mirándome fijamente y sé que se debate entre hablar del tema o no, así que decido por él.

—No me cuentes nada, si no puedes. Solo háblame de ti.

Sonríe, me coge la mano y la besa. Un camarero se acerca y Eiam pide por los dos, cosa que no me importa porque no he comido nunca aquí, ni tampoco en París no vayáis a creer que sí, y cuando ha tomado nota se retira y Eiam me cuenta parte de su vida.

Sus padres se conocieron en Mallorca. Él es escocés y su madre española.

Ella, sus tías y unas amigas estaban de vacaciones de fin de carrera y ellos querían conocer la isla. Surgió el amor entre sus padres y sus tías y, con el paso del tiempo, se casaron, las tres españolas se mudaron a Escocia y llegaron los hijos. Todos el mismo año, así que tanto sus primos como Eiam tienen treinta años.

Eiam es el representante deportivo de sus primos, aunque ahora mismo tan solo representa a uno de ellos pues el otro tuvo que retirarse.

Sus padres se mudaron a Mallorca, lugar en el que se conocieron, hace tres años, donde han decidido residir y vivir su placentera jubilación. Igual que sus tías.

No le he preguntado quién es su primo, ese deportista al que representa, porque realmente no me importa. Solo quiero conocerlo a él.

Aunque... debo reconocer que saber que este Adonis, que me come con los ojos, es escocés, hace que recuerde a cierto dios nórdico del que tengo que

olvidarme. Porque la fama puede ser mala compañera, y yo tengo que pensar en las tres personas que ocupan mi vida, y mi mundo, actualmente.

La cena ha sido deliciosa, y entre risas, roces de manos y esas miradas que me ha dedicado... se me ha pasado el tiempo demasiado rápido.

Estamos de camino a casa, que tal como Eliam le prometió a mi sobrino, a las diez me deja allí. No me ha soltado la mano desde que nos sentamos en el coche, dejando algún que otro corto beso en ella.

Cuando al fin veo mi casa, y la suya al lado, a lo lejos, suspiro. Por el rabillo del ojo le veo sonreír, así que me giro hacia él y me armo de valor para hablarle.

—¿Puedes parar en tu casa?

—¿En mi casa? Tengo que dejarte a...

—Eliam, por favor, para en tu casa, aún faltan diez minutos para mi hora de llegada. Por Dios, parezco una adolescente.

¡Y él se ríe! Pero... con ganas, oye.

Al final me hace caso y para el coche frente a la puerta de su garaje. Se gira para mirarme con esa sonrisa de medio lado que ya me tiene totalmente enamorada y lo hago. Me lanzo a besar sus labios rodeándole el cuello con los brazos.

Su reacción es de sorpresa al principio, pero no tarda en pasarme el brazo derecho por la cintura y sostenerme de la nuca con la otra mano.

Y nos besamos como si no hubiera un mañana, como si estuviéramos realmente los dos solos en el mundo y fuera a acabar esta noche.

Siento que me estremezco y me escucho gemir mientras nuestras lenguas están entrelazadas, degustándose y compartiendo el sabor afrutado del vino de la cena mezclado con el dulce coco del postre.

—Pequeña... —susurra tras un último y breve beso—será mejor que paremos, porque no creo que sea bueno que los vecinos nos vean.

—Sí, mejor... yo... Me marcho —cojo la manecilla de la puerta, y cuando salgo, escucho que se cierra la suya.

—Te acompaño.

—No pasa nada, es ahí al lado —digo cuando le tengo enfrente, rodeándome la cintura y pegándome a él.

—Te acompaño —insiste y me vuelve a besar de esa manera que hace que toda yo le desee, y ni qué decir de mi ropa interior, creo que se ha desintegrado.

Caminamos hacia mi casa, con el repiqueteo de mis tacones rompiendo el silencio de esta noche de primeros de verano. Al llegar, ni siquiera me da tiempo a sacar las llaves del bolso cuando veo a mi sobrino Rubén frente a nosotros, con la puerta abierta y sonriendo.

—¡Has cumplido tu promesa! —grita, emocionado, lanzándose a los brazos de Eliam que, sin pensárselo, le coge en brazos y se lo sube a los hombros.

—Menos mal que tenemos techos altos... —digo sonriendo.

—A ver, cuál es tu habitación, campeón. Que nos vamos a la cama.

Ver a mi sobrino reírse con Eliam hace que yo sonría feliz. Eliam me tiende la mano, que acepto encantada, y tras saludar al resto de mi familia, nos dirigimos al dormitorio de mi pequeño tesoro.

Nada más dejarle en la cama, Rubén coge su cuento favorito y me lo entrega. Me siento en la cama y noto que Eliam lo hace detrás de mí. Le miro, me sonrío y pasándome el brazo por la cintura, abre el cuento donde tengo el marcapáginas.

Empiezo a leer y en un momento del cuento, en uno de los diálogos, Eliam habla con voz de hombre malo, de modo que Rubén sonrío y abre los ojos y la boca gratamente sorprendido.

Así nos pasamos Eliam y yo los diez minutos siguientes hasta que Rubén se queda dormido. Cierro el cuento, vuelvo a dejarlo en su mesita de noche y beso la frente de mi niño antes de salir.

—Gracias —le digo a Eliam cuando estamos a solas en el pasillo.

—No hay que darlas. Me gusta tu sobrino.

—¡Oh, vale! Veo lo que intenta, señor representante deportivo.

—¿Ah, sí? Y qué intento, ¿señorita? —pregunta, estrechándome entre sus brazos y acercándose a mis labios.

—Ganarte a mi sobrino pequeño para así poder conquistar a la tía.

—¿Voy bien? —y ya está un poquito más cerca...

—Muy bien —susurro y dejo que me bese.

Mi espalda impacta contra la pared, mientras las manos de Eliam se pasean acariciándome los costados, el vientre, y jadeo cuando su mano derecha se posa sobre mi pecho izquierdo. Con el pulgar me acaricia, o mejor dicho, tortura el pezón, cubierto por el sujetador, y me humedezco por completo.

No puedo evitar gemir, y cuando me coge en brazos haciendo que le rodee la cintura con mis piernas, recobro el sentido común y recuerdo dónde estamos.



—No puedo... —susurro separándome y Eliam me deja de nuevo en el suelo.

—Lo siento, lo siento —me dice apoyando la frente en la mía—. Joder, soy idiota. Es la segunda vez que... Oye, yo no soy así ¿sabes? Nunca me ha pasado esto antes. Me refiero a tener la necesidad de... bueno, ya sabes.

Quiero decir... —¿es posible que mi Adonis esté nervioso?—. Damaris, me gustas mucho y siento que contigo hay una conexión, y me atraes, joder te deseo demasiado, y eso es lo que no me había pasado antes.

Me quedo mirándole, sonrío y le atraigo hacia mí para dejar un breve beso en esos labios que tanto me gusta besar. Le acaricio la mejilla y veo cómo cierra los ojos mientras el agarre de sus manos en mi cintura se hace más fuerte.

—Casi tenemos sexo en el pasillo de tu casa, por el amor de Dios.

—Eliam, tranquilo. No ha pasado nada. Hemos parado a tiempo —digo cogiéndole el rostro entre mis manos.

—¿Cenamos el sábado? —pregunta mirándome de nuevo y al ver cómo sus ojos van a mis labios, me mordisqueo el inferior de manera inconsciente—. No hagas eso...

—Lo siento —susurro poniéndome de puntillas para volver a besarle—.

Cenamos el sábado. Pero... no quiero que vuelvas a contenerte si...

—No creo que pueda hacerlo. Tengo un límite de contención ¿sabes?

—Y has llegado a él, ¿me equivoco? —pregunto sin dejar de sonreírle.

—Estoy a punto de mandar mi contención a la mierda y llevarte a tu cama

—susurra en mi oído y juro que sería yo misma quien le llevara a mi cama si no estuviera toda mi familia en casa—. Mejor me marchó. Nos vemos el sábado, pequeña.

Vuelve a juntar nuestros labios y me aferro a él como un naufrago a un salvavidas. ¿Por qué no le pido que se quede esta noche? Ya somos adultos, y mi familia no debería asustarse si...

—Me voy. Antes de que te lleve a tu cama y te haga mía como deseo hacerlo en este instante —dice haciendo que mi deseo de ser tomada por él en este momento quede relegado.

Le acompaño a la puerta y tras un último beso, voy al salón donde mi sobrino Elías me mira sonriendo.

—Podrías haberle dicho que se quedara. Se va con un dolor de huevos importante —me dice cuando me siento a su lado, quitándome los tacones y estirando las piernas sobre las suyas.

—Elías, no es normal que tengas esas confianzas con tu tía —le regaño intentando parecer enfadada, pero no lo consigo.

—Hija —dice entonces el abuelo Tobías—, el niño tiene razón. Ese hombre se ha ido a casa bastante perjudicado. Otro día no le mandes a una ducha fría y a dormir solo, que ya sois mayorcitos.

—¡Abuelo! —grito sorprendida porque nunca me había dicho algo así.

—Vamos, no seas tímida a estas alturas de la vida. Hija, a ese hombre le gustas, y por lo que se ve, él a ti también. No desaprovechéis la próxima vez que la vida pasa y después nos arrepentimos —tras esas palabras, el abuelo Tobías se pone en pie, me besa en la frente y nos da las buenas noches.

Vemos cómo se aleja hacia su dormitorio y cuando miro a Elías le veo sonriendo mientras observa su móvil.

—¿Alguna amiga? —pregunto acercándome a él.

—Más que eso, o al menos espero que así sea.

—¿La conozco? —ahí viene, el interrogatorio Moreno. Si mi hermano estuviera vivo sería él quien le hiciera estas preguntas a mi sobrino, pero como no está, me toca a mí.

—No me sonsaques, tía. No voy a decirte quién es. Al menos hasta estar seguro de que va a más.

—¡Ay, Elías! Tú siempre cotilleando mis ligues y yo no puedo preguntar.

—A ver, tía. Aclaremos lo de tus ligues —dice haciendo el gesto de comillas sobre las últimas palabras. Es para matarlo...—. Veamos, después de Quique, ese pedazo de mierda, estuviste un fin de semana con el rubio en San

Fernando. Después fue Nico, bastante después quiero decir. Y luego... nadie.

Hasta que apareció el futbolista, McBane.

—¡Oye! Que ese es un cliente... —pero no me deja terminar la frase.

—A otro con ese cuento. El rubio te comía con los ojos. Así que no me niegues que habéis tenido sexo. Y no, no quiero los detalles que eres mi tía

¡por el amor de Dios! Ahora aparece Eliam, y te veo ese brillito en los ojos que tenías con Quique... Y él te mira como si fueras la única mujer del mundo, quizás incluso del Universo.

—Elías, ¿en qué momento te hiciste tan mayor? —pregunto rodeándole la cintura y pegándome a él mientras me rodea con el brazo por los hombros.

—Pues creo que cuando perdimos a papá y mamá —responde dejando un beso en mi cabello.

—Te quiero mucho Elías, eres un gran apoyo para mí.

—Y yo a ti, tía. Y un consejo, si Eliam te gusta, adelante. A nosotros nos cae genial.

—¿Nosotros? —pregunto separándome—. ¿Quiénes sois nosotros?

—Todos los que vivimos contigo.

Me besa en la frente, se pone en pie y sin una sola palabra más se va a su dormitorio.

Me quedo sola en el sofá, mirando la televisión en la que realmente no distingo lo que están echando pues mi mente está en otro sitio. En la casa de al lado más concretamente, pensando en ese hombre de mirada penetrante, sonrisa sexy y que besa tan pecaminosamente bien.

Me gusta Eliam, y somos adultos. Puedo hacer lo que me plazca porque no tengo nada con nadie. Y de nuevo el dios nórdico aparece en mi mente.

Pero solo fue sexo, tanto para mí como para él. Nada más. Las mujeres también podemos tener solo sexo con un hombre porque sí, por placer y porque nos apetece. Somos adultos, lo entenderá cuando le diga que eso es lo que fue. Sexo de una noche. Punto. Tiene que estar acostumbrado, habrá tenido cientos de noches así. Una más... no es para tanto.

Apago la televisión, cojo los zapatos y voy a mi dormitorio. Tras ponerme un pijama de verano, me meto en la cama y en menos de

diez minutos, con el rostro de mi Adonis en la mente, me quedo dormida.

Guapa  
Lista  
y  
Madridista



Capítulo 13

**Sábado, 7 de junio de 2014**

A las ocho en punto me despido del abuelo Tobías y de mis sobrinos. Elías sonríe y guiña un ojo. ¡Qué puñetero es cuando quiere!

Abro la puerta y cuando veo a Eliam, todo mi cuerpo reacciona ante esa maravillosa visión.

Está apoyado en su coche, con las manos en los bolsillos, y me sonríe al verme. Camisa blanca de manga corta, marcando los músculos de sus brazos, consiguiendo que desee que me estreche entre ellos. Pantalones vaqueros negros y gafas de sol. Dios, está para pecar y no arrepentirse.

—Hola, pequeña —me saluda cuando llego junto a él y me rodea la cintura pegándose a él, acercándose a mis labios y besándome.

Gimo, no puedo evitarlo, este hombre hace que me excite simplemente con esos besos que me da.

—Estás preciosa —susurra pegando la frente a la mía y sonriendo.

—Gracias —consigo decir después de unos instantes—, tú estás... ¡uf!

—¡Vaya! Eso es bueno, ¿verdad?

—Es más que eso. Es... —me acerco a su oído y susurro— que estás para comerte.

Doy un leve mordisco en el lóbulo de su oreja y me aparto para mirale.

Pero con las gafas de sol no puedo ver esos ojos que tanto me gustan, así que las deslizo un poquito por el puente de su nariz y me mordisqueo el labio cuando le veo así. ¡Madre del amor hermoso! No sé si llegaré a la cena...

—¡Eliam! —me giro al escuchar que le llama una mujer y al ver que es su madre, intento apartarme, pero él me lo impide y me aferra a su costado.

—Mamá, nos marchamos ya.

—Bien, yo voy a casa de Damaris. Hola, tesoro —me dice Sonia acercándose para besarme en las mejillas, —estás preciosa.

Sonrío y respondo con un tímido gracias.

Para esta noche he escogido un vestido blanco de tirante ancho, escote no demasiado pronunciado, espalda al aire y falda de vuelo, a la altura de las rodillas. Y mis tacones, que las *Converse* con este modelito no pegan.

—¿Has dicho que vas a mi casa? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Sí, voy a ayudar a tu abuelo con los pequeños —me responde sin perder la sonrisa.

—¡Oh, no! No es necesario, de verdad. El abuelo Tobías y Elías se apañan bien...

—Tesoro, tranquila que no me importa. Además, ¿qué iba a hacer yo sola en casa? Aburrirme.

—Sonia, de verdad que no es...

—Pequeña —me interrumpe Eliam y sonrío de esa manera tan pícaro—, seguro que, estando mi madre, Rubén no te echará de menos, ni te llamará diciendo que se ha puesto malo.

—Pero... no me parece bien que estando de vacaciones...

—Damaris, cielo, de verdad que no me importa. Así practico para cuando mi hijo me de nietos —dice Sonia guiñando un ojo.

Finalmente le agradezco que vaya a mi casa y nos despedimos de ella.

Eliam me abre la puerta y antes de que pueda sentarme, me besa en el cuello.

Sonrío, le veo caminar con esa sensualidad que le caracteriza y cuando entra en el coche, se inclina y me deja un breve beso en los labios.

Pone el coche en marcha y sale de nuestra calle, camino a donde quiera

que me lleve a cenar. Claro que, con este hombre, me iría al mismísimo infierno sin preguntar siquiera. Me hace sentir tan segura a su lado que no importa cuál sea el destino, siempre que él esté conmigo.

Para mi sorpresa, no hemos ido a un restaurante cualquiera. Me ha traído a mi restaurante. Y no me enfado, que conste, puesto que, al ser la jefa, podríamos tener una sobremesa más larga de lo normal. La cosa es que, ante mi sorpresa, el restaurante está completamente vacío.

Ni una mesa ocupada, cosa que me hace pensar que ha tenido que haber una cancelación en masa de las reservas, pero al ver a Sofía sonreír empiezo a sospechar que está compinchada con Eliam.

—Buenas noches, bienvenidos —dice ella tan formalita—. Por aquí, por favor.

Y la seguimos a la mesa que nos han preparado, al fondo del salón, con una vela y una rosa roja. ¡Ay que me da algo!

Eliam me retira la silla y me siento, miro a Sofía y se encoge de hombros con esa sonrisilla suya tan pícara. Se retira y Eliam se sienta frente a mí.

Las luces del salón bajan de intensidad y miro hacia la puerta de la cocina, para comprobar que Alena es la encargada de dejarnos con una luz tenue y en compañía de la vela.

—¿Puedes explicarme por qué no hay nadie en mi restaurante?

—pregunto apoyando los codos en la mesa, cruzando las manos y dejando mi barbilla sobre ellas.

—Porque quería cenar a solas contigo —responde separando mis manos y llevando la derecha hacia sus labios para besarme.

—¿Y las reservas? Juraría que estábamos casi al completo esta noche.

—Bueno, le pedí a Elías que avisara a los clientes de que habían reservado el salón a última hora para una celebración especial, y



que se asegurara de que todos los que tenían reserva escogieran un día para cenar y estaban invitados por la casa.

—¡Eliam! No puedes hacer eso. No puedo permitirme cancelaciones e invitar a la cena a los clientes. Mis sobrinos dependen de este negocio —digo, y ahora sí que estoy realmente enfadada.

—Pequeña, tranquila, que yo me encargo de pagar esas cuentas. Está hablado con tu sobrino.

—Es que no puedo creer que Elías haya hecho esto. Y mis empleados...

Eliam se pone en pie, sin soltarme la mano, y me ayuda a levantarme. Me abraza y pegando su frente a la mía sonrío.

—Esta noche te quiero solo para mí —susurra antes de besarme y conseguir que me estremezca y me derrita ante esa declaración.

Cuando se separa no puedo evitar mordisquearme el labio y veo que una sonrisa de medio lado se forma en esos labios que tanto me gustan.

—Primero cenamos, y después... —se inclina y rozándome el cuello con la nariz, sube hasta tener los labios pegados a mi oído— no pienso controlarme—susurra—, voy a besarte, morder ese labio, saborearte, y hacerte vibrar entre mis brazos toda la noche.

Se aparta y vuelve a sentarse, mientras yo me quedo de pie, paralizada ante la promesa que acaba de hacerme.

Si por mí fuera le llevaba ahora mismo a mi despacho, olvidándome de la cena y pasando directamente al postre. Porque no tengo ninguna duda de que él es mi postre y yo seré el suyo.

Me siento sin apartar los ojos de los suyos y le veo sonreír. Adoro esa sonrisa. Es sexy y tierna a la vez.

Sofía llega con dos platos, no hemos pedido por lo que deduzco que el complot ha llegado hasta ese extremo, en el que mi Adonis ha pensado en la cena por los dos.

Me llega el aroma de mi plato favorito, la deliciosa lasaña de verduras de Olga. Así que sonrío y cuando volvemos a quedarnos solos, le cojo la mano y le doy las gracias.

El tiempo de la cena se me ha hecho cortísimo. Eliam tiene temas suficientes de conversación por lo que no ha habido ningún silencio de esos incómodos en los que alguno de los dos no sabe qué decir y se pasa a hablar del tiempo.

Me he reído como hacía tiempo no lo hacía con un hombre. Pero también sé que me he ruborizado y, con sus miradas y sus palabras, ha conseguido que me excite pensando en lo que vendrá después.

Nos despedimos de Sofía, Alena y Olga y, con el brazo de Eliam rodeandome la cintura, salimos a la calle, cobijados por la noche madrileña.



En vez de ir hacia el *parking* en el que hemos dejado su coche, caminamos un par de calles y llegamos a uno de los locales de

copas. La música llega hasta nosotros, y ya siento esas ganas de mover las caderas como siempre que he tenido ocasión con mis brujitas he hecho.

Entramos y sin soltarme, Eliam se sitúa detrás de mí para rodearme con ambos brazos. Llegamos a la barra y pide un bourbon para él y un refresco para mí.

Siento sus labios dejando pequeños besos en mi cuello, mientras con la mano me acaricia el vientre, pegándose a su pecho del que se desprende un calor que yo también estoy sintiendo.

La música de David Guetta y su *Without You* empieza a sonar. Usher llena el local con su voz mientras cientos de personas bailan en la pista.

*«I can't quit now, this can't be right.*

*I can't take one more sleepless night*

*Without you, without you.*[\[15\]](#) »

La voz de Eliam, cantándose esa parte, hace que me gire para mirarle, y un “Sin ti, no” susurrado hace que le rodee el cuello con ambos brazos y nos fundimos en un beso, mientras a nuestro alrededor la música sigue sonando y la gente bailando.

Nos separamos, sonreímos y salimos del local, caminando entre besos, caricias y abrazos hasta el coche.

Nada más entrar en su casa me acorrala entre la puerta y su cuerpo, apoderándose de mis labios con un beso salvaje, hambriento, mientras me acaricia la espalda. Con un movimiento de caderas se pega a las mías y noto su erección en mi vientre. Me aferro con las manos alrededor de su cuello y gimo, excitada y sintiendo la humedad que empapa mi ropa interior.

De un movimiento rápido me coge en brazos y le rodeo la cintura. No deja de besarme y con las manos me acaricia las nalgas mientras camina a lo que imagino será su dormitorio.

Me recuesta en la cama y se queda, arrodillado, sobre mí, besándome con esa fiereza que ha mantenido desde que llegamos.

Pasa las manos despacio acariciándome las piernas, de arriba abajo, y rompe el beso para deslizar los labios por mi cuello, el hombro y acabar mordisqueando mi pezón a través de la tela del vestido y el sujetador.

Arqueo la espalda y no puedo evitar tirarle del pelo. Me está excitando cada vez más con esta deliciosa tortura.

Noto sus dedos en la cintura y cómo los pasa por el tanga, bajándolo poco a poco, mirándome con ese brillo de deseo en los ojos. Me lo quita y lo deja caer, me mordisqueo el labio y le veo arrodillarse ante mis piernas, agarrándome las nalgas y acercándose a él. Pasa la punta de la lengua por mi clítoris y me estremezco. Me muerde, lame, besa y con la lengua tortura ese botón de placer hasta conseguir que me deje llevar por completo y cuando todo mi cuerpo se prepara para el orgasmo, le tiro del pelo y me libero con un grito.

Se incorpora y se desabrocha rápidamente el pantalón, bajándolo junto con los bóxers hasta dejarlos a la altura de sus muslos. Se inclina, me besa y me saboreo en sus labios, mientras nuestras lenguas se entregan a una danza de seducción completa.

De una sola embestida me penetra, grito y clavo las uñas en esos duros glúteos que tiene. Empieza a moverse despacio, entrando y saliendo de mí sin que se rompa el contacto de labios que tenemos.

Muevo las caderas para acudir a su encuentro y jadeo, me aferro a él y dejo que nuestros cuerpos se entreguen y se den el placer que se han prometido desde que nos besamos aquella noche en el jardín.

Sus acometidas se hacen más rápidas, más profundas, y el sonido de los gemidos rompe con el silencio de la oscuridad del dormitorio, acompañado por el golpeteo de la carne de nuestros cuerpos encontrándose.

Estoy a punto de llegar de nuevo, de alcanzar el clímax, el nirvana. Los músculos internos se contraen alrededor de esa gloriosa erección y él, al notarlo, aumenta el ritmo hasta que ambos estallamos con un grito, que se me antoja parecido al aullido de un lobo.

Se deja caer sobre mí, me besa mientras los últimos coletazos de nuestros

orgasmos se desvanecen, me abraza y apartándose hunde el rostro en mi cuello para que ambos recuperemos la respiración.

—Lo siento, *mo ghràdh*[\[16\]](#) —susurra sin mirarme, mientras le acaricio el cabello—, nuestra primera vez debería haber sido más tranquila, pero te deseaba demasiado.

—Eliam, nuestra primera noche ha sido perfecta, increíble.

—No he terminado contigo, *mo ghràdh* —dice mirándome al fin, acariciándome la mejilla— dame cinco minutos, y te hago mía como mereces.

Esa forma de decirlo, esa voz ronca y seductora. Sus ojos fijos en los míos y sentir la yema de los dedos acariciándome la mejilla, hace que me estremezca y vuelva a desearle.

Le atraigo hacía mí, sin dejar de mirarle me paso la punta de la lengua por los labios.

—Hazlo, *mo ghràdh* —susurro con la frente pegada a la suya, a pesar de no saber qué quiere decir lo que me ha llamado él a mí— , hazme tuya otra vez.

Nos besamos y dejamos que el placer se apodere de nosotros, que sean los besos, las caricias y lo que sentimos quienes hablen por nosotros.

Guapa  
Lista  
y  
Madridista



Capítulo 14

**Lunes, 9 de junio de 2014**

Han pasado dos días desde que estuve con Eliam, pero no puedo olvidar lo que me hizo sentir. Con sus besos y caricias consiguió que me olvidara de todo, de que soy tía y madre a jornada completa, me hizo sentir mujer de nuevo.

Como prometió, me hizo suya hasta altas horas de la noche. Y ya por vergüenza por lo que pensara su madre, le pedí que me acompañara a casa.

Cuando entramos, la sonrisa de Sonia me dejó claro que sabía lo que había pasado. Imagino que el hecho de que mi melena estuviera algo despeinada le dio una idea. La sonrisa de mi sobrino Elías y del abuelo Tobías, terminaron de confirmarlo.

El domingo lo pasé en casa con mis pequeños, viendo pelis y comiendo chucherías. Eliam tenía que revisar unos documentos

para una reunión que tenía hoy, así que no nos vimos, pero me escribió un par de mensajes donde volvía a llamarme *mo ghràdh*, que no me respondió cuando le pregunté qué significa, así que lo busqué en San Google y cuando vi que me llamaba mi amor, creí morirme.

Una sonrisilla tonta se me dibujó en los labios y recordar las veces que me lo llamó durante nuestra noche entre las sábanas, hacía que me ruborizase.

Llevo todo el día en el restaurante pensando en él, en enviarle un mensaje, pero no quiero molestarle pues no sé cuánto durará su reunión.

Son cerca de las siete, y aunque cerramos el restaurante los lunes, he venido para poder hacer unos pedidos urgentes y que no nos quedemos colgados. Le he dicho a Elías que se encargue de los niños. Miedo me dan los tres juntos, que se van al cine y cuando vuelven a casa no quieren ni cenar.

Estoy terminando de repasar el libro de reservas cuando escucho la voz de Alicia a mi espalda. Me giro y ahí está una de mis mejores amigas. Pero tiene mala cara, no se la ve tan sonriente como me tiene acostumbrada.

—Hola, preciosa, ¿qué tal? —pregunto y por cómo me mira, sé que tenemos una larga charla por delante.

—Creía que bien, pero al parecer no.

—¿Y eso? ¿Qué te pasa? —cojo dos vasos y saco dos refrescos, pero antes de que los abra, me coge la mano.

—Si puede ser algo más fuerte...

—Ahí, me estás empezando a asustar. ¿Qué pasa?

—Ilan, eso me pasa —dice dejando caer el rostro sobre las manos.

—Vale, empieza por el principio anda.

Cojo una botella de ginebra y preparo dos *gin tonics*. Los dejo en la barra y me dispongo a escuchar a mi amiga, que por la cara que tiene y el brillo de sus ojos, creo que acabará la noche con alguna que otra lágrima.

—Bueno, sobra decir que Ian es un amor. Atento, cariñoso... Tenemos *feeling*, nos entendemos bien y en la cama ni te cuento. Han sido pocas veces, pero tremendas. Estos días que ha estado fuera con el resto, me ha escrito y me ha llamado, todo genial. Pero ahora dice que cuando vuelva que no podemos seguir viéndonos, que no funcionará porque él se volverá a ir y... y yo... yo... ¡Yo me he enamorado como una tonta! —me dice y las primeras lágrimas empiezan a deslizarse por las mejillas de Alicia.

—Ali... tranquila bruji. No te lo tomes así.

—¿Y cómo me lo tomo? Me habla en ese acento escocés, que ya sabes cómo me gusta a mí todo eso. Me susurra ese *bana-phrionnsa*[\[17\]](#) que hace que me derrita y sé que quiero estar el resto de mi vida con ese maldito escocés.

Pero ahora me dice que no, que no lo ve. ¿Pero es que es tan difícil? Para una vez que me enamoro de verdad...

Y en eso lleva razón. Mi brujita no se había enamorado nunca, y mira que ha tenido ocasiones para ello, que desde el instituto han sido unos cuántos hombres los que han pasado por su vida, pero ninguno digno de destacar.

Salvo el escocés, ese moreno de ojos negros sin duda ha marcado a fuego el corazoncito de Alicia.

—¡Ay, cariño! No llores, anda. Seguro que se acabará dando cuenta de que ha metido la pata. Mira os he visto poco tiempo juntos, pero ese hombre está loquito por tus huesos. No hay más que ver cómo te mira —digo dando un trago a mi copa.



—No, sé que se acabó. Tendré que asumirlo.

—Ali, terminate esta copa que nos vamos tú y yo solitas a bailar —  
le pido guiñando un ojo.

Terminamos nuestras copas, recojo todo y tras coger el bolso, salimos a la calle. Es lunes, imagino que no muchos sitios estarán abiertos a estas horas así que después de mandarle un mensaje a Elías para avisar de que llegaré tarde porque tengo a Alicia en plan *Drama Queen*, nos vamos a cenar al KFC del centro comercial y seguimos charlando.

Eliam me envía un mensaje, quiere que nos veamos, pero le digo que no puedo, que estoy con mi brujita y me dice que cuando llegue a casa le avise y me pase por su jardín, y cito textualmente sus palabras “*Quiero besarte hasta que nos falte el aire, glé mhath, abrazarte y que se me quede tu aroma grabado hasta que me venza el sueño*”. Juro por lo más sagrado que me he humedecido con eso de los besos.

A las diez y media, hartas de reír, llorar y acordarnos de los antepasados del puñetero escocés, que así lo ha bautizado Alicia, decidimos ir a un bar donde tomar una copita y bailar.

Volvemos a la zona donde tengo el restaurante y vamos al local donde estuve el sábado con Eliam. Tomamos un *gin tonic*, dos, y en el tercero, siento unas manos rodeandome la cintura y al girarme, me lo encuentro a él, al dios nórdico, con esos ojos azules y esa sonrisa.

Miro a mi izquierda, donde está Alicia, y veo que Ian la tiene abrazada mientras le besa el cuello. ¡Joder con el que no quería nada! A todo esto ¿ya han pasado las dos semanas que iban a estar fuera?

—Hola, *mo shithiche* —susurra en mi oído para después darme un beso que hace que me estremezca.

Por Dios, ¿por qué ha tenido que venir? Busco con la mirada a los otros dos escoceses, pero no hay rastro de ellos.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, y noto que mi voz empieza a estar algo perjudicada por la bebida.

—Quería verte. Ian escribió a Alicia y cuando le dijo dónde estábais, vinimos.

—Pues hablaré con ella, porque no me parece bien que no me avisara.

Creí que estaba claro que no quiero verte, Kayden.

—A mí no me parece que estuviera tan claro.

—Pues para mí sí. No quiero verte. No. Quiero. Verte —repito, despacio para ver si así lo entiende—. Además, he conocido a alguien— digo a ver si así me deja tranquila.

—Yo te vi primero, así que no voy a dejar que te me escapes —susurra y cuando intento apartarme, me besa con esa intensidad que tan bien recuerdo.

Me quedo paralizada, sin reaccionar, hasta que no puedo controlarme y deajo que mis labios respondan a ese ataque.

Escucho la música, es la voz de Adam Levine, cantante de Maroon 5. *One more night* irrumpe en el local mientras yo me deajo llevar por el beso de este dios nórdico.

*«Got you stick on my body, on my body*

*Like a tatto.*

*And now I'm feeling stupid, feeling stupid*

*Crawling back to you*[\[18\]](#) .»

Miro a Alicia e Ian, y veo que él asiente, imagino que es por lo que dice la letra de la canción. Ian ha vuelto a ella.

Alicia me mira, sonrío y deja que Ian la cobije entre sus brazos. Vuelven a mirarse y se besan como si llevaran siglos sin verse. Ian la carga en brazos y ella se engancha a él como una monita. Enamorada hasta las trancas, amiga mía.

*«But I'll Only stay with you one more night.*

*Try to tell you no*

*But my body keeps on telling you yes[19].»*

Y así me siento yo con Kayden. Por más que intento no dejarme llevar, al final es imposible. Mi cuerpo reacciona a él, a sus besos. Esos besos que de nuevo está dejando sobre mis labios y haciendo que me olvide de todo.

Pero unos increíbles ojos marrones vienen a mi mente. Eliam. Su rostro se manifiesta en mi cabeza. Su sonrisa, el modo en que me mira. Me aparto de Kayden y cojo aire, respiro hondo y cuando se inclina para volver a besarme, pongo la mano en su pecho y niego. Miro a Alicia y la veo tan concentrada en el baile con su escocés que no quiero molestarla.

Me alejo y camino entre la gente hasta llegar a la salida. Cierro los ojos y respiro el aire de la noche.

Siento que me observan y al abrir los ojos veo a Kayden frente a mí.

—No te vayas —me pide acercándose y cogiéndome por la cintura—. No sabes cuánto te echaba de menos. Quería haber regresado antes, pero me fue imposible.

—Kayden, no hay nada entre nosotros. Deja que me marche, por favor

—le pido dejando mis manos sobre sus brazos.

—No quiero que te vayas. Quiero pasar esta noche contigo. Por favor.

Se inclina hasta que nuestros labios están unidos y vuelve a besarme. No puedo seguir con esto, es una locura. Yo quiero conocer a Eliam... ¡soy su amor, por Dios!

—Kayden, no. Lo siento, ya te he dicho que he conocido a alguien.

—Pero sigues reaccionando a mis besos. Sientes algo por mí... no te lo niegues a ti misma.

¿Y qué contesto yo a eso? Nada, simplemente no contesto nada porque no quiero ser consciente de que siento algo por él. ¿Pero el qué? Supongo que es atracción. Es que este hombre atrae a cualquiera por favor. ¡No hay más que verle! Esos ojos, su mirada, el modo en que sonrío... ¡Mierda no le mires más!

—Lo siento, me marchó. Me esperan en casa.



—Deja que te acerque, al menos —dice dejando un beso en mi cuello.

Me estremezco y noto que está sonriendo. ¡Maldita sea mi cuerpo y su oportuna vida propia!

—No te me vas a escapar, *mo shìthiche* —susurra antes de apartarse.

Veo en sus ojos que habla en serio. No me lo va a poner fácil.  
¡Perfecto!

Me alejo de él y empiezo a caminar hasta donde tengo el coche, necesito llegar a casa y olvidarme de Kayde McBane.

¿Por qué ha tenido que volver a aparecer justo ahora? Es que no me lo puedo creer. Podía olvidarse de mí como del resto de mujeres, una noche y ya.

Pero no, él quiere repetir, pero yo no. No quiero volver a acostarme con McBane.

Cuando al fin llego a casa voy en silencio a mi dormitorio. Están todos dormidos y no quiero despertarlos.

Ni siquiera he llamado a Eliam para vernos en su jardín, es que no me veo con fuerzas después de que Kayden me haya besado. ¿Qué pensaría Eliam si supiera eso? Cierto es que conocí a Kayden antes que a él, pero... si estamos manteniendo una relación no es bueno que me bese con otro.

Cierro la puerta del dormitorio y me quito los tacones, me deshago de la ropa y entro en el cuarto de baño para darme una ducha. Necesito que el agua me relaje.

Abro el grifo, regulo la temperatura y entro, sintiendo las gotas golpear mi piel. Apoyo las manos en los azulejos y me quedo completamente bajo el agua de la ducha. Kayden y sus besos se apoderan de mi mente y abro los ojos. No quiero pensar en él, no quiero.

Escucho que vibra el móvil que dejé sobre el lavabo, pero lo ignoro, seguro que es Kayden y no quiero hablar con él.

Cuando termino de ducharme y cierro el grifo, el móvil vuelve a vibrar.

Me coloco la toalla alrededor del cuerpo y la anudo por delante. Con el pelo

escurriendo el agua, salgo de la ducha y cojo el móvil. Al ver el nombre de Eiam en la pantalla sonrío.

—Hola —respondo tras descolgar.

—Hola, pequeña. Es tarde, y como no me habías llamado creí que te habría pasado algo. Me preocupé al no cogerme el teléfono la primera vez que te he llamado —dice, y le noto realmente preocupado.

—No, no me ha pasado nada. Es solo que... necesitaba ducharme, quitarme el olor a tabaco...

—Damaris, si estás cansada lo entiendo. No tienes que darme explicaciones, *mo ghrádh* —y ahí está de nuevo, llamándome mi amor.

—Acabo de ducharme. Te espero en la puerta de mi salón, quiero que me hagas el amor, Eiam —le pido mientras salgo del cuarto de baño, tan solo con la toalla.

—Damaris, pequeña, de verdad que...

—Eiam, quiero que pases esta noche conmigo.

—Y yo quiero pasarla, *mo ghrádh* —cuelgo y salgo de mi dormitorio camino del salón.

Cinco minutos después Eiam está entrando en mi casa y sin pensarlo dejó caer la toalla al suelo, mostrándome ante él. Desnuda,

siendo solo yo.

Ofreciéndome a él en cuerpo y alma.

Se inclina, coge la toalla y tras colgársela al hombro me besa con ese hambre de la primera vez. Me coge en brazos y le rodeo la cintura mientras nuestras lenguas se saludan y se entelazan.

Camina por mi casa como si fuera el dueño, como si hubiera pasado por allí cientos de veces.

Se para en el pasillo y rompe el beso, me mira y alza una ceja, esperando que le diga dónde ir.

—La puerta del final, a la derecha —digo sin apartar los ojos de él.

Vuelve a besarme y dejo de ser consciente de lo que nos rodea. Vuelvo al aquí y ahora cuando noto las sábanas bajo mi piel, acariciando cada centímetro de mí.

Eliam se arrodilla y tras un último beso se aparta para desnudarse. Poco a poco, haciendo que me impaciento por tenerle.

Acaricio su torso cuando se ha quitado la camiseta y clavo las uñas en él.

Sonríe y se levanta para quitarse los pantalones.

Cuando su erección se libera, erguida y con algunas gotas de su esencia en la punta, ante mí, me incorporo y cogiéndole por las caderas lo acerco a mis labios.

Dejo un beso en el glande, saludando a mi amiguita, le miro y sonrío antes de llevarme esa delicia a la boca. Paso la lengua por ella, de abajo arriba, lentamente.

Eliam jadea y con la mano derecha recoge mi cabello en una coleta cerrando el puño alrededor. La mano izquierda la lleva a mi pecho y lo masajea, acariciando el pezón, pellízcándolo.

Gimo y me centro en darle placer a mi hombre. Succiono despacio su erección, paso la lengua alrededor, saboreo la punta y me deleito con ese momento. Cuando Eliam empieza a mover las caderas y embestir mi boca como si me estuviera follando a mí, me siento satisfecha de haber conseguido excitarle tanto.

Me aparta despacio, se inclina y me besa como si hiciera una eternidad que no lo hace.

—No quiero acabar en tu boca, pequeña. Quiero hacerte el amor, como me has pedido, y que grites mi nombre cuando te corras —susurra antes de cogerme en brazos y, de una embestida, penetrarme.

Jadeamos al unísono, mientras él me sostiene y me mueve, acercándose al encuentro de su cuerpo.

Me aferro con las uñas a esa espalda tan dura que tiene y nos fundimos en un beso que nos hace saber a los dos que la noche va a ser larga.

Unas cuantas embestidas más y estamos los dos liberando nuestro orgasmo. Jadeantes, temblorosos y sudorosos, de pie en la oscuridad de mi dormitorio.

Le rodeo el cuello, apoyo la frente en su hombro y noto que me besa en la sien.

—Estás hecha para mí, pequeña. Nuestros cuerpos y nuestras almas se han estado esperando —susurra recostándose en la cama, volviendo a besarme y cubriendo todo mi cuerpo de caricias.

Nos dejamos llevar de nuevo y nos entregamos al amor, a la pasión, a la lujuria. Nos entregamos al placer de amarnos el resto de la noche.



# Guapa Lista y Madridista



## Capítulo 15

***Martes, 10 de junio de 2014***

Me despierto al escuchar el agua caer. Abro poco a poco los ojos y me acostumbro a la claridad del día que entra por la ventana. Me desperezco, estirándome en la cama y ronroneando como una gatita. Me giro hacia la izquierda y el aroma de Eliam, que ha quedado impregnado en la almohada, me hace sonreír.

No dejó de demostrarme durante la noche cuánto me desea, dándome placer en cada uno de nuestros encuentros.

Miro el reloj de la mesita, y al ver que son las ocho y media me levanto de un brinco.

—¡Me he dormido, mierda! —grito mientras voy al armario a coger ropa para vestirme.

Pantalón, camisa, mis tacones y ropa interior. Listo. Lo dejo todo sobre el sofá y voy al cuarto de baño. Abro la puerta y lo primero que veo es la figura de Eliam a través de la mampara de la ducha, totalmente empañada, y recordar la noche que hemos pasado entre las sábanas, hace que me erice por completo.

Ni siquiera lo pienso. Corro la puerta de la mampara y entro en la ducha, llevando las manos al pecho de Eliam para acariciarle, al tiempo que dejo

breves besos en su espalda.

—Buenos días, pequeña —dice cogiéndome las manos y girándose hacia mí.

—Buenos días, grandullón —respondo sonriendo y no puedo evitar dirigir la mirada hacia esa parte de su anatomía que me saluda erguida—. ¿Te alegras de verme?

—Yo siempre me alegro de verte, *mo ghrádh* —susurra con esos labios tan apetecibles pegados a los míos.

Me besa mis manos se deslizan por sus hombros hasta entrelazarse alrededor de su cuello. Es la primera vez en años que disfruto de unos buenos días tan deliciosos.

En menos de un segundo me veo rodeándole las caderas con mis piernas y siendo penetrada sin apenas dificultad. Pues sí que me he levantado deseosa y ni me había dado cuenta.

Con la espalda pegada a la pared, los labios de mi Adonis cubriendo de besos y mordisquitos los míos y esas embestidas rápidas empiezo la mañana.

Eliam rompe el beso, me mordisquea el cuello y dejo que mi garganta libere gemidos que escandalizarían a cualquiera.

Durante la noche nos reprimimos, no queríamos despertar a mi familia, pero ahora que el agua nos da esa pequeña tregua para amortizar mis gemidos, me dejo llevar por el placer.

El orgasmo nos alcanza y escucho el grito de Eliam amortiguado por la piel de mi hombro. Me aferro a su espalda, le beso el cuello y en unos segundos tengo sus labios apoderándose de los míos.

—Si pudiera, empezaría así todas las mañanas —susurra con la frente pegada a la mía.

—Bueno... hoy me he dormido. Tengo que preparar el desayuno para los pequeños y llevarlos al colegio.

—Ya están desayunando. Me he encargado de eso —dice dejándome de nuevo en el plato de ducha y cogiendo el bote de gel para enjabonarme.

Sentir sus manos hace que me estremezca, me enjabona con tanto cuidado que pareciera que tratara con una escultura de valor incalculable.

Me lavo el pelo y tras aclararnos, cierro el agua para poco después dirigirme al dormitorio envuelta en una toalla.

Entonces caigo en lo que me ha dicho, y le miro frunciendo el ceño.

—¿De qué te has encargado tú, exactamente? —pregunto.

—Del desayuno de tus sobrinos.

—Pero... ¿te han visto?

—Pequeña, estabas completamente dormida cuando Rubén entró en la habitación. Me desperté al escuchar una risita y ahí estaba —dice señalando mi cama—, sentado a tu lado. Cuando me ha visto despierto, ha señalado hacia abajo y su risita era porque yo te tenía rodeada con mi brazo izquierdo.

—Dios, ¡qué vergüenza! Nunca ha entrado un hombre a esta casa.

Deberías haberte marchado anoche, Eliam.

—Tranquila, que no ha preguntado nada. Después de ponerme los bóxers y la camiseta le he cogido en brazos y hemos ido a preparar el desayuno. Lea estaba en la cocina sacando tazones y vasos, y después ha llegado Elías con el abuelo Tobías.

—¡Por Dios! Eliam...

—¡Ey! —dice rodeándome la cintura— Me han dado los buenos días como si verme en vuestra cocina fuera lo más normal.

—Pero es que eso no es normal en mí.

—Entonces ¿soy especial para ti, pequeña? —pregunta con esa sonrisa de medio lado que me rompe los esquemas y esa mirada que consigue traspasarme hasta llegar a mi alma.

—Sí —respondo sin pensar.

—Tú para mí también. Y ahora, señorita Moreno, vístase que tenemos el desayuno esperando y dos niños a los que llevar al colegio —dice antes de dejarme un breve beso en los labios.

Cuando entro en la cocina Elías ya se ha encargado de recoger todo lo del desayuno de los pequeños.

Me siento en uno de los taburetes y Eliam me da un beso en la mejilla antes de ir a servirme café.

Veo a mi sobrino Elías apoyado en la encimera, con los brazos y los tobillos cruzados y, tras señalar a Eliam con la cabeza, alza una ceja interrogante. Me encojo de hombros y cojo mi tostada para darle un mordisco.

—Tía, Rubén dice que Eliam ha dormido contigo —me dice Lea sentándose a mi lado tras dejar su mochila en el suelo.

—Bueno, es que...

—¿Sois novios? —pregunta Rubén, y yo no sé qué responderle ni dónde meterme.

Este sería un buen momento para que me tragara la Tierra y me escupiera lejos, muy lejos. ¿Cómo de lejos podría ser? Hummm tendría que pensarlo...

—¿Te parecería mal que fuera el novio de tu tía, Rubén? —pregunta Eliam y ahora sí que sé dónde quiero que me escupa la Tierra.  
¿Groenlandia qué tal se vería?

—Es más como mi mami que mi tía —responde mi sobrino—, y no, no me importaría que fueras su novio. Me gustas y me caes bien.

¿He dicho Groenlandia? Eso sigue estando cerca, yo creo. Mejor...

Mejor... Que no me escupa, que me quedo allí dentro aguantando mi propia vergüenza.

—En ese caso, campeón, si cuento con tu aprobación, soy el novio de tu tía —Eliam lo dice tan tranquilo, sonriendo, acercándose a mí y volviendo a besarme la mejilla—. Tú que dices, *mo ghrádh*, ¿somos novios?

Le miro, y ahí está su sonrisa. Esa que me ha vuelto loca por completo desde el primer momento que la vi. Y esos ojos tan brillantes, en los que ahora veo lo que intuyo es ilusión.

No me importaría tener una relación con este hombre, al que afortunadamente toda mi familia adora. Sonrío, le abrazo y apoyo la mejilla en su pecho mientras dejo que sus brazos me estrechen dándome ese calor, ese amor, que tanto tiempo he esperado recibir.

—Pues no me puedo negar, y menos si cuento con el apoyo de mi familia

—respondo mirando a mi sobrino Elías que me devuelve la sonrisa.

—Bienvenido a la familia, hijo —dice el abuelo Tobías levantando la que imagino es su segunda taza de café.

—Si has terminado, será mejor que los llevemos al colegio —me dice Eliam dejándome un beso en la frente.

—Sí, no quiero que lleguen tarde.

—Bien, voy a por mi coche.

—Eliam, en tu coche no tengo la sillita para Rubén —le digo cuando se

aparta.

—Tranquila, que la cambiamos en un momento. ¿Me ayudas, Elías?

—Claro, tío. Y me voy a la uni que al final llego tarde yo también.

Elías se acerca a mí y, como cada mañana, me da un beso en la sien. Se inclina y tras regalarme esa sonrisa que ha heredado de mi hermano, me susurra:

—Menuda noche me habéis dado, tía. Si me duermo en clase, ya sabes de quién es la culpa.

Blanca, así debe estar mi cara ahora mismo. ¿Pero en qué momento le he dado pie a mi sobrino para que tenga esa confianza conmigo? Le miro y el muy cabrito se está riendo.

—Me pillo la tarde y la noche libres en el restarurante, tía, que he quedado —dice Elías desde la puerta de entrada, de modo que no puedo replicarle nada así que no me queda más remedio que hacer yo el turno y que el abuelo Tobías se encargue de los pequeños.

Antes de que pueda abrir la boca para decírselo al abuelo, él mueve la mano y con ese gesto me da a entender que sabe lo que tiene que hacer.

Recojo las tazas y platos de mi desayuno y el de Eliam y, tras cargarme al hombro la mochilita de Rubén, salgo con mis sobrinos a la calle donde Eliam nos espera con su coche en marcha.

—¿Listos? —pregunta abriendo la puerta de la parte trasera.

—¡Sí! —gritan mis sobrinos entrando en el coche.

—Pues venga, que hoy soy vuestro chófer.

Le veo atar las sujeciones de la sillita de Rubén y me quedo impresionada.

Seguro que Elías le ha explicado cómo hacerlo.

—Me gusta Eliam, tía —me dice Lea desde la parte de atrás—. Es divertido y muy atento con nosotros. Tienes un buen novio.

Me quedo mirándola, y veo que ella está leyendo en su libro de historia como si no hubiera dicho nada. Eliam entra en el coche y me coge la mano para darme un beso.

—Nos vamos —dice guiñándoles un ojo a mis sobrinos.

El trayecto se pasa rápido, mientras Rubén le enseña a Eliam la última

canción que se aprendió en el cole.

Lea no para de reír cada vez que mi Adonis se equivoca, bueno finje equivocarse realmente. Ver a mis sobrinos así de felices es una maravilla.

Cuando llegamos al colegio, no puedo evitar sentirme observada, y es que todas las mamás miran a Eliam como si fueran leonas hambrientas. ¿Es que no han visto nunca un hombre como él? No, claro que no. Eliam es único. Y

teniendo en cuenta que la mayoría de estas mujeres tienen maridos calvos y regordetes... ¡Por Dios, la mamá de Martina se está mordisqueando el labio!

Esto es alucinante.

La miro arqueando una ceja y ella, al darse cuenta de que la he pillado teniendo pensamientos pecaminosos con MI HOMBRE, abre

la boca y vuelve a cerrarla, tan roja como la grana, y se gira para darle un beso a su hija que no dejaba de tirarle de la camisa.

Eliam camina con Rubén cogido a su mano, mientras Lea le va resumiendo el tema que se ha estudiado para el examen de historia de hoy.

Pasamos junto a Martina y su madre, sí, la mordisquitos, y ella le hace un traje nuevo a Eliam. Le mira de arriba abajo sin disimulo alguno, pasándose la lengua por los labios en un intento de que él se fije en ella. ¿En serio? Vamos, lagartona, olvídale que no está hecho para ti.

La miro, fulminándola con la mirada y dándole a entender que, mentalmente por su puesto, le he arrancado un mechón de pelo. ¡Y bien a gusto que me habría quedado si lo hiciera de verdad!

—Buenos días, Manuela —digo su nombre completo sabiendo que lo odia, pues ella prefiere ser Ela. Coño, si te llamas Manuela, como tu madre y tu abuela, te llamas Manuela y punto.

—Buenos días, Damaris. Qué bien acompañada te veo hoy —¡y hace un batido de pestañas que ya quisiera Michelle Bundchen!

—Es Eliam, el novio de mi tía —se apresura a informar Rubén y yo me hincho, orgullosa como un pavo, de ver a mi pequeño defendiendo lo que es de su tía. ¡Sí señor!

—Pues encantada, soy Ela —dice ella, acercándose para darle dos besos que él, con lo educado que es, no rechaza.

—Un placer, Manuela. —¡ole, ole y ole! Mi Adonis dejando claro que me ha oído decir su nombre, marcando las distancias—. Venga, que tengo que llevarte al restaurante— me dice cogiéndome por la cintura con el brazo y





pegándome a su costado.

—Adiós, Manuela —me despido de ella con mi mejor sonrisa de triunfadora y, mentalmente claro está, sacándole la lengua a esa víbora.

Lea y Rubén se despiden de mí con un beso, y después lo hacen de Eliam que, sonriendo, me mira y veo que está tan sorprendido como yo.

Cuando volvemos al coche, antes de entrar, me coge por la cintura y me besa. Sé que los niños ya no están cerca, pero puedo notar las miradas de las madres en nosotros.

—Jamás podría fijarme en otra mujer teniéndote a ti —susurra cuando se aparta—. Quiero que eso siempre lo tengas claro.

—Vale —y no digo nada más porque no sé realmente qué puedo contestar.

—Es que ya pasé un par de veces por una situación así. Le dijeron a las chicas con las que estaba en aquél entonces que me habían visto con otra y...

bueno, no es mi estilo, solo eso.

—No te preocupes, yo tampoco me iré con nadie —y lo digo completamente en serio.

Ya puede venir el dios nórdico como su madre le trajo al mundo, cargado de rosas, bombones y una banda de mariachis, que no cambio a mi Adonis por nadie.

Subimos al coche y ponemos rumbo al restaurante.

El día ha pasado rápido, la verdad. Elías me llamó para preguntar si quería que viniera para hacer el turno, pero le dije que no, que saliera y se divirtiera un rato. No conseguí sonsacarle si había quedado con esa chica de la que me habló, pero en fin, ya me enteraré.

El abuelo Tobías me llamó diciéndome que Eliam se había pasado por casa para decirle que iba a ir él a recoger a Lea y Rubén. Me sorprendió mucho así que le llamé y le dije que iba a avisar a las profesoras para que no se preocuparan.

Según me contó, pensaba llevarlos al centro comercial a merendar tortitas, y después irían un rato al parque.

Estoy terminando de organizar las mesas para las reservas de mañana mientras espero que Eliam y mis sobrinos vengan a buscarme, y es que según mi sobrina cuando me llamó desde el teléfono de Eliam, nos vamos a cenar a una pizzería. Desde luego, esos dos ya están empezando a hacer lo que quieren con Eliam.

Escucho la puerta abrirse, miro el reloj y veo que aún faltan quince minutos para que me recojan. Me giro pensando que han llegado antes y me encuentro con esos ojos azules que me miran destilando deseo.

—Hola, *mo shithiche* —dice Kayden sonriendo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto más enfadada de lo normal.

—Venía a invitarte a cenar. ¿Ya has terminado?

—Estoy a punto, pero no voy a ir a cenar contigo. Ya he quedado.

—¿Con ese al que dices estar conociendo? —pregunta apoyando los codos en la barra—. Ninguna de tus amigas saben nada de ese supuesto hombre.

—Porque no les he hablado a ellas de él. Están con sus cosas, y tienen sus vidas y sus amoríos con tus amigos. No las he visto mucho últimamente.

—Vamos, no me dejes plantado. He venido hasta aquí... —pero no le dejo seguir.

—Kayden, te dije que no quiero nada contigo. ¿No ves que somos de mundos diferentes? Y no me refiero a que tú tengas más dinero que yo, el dinero a mí no me importa. Pero te persiguen periodistas y yo tengo dos sobrinos pequeños a los que cuidar. Por favor, olvídate que alguna vez pasó algo entre nosotros —le pido dándome la vuelta para colocar la botella que tengo en la mano.

—¿Que me olvide? No puedo olvidar esos ojos que se me aparecen por las noches cuando intento dormir. Ni el sonido de tu voz al pronunciar mi nombre. Ni siquiera el tacto de tu piel bajo mi cuerpo.

—¡Basta! —grito girándome para mirarle de nuevo—. No quiero seguir escuchándote. No quiero tener nada contigo. Fue sexo, nada más.

La puerta del restaurante se abre y veo entrar a mi sobrina Lea. Cuando ve a Kayden sonríe y se acerca para darle un abrazo.

—Hola, futura futbolista —le dice él tras chocar los cinco.

—Hola. ¿Has venido a cenar? —pregunta Lea.

—He venido a invitar a cenar a tu tía. Pero me está diciendo que no.

—Es que nos vamos a cenar con su novio —Lea se gira, sonriendo, y me mira—. Venga, que no hemos encontrado aparcamiento y nos están esperando en el coche.

—Ya voy, cariño.

Salgo de detrás de la barra, cojo mis cosas del despacho y voy a la cocina para despedirme de mis empleados.

Al girarme el cuerpo de Kayden me impide pasar, y tras apoyar las manos en la pared, se inclina para besarme el cuello.

—No voy a dejar que te me escapes. Entre ese hombre al que ya odio y yo, sabes que fui el primero. Solo quiero una oportunidad, por favor —susurra antes de mirarme.

—No, lo siento. Ya has oído a Lea, ahora tengo novio. Y por favor, deja que me marche.

Kayden se aparta, me alejo de él y cogiendo la mano de mi sobrina salimos del restaurante para entrar en el coche de Eliam que nos espera en doble fila.

Eliam me saluda con un breve beso en los labios ante las miradas y las sonrisitas de mis sobrinos. Cuando me giro para ponerme el cinturón de seguridad, veo a Kayden en la calle, mirándome, con las manos en los bolsillos.

—Pues vamos a cenar, que tengo hambre y ganas de pizza —la voz de Eliam hace que deje de mirar a Kayden.

# Guapa Lista y Madridista



## Capítulo 16

Las pizzas de la cena estaban realmente riquísimas. Era una pizzeria italiana auténtica y mis sobrinos han disfrutado como enanos.

Llegamos a casa hace una hora, lo justo para un baño rápido de mis sobrinos y meterlos en la cama. Eliam se ha quedado para leerle un cuento a Rubén, y en cuanto se ha quedado dormido nos hemos metido en mi dormitorio como si fuéramos dos adolescentes.

Besos, caricias y un calentón de tres pares de narices que nos ha llevado al cuarto de baño para un encuentro fugaz.

Cuando le acompañé a la puerta, el abuelo Tobías seguía viendo la televisión sentado en su sofá favorito, ese orejero de color marrón viejecillo y algo desgastado que le regaló su difunta esposa.

Y aquí estoy, de nuevo en mi dormitorio, sola y a punto de meterme en la cama. Pero la melodía de llamada entrante en mi móvil retrasa mis planes de dormir.

Cuando lo cojo de la mesita de noche y veo el nombre de Alicia en la pantalla, me asusto al ver que son casi las doce de la noche, pues

igual le ha pasado algo y no es ella la que me llama, sino la policía o algún médico.

Descuelgo con el corazón en un puño y tras preguntar espero que me contesten.

—¡Brrrruuujiiitaaa! —canturrea mi amiga al otro lado del teléfono, con la voz claramente perjudicada por a saber qué bebida.

—Alicia, ¿estás borracha? —pregunto, sentándome en la cama.

—Nop —contesta y a esa escueta respuesta le sigue un hipido.

—¿Me estás llamando borracha a las doce de la noche? Pero ¿¿se puede saber qué te pasa?! —pregunto, un poquito histérica.

—liigual me he paaaassssado con el voodka —juro por Dios que me está costando entenderla.

—¿Sigues bebiendo? —pregunto al escuchar un trago al otro lado del teléfono.

—Quiiiiieerrrrresssss la veeeeerrrrrdad o te miento —¡y encima me vacila!

—Se acabó, Alicia voy a tu casa ahora mismo.

—No haaaaace falta. Esssstoyyyy bien —y otro hipido.

No lo pienso más, me levanto de la cama, me pongo unos vaqueros, camiseta y mis *Converse*. Cojo el móvil, la cartera y salgo de casa, no sin antes despertar al abuelo para decirle que me marcho.

Quince minutos tardo en llegar al piso de mi amiga. Afortunadamente todas tenemos copias de la casa de las demas, para casos de urgencia, y este claramente lo es.

Cuando abro la puerta y entro al piso, me encuentro una escena cuanto menos de película. ¿Recordáis a la pobre Bridget Jones en

su casa, hartándose de comida basura y helado? Pues Alicia igual, pero cambiar el helado por botellas de vodka. Dos concretamente.

—Pero, Ali, ¿qué te pasa? —pregunto sentándome a su lado en el sofá, espachurrando con mi culo una bolsa de patatas fritas.

—Ayyyeeerr toodo esssstaba bien connn Ian. Hoooy nnnno —dice mirándome y veo que tiene los ojos rojos e hinchados de haber llorado.

—Pero, bruji, no te pongas así por un hombre.

—Nnnno esssss unnnn hommmbrree, essss eeeel hommmbrree  
—me responde con las lágrimas deslizándose por sus mejillas.

—Brujita... no llores. Venga, vamos a la ducha y te calmas un poco ¿sí?

No contesta, solo asiente y deja la botella de vodka en el sofá. Se pone en pie y a punto está de caerse de morros contra la mesa, así que la cojo por la cintura y la ayudo a ir a su cuarto de baño.

No es la primera vez que una de nosotras se pasa con las copas y tenemos que meterla en la ducha, así que hago lo que en otras ocasiones. Le quito el pijama que lleva y tras abrir el grifo y dejar el agua correr, la meto en la bañera.

Grita cuando el agua, seguramente helada, choca contra su piel, pero es que es esto o darla un par de bofetadas. Y sinceramente, el agua helada sienta mejor. Dicen que rejuvenece.

Vale, no voy a ser mala... por ahora.

Cuando la tengo un poco más espabilada, la llevo a su dormitorio, le ayudo a ponerse un pijama limpio y la meto en la cama. Voy a por café y regreso para que me cuente sus penas.

Me siento en la cama con ella, que da un sorbo a la taza de café y hace una mueca de asco. Sí, el café con sal está realmente rico.

—Gracias —dice ya algo más tranquila.

—Somos hermanas brujis. Todas estamos para todas. Nuestro aquelarre es importante —digo dándole un golpecito en el hombro con el mío.

—Soy patética. Me he enamorado de un hombre que no quiere nada serio conmigo.

—Pero ¿qué ha pasado? Anoche yo os vi... muy bien.

—Que vino aquí, nos acostamos varias veces y fue el mejor sexo, como siempre. Él... él me lleva a otro nivel, no es como el resto de polvos que he echado, te lo juro Dama. Con Ian es... diferente. Es tierno y a la vez tan apasionado que no me canso de que me haga suya.

—Amiga, eso es porque estás muy enamorada. Esto no son polvos, es sexo con amor —le digo, porque eso es lo que yo siento con Eliam.

Con Kayden fue sexo puro y duro, con Eliam es completamente distinto.

Aunque sea rápido y breve, es amor y no solo sexo.

—Esta mañana cuando se marchó, me dijo que no podía volver a pasar.

Que yo no merecía que me echara un par de polvos y después desapareciera.

*“Porque voy a desaparecer, peque, no me quedaré en Madrid para siempre”*.

Eso me ha dicho antes de salir por la puerta.

—Ali... lo siento mucho —abrazo a mi amiga y dejo que lllore sobre mi hombro.



—Sé que es el definitivo, lo sé. Pero él...

—Tranquila, será mejor que descanses. ¿Mañana trabajas?

—pregunto mientras se recuesta en la cama.

—No. Libro mañana y el jueves.

—Bien, pues duerme un poco. Voy a llamar a Elías para decirle que me quedo esta noche aquí, ¿vale? Mañana será otro día.

Alicia asiente. Me levanto y llamo a mi sobrino que me dice que está llegando a casa. Le cuento el panorama que tengo esta noche y me dice que no me preocupe, que mañana se encarga él de llevar a los niños al colegio antes de pasar por el restaurante y que irá a segunda hora a la universidad.

Cuando vuelvo al dormitorio de Alicia ya está dormida. Me desvisto, me pongo una de las camisetas que tiene ella en el cajón de la cómoda y me meto en la cama a su lado.

No tarda en vencerme el sueño, cosa que agradezco pues estoy agotada.

Guapa  
Lister  
y  
Madridista



Capítulo 17

## ***Miércoles, 11 de junio de 2014***

Me despierto con el sonido del timbre. Alicia está pegada a mí, con la cabeza en mi pecho y el brazo rodeándome la cintura. Qué dolor de cabeza va a tener cuando se despierte. Resaca de órdago, vamos.

Me levanto de la cama y frotándome los ojos salgo del dormitorio para ir a la puerta. Miro el reloj del salón y veo que son las diez de la mañana. La verdad es que no recuerdo un día que haya dormido hasta esa hora.

Abro la puerta, sin mirar siquiera por la mirilla, y ante mí tengo al escocés de pelo y ojos negros como la noche.

—Hola —me saluda al verme ahí parada delante de él.

—¡Hombre, el escocés del año! —grito fingiendo alegría. Dos bofetones le daba, la verdad.

—Esto... ¿puedo pasar?

—Pues va a ser que no. No son horas de llegar a una casa decente —digo cruzándome de brazos y al notar que la tela de la camiseta sube por mis muslos, es cuando me doy cuenta de que no llevo mucha ropa que digamos.

Veo que los ojos de Ian se van hacia mis piernas, así que me descruzo de brazos y estiro un poquito más la camiseta no sea que encima le enseñe el

tanga a este hombre.

—¿Aún estábais acostadas? —pregunta metiéndose las manos en los bolsillos.

—Pues sí. Tal y como me encontré anoche a mi amiga, y a las horas a las que la metí en la cama, levantarnos a las siete de la mañana iba a ser que no.

—¿Qué le pasa a Alicia? ¿Está bien? —pregunta sacando las manos de los bolsillos y dando un paso al frente, queriendo entrar en el piso.

Pero yo soy más rápida y aunque soy más bajita que él, le paro con las manos en su pecho.

—¡Alto ahí, grandullón! Le dejaste claro que no ibas a volver, que ibas a desaparecer, que no te quedarías en Madrid para siempre. Así que no sé qué narices haces aquí.

—Damaris, por favor, deja que pase y hable con ella.

—No —respondo negando con la cabeza, a ver si así le queda claro que no pienso dejarle ver a mi amiga y hacerle más daño.

—Mira, sé que la he cagado, ¿vale? Pero... quiero que esto funcione, de verdad.

—Pues hijo lo estás haciendo de puta pena. ¿Tú ves normal que le digas cosas bonitas, te la folles y después le digas que no puede ser? ¡Chico qué manera de conquistar la de los escoceses!

—Oye, que tú te has liado con Kayden y ahora no quieres ni verle, y estás saliendo con otro tío. Que anoche me tocó aguantarle la borrachera.

Cuando dice eso me quedo muda. Es que no sé ni qué decir ni cómo reaccionar. Pero al final tengo claro que igual el rubio le ha dicho que si me ve me suelte esa mentira por la boca, así que sonrío y sigo en mis trece.

—No me cuentes un chiste de ese calibre a estas horas de la mañana, que no he tomado ni café y si me descojono de la risa igual me da un chungo. Y

vete, por favor, y no vuelvas a buscar a Alicia.

—No voy a desaparecer, ni Kayden tampoco. Sé que he sido gilipollas, pero... no puedo estar ni una puta noche lejos de esa mujer —me asegura señalando hacia la puerta que da al pasillo—. Solo quiero hablar, aclararme y saber que lo que siento es verdad joder. Si ella y yo estamos destinados a estar juntos, mando todo a la mierda por ella ¿lo entiendes?

Le miro a los ojos y veo sinceridad en ellos. Alguien que está dispuesto a



dejar todo por una persona no mentiría con ese brillo en los ojos.

Asiento, pero igualmente le pido que se marche y que le de tiempo a Alicia para saber qué es lo que ella decide.

Me da un abrazo y me quedo atontada, porque no lo esperaba.

—Kayden no es mal tío. Siempre ha sido un mujeriego, pero... sé que tú eres distinta. Si lo consideras oportuno, dale una oportunidad.

Ian se inclina y me besa en la mejilla antes de marcharse. Cierro la puerta y cuando me giro, veo a Alicia parapetada por la puerta del pasillo.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí y qué es lo que has escuchado?  
—pregunto cruzándome de bazos.

—Todo.

No dice nada más y eso para mí es suficiente. Ha escuchado toda la conversación con su escocés. Sale del pasillo y veo las lágrimas deslizarse por sus mejillas, me acerco para abrazarla y dejo que lllore cuanto necesite.

Tras un buen desayuno, una ducha y ponerme algo de ropa de Alicia, la dejo en casa en plan zafarrancho de limpieza. No sé por qué, pero cuando se deprime le da por reorganizar la casa... Veremos esta noche que hemos quedado para cenar las cuatro en su casa si no ha vuelto a redistribuir el salón.

Cojo el coche y voy directa al restaurante, así, en vaqueros, camisa y los taconazos de Alicia, que son un poco más altos que los míos y si no me parto la crisma que me den un premio o algo porque... ¡menudo equilibrio tengo que tener hoy!

Cuando llego al restaurante me despido de mi sobrino Elías que se marcha a la universidad. Empieza mi día, veremos cómo lo acabo.

A las ocho estoy de vuelta en casa. Lea y Rubén se abalanzan sobre mí y menos mal que he decidido ponerme las *Converse* nada más salir del restaurante que si no... me partía hasta el alma subida en los tacones de

Alicia.

Les preparo unas tortillas para cenar mientras se bañan, y me doy una ducha rápida para prepararme para una noche de chicas.

Vale, es miércoles pero unas copitas podemos tomarnos.

—¿Vendrás muy tarde, hija? —me pregunta el abuelo Tobías.

—No creo, aunque estando con esas tres brujas... cualquiera sabe.

—Bueno, no tengas prisa por volver. Elías y yo nos encargamos de todo.

—No me gusta estar fuera mucho tiempo... ya lo sabes —digo guardando el teléfono en el bolso.

—Damaris, hija, llevas años siendo madre casi a jornada completa. Vive un poco, que no le haces mal a nadie.

—Pero abuelo, y si Rubén vuelve a ponerse malo...

—Ya sabes que lo hace porque quiere que estés pendiente de él, así que no seas tonta y sal. Anda, que ya les doy yo de cenar y los acuesto.

—Tía, ¿hoy no me lees tú el cuento? —la voz de Rubén llega desde el salón, me giro y camino hacia él.

Me siento a su lado y le cojo en brazos para sentarle en mis rodillas, como a él le gusta desde que era pequeño.

—No cariño, voy a casa de la tía Alicia a cenar con ella y con tus tías Ana e Isis.

—Entonces pásatelo bien —dice dándome un abrazo, sin un puchero, sin un gesto que me diga que está enfadado. Nada.

—¿No te enfadas si hoy no te leo el cuento? —pregunto, pues sigo sin poder creerme que no me esté haciendo una escena de pataleo de las suyas.

—No, hay más días para que me leas. Además el abuelo sabe muchas historias.

No puedo evitar sonreír. Poco a poco mi niño se hace mayor, y llegará un día en el que no volverá a ser el niño que veo ahora delante de mí.

Se convertirá en un hombre, y espero que sea tan bueno como lo es Elías.

Le abrazo y mordisqueo el cuello, haciéndole cosquillas después y su risa me da la energía que necesito.

Me levanto, le dejo en uno de los taburetes de la cocina y me despido de

ellos.

Cuando llego a casa de Alicia escucho las risas de las tres desde el descansillo. La que estarán liando ahora estas tres.

Como tengo las llaves entro sin llamar, para qué si saben que vengo. Abro la puerta y me encuentro a Alicia sentada en el sofá doblada de la risa, Ana de pie aguantando lo que queda de una botella de vino y a Isis con la fregona limpiando el suelo.

—Pero ¿qué ha pasado? —pregunto cerrando la puerta.

—¡Esta loca que se cree que porque ella se ha aprendido la nueva distribución de su salón, las demás también! —grita Ana.

—¡Dama! Te lo has perdido... —me dice entre risas la rubia loca.

—Pero vamos a ver... ¿otra vez has cambiado los muebles del salón?

Sí, lo ha hecho. La alfombra que antes estaba en el centro, bajo la mesa de café y los sofás, ahora está bajo la mesa y las sillas donde está preparada la cena. Y menos mal porque si no se habría puesto perdida de vino.

El sofá... lo ha pegado al ventanal, donde antes estaba la mesa con las sillas. Madre mía, no sé qué hace siendo enfermera porque como decoradora no tiene precio.

Y ahora me fijo en lo que ha provocado que Ana se quedara sin botella de vino. ¿Por qué ha puesto Alicia el baúl que antes estaba detrás del sofá justo en el medio del camino que hay entre la cocina y el salón? Eso solo ella lo sabe.

—Bueno, pues no hay vino para la cena. ¡A la mierda una botella de cien euros! —grita Ana girándose para ir a la cocina.

Miro a Alicia, y cuando arqueo la ceja se calla de golpe. Sí, es mi manera de regañar a esa bruja loca del demonio.

Se levanta, va al mueble bar y saca una botella de vino que deja en la mesa.

Cuando Isis termina de recoger el vino del suelo, nos sentamos todas juntas para disfrutar de... Sí, comida china. ¿Aprenderán algún día estas tres que no es de mis comidas favoritas?

—Bueno, así que el escocés te da una de cal y otra de arena —dice Ana dirigiéndose a Alicia.

—Me va a volver loca. ¿Fran y Dominic son así? —pregunta Alicia dejando la copa de vino en la mesa.

—Pues hombre, Dominic... es un amor. Nos hemos visto estos días y hoy quería volver a cenar conmigo. Pero le he dicho que había aquelarre y se ha asustado —rompemos a reír, y es que a nuestras cenas las llamamos aquelarres.

Solo nos falta poner el caldero en el centro de la mesa y hacer conjuros...

ellas para hacer que sus jefes se queden calvos y yo para... para... Bueno, para encontrar un hombre que me llene ya no.

—Fran, con todo lo hombretón que es, con esa barba y la melena... es muy tierno. Pero oye, que se pone como un toro en la cama el



jodío. Tengo unas agujetas... Vaya dos días que llevamos desde que han vuelto —dice Ana arqueando una ceja.

—¿Y qué les dan de comer en Escocia? Porque hay que ver lo bien criados que están ¡la Virgen! —grita Alicia.

—A ver, que Dominic es canadiense... allí se ve que comen lo mismo que en Escocia —Isis nos guiña un ojo y empezamos a reír.

Y así es como en los siguientes cuarenta y cinco minutos me entero de cómo andan de bien servidos sus tres hombres. Y yo calladita, escuchando, riendo de sus ocurrencias y acalorándome cuando cuentan alguna de esas posturas que han llevado a cabo con esos tíos tan grandes.

—¿Y tú qué, Dama? —pregunta Ana—. ¿No piensas contarnos nada de Kayden?

—No hay nada que contar. Solo tuve sexo con él aquella noche que me lo presentásteis. Y no quiero saber nada más de él —respondo poniéndome en pie para recoger los platos.

—¿Te ha hecho algo? ¿Hay que hacerle un conjuro para que se le quede pequeñita su cosita? —pregunta Alicia, a quien ya se le nota un poquito en la voz que ha bebido demasiado vino.

—No me ha hecho nada. Es que no quiero tener a la prensa todo el santo día detrás, eso es todo. Quedamos un día para llevar al parque a Lea y Rubén y le abordó un periodista. Yo no quiero esa vida para mis sobrinos.

—Pero, Dama, él... —no dejo a Isis que siga, la interrumpo con una confesión que las deja a todas a cuadros.

—Además, estoy saliendo con alguien. Le conocí hace diez días y



estamos empezando algo muy bonito, muy tierno y muy sexual. Y toda mi familia le adora, así que no hay más dios nórdico que valga, ¿estamos?

—pregunto girándome para hacerles saber a las tres con mi mirada que no quiero oír hablar de Kayden.

Las tres, al unísono como si fueran parte de un equipo de nadadoras sincronizadas, se llevan el dedo índice y el pulgar a los labios simulando cerrar una cremallera y después lanzan una llave invisible. En serio, si no fuéramos tan distintas físicamente, juraría que somos cuatrillizas.

—Y ahora levantar vuestros bonitos culos de las sillas que nos vamos de marcha —les digo antes de coger mi bolso.

Se levantan, cogen sus cosas y salimos del piso de Alicia con ese puntillo de alegría que te da el alcohol. Y es que habernos bebido una botella de vino tinto calentorro con la cena... no nos ha sentado muy bien que digamos.

Menos mal que todas hemos optado por ir a casa de Alicia en taxi, porque si con lo contentas que vamos ya las cuatro tenemos que

coger el coche... no llegamos a casa.

El local, para ser un miércoles, está a rebosar de gente. Todo el mundo en la pista dándolo todo. Brazos al aire, melenas al viento y caderas choca que te choca unas contra otras. En serio, ¿es que mañana no trabaja nadie? Vale, nosotras.

Y cuando estamos dispuestas a irnos y acabar la noche, la música de *Danza Kuduro* de Don Omar, empieza a sonar en todo el local.

Las cuatro nos miramos, sonreímos y vamos a la pista a bailar como locas.

*«La mano arriba,*

*cintura sola.*

*Da media vuelta,*

*Danza Kuduro!*

*No te canses ahora*

*que esto solo empieza.*

*Mueve la cabeza,*

*Danza Kuduro.»*

Y así, entre manos arriba, moviendo la cintura, las caderas y la cabeza, dejamos que el ritmo de Don Omar nos invada y soltamos estrés, enfados y malos rollos que dejamos en la pista del local.

Noto que la cabeza empieza a darme vueltas, demasiado alcohol y mucho baile para mí que ya no estoy tan acostumbrada a estos follones.

Dejo a mis brujitas en la pista y voy a la barra a pedirme una botella de agua que me bebo de un trago. Cuando la dejo, vacía, en la

barra, el camarero me pregunta si quiero que nos pida un taxi, a lo que niego y me despido de él como siempre, con un beso en la mejilla. Son muchos años conociendo a ese moreno de ojos verdes que nos tenía a todas locas... hasta que nos dijo que era gay. Una pena para el sexo femenino.

Vuelvo a la pista y cuando se acaba la canción, me miran las tres con esa carita de felicidad inducida por el alcohol, que no me queda más remedio que cogerlas del brazo y sacarlas del local.

Ya en la calle, con un poco de aire para nuestros pulmones, buscamos a un lado y otro, pero no encontramos ni un solo taxi. Perfecto, a andar con los taconazos hasta dar con una parada.

—Señoritas, será mejor que nos armemos de paciencia. No sé dónde está la parada de taxis más cercana... —digo cogiendo mi teléfono y veo que se ha quedado sin batería. Perfecto.

En el reloj veo que son las dos de la madrugada. Madre mía, ya debería estar en casa... desde hace dos horas por lo menos. Si es que juntarme con mis amigas es lo que tiene, que me lían, me lían y... Pues eso, que me dan las dos.

Cuando veo que Alicia se quita los tacones y empieza a andar, no puedo evitar reírme. Pero es que Ana e Isis la siguen, y ver a las tres, cogidas del brazo, medio tambaleantes y con los tacones en una mano, no es para menos.

—Vamoossss Damma que hayyy queeeee cogeeer unnnn taxi  
—con eso de olvidar por unas horas a su escocés... Alicia va peor que ninguna.

Me encojo de hombros y hago lo mismo que ellas, me quito los tacones y camino con ellos en una mano.

¿Cómo es posible que en plena calle Gran Vía de Madrid no pase ni un taxi a las dos de la mañana? Pues, hoy miércoles... no, ya es

jueves. Pues eso, que no pasa un alma por la calle. Pero nadie, nadie. Ni siquiera un triste gato callejero, o un perro.

Me cojo del brazo de Isis y así vamos las cuatro en busca de la parada de taxis. La noche está tranquila, de principios de verano, y en el silencio casi sepulcral, empiezo a escuchar a Ana cantando, a viva voz, una canción de Rocío Jurado.

No, no me preguntéis cual, porque a estas horas y con el alcohol que llevo en mi pequeño cuerpo, no sé cuál es. ¿Que por qué sé que es de Rocío Jurado? Fácil, la madre de Ana es una súper fan de la más grande.

Según pasamos por la calle vemos que algunas ventanas de los pisos se encienden, y cuando escucho a una señora acordarse de la madre que nos parió, busco un lugar en el que esconderme, pero no hay suerte. Y para colmo Isis no me suelta.

—¡Voy a llamar a la policía, puta loca! —grita un hombre desde alguna de las ventanas.

Le pido a Ana que deje de cantar, y como no me hace caso busco ayuda en las otras dos que, lejos de ayudarme a mí, se animan a cantar con ella. ¡Lo que me faltaba!

—¡No me jodas, y ahora a coro! —grita alguien desde otra ventana.

Yo es que ya no me molesto ni en mirar hacia arriba, ¿para qué? Casi agradecería si nos soltaran un cubo de agua fría encima a todas. Al menos la cogorza de estas tres se les pasaba un poco... Que sí, yo también voy tocada, pero coño, no tanto.

Cuando creí que mis amigas se habían quedado satisfechas con el concierto de verano con el que creen estar deleitando a los que se asoman por la ventana a cagarse en lo más sagrado de nuestras familias, empiezan con otra nueva.

Yo ya no sé dónde meterme, y entre el dolor de cabeza que se me está formando, el alcohol y que voy andando descalza... empiezo a sentirme realmente mal.

Escucho un coche a lo lejos, mi alegría debe ser realmente buena a juzgar

por el gritito que he dado, al que he acompañado con unas palmaditas y saltitos dignos de una niña de cinco años a quien le das una bolsa entera de chucherías.

En fin, pero ya se sabe que lo bueno dura poco. Y es que al ver unas luces azules... ya sé que la noche no va a acabar como esperábamos.

Un coche de policía se para junto a nosotras y me quedo blanca, seguro.

—Buenas noches, señoritas —dice uno de los dos agentes dirigiéndose a nosotras.

—Buueennnasssss nochessss, agente —responde Alicia llevando la mano a su sien.

Craso error, porque se ha mareado y casi acaba en el suelo arrastrando a las otras dos.

—Hemos recibido varias llamadas de vecinos de la zona —ahora es el otro agente el que habla, mientras mira hacia arriba—. Vamos a tener que llevarlas con nosotros, por escándalo público.

—¡Pero bueno, ni que fuéramos desnudas! O nos estuviéramos metiendo mano como quinceañeras —grita Ana, que ha dado un paso adelante y, si no fuera por la rapidez del agente que la ha cogido por los brazos, habría acabado dejándose los dientes en el suelo—. Uy, qué fuerte estás... y qué bien hueles... ¿Me das un besito?

—¡Ana, por el amor de Dios! —la regaño acercándome para separarla del agente—. Disculpe, es que nuestra amiga Alicia —muy educada ella y sonriente levanta la mano moviendo los dedos de modo coqueto—, estaba un poquito deprimida y hemos pensado que salir un rato le vendría bien.

—Se ve que le ha sentado bien, pero no pueden ir por la calle gritando y cantando a las dos de la madrugada —dice el primer agente que a duras penas oculta una sonrisa.

—Nos vamos derechitas a la parada de taxis, lo prometo. Pero no nos lleven detenidas... que no somos mala gente, de verdad —le pido poniendo mi mejor cara de niña buena—. Estamos un poquito locas, pero... ¿quién está realmente cuerdo hoy en día?

—Señoritas, será mejor que suban al coche —ahora vuelve a hablar el segundo agente.

Miro hacia donde señala y no es un coche, no, es un furgón. Resoplo, me resigno y me meto en el coche de la policía, seguida de mis amigas y ante los

víttores y gritos de “ya era hora” de los vecinos congregados en sus ventanas.

De verdad, esto no puede estar pasándome a mí... ¿Y cómo llamo yo ahora a casa y le digo a Elías que venga a buscarnos? Por el amor que Dios, que la adulta soy yo...

# Guapa Lista y Madridista



## Capítulo 18

***Jueves, 12 de junio de 2014, 2:30 de la madrugada***

Jamás, en mis veintisiete años, me habían llevado al calabozo de una comisaría.

Y aquí estoy, sentada en un banco de este cuartucho con rejas, en compañía de mis tres amigas y descalza.

Vale, que iba descalza por la calle, pero que me expliquen por qué hemos tenido que dejar nuestros zapatos con el resto de pertenencias. ¿Qué creen que nos vamos a liar a taconazos con los agentes de policía? Bueno, igual es que alguien eso ya lo ha hecho antes y ahora se curan en salud.

—Es que no me puedo creer que esté en el calabozo —digo a nadie en particular, pues mis amigas están sentadas en otro banco, apoyadas en la pared y con los ojos cerrados.

—Hija, es una experiencia que contar a tus nietos —me suelta Ana como si nada. Como si por su culpa no estuviéramos aquí metidas.



—Si salimos de esta y tengo hijos que me den nietos, querrás decir  
—le digo arqueando una ceja.

—Pues mira de aquí salimos como que me llamo Isis —suelta la otra pelirroja poniéndose en pie.

Camina hacia los barrotes, se agarra a ellos y trata de sacar la cabeza por entre medias, pero no le cabe, claro está.

—Bueno, allá vamos —dice sin mirarnos—. ¡No saben a quién han encerrado! —empieza a gritar y me asusto realmente—. ¡Esto es imperdonable! Hombre, por el amor de Dios.

—¿Se puede saber qué leches haces, loca? —pregunta Ana poniéndose a su lado.

—Pues intentar que nos saquen, ¿qué te crees?

—Joder, esto va a terminar mal —digo mirando a Alicia que cierra los ojos y asiente.

—¡A la novia de Kayden McBane! —grita Isis aferrada a los barrotes como si le fuera la vida en ello.

Y yo es oír el nombre del dios nórdico, y me tenso. ¿Qué narices está haciendo?

—¡Pero es que te has vuelto loca! —grito cogiéndola del brazo para girarla y mirarla a la cara.

—Calla, coño, que verás qué pronto nos sacan. Dominic me dijo que, si alguna vez necesitábamos salir indemnes de algún lío, que dijéramos el nombre de Kayden.

—Isis, esto no es salir indemnes de un lío hija mía —le digo levantando las manos—. ¡Que estamos en un puto calabozo! Vamos a necesitar un a...

bo...gado —y me giro para mirar a Alicia que por cómo me mira se acaba de dar cuenta de lo que estoy pensando.

—¡Ah, no! ¡Ni hablar! No pienso llamar a Ian para que nos saque de aquí.

¿Es que te has vuelto loca? Solo faltaba que me riña por haber perdido la razón momentáneamente y acabar en el calabozo —me responde Alicia negando enérgicamente.

—Te recuerdo, brujita mía, que estamos aquí porque Isis y tú en vez de ayudarme a callar a la nueva soprano de la pandilla, os unisteis a ella como si fuérais un coro rociero. ¡No me jodas! Así que vas a hacer el puto favor de llamar a Ian —digo amenazándola con el dedo.

—¡Que no le llamo! —me grita poniéndose en pie.

—¿Se puede saber qué pasa aquí?

Cuando escuchamos la voz de uno de los agentes, tan varonil y ronca, las

cuatro nos giramos al unísono y pegamos un brinco del susto.

—¡Madre mía, pero qué pedazo de poli! —grita Isis acercándose a los barrotes—. Agente, dígame que está soltero...

—¡Isis! Por Dios... —digo dejándome caer de nuevo en el banco— De esta nos enchironan. Mis pequeños van a tener que ir a verme a la cárcel.

—Señorita, no se preocupe que a la cárcel no van a ir. Al menos veo que se les está pasando el efecto del alcohol —dice el agente apoyándose en la pared junto a los barrotes, con los brazos cruzados y una sonrisa de medio lado que...

—Agente, ¿tenemos derecho a una llamada, verdad? —pregunto poniéndome en pie.

—Sí. Una llamada cada una —responde sin dejar de mirarme.

—¡Gracias a Dios! —clamo al cielo agarrándome a los barrotes. Si no estuviera tan enfadada, posiblemente lloraría en agradecimiento.

—¡Que no voy a llamar, joder! —escucho que grita Alicia a mi espalda.

—¡Pues no lo hagas, que ya llama el agente! —grito girándome a mirarla y por la cara de las tres, debe de haberme crecido una segunda cabeza.

—¿Y quién es la persona a la que tengo que llamar y por qué la señorita rubia no quiere llamarle? ¿Es a papá? ¿A mamá?? —me pregunta el agente arqueando una ceja.

Me acerco aún más, sonriéndole, tratando de ganarme su confianza.

—A su novio —susurro sin que ellas puedan escucharme.

—Vale. ¿Pero él os podrá sacar de aquí? —me pregunta también en un susurro.

—Claro que sí, es abogado —sigo susurrando. Esto es de locos.

—Así que ella no es la novia de McBane. Me quedan tres posibles candidatas... —me dice entrecerrando los ojos.

—No soy la novia de McBane... ¡Dios para una noche que me lo tiro!

—grito ya enfadada de verdad.

—¿Así que tú eres la afortunada? —pregunta y empieza a sonreír—.

Rubita, si me aseguras que McBane vendrá a por ti y que voy a poder verle ese culito que tiene... Llamo ahora al mismísimo Lucifer, si es necesario, para que venga a sacaros.



—¿Eres gay? —pregunto sorprendida.

—Sí, tesoro. Y aquí ninguno de mis compañeros me deja tocarles el trasero. Una pena, porque hay algunos que... ¡uf!

—Agente...

—Marcos —él me interrumpe y al darme su nombre sé que hemos ganado confianza. Esto va bien.

—Marcos —repito su nombre con una sonrisa—, si coges el bolso color vino y sacas el teléfono móvil que lleva una estrella y una luna pegadas en la parte trasera, ahí está el número del abogado. Se llama Ian... —y me quedo callada porque no me acuerdo cómo era el apellido del escocés— Alicia, dime el apellido de Ian.

—Que te den, puñetera —me responde sacándome la lengua.

—Eso muy escocés no es —digo volviendo a mirar a Marcos—. Vale, pues busca Ian, y si por un casual no aparece y pone mi escocés o algo que lleve la palabra escocés, ese es el abogado.

—Entendido. Voy a llamarle.

Veo a Marcos, el agente gay con el mejor culo que he visto en mi vida bajo los pantalones del uniforme, alejarse mientras se ríe. Sin duda piensa que estamos locas, eso como mínimo.

Me giro y Alicia está fulminándome con la mirada, mientras un silencioso me las pagarás aparece en sus labios.

Me encojo de hombros, me siento en el banco y cierro los ojos dispuesta a esperar que vengan los refuerzos.

He estado mirando el reloj desde que se marchó Marcos, el agente del culito prieto, cada cinco minutos. Y por fin, a las tres y cuarto de la madrugada, escucho pisadas acercándose.

—Señoritas, su abogado, Ian O'Connel, ha venido a llevarlas a casa

—miro hacia los barrotes y veo a Marcos sonreírme, y a su lado está Ian, ese

escocés de ojos negros que nos mira a las cuatro con una ceja arqueada.

Llevo la mirada hacia las chicas y no me extraña que Ian nos esté mirando como si no nos conociera en absoluto. Estamos descalzas, con las ropas mal arregladas, despeinadas y el rimel de los ojos corrido. Joder, si es que parece que nos hayamos escapado de un psiquiátrico.

—Hola, Ian —digo al fin acercándome a los barrotes.

—Pero ¿se puede saber qué cojones habéis hecho para estar aquí encerradas? —pregunta desviando la mirada de mí hacia Alicia.

—Ana, que sacó su vena artística y se puso a cantar a grito pelado en mitad de la noche, por la Gran Vía, a las dos de la madrugada  
—le respondo encogiéndome de hombros.

—¡Oye! Que si mal no recuerdo estas dos locas me acompañaron

—protesta la pelirroja.

—Sí, Ana —digo resignada—. Isis y Alicia te hicieron los coros y por eso estamos aquí las cuatro. ¿Contenta?

—Gracias —responde Ana sonriendo.

—Madre mía, encima habíais bebido —dice Ian pasándose la mano por el pelo.

—Pssss nah. Unas copitas de vino con la cena —responde Isis moviendo la mano, quitándole importancia al asunto.

El carraspeo de Marcos, el agente que no le quita ojo al culo de Ian, hace que todas le miremos y vemos cómo eleva las cejas con esa pregunta silenciosa de “¿En serio, guapas? Solo unas copitas de vino con la cena...”

—¿Nos podemos ir ya a casa, o qué? Me estoy meando, y tengo sueño

—suelta Alicia poniéndose en pie.

—¡Qué fina, hija! —le dice Ana acercándose a mí.

—Sí, os vais a casa, pero os llevamos nosotros que sois capaces de iros a esperar a tomaros un chocolate con churros —responde Ian metiéndose las manos en los bolsillos.

Cuando salimos del calabozo, yo la última en plan madre regañona, Marcos se inclina y me estremezco cuando siento su aliento en el cuello.

—¿Qué les han dado de comer a esos cuatro? —pregunta en un susurro.

—¿Cuatro?

—Sí, rubita, el abogado ha venido con otros tres hombretones que...

¡Virgen de la Macarena! Cómo está McBane, qué suerte tienes de haberlo catado —me dice guiñándome un ojo.

—No me jodas...

Camino hacia la puerta y cuando llegamos al mostrador en el que se han quedado con nuestras pertenencias, ahí están mis tres brujas recogiendo los bolsos y poniéndose los tacones.

Y entonces le veo a él, al dios nórdico, mirándome con esos ojos azules y haciéndome sentir aún más pequeña de lo que soy a su lado.

—¿Estás bien? —pregunta acercándose a mí.

—Sí. Pero estoy cansada. Si ya podemos irnos... —digo mirando a Marcos— ¿podrías llamarme un taxi, por favor? No tengo batería en el móvil.

—Claro. Pero creí que os llevaban vuestras parejas —me dice Marcos sacándose el móvil del bolsillo.

—Mi pareja no está aquí —respondo inmediatamente.

—¡Yo tampoco soy la pareja del abogado! —grita Alicia girándose para ir a la puerta.

La sigo y siento una mano cogiendo la mía. Me giro y me encuentro con los ojos de Marcos. Miro a Kayden y veo cómo aprieta sus manos, lo hace de manera tan fuerte que los nudillos comienzan a ponerse blancos.

—Espero el taxi contigo, si no te importa —dice moviendo el móvil.

—Gracias.

Salimos a la calle y poco después están Isis y Ana con nosotros, mientras los cuatro grandullones se nos unen apenas un segundo más tarde.

—Ana, vamos que te llevo a casa —le dice Fran rodeándola por la cintura y dejándole un beso en la sien. ¡Qué tierno el moñete!

—Sí, estoy agotada —responde ella apoyando la cabeza en el pecho del rubio.

—Valiente cabrona. Nos metes en el calabozo con tu interpretación de la Jurado, y encima dices que estás agotada. ¡Vete que te tragas un tacón! —grita Alicia, que más que estar enfadada con la pelirroja, lo está con ella misma por tener a Ian cerca y ella con pintas de loca.

—Venga, te llevo Isis —Dominic se acerca a la otra pelirroja y este no se

corta, le planta un beso en los labios que ya quisieran muchas.



—Nos vemos mañana, chicas —se despide Isis mientras camina con su churri canadiense al coche de él.

—Alicia, venga que te llevo a casa —lan se acerca a ella, queriendo cogerla por la cintura, pero ella se aparta como si quemase.

—Me voy en el taxi con Dama —responde mirando hacia un punto en la pared de la comisaría.

—Pues mal lo llevas, porque Dama se viene conmigo en el coche

—asegura Kayden.

—Que te lo has creído, majo. Yo espero el taxi que Marcos... —digo sonriendo y acariciando el brazo del agente como si lo conociera de toda la vida— me ha pedido.

—No me jodas, ¿este es el tipo con el que estás saliendo?

—pregunta Kayden.

Marcos me mira, arquea una ceja y espera a que yo responda. Por un momento estoy tentada de mentirle, pero mejor me callo que estoy más mona.

—No, no es él.

—Cierto, a mí me gustas más tú —le dice Marcos guiñándole un ojo.

Kayden se queda con la boca abierta y de repente escuchamos unas carcajadas que vienen desde detrás de nosotros. Nos giramos y vemos a lan y Alicia partiéndose de risa por lo que acaba de decir el policía.

—¿Te llevo o estás dispuesta a esperar al puto taxi? —me pregunta Kayden cruzándose de brazos.

—Me espero al taxi.

—¡Genial! No sé para qué cojones me he molestado en venir a buscarte.

¡Deberías haber llamado a tu novio, joder!

Ante ese grito, Ian y Alicia se callan. Vemos cómo Kayden se aleja y poco después entra en su coche, acelerando al pasar por delante nuestra sin tan siquiera mirarnos.

—Debería avisar a los de tráfico para que le multen... —dice Marcos—.

Pero con lo poco que han tardado en llegar hasta aquí no creo que vaya a ir muy lejos.

—Ahí viene el taxi —me dice Alicia señalando hacia la derecha.

—Pues yo me voy a casa, que dentro de un rato tengo que levantarme para preparar el desayuno de mis pequeños —digo acercándome a la acera.

—¡Espera, coño, que me voy contigo!

—Ali... Deja que te lleve Ian. Ha venido a sacarnos por ti. Anda, vete con tu escocés tontorrón —le pido dejando un beso en su mejilla—. Gracias por venir, Ian. Adiós Marcos, si volvemos a vernos... que no sea en el calabozo.

—Adiós, rubita —se despide Marcos guiñándome un ojo.

Entro en el taxi, le doy la dirección y me recuesto en el asiento con los ojos cerrados mientras escucho la música de la radio.

Mañana... Quiero decir, dentro de unas horas, será otro día.

# Guapa Lista y Madridista



## Capítulo 19

***Jueves, 12 de junio de 2019, 9:15 de la mañana***

—¡Tía! —el grito de Elías entrando en mi habitación, hace que me incorpore de un salto en la cama.

—¿Qué pasa? —pregunto asustada.

—Creí que estabas en el baño, joder que no has salido ni a desayunar, ni nada. ¿A qué hora llegaste anoche? —pregunta sentándose en mi cama.

—Eran casi las cuatro.

—¡La leche, menuda noche! ¿Lo pasaste bien? —esta vez se deja caer en la cama, todo lo largo que es, y apoyando la cabeza en la mano.

—¡Pufff! Créeme, ha sido una noche para olvidar. Bueno, es que no te lo vas a creer cuando te lo cuente...

Y empiezo a relatarle la odisea vivida con las tres locas de sus tías postizas. Llegados al momento Rocío Jurado, no ha parado de

reírse hasta llegar al final de la noche, el momento en que me subí al taxi y dejé a Alicia con su escocés.

—Te juntas poco con ellas, pero cuando salís... —dice aún riéndose.

—Elías, cualquier día te llamo desde una cárcel de Las Vegas, acuérdate de lo que te digo.

—No me extrañaría —me dice poniéndose en pie—. Voy a prepararte café y un par de tostadas mientras te duchas y te vistes. Luego me voy a la uni.

—¿Has avisado a los chicos del restaurante? —pregunto sacando ropa del armario.

—Sí, pasé después de dejar a Lea y Rubén en el colegio.

—Gracias, es que no sé qué haría sin ti.

—Pues posiblemente pasarías las noches en algún calabozo por escándalo público.

No me da tiempo a responderle pues el muy canalla ha salido del dormitorio.

En fin, si es que podría tener razón... Cualquier día nos detienen, pero de verdad. Me veo en un juicio rápido por altercados a la vía pública...

Tras una ducha, un desayuno rápido y llenar de comida y agua los cuencos de Tornado, me despido del abuelo Tobías y entro al garaje para subir al coche.

Lo pongo en marcha y en la radio empieza a sonar una de las canciones de Sergio Dalma. Cierro los ojos, sonrío y pienso en mi hermano. Sé que estará orgulloso de mí y de sus tres hijos, pero es que la irresponsabilidad de anoche... No debo permitir que vuelva a pasar algo así.

Salgo del garaje y una vez en la calle no puedo evitar mirar hacia la casa de Eliam. Desde que le dije que salía con las chicas no me ha escrito, ni tampoco me ha llamado. Imagino que eso es bueno, que me da a entender que me da mi espacio. Sonrío y pongo rumbo al restaurante mientras recuerdo nuestra aventura en el calabozo.

¡La madre que las parió! Me divierto con ellas, de verdad que sí, pero a veces son de un irresponsable... Pero si no fuera por esos breves momentos de risas con mis brujitas no sé qué sería de mí. La vida sería tan aburrida...

Apenas sin darme cuenta ya estoy entrando en el *parking*. Cosa rara que en Madrid no me haya encontrado demasiado tráfico, igual es que el Universo hoy ha querido ponerse de mi lado.

Saludo al vigilante, como cada mañana, y salgo dispuesta a enfrentarme a un nuevo día en el restaurante de mi familia.

Nada más entrar, veo a algunos de los clientes habituales que hacen un

descanso a las diez y media de la mañana para tomar un café y ese delicioso bizcocho que Olga prepara como nadie.

—Buenos días, ¿cómo va la mañana? —pregunto entrando en la cocina.

—Hola mi niña. Muy bien. Pablo ha salido un momento al banco, por eso no le has visto en la sala —me dice Olga.

—No hay problema. ¿Y Mariela? Debería estar preparando las mesas.

—Me llamó a primera hora porque a ti no te localizaba —responde Alena—. Ha pasado mala noche, no se encontraba bien y se ha quedado en casa. Después irá al médico.

—Vaya, voy a mandarle un mensaje a ver cómo se encuentra.

Cojo el móvil del bolso y escribo a Mariela, que me responde inmediatamente y me dice que se encontraba tan mal que ha avisado a su vecina y la ha llevado al médico. Una gastroenteritis de las gordas, así que no cuento con ella en unos días. Le digo que guarde reposo y se recupere y ya solucionaremos todo. Antes de guardar el móvil me llega una imagen de Mariela, bueno realmente son dos.

En la primera me pasa el parte de baja del médico, que reenvío a Isis para que vaya gestionándolo, y en la segunda está ella, con la cara más pálida que de costumbre, despeinada y con un pijama de Super Girl de lo más cuqui.

Empiezo a reírme y, al verme, Olga y Alena se acercan, uniéndose a mis carcajadas. Pobre Mariela, con lo mal que se pasa en esos casos.

Las dejo en la cocina y me voy a la barra, librando así a Joao que se encarga de preparar las mesas para la hora de comer.

Apenas ha pasado una hora desde que llegué cuando escucho que se abre la puerta. Me giro y no puedo evitar sonreír al ver a Eliam. ¡Dios, me siento como una quinceañera!

—Hola, pequeña —dice cuando se sienta frente a la barra, cogiendo mi mano para dejarme un beso—. ¿Qué tal lo pasaste anoche?

—Bien, la noche empezó bien. Pero... no acabó como habíamos esperado

—digo sirviendo café para los dos y un par de trozos de bizcocho.

—¿Y eso? ¿Tu amiga sigue en esa mala racha?

—¡No, qué va! Bueno, no creo. El caso es que... todo empezó con una botella de vino que acabó derramada en el suelo del piso de Alicia...

Y ahí vuelvo a contar mi aventura nocturna con las brujitas de mi aquelarre. Y como no podía ser de otro modo, Eliam trata de contener la risa, pero acaba riéndose conmigo. Menos mal que decidí que nos fuéramos al despacho porque si no estaría mirándonos todo el mundo.

—¿Por qué no me llamaste? Podía haber ido yo a sacaros —me dice después de un rato de risas.

—Bueno, no eres abogado.

—Soy representante deportivo, pequeña. Uno de mis amigos es abogado, podría hacerme pasar por él sin problema —sonríe de medio lado y me sonrojo, al tiempo que me mordisqueo el labio—. Damaris... ese labio.

Sonríe voy a contestarle, pero unos golpecitos llamando a la puerta me lo impiden. Doy paso y Pablo asoma la cabeza, sonríe y entra para decirme que ya ha acabado en el banco. Que como le ha llevado más tiempo del esperado, se quedará cuando acabe el turno de comidas para echar una mano en la cocina con los platos.

Se lo agradezco y cuando volvemos a quedarnos solos, Eliam se pone en pie y se abotona la chaqueta. Y me doy cuenta de lo mucho que me gusta verle así de elegante y formal, con esos trajes a medida que le sientan como un guante.

Me levanto, acorto la distancia que nos separa en apenas unos pasos y llevo las manos al nudo de su corbata, comprobando que está bien anudado.

Miro a Eliam y veo que sonríe, se inclina y me deja un breve beso en los labios.

—Me gusta lo que has hecho —dice dejando las manos en mi cintura.

—Quería comprobar que estaba bien. Y... no sé, es un gesto que siempre he querido hacer —confieso sin apartar los ojos de los suyos.

—Tengo trabajo hoy y mañana, pero podríamos salir el sábado a cenar y tomar algo. ¿Qué te parece?

—Me parece bien. ¿Quieres conocer a mis amigas? —pregunto rodeándole el cuello.

—Me encantaría. Seguro que no me aburro con vosotras.

—Pues organizo una cena aquí en el restaurante para nosotros cinco.

—Estupendo. Me voy, antes de que te tumbe sobre ese escritorio y te haga mía como llevo queriendo hacer desde que entramos por esa puerta.

Me abraza y sus labios se unen a los míos en un beso apasionado. Cuando

noto su erección pegada a mi vientre jadeo, pues yo también quiero que me tumbe en el escritorio y sentir nuestra unión. El beso se vuelve más hambriento, dejando ver que nos necesitamos el uno al otro.

Me pego más a él y me aferro con las manos a la tela de la chaqueta.

¡Dios, este hombre me excita tan fácilmente!

— *Mo ghràdh*, si no me paras... no respondo —susurra con la frente pegada a la mía.

—Pues no respondas —digo llevando las manos a su cintura para desabrocharle el pantalón.



Sonrío, me mordisqueo el labio y en un movimiento rápido me tiene recostada en el escritorio, subiéndome la camisa y mordiéndome el pezón por encima del encaje del sujetador.

Cojo su rostro entre mis manos y le acerco a mí para volver a besarle. No debería hacer esto aquí, podría entrar alguien, pero... es más el deseo de sentirle ahora mismo.

Eliam me desabrocha el pantalón y lo baja junto con el tanga y, tras quitarme los tacones, me deja completamente desnuda de cintura para abajo.

Vuelve a mordisquearme el labio, me besa con fiereza y una vez se ha desabrochado el pantalón, siento cómo entra en mi interior de una sola embestida. El grito que sale de mis labios queda silenciado por los de Eliam, que devora mi boca como si fuera el aire que necesita para respirar.

Me penetra una y otra vez mientras rodeo con las piernas sus caderas, acercándolo más al encuentro con mi humedad.

Estoy tan excitada que no tardo en notar cómo mi cuerpo se prepara para una explosión de placer. Los músculos internos se contraen alrededor de la erección de Eliam que, sabiendo lo que está a punto de pasar, aumenta el ritmo de sus embestidas y se une a mí, culminando al unísono en un orgasmo que nos deja jadeantes sobre el escritorio.

Cuando Eliam recupera la respiración, sale de mí y con un pañuelo que saca de su bolsillo limpia el resultado de nuestro encuentro que ha quedado en mi sexo. Me ayuda a levantarme, me entrega la ropa y mientras me visto él se la arregla para seguir pareciendo el ejecutivo que entró en mi restaurante.

Le arreglo el cabello, el nudo de la corbata y me lanzo a sus brazos, dejando que el calor de su cuerpo me colme de la alegría que siento ahora mismo.



Se aparta, me besa en la frente y con una sonrisa de medio lado que promete muchas cosas que pueden pasar el sábado por la noche, se aleja hacia la puerta.

—El sábado me lo tomaré con más calma, te lo aseguro —dice con el pomo de la puerta en la mano.

—¿En tu casa o en la mía? —pregunto arqueando la ceja.

—En la mía. Mi madre se marcha mañana.

—¡Oh! Me gustaría despedirme de ella, si no te parece mal.

—Claro que no, ella también quiere despedirse de ti. Esta noche tengo una cena con mi primo y el resto del equipo, puedes pasarte por casa —dice dándome un beso en los labios cuando me sitúo a su lado.

—Mejor, la invito a cenar para que no esté sola.

—Seguro que le encanta la idea. Te quiero, pequeña —susurra en mi oído y me estremezco con el sonido de su voz.

Salí del despacho y cuando he conseguido calmarme salgo para ir de nuevo a la barra. Joao me mira sonriendo, me guiña un ojo y se da la vuelta para seguir atendiendo a los clientes.

Tal como le dije a Eliam, le mandé un mensaje para pedirle el teléfono de su madre y la escribí para invitarla a cenar a casa con nosotros.

Todo estaba saliendo bien, pero al final se me echó el tiempo encima y no iba a poder preparar nada en casa, así que opté por llevarme la cena del restaurante.

Algunos platos que Olga cocina como nadie y otros de Mario.

Y aquí estoy en casa, terminando de emplatar todo mientras Lea y Rubén ayudan al abuelo Tobías a poner la mesa. Elías aún no ha llegado, le he llamado, pero no ha cogido el teléfono ni una sola vez. Estoy preocupada porque si le ha pasado algo... no estoy preparada para perder a nadie más.

Estoy llevando la cena a la mesa cuando escucho que se abre la puerta.

Me giro y respiro aliviada al ver a mi sobrino.

—¿Se puede saber por qué no cogías el teléfono? Te he llamado como diez veces —digo poniendo los brazos en jarra, en plan madre enfadada.

—Lo siento, estaba ocupado —me dice sin pararse siquiera, caminando hacia las escaleras para subir.

—¡Oye, que te estoy hablando!

—Ya lo sé, pero ahora mismo solo quiero estar solo, ¿vale?

—¡Elías Moreno, ven aquí ahora mismo! —el tono de mi voz ya es el de una madre realmente cabreada.

—¡Que quiero estar solo, joder! ¿Es que no me has oído? —mi sobrino nunca me había hablado así. Algo le debe estar pasando.

—No me grites y ven aquí, que estamos hablando.

—¡No eres mi madre, joder! ¡Deja de comportarte como si lo fueras!

—grita caminando hacia mí.

Esas palabras me han hecho más daño del que mi sobrino puede llegar a ser consciente. El abuelo Tobías se acerca a nosotros y, sin decir una sola palabra, le da un bofetón a Elías que no se esperaba en absoluto.

—No, no es tu madre, pero lleva casi cinco años cuidando de vosotros como si lo fuera. Os antepone a todo. Así que, si vuelves a gritarle a tu tía de ese modo, te juro que esa bofetada te va a perecer una caricia. ¿Me has oído?

—pregunta el abuelo Tobías sin dejar de mirar a Elías.

—Te he oído.

—Bien, y ahora pídele perdón a tu tía. Y ayuda a poner la mesa que tenemos una invitada para cenar.

El abuelo Tobías se aleja, cogiendo a Rubén en brazos que estaba asustado por cómo gritábamos su hermano y yo. Entran en la cocina y con ayuda de Lea sirven el postre para dejarlo en la nevera.

—Lo siento —es lo único que me dice Elías antes de abrazarme y romper a llorar como un niño pequeño.

—Elías, ¿qué te pasa? Me estás asustando.

—Es que... —se aparta, secándose las lágrimas que le corren por las mejillas, y niega repetidamente—. Nada. Bueno, nada que quiera hablar

ahora. Primero... Mira, vamos a terminar de preparar la mesa, ¿vale? Ya hablaremos cuando sea el momento.

—Como quieras, pero sabes que estoy aquí. Aunque no sea tu madre...

—Olvida que he dicho eso, ¿quieres? Eres la mejor madre que Rubén y Lea podrían tener. Y no eres mucho mayor que yo, pero te has portado conmigo como una madre. Perdoname, por favor.

—Anda, ven aquí que al final me harás llorar a mí —digo abrazándolo.

—¿Y quién viene a cenar? —pregunta mientras terminamos de preparar todo.

—Sonia, la madre de Eliam. Se marcha mañana y resulta que ambas queríamos despedirnos así que pensé en invitarla a cenar.

—Me parece bien, hay que llevarse bien con la suegra. La mía... creo que me va a odiar —eso último lo ha dicho casi en un susurro. Y digo casi porque yo le he oído perfectamente.

Voy a preguntarle por qué dice eso cuando suena el timbre y el abuelo va a abrir. Sonia entra en casa y nos saluda a todos con un caluroso abrazo y dos sonoros besos.

—¿Cómo están mis pequeños favoritos? —pregunta sentándose en el sofá con Rubén en sus rodillas.

—La tía dice que te vas mañana. ¿Volverás pronto? —pregunta Lea.

—¡Ay, preciosa! Pues sí que me voy, mi marido ya me echa de menos y dice que deje de mimar a nuestro hijo que ya es mayorcito. Y no sé cuándo volveré.

—Pues qué pena, ahora que nos lo pasamos tan bien contigo, [seanmhair\[20\]](#) —dice Rubén.

Miro a mi sobrino, que no sé qué le ha dicho a Sonia, y cuando voy a preguntar, Sonia vuelve a hablar.

—Sabes que me gusta mucho que me llames abuela en la lengua paterna de Eiliam, ¿verdad, *ulaidh*[21]?

Rubén asiente y se abraza a ella. Es el único de los tres que no llegó a conocer a Remedios, esa mujer que ejerció de madre incluso conmigo.

Lea también se abraza a ellos y la veo secándose las lágrimas disimuladamente. Ella es como yo, no quiere que nadie la vea débil, siempre fuerte para todos.

Nos sentamos a la mesa y damos buena cuenta de las delicias que han preparado Olga y Mario.

Elías ha estado pendiente del teléfono todo el tiempo, algo poco habitual en él. Me tiene desconcertada con esa actitud. Estoy segura que hay algo que le tiene tan alterado, pero no sé cómo hacer para que me lo cuente si él mismo no quiere hacerlo.

Cuando estoy sirviendo los postres suena el timbre. Miro el reloj y veo que son las diez. ¿Quién puede ser a esta hora? Tal vez alguna de las brujis.

Me giro con la bandeja de tartaletas de manzana en la mano y casi me da un pasmo al ver a Quique en mi cocina.

—Hola, Dama —me saluda y se queda callado, ahí plantado como si no hiciera años que no nos vemos.

Está igual que la última vez que le ví. Con algunas canas que le sientan bien, pero por lo demás es el mismo. Pantalones vaqueros, camiseta y chupa de cuero. Pero no me hace sentir nada. Bueno, sí, el mismo odio que sentí el día que le dejé.

—¿Qué coño haces tú aquí? ¿Te has perdido? —pregunto pasando a su lado.

—Quería verte, hace tanto tiempo que...

—¡Ni se te ocurra! —grito dejando la bandeja en la encimera—. ¡Es que ni se te pase por la cabeza, vamos! Si te atreves a decirme una sola vez que me has echado de menos, te doy de hostias. Te lo aseguro.

—Dama, en serio, solo he venido a verte, saber cómo estás —me dice acercándose a mí.

—¿Saber cómo estoy? Pero... ¡¿Tú eres gilipollas?! Me fallaste cuando más te necesitaba. He salido adelante sin tu ayuda así que ahora no me vengas con la absurda excusa de que quieres saber cómo me ha ido. Saliste de mi vida, te olvidé y es lo mejor que hice. Y ahora ¡vete de mi casa! —grito, al tiempo que le empujo para que se mueva.

Escucho los gruñidos de Tornado, miro hacia el suelo y le veo mordisqueando los vaqueros de Quique.

—¿Qué coño está pasando aquí? —pregunta mi sobrino Elías cuando el imbécil de Quique está saliendo a empujones de la cocina—. ¿Qué narices has venido a hacer tú aquí, gilipollas?

—Tranquilo, Elías, que ya estoy sacando la basura de casa —digo cabreada sin dejar de empujarle.

—Tía, para que yo me encargo —me dice Elías dándole un empujón en la espalda.

—Tranquilo chaval, no la cagues más.

—¿Me estás amenazando en mi propia casa, imbécil? ¡Largo! No me hagas repertirlo otra vez.

—¡Quiero hablar con tu tía, maldita sea! Joder, todo el mundo merece una segunda oportunidad, ¿no creéis? —pregunta Quique alzando las manos.

—¡¡No!! —gritamos Elías y yo al unísono.

Al escuchar ese grito, Tornado se queda a nuestro lado sin dejar de mirar a Quique, preparado para lanzarse de nuevo a por él.

Quique me mira con esos ojos suplicantes que tan bien recuerdo. Lleva la mano al bolsillo de sus vaqueros y saca algo que hacía tiempo que no veía. Es un llavero que le regalé en su último cumpleaños. Una cámara de fotos en el que mandé grabar la palabra suerte, ya que por su trabajo de periodista en su momento cubrió noticias en lugares de conflictos bélicos.

—Esto es lo que me ha mantenido con vida los últimos años. Siempre lo he tenido a mi lado. Dama, sé que no me fui de la mejor manera, pero por favor deja que me explique. Si te dije que no estaba preparado para ser padre en ese momento es porque...

—¡Que no quiero que me expliques nada! ¡Que te largues! Vete de mi casa, y no vuelvas. ¿Me oyes bien? ¡¡No vuelvas!! —grito mientras Elías le lleva a la puerta de mi casa.

—¡Quiero explicartelo, joder! —me dice Quique, y eso colma mi paciencia.

Me agacho, me quito el zapato y se lo lanzo con toda la fuerza que puedo.

En el momento que Elías abre la puerta, y con mi zapato a punto de impactar en la cara de Quique, este se agacha y el tacón le da en el pecho a la persona que no esperaba ver en este momento.

—¡Joder, qué recibimiento, pequeña! —grita Eliam que ha cogido el zapato antes de que cayera al suelo.



—¿Pequeña? —pregunta Quique—. ¿Y este quién cojones es?

—Eliam, el novio de Damaris. ¿Y tú, eres...?

—¡Nadie! —digo acercándome a Eliam y, cogiéndole de la corbata le atraigo hacia mí para besarle efusivamente. Tal vez demasiado efusivamente—. No es nadie. Bueno, sí, alguien que ya se iba.

—Sí, ya se iba. Para no volver, ¿verdad, colega? —dice Elías arqueando una ceja.

Quique sale sin tan siquiera decir adiós. Cosa que agradezco porque si tuviera que volver a escuchar su voz, una vez más, acabaría estrangulándole con mis propias manos.

—¿Qué haces aquí? No te esperaba —digo más tranquila dejando que Eliam me abrace, cuando Elías nos deja a solas en la puerta de casa.

—Me llamó mi madre cuando empezó a escuchar gritos... —dice mirando hacia el salón— después de que Lea le dijera quién era el tipo al que habéis invitado amablemente —dice entrecomillando la última palabra— a marcharse.

—Pues... ya sabes quién era —digo apartándome de él.

—Sí, el que no supo lo que tenía. Solo espero que no pretenda recuperarlo ahora, porque es usted mía, señorita Moreno —susurra volviendo a acercarme a él para besarme.

—¡Uy! No quería yo interrumpir... —la voz del abuelo Tobías hace que Eliam y yo nos separemos.

—Tobías, me alegro de verte —le saluda Eliam estrechándole la mano.

—Y yo, hijo. Anda, sentaros que voy a llevar el postre. Rubén y Lea tienen que acostarse.

—Joder —digo caminando hacia el salón y veo a Rubén enseñándole el álbum de fotos a Sonia.

—Tía, hoy es más tarde —me dice mi pequeño tesoro.

—Lo sé cariño, pero como tenemos una invitada...

—¡Eliam! —grita Rubén poniéndose en pie y corriendo hacia él que se agacha para cogerle en brazos—. ¿Has venido para leerme un cuento?

—Rubén, Eliam no va a leerte cuentos todas las noches —digo arqueando una ceja.

—Pero ya que ha venido...

—Claro que sí, campeón. Venga, vamos a comernos esas tartaletas que

tienen muy buena pinta y después leemos —le dice Eliam sentándose en una de las sillas con Rubén en sus piernas.

Mientras recojo la mesa, con ayuda de Sonia aun habiéndola pedido que se quedara sentada en el sofá, Eliam acuesta a Rubén. Mi sobrino me ha pedido que sea él quien le lea, que hoy me daba la noche libre. Si es que hay veces que me desarma por completo.

—Mi hijo está loquito con ese niño —me dice Sonia una vez hemos terminado de recoger la cocina.

—Es mutuo, la verdad —digo sonriendo.

—Y contigo también. Nunca le había visto tan interesado en una muchacha.

—Bueno... no creo que...

—Damaris, mi niña. Mi hijo está loquito por ti. ¿Sabes dónde estaba cuando le he llamado para decirle que te estabas alterando?

—Niego, pues no sé qué mas puedo hacer—. Reunido con mis sobrinos y los otros chicos de su equipo. Están negociando las condiciones con una marca de nutrición deportiva que quiere contar con él para patrocinar sus productos.

—Vaya... no deberías haberle llamado.

—¿Y que después le tuviera que aguantar diciéndome que por qué no le he llamado al ver que estaban molestando a su chica? Cariño, mi hijo dejaría todo por ti, puedo asegurártelo.

Me quedo pensando en esas palabras. No creo que Eliam dejara la vida que lleva por quedarse conmigo, aquí en Madrid. Y para colmo, a cargo de tres sobrinos... Bueno, de dos porque Elías es bastane independiente.

—Ha caído antes de lo que pensaba —la voz de Eliam nos llega desde la puerta de la cocina.

Me giro y veo que está sonriendo. En ese momento le suena el móvil, lo saca del bolsillo de su pantalón y su sonrisa se amplía.

—Dime, *bràthair* —responde al descolgar—. Sí, todo bien. ¿Mi chica?

—pregunta, me mira y camina para rodearme la cintura con el brazo, al tiempo que se inclina y me roza el cuello con la punta de la nariz—. Bien. La visita indeseada se marchó.

Se queda en silencio, escuchando lo que sea que le esté diciendo la otra

persona, y noto que sus labios van dejando un suave camino de besos por esa parte tan sensible de mi anatomía.

Dios, como siga así... Me escucho jadear y el brazo de Eliam me atrae más hacia él, de modo que no me queda más remedio que aferrarme a sus hombros. En ese momento recuerdo que no estaba

sola en la cocina, miro alrededor, pero Sonia ya no está. Ha debido dejarnos cuando su hijo se ha puesto tan... cariñoso.

—¿Qué quieres que te diga? Adoro el cuello de mi chica —dice con una risa traviesa—. Que sí, que os la presentaré, pero joder dejar que disfrute de ella y me conozca mejor a mí. Que luego me la asustáis entre los cuatro —de nuevo silencio, y por más que intento escuchar algún murmullo por parte de la otra persona, no lo consigo—. Primo, es mi madre y tiene todo el derecho del mundo a conocer y relacionarse con su nuera, que las dos mujeres más importantes de mi vida tienen que llevarse bien.

Y con esas simples palabras, sé que me ha ganado para siempre. Una de las mujeres más importantes de su vida. Así me considera.

Siento que me escuecen los ojos, las lágrimas agolpándose en ellos, pero no quiero llorar. Me aferro a él y le beso en el cuello, dejando que su delicioso aroma me envuelva.

—Nos vemos mañana, buenas noches —dice antes de colgar.

Me abraza y dejo que sus brazos me acunen. Que me den el cariño que necesito y con ese simple gesto ambos demostramos que no queremos separarnos nunca.

—Eres muy importante para mí, Damaris. Sé que es pronto, pero te quiero

—susurra antes de besarme.

# Guapa Lista y Madridista



## Capítulo 20

**Sábado, 14 de junio de 2014**

He dejado la mesa lista en el restaurante para la cena con mis brujitas y Eliam, y ahora estoy en casa en mi sesión de belleza particular. Cuando les dije que quería presentarles al chico del que las hablé la noche del calabozo, me dijeron que ya había tardado en hacerlo.

Tras una ducha, y buscar una y otra vez entre la ropa del armario qué ponerme, termino de maquillarme y voy a vestirme con el modelito elegido.

Un vestido de gasa, en color negro con flores grandes estampadas. Es largo, hasta los tobillos, con una apertura en el lado izquierdo que llega hasta el muslo. De tirante fino y un escote que... no puedo llevar sujetador.

Justo cuando voy a ponermelo, suena el móvil con un aviso de mensaje de WhatsApp. Lo cojo de la mesita de noche y veo que es en nuestro aquelarre.

**Isis 20:10**

*Brujis!!! Que digo yo, después de cenar, iremos a tomar algo ¿no?*

**Alicia 20:13**

*Con el churri de Dama?? Pobre hombre!!! Ya quieres espantarle??*

*Dama, ni caso que vosotros os podéis retirar a hacer conjuros cuando queráis.*

**Ana 20:18**

*Cómo que se pueden retirar cuando quieran?? De eso nada!!! Aquí vamos todas a bailar con el maromo que no nos vemos en otra como esta.*

*Son un caso, pero me hacen reír con sus locuras.*

**Damaris 20:22**

*A ver, que yo le dije que era una cena con mis chicas, mis amigas, mi otra familia. No hablamos nada de ir a tomar algo después... Aunque podríamos ir y bailar un poco, pero solo un rato. Ya sabéis... soy "mamá".*

**Alicia 20:26**

*¡¡YA ESTAMOS!! Es que ni una noche, hija de verdad. Que es sábado.*

*Elías se queda con los pequeños, y el abuelo Tobías también.*

**Isis 20:28**

*Eso digo yo. Para una noche que podemos estar las cuatro... Anda, Dama, porfi porfi porfi...*

**Ana 20:33**

*Te aseguro que nuestros grandullones no van a aparecer (Alicia, eso va por ti que menuda encerrona le liaste a Dama, no preguntes, me lo dijo Fran). Así que tranquila que vamos a estar solas con tu chico.*

**Damaris 20:36**

*Peor me lo pones. Recuerdas la última vez, Anita?? A ver si adivinas dónde no me gustaría acabar la noche...*



**Ana 20:39**

*Uy!! Que voy a llegar tarde!! Puff voy saliendo para el restaurante, brujis. Nos vemos!!*

**Isis 20:42**

*Ale, ya ha hecho la espantá. Esta Ana... Bueno, entonces una copita después, no??*

**Alicia 20:45**

*Claro que sí, guapi!! Una y nos vamos, palabrita de girl scout.*

## Damaris 20:48

*Una y nos vamos, lo has prometido Alicia. Nos vemos ahora, chicas.*

Es que al final me convencen. Y es que paso tan poco tiempo con ellas...

que necesito estos ratos con mis chicas.

Llego al restaurante a las 21:15, hora a la que hemos quedado aquí, pero no veo a mis brujis por ningún lado.

Me acerco a la barra, me siento en uno de los taburetes y Susana, la camarera que cubre la barra esta noche, me pone un refresco.

—¡Pedazo de rubia! —la voz inconfundible de Carlos, el camarero del turno de noche, me llega por la espalda, sonrío pero antes de girarme arqueo una ceja fingiendo enfado—. Ups, perdón que es mi jefa.

—Buenas noches, Carlitos —le saludo con algo de retintín.

—Jefa, estás preciosa. ¿Noche de chicas? —pregunta ya a mi lado.

—Noche con su pareja —Eliam aparece de repente a mi lado, rodeándome con el brazo y mirando a Carlos como si quisiera fulminarle con la mirada.

—Eliam, este es Carlos, uno de mis empleados —trato de apaciguar a mi Adonis—. Carlos, él es Eliam, mi novio —qué bien suenan esas dos simples palabras.

—Encantado, Eliam. Ya era hora que mi jefa tuviera un buen hombre al lado. Voy a seguir, que no me pagas por hablar —Carlos se despide encogiéndose de hombros—. Susana, tres cervezas y dos de agua por favor.

Miro a Eliam, que sigue con los ojos fijos en Carlos. Le cojo la barbilla, hago que me mire y me mordisqueo el labio, sabiendo que



de ese modo recibiré mi beso.

—Te echaba de menos, grandullón —susurro acariciándole la mejilla.

—Y yo a ti, pequeña. ¿Y tus amigas?

En ese momento escucho la risa de Isis, miro hacia la puerta y ahí están mis tres brujitas entrando.

—¡¡¡Brujita!!! —grita Ana acercándose a nosotros.

Eliam se gira y se quedan las tres con la boca abierta, petrificadas, contemplando de arriba abajo a mi chico. Sonrío, me pongo en pie y le cojo de la mano antes de saludarlas.

—Hola, chicas. Él es Eliam —digo volviendo a mirarle—. La pelirroja de las gafas es Isis, la otra pelirroja es Ana, y la rubia es Alicia.

Siguen sin hablar, solo mirando a Eliam, de un modo que solo les falta babear, lo juro. Chasqueo los dedos delante de sus caras y al fin reaccionan.

—¡Hijo de mi vida! ¡Pero tú qué comes! —grita Alicia señalándole.

—Pues... —Eliam me mira, sin saber qué decir, y empieza a reírse.

—Así es Alicia, no tiene filtro —digo moviendo la mano, quitándole importancia.

—Pero ¿tú le has visto, Dama? ¡Por favor, qué hombre! —vuelve a decir Alicia. Creo que está babeando...

—Oye, bonita, ¿tú no estás con cierto moreno de ojos negros...?

—pregunto entrecerrando los ojos.

—No.

—¡Oh! Otra vez igual... —digo cogiéndole la mano.

—Bueno, a ver, ¿y tú de dónde eres, hombretón? —pregunta Isis.

—De Escocia. Mi padre es escocés y mi madre española, pero nací allí.

—¡Otro escocés, Dama! Ni que cupido se hubiera puesto como meta que acabes con uno —dice Alicia. ¿He dicho ya que no tiene filtro?

Me quedo mirándola, furiosa, hasta que Isis le da un codazo para que se calle.

—Perdónala —dice Ana apartando a Alicia de un empujón—, creo que ya ha bebido antes de llegar.

—¡Oye! Ni que fuera yo una borracha —dice Alicia.

—Perdona, bonita, pero te recuerdo que te bebiste un par de botellas de vodka tú solita... —digo entre risas.

—¡Vaya por Dios! Y yo creyendo que se te habría olvidado...

—Jefa, cuando queráis podéis ir a la mesa —dice Carlos, a lo que respondo con un asentimiento de cabeza.

Cinco minutos después estamos los cinco sentados, esperando que nos sirvan los platos que he acordado con Mario para la cena.

—¡¿Que ha vuelto quién?! —preguntan las tres a coro cuando, mientras disfrutamos del postre, saco al fin la noticia de la visita inesperada de Quique la otra noche.

—Sí, habéis oído bien. Quique —digo cogiendo mi copa de vino para terminarla de un trago.

—Ese tío es tonto —dice Isis recostándose en su silla—. Es que no me lo puedo creer. Casi cinco años y aparece como si tal cosa.

—Ay que ver con el periodistucho... —resolpa Ana—. Más le vale que no me lo cruce porque... Mejor no queráis saber lo que le haría.

—Nada, absolutamente nada. Es pasado y ya sabéis, el pasado pisado así que. No se hable más de él y san se acabó —digo mirándolas una a una.

—Dama, entiende que nos preocupemos por ti —me dice Alicia, sentada a mi derecha, cogiéndome la mano—. Ese gilipollas te saltó que no estaba

preparado cuando más le necesitabas. Ni siquiera te lo dijo un día después, o tal vez una semana, no sé, después de ver cómo iba la cosa con los críos. ¡No!

El muy cabrón te lo dijo el mismo día que regresó y se enteró de que ibas a ser responsable de un adolescente, una niña y un bebé. ¡Por el amor de Dios!

—Lo sé, pero está en mi pasado, no en mi presente —digo mirando a Eliam y cogiéndole la mano.

Él sonrío, se inclina y me da un casto beso en los labios que a mí, sinceramente, me sabe a poco.

—Es que no queremos volver a verte como en aquellos momentos.

Destrozada, llorando y dejándote. Te recuerdo que me pasé noches enteras en tu casa obligándote a cenar, Damaris —dice Isis, y es verdad.

Todas se preocuparon por mí, incluso se turnaban para pasar alguna tarde conmigo en casa, pero ella venía todas las noches para que cenara, me diera un baño y me metiera en la cama.

Fue Isis quien me encontró una noche, en la cama, aferrada a una foto en la que mi hermano, Lidia y mis sobrinos eran una familia

feliz. Con una foto mía y de Quique en la almohada, y un bote de somníferos en la mano.

Si aquella noche mi pelirroja no hubiera actuado rápido, mis sobrinos se habrían quedado solos con el abuelo Tobías.

—No quiero volver a tener que sacarte de las garras de la Parca, ¿me entiendes? —me dice Isis con una lágrima deslizándose por su mejilla.

Sonrío, asiento y me pongo en pie para ir al cuarto de baño. Yo también quiero llorar, no porque a mi ex se le ocurriera la genial idea de volver a aparecer en mi vida, sino porque si no fuera por ellas, por las tres mujeres que están sentadas en la mesa, yo no habría podido salir adelante.

Aquella noche Isis me abrió los ojos, Ana me dio cuatro voces que me pusieron en mi sitio y Alicia, esa brujita sin filtro, me dio tal bofetón que me quitó la tontería.

Volví a ser la Dama de siempre, la vivaracha y sonriente, la que se reía por cualquier tontería pero, sobre todo, la tía y madre que mis sobrinos necesitaban en ese momento.

Cuando salgo del cuarto de baño veo a Eliam recostado en la pared, con las manos en los bolsillos del pantalón del traje, y los tobillos cruzados.

Saca las manos de los bolsillos, extiende los brazos y me acerco a él para que me acune como me gusta. Sollozo, con la mejilla descansando sobre su



hombro, al tiempo que me pasa las manos lentamente por la espalda, calmándome.

—Ya está, *mo ghràdh*, ya está —susurra.

Nos quedamos así unos minutos, en silencio, abrazados. Y con el tranquilo latir de su corazón, consigo calmarme.

Me aparto y Eilam me seca las lágrimas con los pulgares, se inclina y me besa la frente, para después dejar un breve beso en mis labios.

—Me han dicho las chicas que ahora nos vamos a tomar una copa —dice rodeándome con el brazo instándome a caminar hacia nuestra mesa.

—Si no quieres, puedes llevarme a casa. Tal vez tú estés cansado.

—Vamos a tomarnos esa copa, y después dormimos en mi casa. ¿Qué te parece? —pregunta con una sonrisa de medio lado.

—¿Sólo dormir?

—Si es lo que quieres, sí —me responde antes de besarme en la sien.

El local está lleno, yo creo que aquí ya no cabe ni un mísero alfilerito.

La pista con gente a más no poder, bailando y dejándose llevar por la música.

Cuando la melodía de *I'm Into you* de Jennifer López empieza a sonar, no puedo evitar sonreír. Rodeo el cuello de Eliam y, pegada a él, empiezo a moverme lentamente. Siento el calor que desprende su cuerpo y es como estar en casa. Me siento bien. Sé que es aquí, entre sus brazos, donde quiero resguardarme de mis temores, de mis miedos, calmarme cuando sienta que todo vuelve a desbordarse de nuevo.

Y siento que mi corazón late más y más rápido. Una vez, tan solo una vez, latió así por otra persona. ¿Fue amor en aquel momento? Probablemente sí.

¿Lo es ahora? Absolutamente sí.

Es amor. Estoy enamorada de Eliam. Quiero a Eliam y qué mejor modo de

hacérselo saber que así. Me separo, le miro a los ojos y entono las palabras de Jennifer López solo para él.

*«When I look into your eyes it's over.*

*You got me hooked whit your controller.*

*I'm tripping and I can not get over.*

*I'm feeling lucky like a four leaf clover.*

*Cuz I'm into you.*

*I'm into you*[22].»

*Guapa  
Lister  
y  
Madridista*



*Capítulo 21*

***Lunes, 16 de junio de 2014***

Me despierto sin esperar a que suene la alarma del móvil. Miro la hora y compruebo que tengo tiempo de sobra para preparar el desayuno para mi hombre.

Me giro y le contemplo embelesada.

El sábado por la noche, después de un par de copas con mis brujis, vinimos a su casa, y tal como prometía esa sonrisa de medio lado que tanto me hace sentir, me tuvo el resto de la noche retorciéndome de placer entre las sábanas, consiguiendo que tuviera más orgasmos en unas horas que en todo un año.

Cuando quise volver a casa el domingo, me pidió que me quedara con él, que compartiéramos un día solos, y no pude negarme.

Hablé con el abuelo Tobías y con mi sobrino Elías y me dijeron que estarían bien, que no me preocupara. Aún así les dije que me

avisaran si pasaba algo, que iría corriendo pues estaba en la casa de al lado.

No me llamaron, así que no tuvieron problemas con mi pequeño Rubén.

El domingo estuvo repleto de besos, caricias, charlas y... sí, mucho sexo para qué lo voy a negar.

En la cama, en la ducha, en el salón... Solo de recordar sus manos deslizándose por mi cuerpo, hace que me estremezca y mi botoncito del placer palpita.

¡Dios, ¿pero qué me ha hecho este hombre?!

Sonrío y me levanto sin hacer el menor ruido. Como lo único que tengo es el vestido con el que salí el sábado, cojo la camisa de Eliam que está en el galán de noche y me la pongo. Cierro los ojos y aspiro su aroma.

Me giro y compruebo que sigue dormido, boca abajo y con los brazos bajo la almohada. Toda su espalda está ante mis ojos, y la sábana se ha bajado tanto que deja parte de ese culito prieto a la vista. Me mordisqueo el labio y se me pasa una idea por la cabeza... que rechazo sonriendo pues quiero que desayunemos juntos antes de marcharme a casa.

Voy a la cocina y procurando hacer el menor ruido posible, preparo tortitas y café.

Estoy terminando de servir los platos cuando siento unas manos que reconozco a la perfección sobre mis caderas.

—Buenos días, pequeña —susurra pegando los labios a mi cuello antes de besarme.

—Buenos días, grandullón.



—¿Por qué te has levantado tan temprano? —pregunta girándome y al pegarme a su cuerpo noto la erección que tiene bajo los bóxers.

—Quería preparar el desayuno. Y que podamos disfrutar de él antes de que me marche a casa.

—Mmmm... yo tengo en mente otro desayuno. Y me ha privado de él en la cama, señorita Moreno —esa voz consigue que me estremezca, anticipándome a lo que está por llegar.

Y no se hace esperar, claro que no.

Me besa con ferocidad, con urgencia. Aprieta el agarre de mis caderas y no puedo evitar que un gemido salga de mi garganta, quedando silenciado en nuestras bocas que se saludan, se besan y se muerden como si hiciera meses que no se ven.

Pasa las manos bajo la camisa y me aferro a sus hombros cuando masajea mis pechos. ¡Por Dios, ya estoy húmeda!

Baja las manos acariciándome los costados, me coge por la cintura y en

un movimiento rápido estoy sentada sobre la encimera con él entre mis piernas.

—No imaginas cuánto te deseo, pequeña —susurra bajando hasta mi cuello para besarme.

Paso las manos por su cabello y entrelazo los dedos mientras él me besa esa delicada parte de mi anatomía.

Cierro los ojos cuando siento que baja besando mi pecho y grito al notar cómo abre la camisa de un tirón sin siquiera desabotonarla. El sonido de los botones cayendo al suelo se mezcla con mis jadeos y el gruñido que sale de su garganta al contemplar mis pechos. No es la primera vez que los ve... y sigo sin saber por qué se sorprende tanto al verlos.

—Has roto tu camisa —digo entre jadeos mientras me apoyo con los codos en la encimera para que tenga más accesibilidad a mis pechos.

Sonríe y mordisquea un pezón, pasa la lengua alrededor y lo besa, para después ir al otro.

Cuando me acaricia el sexo con la mano, vuelve a gruñir. Y no es para menos, pues estoy tan húmeda que lo tiene más que fácil para entrar con su enorme polla. Ni siquiera he querido pararme a pensar cuánto le debe medir...

El caso es que según me dice siempre, le acojo tan bien que estoy hecha para él.

El sonido del encaje de mis braguitas rasgándose me hace volver al lugar en el que me encuentro. Sobre la encimera de la cocina de mi Adonis.

—¿Tengo que volver a casa sin ropa interior? —pregunto, entre jadeos, mientras le observo bajar dejando un camino de besos por mi vientre.

Me mira, sonríe y pasando la lengua por mi sexo, hace que arquee la espalda en busca de más.

Pasa la lengua una, dos, tres veces más y con ese simple contacto siento que estoy a punto de estallar. Se detiene en mi clítoris y juguetea con la punta de la lengua alrededor de él, dándome más placer si cabe, y es cuando noto que me penetra con un dedo. Le tiro del pelo y grito al sentir que mi cuerpo se prepara para el clímax. Aumenta el ritmo y añade un segundo dedo.

—¡Dios... Eliam...! Me voy a... ¡oh, Dios! ¡Oh! —aumenta el ritmo con la lengua y estallo en un orgasmo que me deja exhausta y laxa sobre la encimera.

Recibo una última pasada de su lengua, abro los ojos y le veo saboreando

el resultado de mi placer en sus labios.

Se baja los bóxers y, llevándome hacia él, me penetra de una embestida.

Grito, jadeo, le pido más y cuando noto que mis músculos se contraen apretando esa gloriosa erección, los dedos de Eliam se aferran a mis caderas y nos dejamos ir juntos al tiempo que nos besamos, devorando nuestros labios.

Con la frente apoyada en su pecho, y él en mi hombro, recobramos la respiración. Se aparta, me besa en la frente y tras acariciarme intenta cerrar la camisa, pero claro sin botones... mal lo lleva.

—Puedes desayunar desnuda —me dice arqueando una ceja.

—Claro, y que me caiga sirope de fresa y me quede toda pegajosa

—respondo al tiempo que me baja de la encimera.

—Cariño, si te cae sirope... —susurra acercándose a mi oído— prometo lamerlo hasta no dejar ni una gota.

¿Cómo es posible que con esa frase y esa voz me haya vuelto a excitar?

Madre mía, el modo en que mi cuerpo reacciona a él, es increíble.

Sonrío y cuando me giro, me da un leve cachetito en la nalga derecha.

Arqueo una ceja, le miro y él se encoge de hombros.

—Me encanta ese culito respingón, *mo ghràdh* —y lo suelta así, como si tal cosa.

Nos sentamos y disfrutamos del desayuno, más bien frío.  
Recogemos y cuando estamos a punto de ir al cuarto de baño para una ducha rápida, y algo de sexo según me ha dicho el muy bribón, suena el timbre.

—¿Esperas visita a estas horas? —pregunto parada en el pasillo.

—Pues la verdad es que no. Ve a ducharte, enseguida voy —se inclina y me besa antes de alejarse.

Doy un par de pasos y antes de entrar en la habitación me quedo escuchando, vale, no debería pero... me puede la vena cotilla que me ha pegado Alicia.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —escucho que pregunta Eliam.

—Buenos días a ti también, *bràthair* —es un hombre el que habla, no sé quién puede ser...

—No estoy solo, así que vete. Ya hablaremos después —le pide Eliam, y yo sonrío.



—Joder Eliam, algún día tendré que conocer a mi prima. ¿Está presentable? —pregunta y yo me miro.

La camisa de Eliam sin botones, despeinada, sin bragas... Pues no, presentable no estoy la verdad. Sonrío y cuando entro en el dormitorio, antes de cerrar la puerta, escucho de nuevo a ese hombre.

—¡Primita, preciosa, sal que te quiero conocer! —¿ha dicho, primita?

Así que la visita es el primo de Eliam... ese del que ni siquiera sé aún su nombre.

Cierro la puerta y escucho una sonora carcajada.

—Parece tímida. Bueno, ¡ya nos conoceremos, preciosa! —grita de nuevo y yo siento que mis mejillas se sonrojan.

Lo ha dicho todo en plan broma, así que intuyo que me llevaré bien con ese primo misterioso.

Entro en el cuarto de baño y abro el grifo de la ducha, dejo caer la camisa de Eliam al suelo y me meto bajo el agua, dejando que todo mi cuerpo se relaje y las partes más... sensibles y algo doloridas por tanto sexo, se calmen un poco.

—Me ha gustado pasar este tiempo contigo —escucho a Eliam mientras termino de peinarme.

—Y a mí. Ha sido... bueno, como si... —no sé cómo decirlo, pero para mi suerte él termina la frase por mí.

—Como si fuéramos un matrimonio.

—Sí, algo así.

—Pequeña, estos días voy a estar algo liado. Ya has visto a qué hora ha venido mi primo a casa. Tenemos algunas reuniones y...

—Tranquilo —le interrumpo acercándome para colocarle bien el nudo de la corbata—, lo entiendo. Si tienes tiempo puedes pasarte a cenar por mi casa.

—Eso me gustaría —se inclina y me besa antes de que salgamos del dormitorio.

Cuando salimos de su casa, y pienso que vamos a despedirnos, me coge la mano y camina junto a mí hacia mi casa. Abro la puerta y al entrar escucho a Rubén corriendo hacia nosotros.

—¡Eliam! —grita lanzándose a los brazos que él ha abierto para cogerle.

—Buenos días, campeón. ¿Te has portado bien? —pregunta mi Adonis caminando con Rubén en brazos hacia la cocina, donde toda mi familia está desayunando—. Buenos días.

—Hola, ¿qué tal tío? —pregunta Elías y yo le miro alucinada. ¿Por qué se coge ya esas confianzas?

—¡Elías Moreno, por el amor de Dios! Que todavía no es tu tío... —y al ser consciente de ese todavía que ha salido de mi boca, me callo y beso a mi princesa Lea.

—Es una expresión. Es que llamarle colega no me parece bien —se excusa Elías.

Y yo ¿cómo le rebato eso? Pues de ninguna manera porque el muy puñetero tiene razón. Tío es una expresión como otra cualquiera. Pero vamos que podría haberle dicho macho, tronco, chaval... qué sé yo.

—Todo bien —responde Eliam dejando a Rubén en su asiento—. Si os dais prisa, os acerco al cole. ¿Qué me decís?

—¡Sí! —gritan Lea y Rubén al unísono.

—Vamos, pequeña. Vístete y ve a trabajar, yo me encargo de ellos —me besa y me quedo embobada mirándole, observando cómo recoge los platos con mis sobrinos que están sonriendo como nunca antes les había visto.

—Eliam, yo los llevo que no hay problema —son mis sobrinos, no es necesario que él los lleve.

—Pequeña, a vestirte. No hagas que te castigue por desobedecer a tus mayores —pero ¿tendrá morro lo que me acaba de soltar?

—Eso tía, haz caso a Eliam que es el mayor —suelta Rubén, entre risas haciendo que Lea y Elías le acompañen, dejándome atónita.

—Aquí el mayor soy yo —la voz del abuelo Tobías rompe con las risas—, así que hazme caso a mí, jovencita, y ve a cambiarte que tu novio lleva a los niños al colegio.



Y como la palabra del abuelo en esta casa es ley, pues hay que obedecerle.

Así que me despido de Eliam con un casto beso, de mis sobrinos y voy a vestirme para ir a trabajar.

Menos mal que al menos me he duchado en casa de Eliam.

El día en el restaurante ha sido ajetreado. Elías ha tenido un par de exámenes así que el abuelo se ha encargado de ir a por Lea y Rubén al cole y llevarlos a merendar y al parque.

Estoy terminando de hacer caja cuando escucho la voz de la última persona que quisiera ver en ese momento.

—Hola, Dama.

Levanto la vista y veo a Quique. No puedo evitarlo y cierro el cajón de la caja registradora con un golpe tan fuerte que Carlos se gira y me pregunta si todo bien.

—Sí, Carlos. Tranquilo, que este... señor —sí, prácticamente he escupido la palabra—, ya se marcha.

—No, no me marchó. He venido para hablar. Joder, Dama, necesito que sepas por qué me alejé.

—Es que no me interesa. Eso me lo podrías haber explicado hace años y no lo hiciste. Así que ahora no quiero tus explicaciones ni tus excusas —me giro y cojo una botella, el trapo y empiezo a limpiar un polvo inexistente en ella.

—Por favor, escúchame —ya le tengo al lado, sujetándome la mano y quitándome la botella.

—Si no quieres que llame a la policía y les diga que me estás acosando, más vale que te largues.

—Me iré, y esta vez para siempre, te lo aseguro. Pero antes vas a escucharme.

Niego, intento soltarme sin éxito y él empieza a hablar de nuevo.

—Vale, pues no me mires, pero sí me vas a escuchar. Me ofrecieron un puesto de reportero para cubrir noticias en conflictos bélicos muy



jodidos.

Acepté porque estaba harto de los reportajes de siempre. Y quería pedirte que te casaras conmigo y me esperaras. Pero perdiste a tu hermano y tuviste que hacerte cargo de tus sobrinos. Y yo no podía estar contigo para eso, Dama, no estaría cerca cuando me necesitaras. ¿Qué querías que hiciera? ¿Pedirte que nos casáramos antes de que volviera a marcharme, que me esperaras y te dejara sola con todo lo que tenías?

—¡Te marchaste igualmente! —grito con las lágrimas a punto de desbordarse.

—¡Porque sabía que no podía darte a elegir entre tu familia y yo! ¿Es que no lo entiendes? Te quería más que a mi vida ¡joder! y no podía pedirte que me esperaras. Iba a ser un año, tal vez dos, pero no podía pedírtelo porque estarías preocupada por si me pasaba algo, y tenías un adolescente, una niña y un bebé a los que cuidar.

—Decidiste ser un cobarde y largarte. Pues ya ves que me ha ido muy bien sin ti, así que puedes volver a irte —esta vez si me suelto de su agarre y me giro secándome las lágrimas traicioneras que me resbalan por las mejillas.

—No he dejado de quererte, Dama. Eras lo que me mantenía cuerdo en aquellos lugares en los que la muerte era el pan de cada día. Mi Dama...

—No, ¡no! —grito fuera de mí—. ¡No soy tu Dama! ¡Ya no!

—¿Se puede saber qué mierda haces tú aquí, gilipollas? —me giro al escuchar la voz de Isis y la veo roja como un tomate y los ojos tan abiertos que parece que se le van a salir.

—Hola, pelirroja —saluda Quique como si nada.

—Isis, si no te importa. Lo de pelirroja se lo consiento a mis amistades, y tú... —le mira de arriba abajo y hace un gesto de asco

que no la había visto en mi vida— no formas parte de ese selecto y reducido grupo.

—Vale, no hace falta que me envíes dagas envenenadas.

—Vete de aquí —le pide Isis acercándose a la barra—, o te juro que te clavo un tacón en el ojo y me quedo tan a gusto.

—Dama, solo quería que supieras por qué hice lo que hice. Te voy a querer toda mi vida. Espero que seas feliz con el hombre que vi en tu casa.

Parece un buen tipo.

—Mejor que tú, desde luego —asegura Isis mirándose las uñas, supongo

que creerá que lo ha pensado, pero claro es que mis amigas son de decir las cosas en voz alta, aunque las piensen.

—Me marchó dentro de tres días fuera de España. Me envían a hacer un reportaje con un grupo de militares recorriendo varios países donde... Bueno, donde mi vida puede acabar antes de lo que pensamos.

Isis y yo nos miramos, le miramos a él y vemos cómo se encoge de hombros.

—Dama, no tengo a nadie más, ya lo sabes. Solo quiero que sepas que estás incluida en mi testamento desde hace años. Si me pasara algo...

—Por favor, no me hables de ese tema —le pido serenándome y es que, aunque Quique me hiciera daño cuando se marchó, fue la persona más importante de mi vida—. Si te pasa algo me avisarán a mí. No te preocupes, te llevaré donde están tus padres.

—Te lo agradezco, de verdad, mi amor.

—Ay que joderse... lo que tengo que oír a estas horas de la noche  
—sisea Isis y la miro, pidiéndola en silencio que no diga ni una palabra más.

—No soy tu... —pero Quique no me deja terminar la frase.

—Lo sé, y no sabes cuánto lo siento. Has sido lo mejor que he tenido en mi vida —se acerca, me mira con ojos suplicantes y cuando ve una lágrima furtiva deslizarse por mi mejilla la seca con el pulgar antes de abrazarme—.

Te quiero tanto que por eso sé que debo dejarte marchar. Se feliz.

Me besa en el cuello, como solía hacer antes de despedirse, y se aleja de mí mientras le observo y pienso que cualquier día me avisarán para que me haga cargo de su cadáver.

¿Por qué he tenido que encargarme de enterrar a todas las personas que han sido importantes para mí? Qué injusta es la vida...

—Joder, me he quedado blanca cuando ha dicho lo de...

—Isis, por favor, no quiero hablar de eso. ¿Sí? —saco dos refrescos y los sirvo con hielo, que el calor de junio empieza a aparecer.

—Vale. Pero ¿estás bien? Cielo, si quieres llorar...

—No, no quiero llorar. Quiero... —me quedo pensando y sonrío—  
Venga, vamos a tomarnos esto y después me ayudas a cerrar y nos vamos a por unas hamburguesas para cenar con mis sobrinos.

—¡Oh, sí! Necesito un poquito de grasa... Llevo una semana comiendo

ensaladas en la oficina, estoy de impuestos...

Rompemos a reír y terminamos de recoger, para después despedirnos de los chicos del turno de noche y salir camino de la

hamburguesería de nuestro querido Goyo. Y es que eso sí que son hamburguesas de las buenas. Menudas cenas universitarias tuvimos las cuatro en esa hamburguesería.

Nada más entrar por la puerta de casa, es Tornado quien corre a recibirnos. Da saltitos alrededor nuestro mientras meneas su pequeña colita y ladra. Creo que le ha llegado el olor de las hamburguesas y quiere su parte.

—¡Hola pequeñajo! —Isis le saluda agachándose para acariciarle la cabeza, ella siempre ha sido una gran amante de los animales.

Prueba de ello son sus mascotas, un gato negro precioso muy señorito y rey de la casa al que le llamó Trasto. Y es que ese gato fue como mi Tornado, que en un rato en casa lió una que la primera palabra que nos salió a las dos fue esa.

Luego está Jovi, un precioso perro blanco y gris que es lo más tranquilo que puedas imaginar. Y... ¿por qué le puso Jovi? Pues porque nos gusta el cantante Bon Jovi y cuando le llevamos a casa, estaba nervioso en el coche y pusimos una de sus canciones y el cachorrito se tranquilizó.

Otro fan del cantante que sumar a nuestras filas.

—¡Tía, que tengo hambre! —grita mi sobrino Rubén.

—Vamos al salón, Isis, que oigo el rugir de las tripas de Rubén desde aquí

—le digo entre risas.

En el salón ya han preparado la mesa para todos. Menos mal que avisé al abuelo Tobías de que traía la cena. Dejamos las bolsas en la mesa y mientras Isis saca todas las patatas y las reparte, yo hago lo propio con las hamburguesas.

Nos sentamos y disfrutamos junto a mi familia de esa cena grasienta que Isis saborea como si fuera su primera comida en meses.

Hablamos de papeleo del restaurante, de las clases de mis sobrinos que se acercan al final del curso y de las vacaciones que todos los años pasamos en el sur, en nuestra Cádiz del alma.

Isis no tiene problema para cogerla, siempre vamos la última semana de junio y luego después cada una pide en sus respectivos trabajos tres semanas para poder pasarlas de descanso.

Pero no las cogen juntas, esa es mi pena, sino que cada una las coge un mes del verano y a parte de descansar, se pasan alguna tarde por el restaurante y me echan una mano.

Alicia las coge en julio, aprovechando el mes de su cumpleaños. Anda que no es lista... no quiere ir al trabajo resacosa después de su fiestón.

Veremos qué nos prepara para este año porque... miedito me da la verdad.

Isis las disfruta en agosto. Siempre que iba de vacaciones con sus padres era en ese mes así que dice que es una costumbre, parar el mes más caluroso que así no va tan aplanada a la oficina. Esta pelirroja...

Y Ana en septiembre. Ella es más de poder ir a los sitios a descansar cuando ya no hay aglomeraciones. Y es que es una loquita aventurera que se coge una bolsa de deporte con cuatro trapos y se va a pasar tres o cuatro días de descanso a cualquier lugar con montaña.

Yo tan solo me permito la última semana de junio para vacaciones. Lo siento por mis sobrinos, sé que les gustaría salir de Madrid en verano, pero tengo un negocio que sacar adelante y las vacaciones de verano son para mis empleados.

Yo me puedo coger cualquier día libre el resto del año y no me he muerto por no ir de vacaciones un mes entero. La última vez... fue hace mucho tiempo.

Después de cenar, y con mis pequeños retoños bañados y acostados, Isis y yo nos sentamos en el salón para ultimar algunas cosas del papeleo que tiene que hacerme en la gestoría.

Estamos tan enfrascadas en nuestras cosas que ni nos hemos enterado que el móvil de Isis sonaba con llegadas de mensajes hasta que le entra una llamada.

—Es Dominic —sonríe al ver el nombre y se apresura a contestar—.

Hola, corazón. ¿Qué tal han ido esas reuniones? —pregunta caminando hacia la puerta que da al patio.

Dejo de prestarle atención, es una conversación privada por mucho que esté en el salón de mi casa y conmigo delante. Me centro en mis papeles y es entonces cuando escucho que me llega un mensaje.

Cojo el móvil que tengo sobre la mesa en la que estamos trabajando y veo que es Kayden. ¿Por qué no se da por vencido de una santa vez?

### **Kayden 22:40**

*Buenas noches, mo shìthiche. No puedes seguir ignorándome. Dom dice que estás en casa con Isis. ¿Por qué no dejáis el papeleo y salimos a tomar una copa? Prometo que solo será una copa.*

Y como yo no me creo que nada más quiera verme para tomar una copa, ni tan siquiera me molesto en responderle. ¿Para qué?

—Pues no la veo con muchas ganas —escucho decir a Isis y la miro. Sus ojos están fijos en mí, así que sé que Dominic y Kayden están intentando convencerla para que salgamos los cuatro.

Pues lo siento, pero no. Niego energéticamente y me pongo en pie acercándome a ella.

—No, no quiere. Está cansada y la entiendo. Sus sobrinos pequeños acaban con la energía de cualquiera.

Asiento en agradecimiento y vuelvo al lugar que he estado ocupando en mi sofá la última media hora, revisando documento tras documento mientras escucho a mi amiga decir cosas como “Yo también te echo de menos”, “Sí, sabes que me gusta estar contigo” pero lo más sorprendente es un susurrado

“Te quiero, corazón” que jamás pensé que oiría de sus labios.

Entre risas cuelga y me acompaña en la tarea de revisar documentos. Me quedo mirándola y veo que tiene ese brillito en los ojos que he visto en Alicia, incluso en Ana, desde que esos grandullones llegaron a sus vidas.

—Así que... le quieres ¿eh, pillina? —pregunto dejando el papel que tengo en las manos sobre la mesa.

—¿Increíble, verdad? —pregunta ella en respuesta recostándose en el sofá.

—Hummm... más bien sorprendente. Nunca le habías dicho algo así a alguien, al menos que yo sepa claro.

—Y no se lo he dicho a nadie que no seáis vosotras, tu familia y mi familia. Ningún hombre ha sido digno de merecerlas —contesta mirando hacia el jardín.

—¿Y él sí lo es?

—Sí —y con tan simple palabra, que ha salido de sus labios sin pensar ni un momento en la respuesta, sé que mi pelirroja está enamorada del rubio

canadiense hasta las trancas.

—Me alegro que así sea. Si él te hace feliz, eso me hace feliz a mí. Pero dile, que si se le ocurre hacerte daño como el engendro ese al que no nombramos, le parto las piernas por muy pequeña que sea a su lado —le aseguro al tiempo que arqueo una ceja cuando sus ojos se fijan en los míos.

—Ay, mi hermanita... Nos ha tratado mal el amor ¿eh?

—Pues parece que sí —contesto aceptando el abrazo que me ofrece.

—¿Te va bien con Eliam?

—Ajá. Mejor que bien. Esta semana estará liado con el trabajo, pero le dije que podría venir a cenar con nosotros siempre que quisiera.

—Dama, estás enamorada —es una afirmación, pues Isis sabe que desde Quique no he entregado mi corazón a nadie que no fueran mis sobrinos.

—Pues...

—No lo niegues, cielo, que se te nota en la mirada, que vives enamorada

—y esta última frase me la dice cantando. ¿Será posible?

Rompemos a reír y unos golpecitos en la puerta del jardín hacen que ambas nos sobresaltemos.

Cuando miro hacia allí, veo al hombre del que estoy enamorada. Sonrío, me pongo en pie y corro para abrir la puerta y lanzarme a sus brazos. Necesito que me bese, sentir el calor que desprende su cuerpo cuando estamos juntos.

—¡Vaya recibimiento, pequeña! —sonríe cuando nos separamos y me deja un beso en la frente al volver a ponerme en el suelo.

—Te echaba de menos —le aseguro abrazándole.



—Y yo a ti. Quería haberme pasado a cenar con vosotros, pero ha sido imposible. La reunión con los chicos se alargó más de la cuenta.

—No te preocupes. Puedes... quedarte a dormir, si te apetece —y nada más acabar la frase me siento tan avergonzada que me muerdo el labio.

—Pequeña... ese labio... —susurra con esa voz ronca que hace que toda yo tiemble por la excitación que me provoca—. Claro que quiero quedarme a dormir. ¿Te importa si voy a casa a por ropa para mañana? Así os llevo al colegio y al restaurante y después voy a la reunión.

—Claro, te espero aquí.

—Esto... yo me marchó. Por cierto, ¡hola Isis! ¿Cómo estás? Muy bien

Eliam, aquí liada con el papeleo de tu chica. Vaya, debes estar harta de números. ¡No, qué va! —Isis mantienen un diálogo consigo misma como si estuviera hablando con Eliam, a lo que nosotros no podemos evitar reír.

—Hola Isis, me alegra ver que estás bien —la saluda Eliam tras recuperarse de nuestro ataque de risa.

—¡Hombre, escocés! Al menos te dignas a saludar. Pues nada, me alegro de verte tan estupendo como siempre. Hijo mío, qué bien te sienta el traje

—suelta abanicándose mientras resopla. Es que no me lo creo.

—Y a ti esa falda de tubo. Bonitas piernas —sonríe y cuando le doy un leve puñetazo en el brazo, que estoy segura que le ha hecho más cosquillas que daño, me mira y hace un puchero—. Pequeña, sabes que no hay nadie que me guste más que tú. Te quiero —se inclina, me besa y yo me derrito cual hielo con café ardiendo.

—¡Ale, me voy que sé cuando molesto! —grita Isis.

Me acerco a mi amiga, le doy un abrazo y le digo cuánto la quiero. Antes de apartarse, me aprieta más contra ella y me susurra.

—Si te hace daño como el engendro ese al que no nombramos, le parto las piernas por muy pequeña que sea a su lado —las mismas palabras que yo le he dicho hace unos minutos.

Nos separamos, se despide de Eliam y se marcha.

Cuando mi Adonis está a punto de salir por el jardín para ir a su casa a por algo de ropa, aparece mi sobrino Elías. Tiene mala cara, lleva el teléfono en la mano y va siseando algo que no entiendo.

—Elías, ¿estás bien? —pregunto y al escucharme, se sobresalta. ¿Tan ensimismado iba que no nos ha visto?

—¡Joder, tía qué susto! ¿Qué coño hacéis ahí como si fuérais dos ladrones?

—Eliam ha venido a saludarme y... bueno... va a su casa a por ropa para...

—Vale, vale, que se queda a dormir. Por Dios tía, que no tienes quince años ni yo tampoco. Ya sé que folláis, ¿vale?

¿Qué narices le pasa a mi sobrino? No le reconozco. Es la segunda vez que me habla así y... no entiendo por qué. Eliam debe notar cómo me tiembla el cuerpo y el modo en el que me he quedado paralizada por esa respuesta. A ver, que sabe que tenemos confianza pero... ese modo de hablarme no lo

había usado nunca.

—Elías, no tienes por qué hablarle así a tu tía —Eliam me abraza y acaricia el brazo tratando de tranquilizarme.

—Y tú no eres quién para decirme una mierda a mí.

—¡Elías! —grito porque mi sobrino no le ha hablado así a nadie, salvo a Quique el día que se marchó y la otra noche cuando apareció en casa.

—¿Qué? ¿Es que a caso puede decirme cómo comportarme? Pues no, porque será tu novio, tu follamigo o lo que sea, pero no es quién para... —no le he dejado acabar la frase, y por primera vez en estos años, he abofeteado a mi sobrino.

Ni siquiera he sido consciente del momento en que me he apartado de Eliam, caminado hacia Elías y levantado la mano hasta que he escuchado el golpe y he sentido el picor en la mano.

Se le ha girado la cara por la fuerza con la que le he dado, me mira con la mano en la mejilla y los ojos algo vidriosos.

—Joder, menuda hostia me has dado. Pica ¿sabes? —se frota la mejilla sin dejar de mirarme y en ese momento le entra un mensaje al móvil.

—Elías, lo siento, no quería...

—Tía, no pasa nada. Me la he merecido, pero bien. No estoy... bueno, la verdad es que ahora mismo no estoy en un buen momento. ¡Ah! y quizás quieras saber que posiblemente suspenda los dos exámenes de hoy.

—Pero ¿qué es lo que te pasa, cariño? —pregunto más preocupada que nunca. Mi sobrino tiene un problema y todavía no me ha comentado nada.

—No quiero fastidiaros la noche, ya hablaremos...

—Elías, tanto para tu tía como para mí, lo primero sois vosotros

—Eliam no le ha dejado terminar de hablar.

Me giro y le tengo pegado a mí, lleva la mano al hombro de mi sobrino y le aprieta, en señal de camaradería y apoyo.

—¿Por qué no preparáis algo fresco de beber mientras voy a por ropa?

Cuando vuelva, nos sentamos en el sofá y nos cuentas qué te pasa. ¿De acuerdo? —miro a Eliam y me quedo sin palabras. Mi Adonis antepone lo que le ocurre a mi sobrino a una noche de sexo.

Sin ningún tipo de duda, sé que este hombre se ha metido no solo en mi cabeza y mi corazón, sino en mi casa y en mi familia.



—Vale, limonada nos vendrá bien —responde Elías mirando el móvil y un casi inaudible joder escapa de sus labios.

—Ahora vuelvo, pequeña —Eliam se inclina y me da un beso en los labios. Antes de que pueda darle las gracias, ya está saliendo por la puerta camino de su casa.

Jamás había visto a mi sobrino tan nervioso. Se ha bebido de un solo trago dos vasos de limonada mientras esperábamos a Eliam y ha estado pendiente del móvil todo el tiempo. Cada vez que recibía un mensaje, le cambiaba la cara.

Cuando Eliam entra en casa, me ofrezco a llevar su traje al dormitorio para colgarlo en el armario y que no se arrugue demasiado para mañana. Él asiente e intuyo que querrá hablar a solas con Elías, de hombre a hombre, como esa figura paterna que le ha faltado estos años.

Me doy toda la prisa que puedo y al regresar al salón veo que Eliam está apretando el hombro de Elías como hizo antes.

—Elías, me estás asustando cariño —me siento a su lado y cuando me mira, veo que sus ojos están vidriosos—. ¿Qué pasa? Por favor, háblame.

—Tía, de verdad que no estaba planeado que pasara esto, te lo juro.

—¿El qué? Dime que no te has metido en algún lío, por el amor de Dios Elías, ¡habla!

—¿Te acuerdas que hablamos de que... había una chica?  
—pregunta evitando mirarme.

—Sí, ¿tiene algo que ver con ella?

—Creemos... creemos que... joder es que esto es un palo, tía —al fin me mira, y veo lo que parece ser miedo en sus ojos.

—Cariño, sea lo que sea, puedes contar conmigo —y empiezo a sospechar qué puede ser lo que les ha pasado.

—Puede que esté embarazada —sus ojos están fijos en los míos, esperando a que reaccione.

Sabe que sus padres eran jóvenes cuando él llegó, y que la noticia fue una sorpresa y un mazazo para ambas familias, pero conseguimos salir adelante.

Sigue esperando que le diga algo, tal vez que son demasiado jóvenes, que están estudiando, que un niño ahora les partiría la vida... pero ¿cómo voy a decirle eso cuando yo tenía tan solo veintidós años cuando me hice cargo de él y sus hermanos?

Sonrío, le cojo la mano y le atraigo hacia mí para abrazarle.

—Así que me has hecho tía abuela... hummmm... una tía abuela muy joven ¿no te parece? —pregunto apartándome de él—. Si tus abuelos y tus padres salieron adelante, nosotros también podremos. Pero dime, ¿quién es ella, cariño?

—¿No vas a decirme que somos unos irresponsables? ¿Que hemos jodido nuestra vida, o algo así? No sé, lo que suelen decir los padres en estos casos, digo yo —está más sorprendido que yo misma con la noticia que me ha dado.

—Te voy a hacer una pregunta, y quiero que seas sincero ¿de acuerdo?

—Elías asiente y yo sonrío—. ¿La quieres? ¿Estás enamorado de ella?

—Sí y sí. Solo hace seis meses que vamos en serio, pero... sé que es la mujer con la que quiero estar, tía. Esa rubita menuda me robó el corazón nada más verla en la universidad —le brillan los ojos, está enamorado de verdad.

—Entonces, dime quién es mi nueva sobrina para que pueda acompañarla si necesita ir al ginecólogo.

—Tiene cita el viernes. Se hizo un test de esos y... bueno dio positivo, pero como dicen que puede fallar... preferimos que nos lo confirme el ginecólogo.

—Elías, estás evitando decirme quién es. Es de tu universidad, hasta ahí vale, pero no me has dicho nada más. ¿La conozco?

—está evitando decirme quién es ella por algún motivo que no consigo entender.

—¿Puedes esperar a que sepamos si vas a ser tía abuela para que te diga quién es y la conozcas?

—¡Chico, ni que fuera de la realeza! Menudo braguetazo habrías dado. O

bueno, no, porque la desheredarían sus padres —y cuando menciono a sus padres, veo que le cambia la cara—. Cariño, ¿el problema son sus padres? ¿Es menor que tú?

—No, tiene mi edad. El problema es que... —se queda callado y miro a



Eliam, que no ha dicho nada, y niega con la cabeza.

Vaya, así que a su casi tío le ha dicho algo sobre los padres de su novia...

vaya, vaya... Va cogiendo confianza con él.

—No verían bien un embarazo ahora, ¿me equivoco? —pregunto, aunque sé de sobra cuál es la respuesta.

—Si te digo que se está preparando por si la echan de casa ¿te vale como respuesta? —me responde Elías encogiéndose de hombros,

—Pues si sus padres la echan de casa aquí hay sitio para ella y el bebé.

—¿En serio?

—Claro que sí, Elías. Esta es tu casa, a fin de cuentas. Y tu familia puede vivir contigo, cariño.

—Joder, pues no sabes el peso que me quitas de encima, tía, de verdad. La relación con sus padres no es buena. Discuten mucho, no querían que fuera a la universidad y para colmo que trabaje para poder pagar los libros que no le entran con la beca... Yo procuro ayudarla con lo que me toca de mis beneficios del restaurante. No he hecho mal, ¿verdad? —me mira con los ojos mucho más vidriosos que antes, incluso se le escapa una furtiva lágrima que se apresura a secar para que yo no la vea.

—Cariño, esa chica se convirtió en tu mujer en el momento en que te fijaste en ella y os disteis el primer beso. Has hecho bien en ayudarla. Podías haber hablado antes conmigo, de ese modo yo también os habría ayudado.

—Gracias tía, de verdad —me abraza y le noto temblar.

—Así que Elías va a ser padre. Joder, me siento con veinte años más ahora mismo —la voz de Eliam me llega algo lejana. Supongo que es lo que tiene que hace escasos cinco minutos me haya dejado satisfecha después de un más que magnífico sexo.

—¿Por qué con tantos años? —pregunto, intrigada, mientras Eliam se mete conmigo en la cama y me abraza.



—Porque es posible que vaya a ser abuelo antes que padre.

Esas palabras me hacen abrir los ojos de golpe. ¿He oído bien?  
¿Abuelo?

Me giro, le miro y veo que está sonriendo.

—¿Qué acabas de decir? —pregunto sin apartar los ojos de los suyos.

—Pequeña, si tú vas a ser tía abuela, y yo soy tu novio, eso me convierte en tío abuelo. Tengo treinta años... se me hace raro ser un abuelo tan joven.

—Bueno, eres mi novio, sí, pero... quién sabe dónde estarás dentro de un par de años.

—Contigo, en esta casa o en la que tú quieras. Con tus sobrinos y, si pudiera ser, un hijo nuestro —me quedo callada. ¡Es que no sé qué decir!

Llevamos poco tiempo y nos acabamos de saltar algún que otro punto de la relación. Por ejemplo, tema vivir juntos. Se puede empezar por eso, ver si la relación va bien y después una boda. Luego ya llegarán los hijos...

—Pequeña, te has puesto pálida.

—Es que... no esperaba... bueno yo... —joder, me he quedado sin palabras.

—A ver, sé que aún es pronto, pero quiero un futuro contigo, eso tenlo claro ¿vale? Y en mi futuro, por supuesto entra nuestra boda y después los hijos. Soy hijo único y no estaría mal tener dos, o tal vez tres pequeños Eliam o Damaris por la casa.

—Tres... —me quedo mirándole. Le gustaría tener tres hijos, como mi hermano. Ismael siempre tuvo claro que quería tres hijos.

—Damaris, te quiero mucho pequeña. Estoy enamorado de ti. Y como le has dicho a Elías, te convertiste en mi mujer en el primer momento que te vi.

Se acerca y siento el calor de sus labios sobre los míos. Es un beso lleno de amor, sin ninguna otra connotación sexual. No hay hambre, ni ferocidad, solo amor. Mucho amor y promesas de lo que mi vida puede ser con él a mi lado.

—Yo también te quiero, Eliam —logro decir cuando se aparta.

—Me alegro. Porque quiero que este verano conozcas a mi padre.

—¿Tan pronto? —el sonido de mi voz es más fuerte de lo que pretendía, pero es que me ha pillado por sorpresa esa declaración.

—Esta es la última semana de clases, ¿verdad? —asiento y Eliam me

acercas más a él—. Pues he pensado que podríamos pasar la última semana en Mallorca, en casa de mis padres.

—No puedo.

—Pequeña, si es por los niños no te preocupes. Quiero que vengan ellos también. Mi madre está encantada contigo, y a ellos los adora. Y por mi padre no te preocupes porque os lo meteréis en el bolsillo en cuanto os vea —vuelve a acercarse y me dejan un breve beso en los labios. Sonrío y me apresuro a explicarme.

—No es eso. Es que todos los años, la última semana de junio, nos vamos con las chicas a Cádiz, a casa de la abuela de Alicia.

—¡Oh! Vale, pues... ¿Qué te parece la segunda semana de julio?

—Eliam... —ahora soy yo quien me acerco a él, le acaricio la mejilla y me abrazo a él como si fuese mi salvavidas—. Yo solo tengo la última semana de junio de vacaciones. El resto del verano trabajo en el restaurante.

Vacaciones... hace años que no tengo. Algún día suelto el resto del año me lo cojo libre y ya.

—Pues tendrás que poner remedio a eso este año, y a partir del próximo también. Yo quiero vacaciones en familia, y sin ti no son vacaciones. Por favor, la segunda semana de julio...

Siento cómo me acaricia las nalgas, la espalda y empieza a besarme el cuello. ¡Y así cómo me mantengo en mi negativa! Pues imposible porque es decirme que vamos a poder pasar el día en la playa, disfrutar del sol, relajarnos y estar una semana entera juntos sin preocupaciones y...

—Vale, está bien. La segunda semana de julio —la voz me ha salido entre jadeos, y es que lo que este hombre es capaz de hacerle a mi cuerpo, es increíble.

—Te quiero... y necesito hacerte el amor otra vez —susurra, y cuando noto la erección en mi pierna, no tardo mucho más en estar tumbada de espaldas en la cama con Eliam sobre mí.

Besándome, acariciándome y entrando poco a poco en mi interior en un ritmo tan lento y agradable como torturador por lo que siento cuando estoy con él.

No puedo evitarlo, con Eliam no es solo sexo es... mucho más que eso.

# Guapa Lista y Madridista



## Capítulo 22

**Sábado, 21 de junio de 2014**

Tenemos el restaurante reservado por completo para la hora de comidas.

Tanto es así que Ana e Isis se han ofrecido a echarnos una mano. Alicia quería venir, pero tiene turno en la clínica así que nos veremos para la cena.

Elías tiene partido con el equipo de Lea, y como siempre, Rubén se presenta voluntario para ayudar a su hermano, y yo me hago cargo del restaurante hasta que él deje a los niños en casa y venga a ayudar.

Pablo, Mariela, y Joao están terminando de preparar las mesas cuando llega Sofía. No tiene buena cara, y si no se encuentra bien podría haber llamado y quedarse en casa.

Saluda con un tímido hola y veo que tiene los ojos demasiado rojos e hinchados. ¿Habrá llorado? Me disculpo con mis dos brujitas y entro en el cuarto donde dejan sus cosas.

Cuando entro, veo a Sofía sentada en el banco, con la cara tapándole el rostro y su cuerpo con pequeñas sacudidas.

—Sofía, ¿estás bien? —pregunto esperando no asustarla.

—Sí —responde mientras seca las lágrimas que bañan sus mejillas y sorbe por la nariz.

—No, no lo estás —me siento a su lado, paso la mano por su espalda y cuando se gira, se lanza a mis brazos llorando de nuevo—. Ya, cielo, no puede ser tan malo. ¿Qué te ocurre?

—Es que... no... pue... do... Mis pa...dres... —le cuesta hablar entre tanto llanto. Se está dejando la voz con cada sollozo.

Escucho que se abre la puerta, me giro y veo a Joao. Arquea una ceja y le pido que se marche, asiente y vuelve a cerrar.

El llanto de Sofía me parte el alma. ¿Qué le han hecho a esta pobre niña?

Es de la edad de Elías, y para mí, desde que empezó a trabajar en el restaurante, se ha convertido en una más de mis polluelos.

Consigo que se calme, deja de llorar y le paso una toalla húmeda para que se limpie la cara.

Vuelvo a preguntarle y me dice que ha discutido con sus padres, que su vida ha cambiado en cuestión de días y que tiene miedo.

—Bueno, si no quieres contarme cuál es el problema... lo entiendo, no soy parte de tu familia, aunque me considero una amiga —le aseguro volviendo a abrazarla—. Esto... ¿tienes novio? Como nunca hablas de eso pues... tengo curiosidad.

—Sí, y le quiero mucho. Le he llamado para contárselo, pero... —se queda callada, dudando, me mira y de repente aparta la mirada con lo que creo es vergüenza y miedo a partes iguales— no puede coger el teléfono ahora. Está trabajando.

—Bueno, cuando vea que le has llamado te devolverá la llamada, seguro.

¿Quieres irte a casa? Si no te encuentras bien...

—No, no puedo... es que...

—Sofía, tranquila, no tienes que contarme nada si no quieres. Venga, vamos a trabajar. Hoy te quedas en la barra conmigo, ¿te parece?

—Claro. Muchas gracias, Damaris.

—Anda, alegre esa carita que cuando lloramos nos ponemos muy feas.

Y ahí está, la sonrisa que siempre tiene Sofía en los labios. Salimos del cuarto y nos preparamos para empezar el turno de comidas.

Espero que Sofía lleve bien el resto del día.



—Pues al final todo ha salido bien —la voz de Ana me llega desde la barra.

Me giro con tres vasos en las manos y los lleno de hielo para tormarnos un refresco, que nos lo hemos ganado.

—Sí, y gracias a vosotras. De verdad, habéis sido una gran ayuda.

—Dama, cariño, para eso estamos las brujis, para ayudarte —Isis se acerca, coge su vaso y le da un buen trago—. ¡Chica, qué bien sienta el fresquito con este calor!

El sonido de cristal roto hace que nos giremos y vemos a Sofía doblada sobre sí misma. Me acerco a ella y tiene las manos sobre su estómago. La ayudo a incorporarse y, en ese instante, veo que se le cierran los ojos y cae en mis brazos, desmayada.

—¡Mierda, Dama! ¿Qué le pasa? —pregunta Isis corriendo hacia nosotras.

—No lo sé, se agarraba el estómago, y se ha desmayado —estoy nerviosa y preocupada. Joder, que no le pase nada grave por favor...

Debería haberse ido a casa, no tenía que haber trabajado. Ha tenido mala cara todo el tiempo.

—Dama... creo que eso... no puede ser bueno —miro a Ana y veo que señala hacia el suelo.

Pero no es el suelo, sino el pantalón blanco, manchado de sangre, de Sofía, el que llama mi atención.

—¡Una ambulancia! ¡¡YA!! —grito, desesperada, y entre Isis y yo cogemos a Sofía en brazos para llevarla al banco del cuarto donde se cambian.

Mientras Carlos llama a la ambulancia, Olga viene corriendo y se lleva las manos a la boca, tratando de acallar un grito. Me mira y niega. Sin duda, nuestra pequeña Sofía puede que esté perdiendo a su bebé. Algo que no esperábamos ninguno de nosotros.

Llamo a Alicia, le digo que Sofía no está bien y me dice que en cuanto llegue la ambulancia que le digamos que la lleven a su clínica. El médico que está de turno con ella se hará cargo de examinarla.

Cojo mi bolso y el de Sofía mientras Joao la carga en brazos para salir fuera cuando escucha las sirenas.

Ana e Isis me siguen, y una vez dentro de la ambulancia, me dicen que nos vemos en la clínica.

Saco el teléfono de Sofía de su bolso y hago la llamada más difícil. No sé si sus padres sabrán algo, pero...

—¿Qué quieres? —la voz de un hombre, enfadado a más no poder, me deja perpleja. Aparto el teléfono y veo que no me he equivocado, pone mamá—. ¿Es que no no te ha quedado claro que ya no eres bienvenida en esta casa? No tenemos hija, vete con ese maldito cabrón y el bastardo que llevas dentro —si me pinchan, juro que no sangro.

—Disculpe... soy Damaris Moreno, la jefa de Sofía y... verá... estamos de camino a una clínica con ella. Se ha desmayado y... tiene... Tiene una hemorragia. Lo que me confirma que puede estar perdiendo el bebé que, por lo que dice, ya sabían ustedes que esperaba —digo lo más tranquila que puedo.

—¿Está perdiendo ese bastardo? Bien, un estorbo menos —¿pero es que este hombre es gilipollas?

—¿Qué le ocurre a mi niña, Arturo? —escucho la voz de una mujer, imagino que la madre de Sofía, algo más preocupada que el energúmeno este.

—Que está perdiendo a su bastardo. Ale, mejor para todos. Pero a casa no vuelve, a fornicar por ahí como una ramera fuera de esta casa —y en ese momento me doy cuenta de lo mal que lo ha debido



pasar esta pobre criatura al decirles a sus padres que van a ser abuelos.

Me armo de valor, le digo el nombre de la clínica donde llevamos a su hija y cuelgo antes de soltarle una de mis perlas.

Nada más llegar, Alicia me recibe en la puerta y acompaña a los sanitarios hasta la sala donde el médico va a atenderla.

—Ali, está embarazada... —la informo con la voz en apenas un susurro, la experiencia que he tenido con su padre ha sido para darle dos buenas bofetadas.

—Vale, esperemos que no lo pierda —mi amiga asiente, me deja en la sala

de espera y allí me quedo.

Diez minutos después llegan Ana e Isis, se sientan a mi lado y las tres esperamos a que lleguen sus padres, si es que llegan...

Una hora después, veo aparecer un matrimonio que me deja perpleja. Bien vestidos, arreglados al máximo y dejando claro que dinero no les falta.

Preguntan por Sofía Ramirez en información y le dicen que tienen que esperar. Me pongo en pie, me acerco a ellos y me presento.

—He venido para cerciorarme de que se ha deshecho de ese bastardo —la voz del hombre es tan repulsiva como por teléfono.

La madre me mira con lástima, pero aparta la mirada pues no quiere que vea que es la marioneta de su marido.

Me giro para volver a sentarme y escucho la voz de Elías gritar mi nombre. Cuando le tengo cerca le veo muy alterado.

—Dime que está bien, tía, por favor —espera... ¿Sofía es ella, la chica de Elías?

Miro a los padres de Sofía y veo cómo él se enfurece y cierra los puños.

Mierda, esto no va a ir nada bien...

—Elías... deberías haberme dicho que era Sofía.

—Bueno, pues, ahora ya sabes que voy a ser padre, tía.

—¡Ay, cariño! —le abrazo y me aferro a él, pues espero que todo salga bien y que pronto tengamos a ese pequeñín con nosotros.

—¿Tú eres el inconsciente que ha dejado embarazada a mi hija?

—ahí está de nuevo, la voz del ogro. Por Dios, que le cojan para doblar a los orcos en El Señor de los Anillos...—. Le has arruinado la vida. Ella debía casarse con el hijo de mi socio, y por si fuera poco que me desobedece para ir a la universidad, se pone a trabajar en un antro de mala muerte y la dejas preñada.

Ay que ser imbécil.

Por ahí si que no paso. Ha tocado lo que me duele... mi familia y el legado de mi hermano.

—¡Ah, no! Mire usted, señor —sí, lo he dicho con todo el asco que he podido—. Ese restaurante de mala muerte como dice, es el mejor de la zona que rodea al estadio Santiago Bernabéu. Muchos famosos reservan en nuestro

—hago énfasis, señalándonos a Elías y a mí, para que le quede claro que no

somos ningunos muertos de hambre— restaurante y los directores de banco de todo Madrid cierran en él sus mejores negocios.

—Lo que me faltaba por oír. ¿Dónde está el médico?

En ese instante aparece Alicia junto a un hombre de unos cincuenta años.

Cuando preguntan por los familiares de Sofía, cojo a Elías del brazo y nos adelantamos.

—Nosotros. Somos su novio y su cuñada.

—Doctor, soy Arturo Ramirez, el padre de Sofía. ¿Ha perdido el bebé?

—¡anda mira, ahora no lo llama bastardo!

—No, ha sido algo normal en mujeres embarazadas. Sofía ha despertado y me ha dicho que es primeriza. Hemos hecho una ecografía y he confirmado lo que me decía, que está de ocho semanas. El bebé está bien, pero ella deberá hacer reposo algún tiempo —nos explica el doctor, y yo sonrío y abrazo a mi sobrino.

—Gracias doctor. ¿Podemos pasar a verla? —pregunta Elías, nervioso y con ganas de ver a su chica. Pues sí que está enamorado...

—Claro, por aquí...

—Arturo... —la madre de Sofía quiere entrar, pero no se atreve a decirlo.

El padre es otra historia.

—No, Gloria, ya hemos hablado de esto. Esa ingrata ha decidido. Dejar todo por... este —señala a Elías con un asco en la cara que no puedo aguantar—. Que no venga pidiendo dinero cuando no tengáis donde caer los muertos.

—¡Vayase de aquí! Sofía no los necesita. Me tiene a mí, ¡a mí! —si no sujeto a Elías, le parte la cara al gilipollas de su suegro. Madre mía, cuanta verdad en eso de que la familia no se escoge...

—No eres más que un camarero de nada, ¿crees que le darás una buena vida a mi hija?

—¡Soy su prometido! —¡toma bomba! Mi sobrino se ha quedado más a gusto con esa mentira...—. En cuanto supe que estaba embarazada no se imagina lo feliz que me hizo. Yo buscaba ese bebé para sacarla de su casa, no se merece que la trate como lo hace.

Me quedo a cuadros, pero la cara de los padres de Sofía no es muy distinta a la mía. Elías, espero que me aclare esto... porque hace unos días me decía que no era planeado, ¿entonces? Le miro fijamente a los ojos y lo entiendo

todo, está mintiendo. Lo único que quiere es que este orco de Mordor desaparezca de la vida de su novia.

—Gloria, nos vamos. Tu hija estará... supongo que bien con esta gente

—acaba de decir gente como si fuéramos peor que ratas. ¡Lo mato!

Cuando Isis me ve acercarme a este energúmeno, me coge del brazo y me retiene. Me pide que no haga nada y me controlo, me cuesta la vida, pero lo hago.

—Dile a esa ingrata, que no tiene padres. Ya no tiene familia, está sola

—son las últimas palabras de un hombre que no merecería ser padre.

—Ni falta que le hace, con padres como usted, desde luego que está mejor sola. Aunque no lo está— le aseguro—, nos tiene a nosotros, y somos muchos.

Veo que la madre de Sofía abre la boca, pero vuelve a cerrarla. Cuando su marido se gira, ella sonrío, asiente y un silencioso gracias sale de sus labios.

Esa mujer quiere a su hija y la ha perdido por culpa de su marido. De verdad, ¿es que regalan el carnet de padre en las tómbolas?

—Voy a pasar a verla, ¿puedes acompañarme, tía? —me pregunta Elías cogiéndome la mano.

Asiento y, siguiendo a Alicia, entramos a la sala donde está Sofía. Ha llorado, así lo dicen sus ojos hinchados y el rojo de sus mejillas.

—Preciosa, ya estoy aquí —susurra Elías acercándose a ella y la pobre Sofía vuelve a llorar.

—Me han echado. Ya... ya no... no tengo casa.

—Señorita, eso no es verdad —me permito interrumpir, pues es mi nueva sobrina y vamos a cuidar todos de ella y de ese bebé—. Claro que tienes casa, la de tu novio. Vivirás con nosotros. Y para empezar, estarás en reposo así que...

—Yo... lo siento... Da...maris.

—¡Ay, cielo! Por Dios, no sientas nada. ¿Qué sientes? ¿Querer a mi sobrino? ¿Ser feliz con él? ¿O que me habéis hecho tía abuela muy joven...?

Se sonroja y me acerco para abrazarla.

—Sofía, eres una Moreno desde este momento, cielo. Además, por aquí se ha comentado que este joven de aquí es tu prometido...

Ella mira horrorizada a Elías, que se sonroja y se encoge de hombros. Yo me río y cuando veo que mi sobrino saca una cajita de bolsillo...

—¡Ay, Dios, que lo decías en serio! —grito emocionada.

—Preciosa, sé que no es el mejor lugar, ni mucho menos romántico, pero... ¿me harías el honor de ser mi mujer, y la madre de mis hijos?

Siento el calor de las lágrimas correr por mis mejillas como ríos.  
¿Pero cuándo se ha convertido mi pequeño adolescente en un hombre tan responsable?

Sofía sigue llorando, asiente y un apenas audible sí sale de sus labios.

Mi sobrino le pone el anillo y cuando la besa, sé que deben tener su momento de soledad.

Salgo de allí llorando a moco tendido y cuando entro en la sala de espera, mis tres amigas me abrazan y me dan su calor como siempre han hecho en mis peores momentos.

—Así que vamos a ser tías otra vez. ¡Pues mira qué bien! —grita Isis.

—Eso parece —respondo secándome las lágrimas.

—Pues chicas, habrá que celebrarlo —ahora es Ana la que habla.

—Esperad, que Sofía tiene que guardar reposo y... bueno, que se nos casa el niño —sonríó al verlas con los ojos abiertos como platos.

—¿Se nos ha adelantado el enano? Lo que me faltaba, me veo siendo la tía loca del pueblo rodeada de gatos... —ahí está la dramática de Alicia.

Rompemos a reír y cuando Elías sale, mis brujitas le abrazan y le felicitan, por el bebé y por la boda.

¿Cómo ha podido terminar así la tarde? Sabiendo que sí voy a ser tía abuela, la novia en cuestión es mi chica favorita del restaurante y que en cuanto puedan me ponen una pamelita en la cabeza para ser la madrina de la boda.

Cierro los ojos y pienso en mi hermano, y por un momento juraría que escucho su voz diciéndome que lo estoy haciendo bien con sus

polluelos.

Guapa  
Listo  
y  
Madridista



## Capítulo 23

**Lunes, 23 de junio de 2014**

Hoy empieza nuestra semana de vacaciones.

Como todos los años, me voy con mis sobrinos a San Fernando a casa de Milagros, la abuela de Alicia, que decidió acogernos al resto como sus nietos sin ninguna duda.

Las chicas no nos acompañan, se quedan en Madrid trabajando puesto que no les tocan sus vacaciones aún, pero el viernes por la noche las tengo allí a las tres para pasar el fin de semana, como siempre. El abuelo Tobías tampoco viene, él dice que se queda en la capital para cuidar de la casa, pero lo cierto es que no puede pasar sin sus partiditas de mus por las tardes en el bar de su amigo Manuel.

Y Elías... este año se queda a cargo del restaurante y cuidando de Sofía; tras el susto y el reposo obligatorio, es lo mejor. Así que me voy con Lea y Rubén.

Tengo todo listo para salir cuando llaman al timbre. Abro la puerta y ahí está mi Adonis, con esa sonrisa que me desarma por completo.

—Buenos días, pequeña —me saluda inclinándose, dejando la mano derecha en mi cintura y besándome en los labios como si hiciera años que no me ve.

—Buenos días —mi voz sale en apenas un susurro, y es que cuando estoy cerca de Eliam siento que me fallan las fuerzas.

—¿Lo tienes todo listo? —pregunta entrando en casa.

—Sí, estoy esperando que Lea y Rubén bajen y nos vamos a la estación.

—Bien, no quiero que perdamos el tren.

—No, no lo vamos a... —me quedo parada en mitad del salón, mirando la espalda del hombre que me roba el aliento cada vez que me mira, pues ahora soy consciente de lo que realmente ha dicho— Espera, ¿has dicho perdamos?

—Sí, eso he dicho. Me voy con vosotros a San Fernando.

—No, no hablas en serio —perpleja, así me quedo mirando esos ojos marrones que cada noche se presentan en mi mente antes de dormir.

—Claro que hablo en serio. He dejado todo solucionado estos dos días para poder marcharme con vosotros.

—Eliam, es que no... Bueno, es que vamos a casa de la abuela de Alicia, y no sé si ella...

—Pues llámala y dile que tu novio os acompaña. Por cierto, ¿cómo está Sofía? —se acerca, me acaricia la mejilla y me besa la frente.

—En la cama, descansando. Quería ayudarme con las maletas de los niños, pero no la he dejado. El abuelo Tobías la vigila muy de



cerca —susurro esto último mientras sonrío.

Y es que es cierto. Desde que supo que va a ser bisabuelo, está loco de contento. En cuanto Sofía llegó a casa el sábado por la noche, le dejó muy claro que no podía desobedecer al médico. Que cualquier cosa que necesitase mientras Elías o yo no estuviéramos, que se lo pidiera a él.

—¡Eliam! —la voz de Rubén nos llega desde las escaleras.

Nos giramos y cuando mi sobrino se lanza a sus brazos, él le coge y se lo sube a los hombros.

—¿Listo para el viaje, campeón? —pregunta Eliam mirando a Rubén, que se agarra a sus manos sin dejar de sonreír.

—Sí, vamos a ver a la abuela Milagros. Te vamos a echar de menos estos días.

—Pues no lo creo, porque voy con vosotros.

—¿Vienes a la playa? ¡Bien! —Rubén le suelta las manos a Eliam y



empieza a dar palmadas—. ¡Lea, Lea! —grita cuando ve a su hermana bajar—. Eliam viene con nosotros a la playa.

—¿En serio? ¡Qué bien! Así podremos jugar con él a la pelota en la playa

—Lea se acerca a Eliam y le abraza, dejando que él le bese en la coronilla como haría cualquier padre.

—Bueno, primero tengo que preguntarle a la abuela si puede quedarse en casa...

—Anda tía, si podéis dormir en la misma habitación. Y a la abuela Milagros no le va a importar —mi sobrina Lea me mira tratando de no reírse, es una pillina de cuidado—. ¿Cuántas veces te ha dicho que tenías que echarte un novio guapo a rabiar y saleroso? Pues ea, aquí lo llevas.

—¡Lea Moreno! —trato de sonar enfadada, pero no puedo evitar reírme porque tiene razón.

—Hombre, Eliam. Me alegra verte, hijo —el abuelo Tobías se acerca a nosotros y, tras estrechar la mano a Eliam, nos desea buen viaje y va a la cocina a preparar un poco de zumo para Sofía.

Eliam deja a Rubén en el suelo, que recoge la mochila que había tirado por el camino, y me ayuda con las maletas. Una vez están todas en el coche de Eliam, entro de nuevo en casa para despedirme de Sofía.

Llamo a la abuela Milagros y le informo de que vamos uno más, al saber que es mi novio grita emocionada y más contenta que unas castañuelas.

Le digo que nos vemos en unas horas y tras despedirnos salgo de casa, entro al coche y Eliam pone rumbo a la estación para coger el tren.

## ***San Fernando, Cádiz, 23 de junio de 2014***

El viaje, como de costumbre, ha sido tranquilo. Pero Rubén, en vez de dormirse como siempre, ha estado hablando de fútbol con Lea y Eliam.

Mi niña le ha dicho que el primer sábado de julio tiene un partido y Eliam ha asegurado que irá para animarlas a todas.

Llegamos a casa de la abuela y cuando abre la puerta sonrío, y empieza a llorar, como siempre, antes de abrazarnos.

—Mi niña, qué alegría veros. ¡Mírate, qué guapa estás! —la abuela Milagros me acaricia las mejillas y vuelve a abrazarme.

Me dejo achuchar y disfruto de ese aroma que la caracteriza desde que la conozco. Es la mezcla de la vainilla que utiliza para hacer sus famosas rosquillas con el de su perfume.

—¡Ay, mis pequeños! Cada vez que os veo estáis más altos y más guapos.

Lea, te estás convirtiendo en toda una señorita —adora a mis sobrinos y cuando venimos, los abraza como si fueran sus propios nietos—. Rubén, vas a ser igual de grande que tu hermano Elías. ¡Menudos genes tenéis los Moreno!

—Es que estoy comiendo más verdura, abuela —mi sobrino presume de haber crecido porque come más verduras... bendita inocencia.

—Vamos, pasad, no os quedéis ahí. ¡Anda! —cuando la abuela Milagros ve a Eliam, a pesar de que ya sabía que venía, abre los ojos sorprendida y vuelve a sonreír— ¡Pero qué mozo más apañao! Así que tú eres Eliam...

—Hola, señora Milagros. Encantado de conocerla —saluda Eliam tendiendo la mano para estrechársela.

Pero la abuela, que no es mujer de formalismos, niega con la cabeza al tiempo que hace casquear la lengua y le coge la mano, sí, pero para atraerle hacia ella y envolverle en un abrazo.

—A la abuela Milagros se la saluda con un abrazo, un par de besos y no se le dice eso de señora. Soy la abuela. ¿Entendido, jovencito?

—asegura una vez que se aparta de Eliam.

—Claro, abuela —responde Eliam sonriendo.

—Pues ea, todos para adentro que la comida está esperando.

Eliam y yo cogemos las maletas y seguimos a la abuela al interior de la casa, donde siempre se está fresquito a pesar del calor que hace en la calle.

Lea y Rubén la acompañan a la cocina para servir la comida mientras nosotros vamos a dejar el equipaje en las habitaciones.

La casa cuenta con seis dormitorios. El principal, en el que la abuela Milagros compartió sus años de casada con el difunto abuelo Roberto.

Un dormitorio de invitados que también tiene cama de matrimonio, donde solían dormir los padres de Alicia cuando nos traían de pequeñas, y otros cuatro dormitorios con dos camas individuales cada uno.

Normalmente Elías es el único que duerme solo, mientras que Lea y Rubén comparten dormitorio, pero como mi sobrino mayor no nos acompaña esta vez, voy a dejar que mis sobrinos duerman en dormitorios separados, como en casa.

Después de dejar las cosas de mis sobrinos, voy hacia uno de los dormitorios en los que solemos dormir las chicas y yo para dejar mis cosas.

Cuando vuelvo al pasillo para llevar a Eliam al que ocupará él, la abuela Milagros nos sorprende.

—¡Pero alma de cántaro! ¿Es que piensas dormir separada de tu novio?

—pregunta con las manos en jarra.

—Abuela, no pasa nada, está bien —responde Eliam sonriendo.

Nunca hemos venido aquí con un novio así que... dormir juntos no me parece apropiado.

—¡Ojú chiquilla! Que soy consciente de que los jóvenes de hoy en día no sois como los de mi época. Anda, saca esas maletas de ahí —señala el dormitorio del que acabo de salir— y haz el favor de dejar vuestras cosas en el dormitorio de matrimonio.

—Abuela, que no es necesario —esta vez soy yo quien insiste—. Si dormimos separados muchas veces.

—Pues por eso chiquilla, por eso. Aprovecha que estáis de vacaciones anda, y dormir juntos. ¿O es que tus sobrinos se escandalizarían a estas alturas? ¡Hombre! Que digo yo que habréis pasado alguna noche en tu casa.

—Sí, pero aquí...

—Aquí también. Anda, anda, no me seas mojigata a estas alturas, alma de cántaro. Vamos, al dormitorio de matrimonio y a comer, que si no esos dos van a empezar a comerse todo.

Y así, sin más, se aleja dejándonos solos en el pasillo. Miro a Eliam que sonrío y entra en el dormitorio para coger mis cosas. Cuando vuelve a salir, le llevo al dormitorio de matrimonio y antes de que me de cuenta de lo que hace, estoy pegada a la pared con las manos de Eliam recorriendo mi cuerpo y sus labios saboreando los míos.

—Tendré que agradecerle a la abuela que te regañara por querer dormir

sola. No podría dormir sabiendo que tengo tu cuerpo tan lejos del mío

—susurra dejándome besos cortos en el cuello.

—Eliam... —su nombre me sale entre jadeos. Intento apartarle, pero es imposible.

El deseo que crece en mi interior es el mismo que él desprende por cada poro de su piel.

En menos que canta un gallo, tengo la falda del vestido levantada, el tanga enrollado en un tobillo y las piernas entrelazadas sobre sus caderas.

Una rápida embestida y estoy agarrada a sus hombros, con la cabeza escondida en el hueco entre el cuello y el hombro de Eliam, tratando de silenciar los gemidos que brotan de mis labios.

—Así, pequeña, así... correte para mí —susurra entre jadeos.

Y con esa voz que tanto me excita en momentos como este, no puedo más que dejarme llevar por la maravillosa sensación de sentirme llena en este instante. Siento cómo se contraen los músculos internos, apretando la erección de Eliam, mientras un familiar escalofrío me recorre el cuerpo entero y cuando me alcanza el orgasmo, muerdo el hombro de Eliam al tiempo que grito mi liberación.

Cuando noto cómo la erección de Eliam se hincha aún más y todo su cuerpo se tensa, me aferro a él en los últimos coletazos de mi orgasmo para disfrutar del suyo.

Una última sacudida de caderas y apoya la frente en la pared, jadeante y con la respiración entrecortada.

Paso la mano por sus cabellos y me giro para mirarle. Tiene los ojos cerrados y está tratando de recuperar el ritmo normal de su respiración.

Cuando nota que le observo, se gira al tiempo que abre los ojos y al encontrarse con mi mirada, sonrío.

Apartándonos de la pared, sin salir de mi interior, me besa con cariño, nada que ver con el hambre que ha demostrado hace unos instantes.

—Te echaba de menos, pequeña. Y o te lo hacía ahora o...

—Espero que no nos hayan escuchado. Me daría vergüenza

—susurro antes de volver a besarle.

—Será mejor que salgamos, o nada podrá impedirme que te lleve a esa cama y disfrute del cuerpo de mi mujer como es debido.

—Bajame, y deja que me... ponga otra ropa —le pido mirando el vestido que está algo arrugado por el encuentro furtivo que hemos compartido.

Me deja en el suelo y se agacha, coge el tanga que sigue enrollado en mi tobillo y lo saca de mi pierna. Cuando se levanta, siento el calor de las yemas de sus dedos subiéndome por la pierna.

—Será mejor que limpiemos esto —susurra con los labios pegados a los míos, acariciándome el clítoris que está completamente empapado de su semilla y mi esencia.

Me deja un beso rápido en los labios y se aparta para entrar en el cuarto de baño que, afortunadamente, tiene el dormitorio.

Cuando sale lo hace con una toalla mojada que me pasa lentamente por la parte de mi cuerpo que sigue deseándole en este momento. Y es que, aunque sea un acto tan simple como limpiar mi sexo de

nuestros fluídos, lo hace mirándome del modo en que un depredador mira a su presa a punto de querer devorarla.

—Esta noche, pequeña, voy a saborearte hasta que no quede un solo rincón de tu cuerpo que no hayan probado mis labios.

Y con esa promesa y tras un beso, me deja sola en el dormitorio para que me tranquilice y me cambie de ropa.

¿Qué tiene este hombre que hace que mi cuerpo reaccione a sus caricias y le desee tanto? ¿Tan fuerte es el magnetismo que nos envuelve cuando estamos juntos, que ni siquiera soy capaz de evitar que me tome en un encuentro rápido y excitante?

Estoy enamorada, Isis lo dijo y yo no puedo negarlo. Y le deseo... le deseo con cada parte de mi cuerpo y con toda mi alma.

*Guapa  
Lista  
y  
Madridista*



*Capítulo 24*

***San Fernando, Cádiz, 28 de junio de 2014***

—¡¡Ya estamos aquí!! —el grito de Alicia entrando por la puerta hace que mis sobrinos salgan corriendo de la cocina.



—Esta niña, siempre gritando —la abuela Milagros niega con la cabeza mientras se seca las manos.

Estamos todos ayudando a preparar la comida, y es que como vamos a ser ocho personas en casa, no quiero que la abuela se encargue sola de todo el trabajo.

—Ya conoces a tu nieta, si no avisa gritando no sería Alicia —lo digo entre risas, mientras pongo los pimientos troceados en la sartén a sofreír.

—¡Uy! Pero ¿qué haces tú aquí, hombretón? —pregunta Ana cuando entran las tres en la cocina y ven a Eliam troceando calamares.

—Disfrutar de una semana de vacaciones con mis chicas y mi campeón

—asegura tras lavarse las manos para ir a saludar a mis tres brujitas.

Ellas, sonrientes por la respuesta que ha dado mi chico, se dejan besar en ambas mejillas y Alicia aprovecha para apretarle los brazos.

—Chico, la abuela te ha dado bien de comer. ¡Vaya brazos, la virgen!

—Alicia, esa boca hija. Es que no puedo con esta niña —la abuela

Milagros, resignada y con una sonrisa, vuelve a la encimera para seguir pelando las gambas.

Y es que, para hoy, como cada sábado, la abuela va a preparar una paellita que es para chuparse los dedos.

Les sirvo a las chicas un poco de la limonada que llevamos preparando fresquita toda la semana y cuando se la toman, casi de

un trago, nos dejan en la cocina para ir a dejar sus cosas en las habitaciones.

—¡Hora de playita, bruji! —me grita Alicia entrando en la cocina.

—Ali, que estamos ayudando a la abuela con la comida...

—Dama, mi niña, esto ya está. Ahora solo queda terminar de sofreír y ponerlo a hacer así que ea, todos a la playa —la abuela Milagros me saca literalmente de la cocina.

Lea y Rubén dan saltitos de alegría pues les encanta ir a la playa, claro como en Madrid no tienen cuando vienen aquí disfrutan como enanos.

—Venga, pues a ponerse los bañadores —les digo de camino a los dormitorios.

Eliam entra en el nuestro detrás de mí, cierra la puerta y antes de que llegue al armario para sacar mi bikini negro, le tengo rodeándome la cintura y besándome el cuello.

—Si tus amigas se encargan de Lea y Rubén... —susurra entre beso y beso— nosotros podríamos ir a un lugar tranquilo que vi el otro día mientras me alejé para hablar con mi primo.

—No. Ni se te ocurra querer hacer... eso en la playa —me pongo nerviosa y cuando siento sus manos pasando por debajo de la camiseta, acariciándome el vientre, me estremezco.

—Pues en Mallorca hay una cala donde no pienso dejar que te me escapes.

—Menos todavía, que allí en la playa no vamos a tener a mis amigas haciendo de niñeras.

—Pues entonces... hoy.

—No, Eliam. Hablo en serio. Nos podría ver alguien, y no quiero escándalos.

—Vale, tranquila que seré bueno.

Y no sé por qué no termino de creerme sus palabras. Me da un último beso en el cuello y saca su bañador del armario junto al bikini, que me entrega, y nos cambiamos rápido para guardar las toallas y el protector solar en la bolsa.

Cuando estamos listos, salimos y mis sobrinos ya nos están esperando en la puerta con mis tres brujis.

Nos despedimos de la abuela y vamos a la playa por última vez esta semana.

Cuando llegamos, las chicas divisan un hueco libre y allá que van para extender las toallas y poner la sombrilla.

Tras ponerles el protector solar a mis sobrinos, se van corriendo detrás de Alicia e Isis al agua. Ana se queda en la toalla, terminando de escribir un mensaje que seguramente es para su Fran.

Me quito el vestido, me doy un poco de protector y cojo de la mano a Eliam para ir al agua.

Cuando entramos nos acercamos a mis sobrinos, que juegan con mis amigas salpicándose agua. No sé quiénes son más críos, si mis sobrinos o ellas...

Ana se nos une poco después y cuando las tres están entretenidas, intentando no morir ahogadas por mis sobrinos, Eliam me coge por la cintura y me pega a su pecho.

—Me gusta verte así, feliz —susurra antes de darme un beso en el cuello.

—Verlos sonreír es lo mejor de mis días —le aseguro sin apartar la vista de mis dos pequeños tesoros.

—Eres toda una madraza, de eso no hay duda.

Siento cómo desliza las manos por mi cintura hasta llegar a ambos costados, y me estremezco con las caricias que dejan las yemas de sus dedos a su paso por toda mi piel.

Cierro los ojos y dejo caer la cabeza sobre su pecho, me agarro con ambas manos a esos bíceps que me sostienen y noto que nos giramos dentro del agua.

Eliam me rodea con la mano izquierda sin dejar de acariciarme con la derecha, hasta que noto que poco a poco sus dedos, ágiles y rápidos, se

introducen por la braguita del bikini.

—Eliam, para —le pido, pero mi voz suena como cuando estoy excitada, y es que no quiero reconocerlo, pero en este preciso instante lo estoy.

—No quieres ir a solas conmigo... Tampoco me dejarás llevarte a la cala en Mallorca... Lo siento, pequeña, pero te voy a hacer correrte aquí en menos de cinco minutos —su voz suena ronca y segura.

Me aprieta más contra su duro cuerpo y noto sobre la espalda su abultada erección.

Jadeo al ser acariciada en ese punto que tanto le reclama, y cuando uno de sus dedos me penetra me aferro más a esos brazos que me retienen clavando las uñas en ellos.

Abro los ojos, miro a nuestro alrededor y respiro aliviada al ver que estamos alejados de mis sobrinos y que no hay nadie cerca para saber lo que estamos haciendo.

Me besa el cuello al tiempo que con el dedo me penetra mientras juega haciendo círculos con el pulgar en mi clítoris. Su respiración está agitada y a mí me empieza a costar respirar.

Un gemido sale de mis labios, me giro para mirarlo y me encuentro con ese deseo instalado en sus ojos.

—Eres tan receptiva a mí, pequeña. Eres mi otra mitad, lo tengo claro.

Nuestros labios se encuentran y nos besamos mientras sigue con esa tortura deliciosa en mi sexo. Siento que me fallan las piernas y cuando la mano izquierda de EIAM acompaña a la derecha en ese juego bajo el agua, creo que voy a explotar por el placer de sentirme tan excitada. Me penetra con dos dedos de la mano derecha mientras con otros dos de la izquierda tortura mi clítoris.

Llevo las caderas hacia atrás, dejando que esa erección se presione contra mis nalgas, deseando que me penetre con ella.

—Correte, pequeña. Correte... ahora —susurra con ese tono tan seductor que emplea cuando me está haciendo el amor.

Y ante esa petición, como si mi cuerpo no fuera mío sino de él, estallo en un orgasmo que me deja laxa entre sus brazos.

Vuelve a besarme en los labios, después en el cuello y cuando ambas manos abandonan mi braguita, un leve quejido sale de mis labios.



—Aquí no puedo hacer más, aunque me muero de ganas. Me tienes excitado desde que te vi ponerte el bikini.

—¡Eliam! —el grito de mi sobrino Rubén nos lleva de nuevo al presente.

Nos giramos para mirarle y le vemos con una pelota de playa entre las manos. Sin duda ha sido alguna de esas tres brujas la que se la ha dado... Así que Eliam y yo sonreímos y caminamos hacia ellos.

—Dime, campeón —Eliam le coge en brazos y le sienta sobre sus hombros.

—Vamos a jugar un poco con la pelota. A ver si a alguna de ellas se le cae antes que a nosotros —pide Rubén, mirándonos a todas que no podemos negarnos.

Entre risas y caídas tragando agua, pasamos el resto de la mañana de nuestro último día de playa.

Mi sobrino Rubén y Eliam se llevan genial, y tengo miedo por lo que pueda pasar en un futuro. Si algún día mi Adonis rubio escocés no estuviera en mi vida...

Aparto esos pensamientos y empiezo a recoger las cosas para regresar a casa de la abuela.

Las chicas han dicho que esta noche hay que salir, como siempre, para tomar algo y despedirnos de Cádiz como se merece, con un bailoteo.

Así que me hago a la idea de que vamos a dormir una buena siesta porque la noche va a ser larga...

Tras la cena en el restaurante de siempre, vamos al local en el que hemos pasado muchas de nuestras noches las cuatro juntas.

La música nos recibe como siempre y la gente aglomerada en la pista, baila dejándose llevar por el ritmo.

Al llegar a la barra Eliam pide nuestras bebidas y nos la tiende una a una, para después pegarse a mi espalda rodeando mi cintura con el brazo

izquierdo. Le miro, se inclina y nos besamos. Estoy enamorada de este hombre de un modo en que jamás pensé que fuera posible.

Y entonces suena una melodía que conozco bien. *Taboo*, de Don Omar, llena el local de ese ritmo brasileño yailable que tantas veces hemos sentido mis brujitas y yo.

Cojo a Eliam de la mano y le llevo hasta la pista, donde bailamos como si no hubiera nadie más a nuestro alrededor.

*«Llorando se fue la que un día me hizo llorar.*

*Llorando se fue la que un día me hizo llorar.*

*Llorando estará recordando el amor*

*que un día no supo cuidar.*

*Llorando estará recordando el amor*

*que un día no supo cuidar.»*

Y es que esta canción es una versión moderna de la mítica canción *Lambada* de Kaoma. Esa que en tantas ocasiones escuché siendo pequeña porque a mi madre le encantaba.

Me dejo llevar por la música y muevo las caderas, pegándome al cuerpo de Eliam que me sigue como un experto bailarín.

Antes de que acabe la canción, las manos de Eliam se posan en mis nalgas y me levanta, le rodeo la cintura con las piernas y nos fundimos en un beso que promete una noche cargada de pasión y caricias.

—¡Madre mía, cómo bailas! —grita Alicia sin apartar los ojos de Eliam cuando regresamos junto a ellas.

—Ya te digo, qué movimiento de caderas, machote —asegura Isis señalando esa parte concreta de la anatomía de mi Adonis.

—Hija mía, qué bien te lo tienes que pasar tú en la cama... —me dice Ana al tiempo que asiente y una pícaro sonrisa se instala en sus labios. ¡Pero qué bruja!

No puedo evitar reírme de las ocurrencias de mis amigas y Eliam me acompaña. Me excuso para ir al cuarto de baño y al llegar tengo que esperar en la cola.

Miro la puerta del baño de hombres y está libre, desde luego que las mujeres tardamos más porque no tenemos esa facilidad de sacarnos el aparatito y echar un pis y listo. No, nosotras tenemos que tardar mucho más.

Me apoyo en la pared, con tan mala suerte que lo hago también la puerta del baño de hombre y esta se abre, haciendo que toda yo caiga como un saco de patatas al suelo.



Cierro los ojos preparada para el golpe, pero antes de que esto ocurra, unas enormes manos me sostienen. Vuelvo a abrirlos y me quedo petrificada al encontrarme con unos ojos marrones que hacía años que no veía.

—Damaris... —esa voz que durante meses escuché en mi cabeza. La misma que esperé que algún día me hablara desde el otro lado del teléfono.

—Jack —no puedo decir más.

Me ayuda a levantarme y salimos al pasillo. La cola de espera en mi baño avanza rápidamente y ya me queda menos para poder entrar.

Pero mi recién encontrado amigo no parece dispuesto a alejarse. Como si... como si quisiera que repitiéramos lo que ocurrió en ese mismo lugar, tantos años atrás.

—¿Has venido con tus amigas? —me pregunta recostándose junto a mí en la pared.

—Sí —no voy a decirle nada más. De sobra tiene que saber por Paquita, la vecina de la abuela Milagros, que todos los últimos veranos he venido aquí sola con mis tres sobrinos.

—Bien, yo he venido con Nando y Michael. Podemos tomar una copa si os apetece.

Veo que vuelven a salir chicas del baño y entran las tres que quedan delante de mí, así que, aunque me toque esperar en el lavabo, lo prefiero a estar con este hombre que me hizo estremecer durante un fin de semana.

—Mi turno —agito la mano y me encojo de hombros al tiempo que entro por la puerta—, ya nos veremos por ahí.

Entro en el baño, me miro en el espejo y me refresco la cara con agua.

¿Cómo es posible que no me lo haya encontrado en los últimos años y me lo encuentre precisamente hoy?

Pues... porque el destino es caprichoso y a veces un poquito cabroncete también.

Cuando termino de hacer mis necesidades, abro la puerta y compruebo que no está Jack por ningún lado. Salgo y camino decidida para encontrarme con mis brujitas y mi chico.

En cuanto llego a su lado, Eliam me coge por la cintura y me besa y ese beso me sabe a gloria. Se disculpa y ahora es él quien va al cuarto de baño.

Miro por el local, pero no veo a Jack, así que respiro aliviada y pido un refresco bien frío.

—Al fin te encuentro —Jack me susurra al oído mientras posa las manos sobre mi cintura y siento sus labios besándome el cuello.

Me giro y le veo sonreír. Me fijo en sus ojos y están cargados del deseo que vi durante aquellos encuentros que compartimos juntos.

—Me ha costado dar con vosotras.

—¡Pero bueno! ¡Cuánto tiempo! —grita Alicia abrazando a Nando, que ni corto ni perezoso la aprisiona entre sus brazos y la levanta del suelo para después, y ante la sorpresa de todos, besarla.

—¡Ay, la virgen! ¡Michael! —esta vez es Ana quien se lanza a por el moreno, abrazándole y dejándose querer por ese hombretón.

—¿Se puede saber qué me he perdido yo? —pregunta Isis que me observa, atónita, mientras intento apartar a Jack de mi lado antes de que regrese Eliam.

Alicia sonrío, se agarra del brazo de Nando y hace las oportunas presentaciones a Isis para después contarle la aventura que vivimos

con estos tres pedazo de tiarrones y que ella no compartió porque estaba de éxámenes.

Isis me mira y se fija en que Jack me sigue agarrando la cintura, y antes de que Eliam llegue y se pueda formar la tercera guerra mundial, me coge del brazo y me lleva junto a ella.

—Machote, aquí la rubita tiene quien la agarre, si no te importa —le dice Isis y Jack arquea una ceja.

Poco después noto las manos de Eliam alrededor de mi cintura y el beso que me deja en el cuello.

—¿Me echabas de menos? —pregunta de ese modo tan sensual en él.

—Mucho, ya lo sabes —me giro, le rodeo el cuello con ambos brazos y le beso dejando claro que no hay hombre en la Tierra, ni tan siquiera en el Universo, que me interese más que él.

Escucho a Isis comentar con Jack y Michael que tanto Ana como yo estamos más que pilladas, igual que ella, y que la única que no parece querer dar su brazo a torcer en esto del amor escocés, como lo ha llamado mi pelirroja, es Alicia. A quien veo que no para de comerse, literalmente, la boca de Nando.

De vez en cuando me encuentro con la mirada de Jack y veo que hay arrepentimiento en sus ojos. Pero qué puedo hacer yo, así es la vida. Si dejamos pasar el tren... en cualquier momento llegará otro al que subirnos y ya no querremos bajar de él.

Cuando Eliam me deja sola para ir a atender una llamada, Jack se acerca y evito que tan siquiera me roce. No es que no sea un hombre atractivo... es que no siento nada por él. Ya no.

—Te quiere —es lo único que me dice cuando se apoya en la barra, a mi lado—. Es afortunado. No permitas que se aparte nunca de ti. No le dejes marchar como hice yo.

Le miro y me sonrío, pero es una sonrisa triste.

—No te marchaste, los dos sabíamos que solo eran unos días...

—Me marché, es lo que hice. Dejé que la mujer que no ha salido de mi cabeza en estos años se me escapara entre los dedos aquella mañana. Tenía que haber intentado convencerte de que lo nuestro podría funcionar. Pero no lo hice porque eras tú la que estaba tan segura de que solo era sexo.

—¿Y no es lo que tú querías?

—Claro que sí, pero durante estos años he querido más y he sido un puto cobarde por no buscarte. La de veces que la señora Milagros me ha dicho estos años que haríamos buena pareja... Pero cuando la vi el otro día no me lo dijo, y me extrañó. Ahora entiendo que es por él. Ese hombre le gusta para ti, y a mí también.

Esas palabras me dejan sin habla. Veo que Jack se acerca, se pone frente a mí y se inclina para susurrarme.

—Me alegra ver que él sí ha sido capaz de hacerte feliz. Espero que no te falle como yo lo hice —se acerca un poco más y me besa en el cuello.

Cuando se aparta no puedo dejar de mirarle a los ojos. Por el rabillo del ojo veo que Eliam se acerca a nosotros y Jack disimula.

—Ha estado bien volver a veros. Saluda a la señora Milagros de mi parte.

Eliam —se gira tendiendo la mano para estrechársela—, encantado de

conocerte. Tienes una buena mujer al lado, cuidala y no dejes que nada se interponga entre vosotros. Nuestra Dama merece ser feliz.

Tras esas palabras, se despide de sus amigos y se aleja. Ana y Alicia me miran sin entender nada, mientras que Isis, que ha estado

a mi lado y sé que ha escuchado todo, sonrío.

Michael se disculpa y se marcha detrás de Jack, mientras que Nando...

¿Qué decir de él? Pues que coge a Alicia y se la carga al hombro, entre las risas de mi rubia, y se despiden de nosotros.

Eliam se ríe, sabe que Alicia no lo ha pasado bien últimamente por culpa de ese maldito escocés como ella suele llamarle, y finalmente Ana, Isis, Eliam y yo nos marchamos a casa.

La loca de Alicia... ya volverá cuando termine de darse una alegría para el cuerpo. ¡La madre que la parió!

Guapa  
Lista  
y  
Madridista



Capítulo 25

**Madrid, 6 de julio de 2014**

—¿Estáis listas? —pregunta mi sobrino Elías a las niñas.

Y es que hoy Lea juega un partido de fútbol con el equipo del colegio. La verdad es que, aunque las clases acabaran hace unas semanas, tanto padres como profesores decidimos que durante el

mes de julio continuaríamos con el partido de los sábados. Y aquí estamos, en el primer partido del mes.

—¡¡Sí!! —gritan todas al unísono, llevando las manos al centro, unas encima de otras, y no puedo evitar sonreír ante lo que viene ahora.

—¡Mi papá me hizo guapa, lista y madridista! —gritan todas ante el aplauso de los espectadores, que saben que el equipo de Lea no sale al campo sin antes decir su frase.

Eliam, sentado a mi lado, me mira sonriendo y me pregunta por qué lo dicen, ante lo que le cuento el momento en que mi hermano Ismael se lo dijo a Lea siendo ella aún pequeña.

—Desde ese día, siempre que podía, lo gritaba. Y cuando empezó a jugar al fútbol con el equipo del colegio digamos que ese fue su grito de guerra. En su primer partido ganaron por tres goles a uno, y todas creyeron que era una frase que les daría suerte así que, ahí las tienes a todas antes de salir —tras escucharme, sonrío de nuevo y me acaricia la mejilla antes de cogerme la

mano y dirigir la mirada al campo, donde Lea y el resto de las niñas empiezan dándolo todo.

Elías y Rubén se encargan de dar agua a las chicas cuando se acercan al banquillo, son las doce del mediodía y no queremos que ninguna se deshidrate.

—¡Vamos Lea, corre! —grita Isis, eufórica, al ver a mi niña con el balón en los pies corriendo por el campo, esquivando a las adversarias de dos en dos.

Todos los colegios saben que Lea es la que más corre del equipo, y que regatea a las rivales como si se tratara de simples gotitas de agua. Pero es una gran compañera y cuando ella ve que no tiene oportunidad de tirar para marcar, se lo pasa a la que más cerca está de portería.

—¡Lea, Lea, Lea! —empiezan a corear todos los familiares de las niñas de nuestro equipo.

Mi sobrina se esfuerza, hace una carrera digna de un atleta y cuando tiene la portería a la vista, chuta y...

—¡Gol! —grita Ana que está sentada a la izquierda de Eliam—. Pero qué grande es nuestra Lea, ¡sí! ¡Vamos preciosa!

Todos los que ocupan nuestra grada se han puesto en pie, aplaudiendo y vitoreando a la encargada de abrir el marcador que nos da ventaja sobre el equipo contrario.

Rubén se gira, me mira y levantando los puños en alto sonrío y grita un sí lleno de orgullo por su hermana mayor.

Antes del descanso es la pequeña Corina quien mete el segundo gol, y la euforia se desata en las gradas.

Eliam se levanta poco antes de que el árbitro pite el descanso y se acerca al bar del campo para volver, justo cuando las niñas llegan al banquillo, con bebidas isotónicas para todas.

—Menudo partido, chicas —sonriente y con el orgullo instalado en su voz, así está mi chico al entregar las bebidas a las niñas.

—¿Has visto qué gol ha metido Lea, Eliam? —pregunta Rubén, que no ha dudado en lanzarse a sus brazos para que le suba a hombros.

—Sí, un señor golazo. Y el de Corina también lo ha sido.

—Gracias —Corina sonríe y se sonroja. Es la más pequeña del equipo, en

estatura me refiero, pero corre casi tanto como Lea y entre las dos forman una buena pareja para rematar a puerta.

—Lo estáis haciendo muy bien. Y he de deciros que tenéis a las del equipo contrario agotadas —asegura Eliam haciendo un leve

movimiento señalando con la cabeza hacia el banquillo de al lado.

—Pero ellas son muy duras —la voz de una de las niñas nos llega desde el banquillo.

—Cierto, pero no más que vosotras. Es el primer partido al que vengo y me estáis dejando muy sorprendido. ¿Cuándo jugáis el próximo? —pregunta mi chico sentándose en el banquillo, bajando a Rubén que se sienta en su regazo.

—El próximo sábado, justo el día siguiente de la vuelta de Mallorca —le responde Lea.

—Bien, pues... estaré esperando con ganas volver a veros.

Elías les da unas pautas a cumplir, les indica las mejores jugadas que pueden hacer durante la segunda parte del partido y mientras Eliam asiente y sonrío.

Cuando el árbitro pita para dar aviso de que va a comenzar el segundo tiempo, las niñas vuelven a hacer su grito de guerra y salen al campo a darlo todo.

Eliam y yo volvemos a las gradas, donde nos esperan mis brujis riendo y charlando.

Poco después de que comienza el partido, veo que Eliam saca el móvil de su bolsillo y empieza a escribir y recibir mensajes.

No le pregunto con quién habla, es su intimidad y yo no soy quién para meterme en ella.

—Listo, tengo una sorpresa para Lea —la voz de Eliam me llega minutos después. Me giro y le veo sonreír—. Pero no puedo decir nada hasta que se lo entregue.

—¿A mí tampoco? —pregunto haciendo un puchero de niña buena e inocente que no ha roto un plato en su vida y me acerco a él para dejarle un beso en la mejilla.



—A ti menos, que la sorpresa también es para ti.

—Vaya, pues nada, a esperar a que mi novio le de la sorpresa a mi sobrina.

—¡¡Árbitro eso es falta!! —escucho que grita Alicia a mi derecha, poniéndose en pie y levantando las manos—. ¡¡Pero es que no lo ves!!

Miro hacia el campo y veo a Corina tirada en el césped, con las manos agarrándose el tobillo.

Me pongo en pie como Alicia y se me corta la respiración. Lea corre hacia su compañera, se arrodilla y cuando le toca, la pequeña Corina da un grito de dolor que hace que todo el cuerpo se me estremezca.

—¡¡Eso es falta, amarilla, roja y expulsión!! —Alicia grita, fuera de sí, y con las manos haciendo aspavientos.

El resto de espectadores también comenta, tanto los familiares del equipo contrario como los del nuestro.

Cuando Elías llega hasta el lugar donde está Corina, junto con el árbitro y la niña del equipo contrario que ha debido golpear a Corina, le veo negar con la cabeza.

La cosa debe ser peor de lo que imagino.

—¡¡Será posible!! ¡¡Que le saca tres cuerpos a mi Corina!! —grita Alicia.

Y ahí está, la defensora del mundo. Siempre que a alguna de las niñas le hacen algo, allá que sale ella defendiendo a su chica.

Corina llora por el dolor, el árbitro se arrodilla junto a Elías y cuando se levanta, saca la tarjeta roja y expulsa a la jugadora del otro equipo.

La niña, que por la altura que tiene y su físico parece la madre del resto de sus compañeras, asiente y le pide perdón a Corina. Sale del campo y cuando veo que Alicia va a dar una de esas voces tan suyas, la cojo del brazo y se lo impido.

—Voy a ver cómo está Corina —me dice Alicia y yo asiento agradecida.

La veo correr hacia Elías que carga con Corina en brazos hasta llegar al banquillo.

Los gritos de dolor de la pequeña mezclados con el llanto, nos encogen el corazón a todos, tanto a los seguidores de nuestro equipo como a los del equipo contrario.

Miro a Eliam y sin decirle nada, sabe lo que voy a hacer. Asiente y baja conmigo hasta el banquillo.

—Me... duele... —la voz de Corina sale entre sollozos.



Cuando me acerco a ella, y me ve, llora aún más y tras sentarme a su lado, se lanza a mis brazos.

Sus padres murieron cuando ella tenía ocho años y vive con sus abuelos.

No están en condiciones de venir a los partidos así que tanto Elías como yo nos hemos convertido en esos padres, o hermanos mayores, que no tiene.

—Da...ma... —me llama entre sollozos y cuando Alicia toca de nuevo el tobillo y Corina grita, sé que no es un simple esguince.

—Ya está cariño. Vamos a mi clínica para que te lo mire uno de mis jefes

¿vale? —susurra Alicia que se pone en pie para acariciar el cabello a Corina.

El partido sigue adelante, pero Lea, como buena capitana y compañera, está aquí con su amiga.

—Tía Ali... ¿se lo ha roto? —pregunta Lea cogiendo la mano de Corina.

—Me temo que sí.

Eso hace que Corina lllore aún más fuerte. Veo a mi sobrina arrodillarse junto a su amiga y abrazarla. Cuando se incorpora para volver a salir al campo, veo que se seca una lágrima rebelde que ha debido de escapársele.

—Vamos a ganar, por ti. Voy a marcarles otros dos goles a esas...

—Galilea Moreno —la reprendo antes de que se le pase por la cabeza dirigir algún insulto a las niñas del equipo contrario.

Mi sobrina cierra los ojos, calmándose como hago yo, y asiente. Se despide de Corina y vuelve al campo.

—Me la llevo, luego iré a dejarla en casa —Alicia se pone en pie para coger a Corina en brazos, pero Elías se adelanta.

—Vamos contigo. Ven, Corina —Eliam la coge en brazos y entre aplausos de los asistentes salimos del campo para ir a su coche.

Alicia entra en la parte trasera con Corina y tras darle la indicación de la clínica, Eliam se incorpora a la circulación para llevarnos lo antes posible y que le hagan radiografías a Corina.

Tras un par de horas en la clínica, donde se confirma que Corina tiene el tobillo derecho roto y que necesitará de varios meses de escayola y recuperación, salimos de la clínica para llevarla a casa con sus abuelos, a quienes avisé de lo ocurrido y están esperando a su pequeña.

—¡Mi niña! —grita entre lágrimas la señora María cuando abre la puerta de la casa.

—Ya estoy bien abuela. Me duele, pero al tener la escayola...

—¡Ay, mi niña! Con lo que tú eres y vas a tener que estar en reposo tanto tiempo.

—Bueno, no pasa nada. Podré leer... y Lea vendrá a verme  
—responde Corina mirándome.

—Esta semana no, cariño. Nos vamos a Mallorca en unas horas  
—cuando Corina escucha mis palabras, se le cambia la cara. La tristeza vuelve a sus ojos y es en ese momento en el que lo que dice mi chico me deja muda a mí.

—¿Quieres venir a Mallorca, Corina? —pregunta sentándose en el sofá donde se ha sentado ella.

—No, no. Yo... —Corina se mira el tobillo y después dirige la mirada a sus abuelos.

—Oye, vamos a casa de mis padres, tienen piscina en el jardín donde podrás tumbarte a descansar en una de las tumbonas. Y

también iremos a pasar el día a la playa —Eliam le coge la mano con cariño y ella empieza a llorar.

—Nunca he ido a la playa.

—Pues no se hable más. ¿Preparamos una bolsa con ropa?

—pregunto mirando a la señora María que está llorando tanto como su nieta.

—Dama, hija, no quiero que la niña moleste...

—No molesta, señora María —asegura Eliam poniéndose en pie—.

Además, ya inventaré algo para que puedas darte un bañito en la piscina y en la playa. Qué me dices, ¿vienes con Lea a Mallorca?

—Corina, si quieres ir, a tu abuelo y a mí no nos importa. ¿Verdad, Rodolfo? —pregunta la señora María a su marido que no ha quitado ojo de su nieta ni de Eliam.

—Claro que no. Estarás con Damaris, que es como una nieta para nosotros también. Y con este buen mozo que me gusta para mi rubita

—responde el señor Rodolfo sonriendo, consiguiendo que yo me sonroje.

—No se hable más. Venga, que entre Dama y yo te preparamos la ropa, cariño —Alicia sonrío y ayuda a Corina a ir hacia su cuarto, las sigo y preparamos una bolsa con ropa suficiente para los seis días que estaremos en Mallorca.

Cuando salimos, el señor Rodolfo le da un monedero con dinero y su carnet a Corina, que se lo guarda en el bolsito que siempre lleva con ella.

—Espero que lleve suficiente para el billete de avión... —me dice la señora María.

—No se preocupe por eso, los billetes corren de mi cuenta  
—asegura Eliam.

—¡Ay no, hijo, que eso debe ser caro...!

—Tranquila, que no me voy a quedar sin ahorros por un billete más. Con ese dinero podrá comprar todos los recuerdos que quiera, ¿verdad Corina?

—Sí. Gracias, abuelo... Te quiero mucho —Corina se abraza a su abuelo sin soltar las muletas y recibe un cariñoso beso de ese hombre rechondo y bonachón—. Y a ti también, abuela.

—¡Ay mi niña! Portate bien, vale. Y pásatelo muy, muy bien.

—Sí abuela.

—Muchas gracias Dama, mi niña.

—No hay que darlas, señora María. El viernes por la tarde la traigo de vuelta.

Nos despedimos de los abuelos de Corina y volvemos al coche. Llevamos a Alicia a su casa y aviso a Elías de que todo ha salido bien y han escayolado a Corina, pero no le digo nada de que viene con nosotros.

Cuando abro la puerta, Tornado se lanza a mis pies, después a los de Eliam y cuando ve a Corina, se queda quieto, pero sin dejar de mover su cola.

Se acerca, la olisquea y cuando ve que no es una amenaza para él, apoya sus patitas delanteras en la pierna de Corina y empieza a ladrar, buscando atenciones.

—Quiere que le acaricies la cabeza —susurra Eliam inclinándose junto a ella.

Corina lo hace y Tornado deja de ladrar y sigue moviendo la cola a un

ritmo que deja claro que le gusta su nueva amiga.

—¿Eres tú, Dama? —pregunta el abuelo Tobías.

—Sí, vengo con Eliam y... traemos visita.

Entramos al salón donde todos nos esperan preparando la mesa y cuando Lea ve a su amiga Corina se levanta para abrazarla.

—¿Estás mejor?

—Me duele, pero me han mandado muchos calmantes.

—Le dimos para el pelo ¿sabes? ¡¡Tres goles más les metimos!!

—grita mi sobrina emocionada.

—¡Hala! ¿Sí? ¡Qué bien!

—¿Y qué haces aquí? —Lea me mira y cuando ve que Eliam deja una bolsa en el suelo, vuelve a mirar a su amiga que está sonriendo.

—Tu tío me ha invitado a ir con vosotros a la playa.

—¿En serio? ¿Lo has hecho, Eliam? —pregunta con los ojos muy abiertos, y cuando mi chico asiente, Lea se lanza a sus brazos—.

¡Gracias!

Eres el mejor tío del mundo. Te quiero, tío Eliam.

Escuchar a mi sobrina decirle que le quiere, hace que casi se me salten las lágrimas. Trago el nudo que se me forma en la garganta y cuando Eliam me mira, no puedo evitar sonreír ante sus silenciosas palabras.

—Me quiere —asegura sonriendo—. Y soy el mejor tío del mundo.

Asiento, me seco los ojos evitando las lágrimas y cuando Lea se separa de Eliam, me abraza a mí.

—Gracias tía. No podría haberme ido sin verla.

Abrazo tan fuerte como puedo a mi sobrina y le beso la sien. Sé que tiene muchas amigas, pero ninguna es como Corina. Ella es la hermana que no tiene, su mejor amiga, y me alegro de que Corina cuente con la fiel compañía de mi sobrina.

Los ladridos de Tornado que no deja de corretear alrededor de las niñas hacen que todos riamos. Y cuando se sienta al lado de Corina y le lame la pierna, ella sonrío.

—Le gustas al pequeño peludo —asegura mi sobrino Elías que baja por las escaleras, imagino que de ver a Sofía.



—¿Cómo están mi sobrina y mi nieto? —pregunto después de darle un par de besos a Elías.

—Bien, descansando. Venga, comamos que tenéis que iros en un par de horas.



El abuelo Tobías pone un plato más en la mesa para Corina y cuando está todo listo, nos sentamos a disfrutar de una comida en familia.

### ***Plama de Mallorca, 6 de julio de 2014***

Después de un vuelo tranquilo, recogida de equipajes y del todoterreno de alquiler que Eliam ha contratado para los días que vamos a estar aquí, ponemos rumbo a la casa de los padres de Eliam.

En el camino veo a Corina que observa el paisaje por la ventana. Se la ve feliz, sonriente, a pesar del dolor que tiene que sentir en la pierna.

Rubén y Lea están encantados con este viaje, es la primera vez que vamos de vacaciones a la playa dos veces en verano, y además la primera que lo hacemos a un lugar diferente de nuestro adorado Cádiz.

Tras algo más de media hora en coche, en los que he insistido a mis sobrinos que se porten bien pues vamos a una casa ajena, llegamos a la casa más grande que he visto en mi vida.

Es como una de esas mansiones que salen por televisión donde viven los famosos. En serio, mira que el chalet de mi hermano es grande pero esta casa... es impresionante.

Eliam traspasa la verja después de abrir con un mando y un amplio jardín nos recibe, cobijándonos bajo los árboles que hay a un lado y otro del sendero. Flores, arbustos y alguna que otra estatua adornan el lugar.

Al llegar a la puerta de la casa, me quedo más impresionada aún pues es

incluso más grande de lo que parece desde fuera y eso que es todo en una única planta. Muros blancos con grandes piedras decorando

la parte baja de la casa, ventanas marrones, apliques negros que de noche deben iluminar toda la casa. Tejado negro y varias palmeras alrededor de toda la casa.

—Bienvenida a tu casa, pequeña —susurra Eliam cogiéndome la mano antes de darme un beso en la mejilla—. Vamos.

Eliam sale del coche y cuando estoy a punto de hacerlo yo, veo que se abre la puerta de la casa y ahí está Sonia, su madre, con esa sonrisa que siempre tiene para mis sobrinos. A su lado hay un hombre tan alto como Eliam, rubio y que, a pesar de los años, sigue siendo atractivo.

—¡Eliam, hijo! —grita Sonia saliendo a recibirnos.

—Hola, mamá.

—¡Qué alegría tenerte aquí! —asegura Sonia abrazando a su único hijo como si hiciera años que no le ve—. Y en tan buena compañía. Dama, me alegra que acompañes a mi hijo. ¡Y con mis niños! —hay emoción en su voz, pero sus ojos la delatan. No puede evitar que una lágrima furtiva escape de sus ojos al ver a mis sobrinos—. Mira, Calan —habla girándose hacia el hombre que la acompaña—, ven a conocer a Galilea y Rubén.

— *¡Seanmhair!* —Rubén se lanza a los brazos de Sonia y ella le estrecha entre ellos al tiempo que deja besos por sus mejillas.

— *Ulaidh*, qué grande te veo —dice Sonia con una amplia sonrisa.

—Pero si no hace tanto que me viste. Debo estar igual de alto.

—No cariño, tú no lo notas, pero has crecido. Vas a ser igual de alto que tu hermano Elías. Lea, ven a darle un abrazo a tu abuela.

—Hola, *seanmhair* —que mi sobrina se abraza a ella hace que se me encoja el corazón. Sé que Sonia es para mis sobrinos esa abuela que siempre les ha faltado.

—Y esta niña tan guapa que os acompaña, ¿quién es? —pregunta Sonia mirando a Corina.

—Es mi amiga Corina. Hoy hemos jugado un partido de fútbol y una de las otras niñas la ha lesionado —responde Lea.

—Espero que no os importe que la hayamos traído... —pero no puedo terminar la frase porque Sonia me interrumpe.

—¡Pues claro que no! Bienvenida a tu casa, preciosa. Si necesitas cualquier cosa la pides, que ya eres una más de esta familia —tras abrazar a Corina, Sonia vuelve a girarse hacia su marido y le pide con el dedo que se acerque—. Calan, ¿has visto que novia más guapa tiene nuestro hijo?

—Sí que lo es. Encantado de conocerte, Damaris, soy el señor Mc...

—¡Cómo que eres el señor! Nada de formalismos, esposo, que Dama es nuestra familia. Este grandullón de aquí es Calan. Calan y nada más, querida.

Y ahora, entremos. ¡Manuel! —no puedo evitar sonreír ante las palabras de Sonia, que siendo más pequeña que su marido, ha conseguido que ese grandullón sonría y la mire con todo el amor del mundo.

—¿Sí, señora? —pregunta un joven de unos veinte años que aparece en la puerta.

—Lleva el equipaje del coche a los dormitorios, por favor. El de Lea al que está al fondo, para que pueda compartirlo con Corina.

—Claro, señora, ahora mismo —responde el muchacho.

—Bien, entremos.

Veo al padre de Eliam mirarle con una ceja arqueada y una sonrisa que sin duda está haciendo una pregunta silenciosa, y supongo que será que quiere detalles de cómo nos conocimos. Mi chico sonríe, niega con la cabeza un par de veces y después se funden en un abrazo.

— *Is toil leam mo niegan-cèile. A bheil thu ga iarraidh?*[\[23\]](#)

—escucho que le dice Calan a Eliam, pero no entiendo qué es lo

que dice puesto que no hablo escocés.

— *Tha gaol agam oirre, athair*[24] —dice EIAM. Creo que voy a tener que aprender escocés si quiero que me incluyan en sus conversaciones.

Calan sonrío, da una palmada a EIAM en la espalda y ambos me miran sin perder sus sonrisas. Son iguales, como dos gotas de agua. No me extraña que Sonia dejara todo por el hombre del que se enamoró si con esa sonrisa consigue cualquier cosa, igual que su hijo.

Tras dejar a los niños en sus dormitorios, Sonia me acompaña al que voy a compartir con EIAM y me asegura que ve feliz a su hijo por primera vez en mucho tiempo. Sale, dejándome sola para que deshaga mi equipaje, y no puedo evitar sonreír porque, al igual que EIAM, yo estoy feliz por primera vez en mucho tiempo.

Guapa  
Lista  
y  
Madridista



Capítulo 26

**Palma de Mallorca, 7 de julio de 2014**

Tras una cena entre risas con los padres de EIAM, y descansar como nunca antes lo había hecho, me preparo para un nuevo día en

la isla.

Me despierto sola en la cama, miro por la habitación, pero no hay ni rastro de Eliam. Me levanto, cojo unos *shorts* y una camiseta, ropa interior y entro en el baño para darme una ducha.

Sentir el agua fría en cada poro de mi piel es tan efectivo como de costumbre, me termino de despejar y siento que ya estoy lista para afrontar lo que el día traiga consigo.

Ya en la habitación, y con mis queridas *Converse* puestas, me acerco a la cama para hacerla cuando escucho que se abre la puerta.

—Buenos días, señorita Damaris —me saluda María, una de las chicas del servicio de la casa.

—Buenos días.

—¡Oh, no! —aterrorizada, así veo a la joven de cabellos rojizos y ojos azules acercándose a mí—. No se preocupe que no tiene que hacer nada en la casa. Yo me encargo de las tareas junto a Damiana.

Damiana, la más mayor del servicio, esa mujer cariñosa y de sonrisa amable.

—Bueno, no es molestia. Lo hago todos los días en mi casa...

—Pero aquí es usted una invitada, señorita Damaris. Vaya al salón, que el desayuno está listo —María literalmente me lleva hasta la puerta.

Sí, me lleva. Con sus manos apoyadas en mi espalda hace que camine hasta la puerta y cuando salgo al pasillo, sonrío y se da media vuelta para empezar con las tareas.

Me siento rara pues cuando voy a casa de la abuela Milagros también hago la cama, igual que en la mía. No estoy yo acostumbrada a tener servicio...

Camino por el pasillo hasta llegar al salón y sonrío al ver a mis sobrinos y Corina desayunando con los padres de Eliam.

—Buenos días —saludo entrando a la estancia.

—¡Buenos días, tía! —grita Rubén y cuando me ve torcer el gesto, se lleva las manos a los labios—. Lo siento, no tengo que gritar en casa de los padres de Eliam... —lo repite tal cual se lo hice repetir en el avión, y en el coche, y cuando miro a Sonia y Calan, están sonriendo.

—No le digas al niño que no grite. Puede hacerlo si quiere. Esta casa es demasiado silenciosa cuando estamos solo nosotros.  
¿Verdad, Calan?

—Cierto. Me gusta la casa llena de niños —responde el padre de Eliam, cogiéndole la mano a Sonia.

—¿Qué tal has dormido, hija? —me pregunta Sonia cuando me siento a su lado en la mesa.

—Muy bien. No recuerdo haber dormido así ni una sola vez.

—Eso es bueno. Venga, desayuna que después nos vamos a pasear por la playa.

—¿Y Eliam? —pregunto al no verle por ningún lado.

—Este hijo mío no descansa ni en vacaciones. Está en el despacho de su padre, atendiendo unas llamadas —responde Sonia.

—¡Oh! —y no digo nada más, porque la verdad es que no sé qué decir.

Desayunamos mientras hablamos del paseo que vamos a disfrutar Sonia y yo con los niños, y es que Calan se queda en casa porque, aunque esté jubilado y no trabaje, ayuda a Eliam a encontrar buenos contratos para que su

primo haga anuncios de publicidad.

No he visto a Eliam antes de salir de casa, y tampoco he querido interrumpirlo.

Sonia le pidió a Manuel que nos llevara en coche hasta la playa, de modo que el muchacho se ha quedado en una cafetería cerca de donde ha aparcado para esperarnos.

Corina está encantada. Es la primera vez que ve la playa y aunque sea desde el paseo, lo está disfrutando.

—Otro día podréis venir con Eliam, pero es que hoy le ha llamado mi sobrino y debía encargarse de unos asuntos urgentes —nos dice Sonia mientras lleva a Rubén de la mano.

—No pasa nada, ya vendremos —aseguro mirando a mis sobrinos y a Corina.

—Bueno, hoy conoceréis a los tíos de Eliam. Vienen a comer. Están todos deseando conocer a su futura esposa.

—¡Oh, no...! Nosotros no hemos...

—Querida, no te molestes en tratar de negar lo evidente. Mi hijo te quiere, y es tan escocés como su padre. No va a dejar que te escapes. Serás la futura señora...

—¡Sonia! —el grito de una mujer que agita los brazos a unos metros de nosotros, interrumpe a Sonia en lo que estaba diciéndome.

—Mira, por ahí viene una socia del *club* de cartas al que voy algún viernes.



Seguimos caminando y cuando llegamos a la mujer, que sonrío y se abraza a mi suegra como si hiciera años que no se ven, se aparta para mirarme de arriba abajo.

—Tú debes de ser Damaris. ¡Pero qué guapa eres, niña! Yo soy Juana, amiga de tu suegra.

—Encantada. Y gracias —respondo aceptando los dos besos que me da.

—Menuda suerte tiene tu Eliam, Sonia. ¡Ay si mi Rober tuviera mejor ojo! ¿Pues no me dice ahora que se ha buscado novia nueva? Este muchacho me tiene mala. La anterior no hacía más que sacarle el dinero, y esta... No sé qué va a ser de mi hijo. Desde que se divorció de la hija de Manoli, está

encamándose con cualquiera.

Carraspeo y Sonia le pide que se calle mientras se lleva el dedo a los labios al tiempo que mira a los niños.

—¿Son tus nietos? Pero qué guapos son. Qué suerte tienes, Sonia. ¡Ay, muchacha! Cuida bien de Eliam. Ese hombre se merece lo mejor. Bueno, me ha encantado conocerte. Me tengo que ir, que esta noche viene mi hijo con la novia y... bueno, voy a ver si compro algo para una cena decente. Nos vemos en el *club*, Sonia.

Y así sin más se aleja de nosotros. Me quedo mirando a Sonia y no puedo evitar reírme cuando la veo a ella.

—Esa era Juana, la que más habla de toda Palma de Mallorca. Ya has visto que no me ha dejado ni decirle hola.

—Desde luego, no te aburres en el *club*.

—Ni un poquito hija, ni un poquito.

Seguimos con el paseo y cuando llegamos a un parque les hago algunas fotos a los niños. Sonia se aleja y la veo entrar en una

pastelería, y diez minutos después sale con una bolsa llena de bollos y batidos para todos.

Nos sentamos, a disfrutar de la brisa mientras el olor del mar nos acompaña, y tomamos ese tentempie.

Al volver a casa veo que hay dos coches aparcados en la puerta.

Sonia sonrío y al cruzar nuestras miradas la veo emocionada.

—Ya está aquí el resto de la familia. Bueno, solo los tíos. Los primos de Eliam no porque siguen en Madrid, por el trabajo ya sabes.

Asiento y cuando Manuel para el coche, nos bajamos para entrar en la casa.

Una vez dentro, la risa de dos mujeres me llega desde el salón. Rubén se agarra de mi mano y me mira sonriendo. Debe intuir que estoy nerviosa y por eso lo ha hecho.

—¡Hombre, ya ha llegado la desaparecida! —la voz de un hombre hace que dirija mi mirada hacia él y me quedo sin palabras.

Dos hombres tan altos como Eliam y su padre se ponen en pie, acompañados de dos mujeres menudas y sonrientes.

Uno de los hombres se parece mucho a Calan, por lo que intuyo que él debe ser su hermano.

—Hola, pequeña —Eliam me saluda una vez está a mi lado y se inclina para darme un breve beso en los labios.

No lo puedo evitar y como siempre, cierro los ojos disfrutando de este simple gesto.

—Una sobrina muy guapa, sí señor. —Ahora es el otro hombre el que habla.

Siento mis mejillas arder y sé que me estoy poniendo colorada como un tomate.

—Familia, ella es Damaris, mi novia —Eliam me presenta al tiempo que entrelaza la mano con la mía. Me mira, sonrío y vuelve a besarme—.

Pequeña, ellos son mis tíos. Kerr, hermano de mi padre, y su esposa Ana.

Nos acercamos a ellos y les saludo a ambos con dos besos.

—Bienvenida a la familia, Damaris —me dice la tía de Eliam.

—Y ellos son mi tía Lucía, hermana de mi madre, y su marido Creighton.

—Pero qué mujer más maja te has buscado, sobrino —dice Lucía sonriendo—. Ya podrían tus primos aprender un poquito de ti. Que parece mentira que tengáis los tres la misma edad y tú seas el más centrado.

—Bueno, a modo de secreto os diré que mis primos han conocido a un par de chicas en España. Pero creo que a tu hijo le está yendo algo mejor que al tuyo, Ana.

—Si es que no me extraña. ¿Cómo va a querer una mujer estar con mi hijo si según la prensa es un mujeriego? Y que tenga que ver esas noticias en las revistas... —Ana niega con la cabeza, pero rápidamente su expresión cambia por una amplia sonrisa—. Bueno, y estos niños deben ser tus sobrinos.

—Sí —respondo sonriendo y mirándolos a los dos—. Galilea y Rubén. Y

ella es Corina, una amiga de la familia.

Tras las presentaciones y pertinentes besos y abrazos, Eliam me lleva hacia el pasillo y cuando veo que estamos entrando en nuestra

habitación intento negarme, pero mi chico es más alto y más fuerte que yo.

—No me vas a negar un beso como es debido —susurra cuando me tiene pegada a la puerta, atrapada entre la madera y su cuerpo—. No he podido ni desayunar con vosotros porque mi primo necesitaba que cerrara un trato antes



de las dos.

—Es trabajo, es tu vida... Yo solo estoy de paso.

—¿Cómo que solo estás de paso? —pregunta frunciendo el ceño.

Se aparta un poco y me mira. No dice nada, espera una respuesta y al final me decido a hablar.

—Pues que estoy de paso, Eliam. Ahora estamos juntos, pero... no sabemos dónde estaremos dentro de un mes, o de dos...

—¿Crees que esto no es real? Que eres un pasatiempo o algo así. ¿En serio? No me lo puedo creer, pequeña. Si fuera eso, no te

habría traído a casa de mis padres, ni te habría presentado a mis tíos.

—Yo... al final todos...

—No soy como todos ¿vale? No me voy a ir a ningún lado. No voy a dejarte. No voy a apartarme de tus sobrinos. ¿Te queda claro? Eres mi mujer... y no necesito un papel firmado que lo confirme. Te quiero, Damaris.

—Eliam...

No puedo decir nada más porque sus labios se hacen con los míos y el beso que me da está cargado de esas promesas que me ha dicho. Es un beso intenso, apasionado. Y pronto siento que floto mientras me coge en brazos y camina conmigo hacia el cuarto de baño.

El frío mármol del lavado queda bajo mis muslos cuando me sienta en él y cuando mueve las caderas acercándose hacia mi sexo, jadeo al sentir que está excitado.

—Te quiero, y siempre te querré.

No dice nada más y lo siguiente que noto son sus manos deshaciéndose de mis *shorts* antes de que sus dedos acaricien mi ya húmedo sexo.

Ha sido un encuentro fugaz, pero lleno de pasión y de un orgasmo tan intenso que aún tengo las piernas temblando.

Entramos en el salón donde nos esperan y nos disponemos a comer con el resto de la familia.

—Tía, ¿podemos bañarnos luego en la piscina? —me pregunta Lea cuando estamos a mitad de comida.

—Tendríaís que hacer la digestión —dice Ana.

—Sí, una siesta y luego a la piscina —ahora es Lucía quien habla.

—¿Pero podremos bañarnos? —pregunta Rubén.

—Pues claro que sí, *ulaidh*. Estáis en vuestra casa y la piscina está para disfrutarla —responde Sonia con una amplia sonrisa.

Veo a Corina inclinar la mirada hacia su plato y sé que está pensando que no podrá bañarse porque tiene la escayola.

Miro a Eliam y llamo su atención cogiéndole la mano y dándole un apretón.

Cuando señalo a Corina con un leve movimiento de cabeza, él la mira y después me sonrío.

—Corina, ¿te acuerdas que dije que ya inventaríamos algo para que pudieras bañarte en la piscina o en la playa? —le pregunta Eliam.

—Sí —Corina levanta la cabeza y mira a Eliam, mordiéndose el labio.

—Pues a ver, no es que vayas a poder nadar ni nada de eso... Pero bueno, creo que con una bolsa grande en la pierna puedes darte un chapuzón.

—¡Sí! —grita Lea—. ¿Ves Corina? Te dije que Eliam pensaría en algo.

—A ver, que no vas a poder estar mucho tiempo en el agua, pero al menos un poquito sí.

—Claro, como si fueras a darte una ducha. Que eso había pensado yo para que pudieras hacerlo, cariño —le digo sonriendo.

—Venga, vamos a dormir un poquito de siesta, Lea —dice Rubén una vez ha terminado de comer el postre—. Que luego quiero ir a la piscina.

Eliam y yo sonreímos al tiempo que negamos con la cabeza. Desde luego que aquí la voz de las ideas es este pequeñajo.

Nos levantamos de la mesa y cuando me dispongo a recoger, Sonia me lo impide y veo a María entrar en el salón para recoger la mesa.

Mientras yo me voy al dormitorio de Lea y Corina para prepararles los

bañadores y que se acuesten, Eliam se encarga de Rubén.

El dormitorio de mi sobrino está al lado del de las chicas, así que desde ahí podemos escuchar las risas de uno y otro mientras nosotras sonreímos como niñas.

—Rubén quiere mucho a Eliam —me dice Lea una vez que se ha metido en la cama—. Y Eliam está encantado.

—Eliam es... un hombre increíble —digo, más para mí que para mi sobrina.

—No va a marcharse. No porque tengas a tu cargo a tres sobrinos. Te quiere, tía.

—Bueno, eso con el tiempo se verá. Ahora... ahora estamos empezando y...

—Tía, sé que no va a dejarte. Te quiere de verdad.

—Ay Lea... cuando seas mayor entenderás...

—Sí, vale. Cuando sea mayor entenderé muchas cosas de los mayores que ahora no entiendo. Pero no hace falta tener la edad de Elías para saber que el tío te quiere. Te mira de una forma tan bonita...

—Eso es cierto —dice Corina—. Eliam está muy pendiente de ti, Dama.

Cuando cree que no le ves, te mira y si le pillas te sonrío.

—Así que cuando me sonrío es porque le he pillado mirándome, ¿eh?

—pregunto sentándome en la cama de Corina.

—Ajá —responde ella—. Cuando sea mayor, quiero encontrar alguien que me mire así, como si no hubiera nadie más a nuestro alrededor.

—Seguro que lo encontrarás, cariño. Algún día aparecerá ese alguien para quien seas lo único más importante en el mundo. Y ahora, jovencitas, a dormir un poquito.

—Te quiero, tía —me dice Lea cuando voy a darle un beso en la frente.

—Y yo a ti, mi futbolista favorita.

Lea sonrío ante mis palabras, y es que desde que mi hermano Ismael se lo dijo una vez cuando era más pequeña, no puedo evitar decírselo a menudo.

Salgo del dormitorio y en el pasillo veo a Eliam esperándome. Sonrío al ver que extiende los brazos y me dejo acunar por ellos en un abrazo que me sabe a gloria.





—Gracias —susurro pegada a su pecho.

—¿Por qué?

—Por estar con nosotros. Por tratar a mis sobrinos tan bien. Por...

—No me voy a marchar, pequeña —me interrumpe y al escuchar sus palabras cierro los ojos y me abrazo más fuerte a él—. Te quiero, Damaris. Y

quiero a tus sobrinos. Sé que van contigo en el *pack* y yo... quiero el *pack* completo.

Le miro, con las lágrimas agolpándose en mis ojos y la sonrisa que tanto me gusta está ahí. Se inclina y sus labios rozan los míos en un tierno beso.

Apoya la frente en la mía y me mira.

—Nunca, escúchame bien, nunca voy a dejarte. Eres la mujer que quiero tener a mi lado el resto de mi vida.

Y con esas palabras sí que no puedo controlar las lágrimas, que brotan como si de una presa abierta se tratase.

Eliam lleva las manos a mis mejillas, secándome las lágrimas con sus pulgares, y dejando tiernos besos en ellas.

—Esta noche salimos a cenar, tú y yo solos —susurra entre beso y beso.

La cena ha sido más que perfecta. Aunque le insistí mucho a Eliam que nos quedáramos en casa, pues no quería que sus padres se quedaran con tres niños a su cargo, me dijo que no había problema, que fue su madre quien le insistió en que me diera una noche para mí, sin niños y sin preocupaciones.

Vamos de regreso a casa, y mientras en la radio suena *Without you*, de David Guetta y Usher, observo la noche por la ventana sintiendo las caricias de Eliam en mi mano.

*«I can't rest, I can't fight, All I need is you and I.*

*Without you.*

*Without you*[\[25\]](#)»

Cierro los ojos y me centro en la canción mientras Eliam sigue sosteniendo mi mano, apretando de vez en cuando levemente, cuando Usher pronuncia ese “*Without you*” que me llega al alma.

Noto que, para el coche, abro los ojos y veo que estamos en un lugar apartado, sin luces, pero desde donde puedo ver el mar.

*«I lost my heart, I lost my mind.*

*Without you.*

*Without you*[\[26\]](#)»

Miro a Eliam, que lleva mi mano a sus labios y me deja un tierno beso antes de salir del coche.

Me quedo allí, sentada observando cómo camina por delante del coche, con esa elegancia que le caracteriza, pero con los ojos fijos en mí, y lo veo. El deseo en esa mirada que tantas veces he visto.

Abre la puerta y me tiende la mano, me aferro a ella y salgo del coche para acabar entre sus brazos, pegada a ese pecho que desprende un calor tan familiar que me hace sentir en casa. Cierro los ojos y siento que sus labios se apoderan de los míos.

Me dejo llevar por ese beso, en ese lugar, rodeados de oscuridad y silencio que tan solo es interrumpido por la canción que nos acompaña.

Cuando acaba, la escucho empezar de nuevo y miro a Eliam, que sonrío antes de susurrar "*Without you*" y volver a besarme.

Me aferro con ambas manos alrededor de su cuello, sintiendo cómo nuestras lenguas se entrelazan y bailan al ritmo de la música en un beso cargado de amor, de promesas y de un deseo que ninguno somos capaces de controlar en este momento.

Las manos de Eliam bajan lentamente por mi espalda desnuda, y cuando llegan a mis nalgas, bajo la falda del vestido, se aferran a ellas y en un rápido movimiento me coge para que le rodeé la cintura con mis piernas, sin dejar de besarnos.

Me dejo llevar hasta donde él quiera llevarme, pues sé que con él iría donde quisiera, al fin del mundo si lo desea.

Siento el calor del metal en la piel y doy un leve respingo, abro los ojos y veo a Eliam recostándose sobre el capó del coche de su padre. Sonrío y niego pues no pensé que Eliam fuera a ser tan atrevido.

Rompe el beso y empieza un camino con sus labios sobre la piel de mi cuello, hasta llegar al escote del vestido donde pasa la punta de la lengua haciendo que toda yo me estremezca.

Arqueo la espalda y me aferro a su cabello con ambas manos, tirando de él mientras siento que mi sexo empieza a palpitar y humedecerse con ese simple contacto, sin duda alguna, anticipándose a lo que está por llegar.

Las manos de Eliam se apoderan de los tirantes del vestido, los baja lentamente y cuando le miro, sus ojos y los míos quedan conectados mientras baja la tela dejando al descubierto mis pechos.

Con este vestido es imposible llevar sujetador así que... Sonríe de esa manera tan fiera que tiene cuando me hace el amor y le gusta lo que ve, se lanza a mi pecho derecho y mordisquea el pezón, lo lame y besa hasta que un gemido escapa de mis labios. Se siente satisfecho con esa reacción, lo sé, es lo que le gusta, oírme gemir entre sus brazos.

Va a por el pecho izquierdo y le ofrece las mismas atenciones a mi pezón, haciendo que toda yo tiemble entre sus brazos.

Me arqueo y con los tacones de mis zapatos sobre ese trasero tan firme que tanto me gusta pellizcar, le acerco más a mí y lo noto, excitado como siempre. Su erección golpea contra mi sexo y empieza a dar pequeñas embestidas con nuestra ropa como barrera.

Me levanta de las nalgas con un brazo mientras con el otro se va deshaciendo de mi vestido, dejándome tan solo con el tanga de encaje rojo sobre el capó del coche.

Se aparta, me contempla y acaricia cada parte de mi cuerpo, lentamente y de manera tan sensual, que siento cómo mi ropa interior se humedece.

Vuelvo a gemir, cierro los ojos y me dejo llevar por las sensaciones de estar desnuda, al aire libre, con el hombre al que amo mirándome.

Eliam se acomoda entre mis piernas y siento su aliento en mi sexo, me acaricia los muslos y antes de que me de cuenta, el sonido del encaje rasgado hace que abra los ojos.

—Te voy a hacer mía, pequeña. Esta noche, y cada una de las que nos queden por vivir —asegura sin apartar los ojos de los míos.

Pasa la lengua por mi clítoris tan despacio que creo que lo hace para torturarme.

Lame, besa y mordisquea mi sexo a su antojo y cuando grito por el placer que siento, me penetra con uno de sus dedos, sin dejar de pasar la lengua por mis pliegues.

Me aferro a su cabello, tiro de él con cada penetración de su dedo, entre jadeos y gemidos, y lo noto. El momento en que mi cuerpo se prepara para una explosión de placer.

—Así, pequeña, correte. Quiero saborear a mi mujer... —me dice Eliam entre susurros, mientras me dejo llevar y lo hago.

Me corro al tiempo que mis caderas se mueven hacia su boca y las manos de Eliam se aferran a mis nalgas.

Cuando mi orgasmo termina, Eliam se aparta y se quita la camisa. No puedo evitar mirar esos abdominales, los músculos definidos de sus brazos, y cuando se inclina para besarme, paso las manos por ese torso que me vuelve loca.

En un rápido movimiento se quita los pantalones y los bóxers, me acerca a él y mientras me besa, me penetra de una embestida.

Ambos jadeamos al sentir el contacto de nuestros cuerpos unidos, piel con piel.

—Eliam... —mi voz es apenas un susurro, estoy tan excitada que ni siquiera puedo hablar.

—Dime, pequeña.

—Para, no quiero...

Eliam me mira con el ceño fruncido. Tal vez cree que no quiero hacerlo aquí, pero eso es lo que menos me importa ahora mismo. Lo que quiero es...

—Yo también quiero saborear a mi hombre —aseguro sin apartar mis ojos de los suyos.

Eliam sonrío, asiente y saliendo de mí, me sienta en el capó del coche.

Cuando le miro de arriba abajo, no puedo evitar pasarme la lengua por los labios, mordisqueando el inferior cuando su erección queda a la vista, con esa gota de líquido preseminal en la punta, brillando, reclamando que mi lengua

la saboreé.

Vuelvo a mirar a los ojos a mi chico, me levanto y quedando en cuclillas ante él, lamo de nuevo mis labios.

Cojo esa erección que me reclama, subiendo y bajando lentamente la mano mientras con la otra acaricio sus testículos.

Eliam jadea y noto que se apoya con las manos en mis hombros. Paso la lengua por su miembro, desde la base hasta la punta, hasta alcanzar esa gota que recojo con la punta de mi lengua y saboreo en mi boca sin dejar de mirarle.

—Pequeña...

Abro los labios y me llevo la erección a ellos, lentamente bajo por ella al tiempo que paso la lengua a su alrededor.

Las manos de Eliam van de mis hombros a mi cabello, y noto que lo coge entre sus puños. Mueve las caderas de adelante atrás mientras yo succiono y mis gemidos son amortiguados por su erección.

Eliam, jadea, gruñe y mueve las caderas al compás de mi cabeza.

Y entonces lo saboreo. Esas primeras gotas que todo hombre desprende antes de alcanzar el clímax. Salado, pero a la vez algo dulzón, picante...

Vuelvo a gemir y siento que mi propio orgasmo está cerca. Eliam se aparta, me mira jadeante y suspira.

Me coge en brazos, me besa y me penetra sin parar, una y otra vez.

Rompo el beso y me arqueo dejando que gemidos y gritos resuenen en el silencio de la noche que nos envuelve.

¿Podría vernos alguien? Tal vez, pero en este momento no me importa.

Nada me importa si estoy con él.

Eliam me besa el cuello, el hombro y yo hago lo mismo, y cuando sé que estoy a punto de correrme de nuevo, le muerdo el hombro haciendo que él grite y aumente sus embestidas.

Me deja de nuevo sobre el capó del coche y extendiendo los brazos sobre el frío metal, mirándole, observando sus ojos clavados en los míos, mientras se aferra con las manos a mis caderas y siento cómo se clavan sus dedos en mi piel.

Me arqueo buscando más, me acerca a él en cada embestida y cuando siento que su erección se ensancha en mi interior y mis músculos se aferran

más a ella, nos preparamos para lo que está por llegar.

Nos miramos, nos fundimos en un abrazo que hace que seamos un solo cuerpo y nos besamos, mientras una explosión de placer se hace con el control de nuestros movimientos en fuertes embestidas, gemidos y gritos de puro placer.

Eliam se desploma sobre mí, que quedo tendida en el capó del coche, y ambos nos disponemos a recuperar el aliento y el ritmo normal de nuestras respiraciones.

Con los ojos cerrados, disfrutando de una leve brisa que eriza mi cuerpo sudoroso y satisfecho, me concentro en escuchar el latido de mi corazón mientras noto el de Eliam en mi pecho.

Somos uno, en este preciso momento somos un solo corazón latiendo por la otra persona.

—Te quiero, pequeña —susurra antes de dejar un leve beso en mi cuello.

—Y yo a ti, *mo ghràdh*.

Tras nuestro encuentro, nos vestimos y me lleva de la mano hasta un banco que hay cerca del coche.

Contemplamos el mar abrazados y siento que podría estar así el resto de mi vida, entre sus brazos.

—Este lugar es donde vengo a desconectar cuando visito a mis padres

—me dice al fin.

—No me extraña, se respira tranquilidad aquí.

—Ahora comparto mi lugar favorito de la isla con mi mujer.

—Me alegro de que tengamos un lugar favorito en esta isla.



—Dama, pequeña —se gira, me coge en brazos para sentarme en su regazo y me mira fijamente—, mi lugar favorito en el mundo, es a tu lado. En tus brazos.

—Y el mío también, Eliam. No quiero que esto... —tengo miedo, lo sé y él también, por lo que antes de que vuelva a hablar, lo hace él.

—Esto no acabará nunca, pequeña. Eres mi mujer y siempre lo serás.

Quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Siento las lágrimas deslizarse por mis mejillas y él las seca con sus cálidos besos.

Me abraza y nos quedamos así, en silencio, arropados por el manto de estrellas que cubre el cielo nocturno de Palma de Mallorca.

*Guapa  
Lista  
y  
Madridista*



*Capítulo 27*

***Palma de Mallorca, 9 de julio de 2014***

Estábamos a solo dos días de regresar a Madrid, a nuestra rutina.

El día había empezado bien, tal vez demasiado bien, con Eliam dejando un cálido camino de besos por mi espalda desnuda hasta llegar a mi cuello y mordisquearlo.

Cuando me desperté, con todo el cuerpo estremecido por la anticipación de lo que iba a ocurrir, acabé ronroneando como una gatita deseosa de mimos.

Y Eliam me los dio. Dos veces.

Tras una ducha rápida y un desayuno con sus padres, recogimos lo necesario para pasar el día en la playa con mis sobrinos y Corina. Ella iba con las muletas y se sentía mal por tener que depender de los demás para poder hacer cosas tan simples como ponerse unos *shorts*, pero llevaba tanto tiempo vistiendo a Lea y Rubén que no me suponía ningún esfuerzo ayudarla a ella también.

Sonia se había encargado de que nos prepararan algo de comida para llevar, de modo que pudiéramos pasar un auténtico día de playa mallorquín.

Y aquí estamos, Eliam y yo, en una toalla sentados contemplando el mar mientras Rubén hace castillos de arena y Lea y Corina pasean por la orilla.

Las manos de Eliam no dejan de acariciar mis brazos, lentamente, como si sentirme en sus dedos fuera una necesidad para él. Como si quisiera cerciorarse de que soy real, que estoy aquí con él, en el lugar donde viven sus padres.

Llevo mis manos sobre las suyas y las aprieto, cierro los ojos y dejo que el calor que desprende su pecho cubra mi espalda.

La verdad es que soy yo quien no puede creerse que este hombre tan maravilloso llegara a mi vida. Que se preocupe no solo de mí si no de mis sobrinos, de los tres. ¿He dicho que desde que llegamos no ha habido un solo día que no haya llamado a Elías para preguntar por Sofía y el bebé? Pues sí, lo ha hecho. Adelantándose

a mí en cada llamada. Y es que está tan ilusionado con la idea de ser tío abuelo tan joven...

Cuando noto que me suelta y se pone en pie, abro los ojos y veo cómo corre hacia Lea y Corina. Uno de los muchos bañistas que está hoy aquí pasando el día ha debido pasar corriendo junto a ellas y Corina está ahora en el suelo con las muletas tiradas a su lado. Me pongo en pie, miro a Rubén que también ha visto lo que ha pasado y antes de que yo vaya hacia ellas mi sobrino sale corriendo.

Cuando llega recoge las muletas mientras Eliam coge a Corina en brazos que, avergonzada, se abraza al cuello de mi chico escondiendo el rostro en él.

El chico que la ha empujado sin querer no deja de pedir perdón, mientras Lea le grita y le dice que debe ir con más cuidado. Saca el genio que ha heredado de mí, sin duda alguna, y le golpea con el dedo en el pecho, mientras el chico que no debe tener más de quince años y que además le saca a mi sobrina una cabeza, la mira totalmente embelesado.

Cuando Lea se gira, dejando que su melena de en el pecho del muchacho, uno de los amigos le da un golpecito en la espalda y le dice que para ser tan pequeña tiene mucho genio y es una fierecilla. Él no deja de mirarla, en ningún momento aparta la mirada de lo que espero sea la espalda de mi sobrina mientras ella camina como si fuera una reina.

Suspiro, pues, aunque tenga mi genio y se parezca mucho a mí, parte de su belleza también es de su madre, y el día que empiece a pensar en tener novio... miedo me da pensarlo.

—Ya está, no ha pasado nada —dice Eliam dejando a Corina en una de las toallas.

—Lo... siento... —Corina está llorando y veo cómo lleva las manos a su

rostro para retirar las lágrimas—. No debería haber venido. Soy... soy un estorbo.

—¡Pero bueno! ¿Cómo dices eso, jovencita? —pregunto poniendo las manos en jarra y frunciendo el ceño—. Has venido porque nunca habías estado en la playa, y te ibas a aburrir en casa metida sin que Lea pudiera visitarte. Anda, deja de llorar, cariño —le digo sentándome a su lado para abrazarla—. No ha sido culpa tuya. Ese muchacho no iba prestando atención y te ha empujado sin querer.

—¡Ese muchacho es tonto! —grita Lea cuando llega a nuestro lado—. ¿Es que no tiene ojos en la cara o qué? Como si las muletas no brillaran al sol, vamos.

—Galilea Moreno, no se habla mal de la gente que no está delante para defenderse —la reprendo cuando se sienta a mi lado.

—Lo siento, tía. Pero es que... debía ir con más cuidado. ¿Y si hubiera hecho daño a Corina?

Cuando Corina se tranquiliza en mis brazos, decido sacar las cartas que nos ha dejado Sonia para jugar con ellas mientras Eliam va al agua con Rubén.

Y en esas estamos cuando, de repente, una sombra se cierne sobre nosotras tres.

—Hola —la voz de un chico joven hace que las tres miremos hacia la persona que nos ha interrumpido, y al reconocer al chico que ha empujado accidentalmente a Corina, frunzo el ceño.

—El que faltaba. ¿Es que no hay más sitios para ir en toda la playa que donde estamos nosotras? —pregunta Lea, enfadada—. A ver si ahora también vas a empujarla, que está sentada.

—¡Galilea! —grito enfadada.

—Yo, venía a disculparme. Y mi amigo también —el chico señala a su compañero, que asiente y mira a Corina con una sonrisa.

Miro a Corina y veo que se sonroja e inclina la mirada.

—No pretendíamos que te cayeras, de veras que lo siento —dice el otro chico.

—Sí, él iba a pasarme el balón, y cuando salté para cogerlo... bueno...

yo...

—¡Tiraste a mi amiga! —grita Lea poniéndose en pie—. Que va con muletas porque tiene el tobillo roto. ¿Qué habría pasado si ese golpe le hubiera empeorado la rotura, eh? A ver, dime. ¡Que jugamos al fútbol y se va a perder unos cuantos partidos por culpa de una asquerosa que la tiró al suelo!

—¿Jugáis al fútbol? —pregunta el muchacho, sonriente, que mira embelesado a Lea.

—Sí —responde ella y su voz baja y creo que se ha sonrojado cuando el chico en cuestión se ha adelantado un par de pasos hasta estar cerca de mi sobrina.

—Vaya, pues qué bien. Ya tenemos algo en común los cuatro. Oye...

habíamos pensado invitaros a unos helados, si vuestros padres os dejan, claro

—el muchacho me mira, sonrío y niego con la cabeza.

—Soy la tía de Galilea, Corina es una amiga de la familia. Y respecto a esos helados... ¿dónde habéis pensado comprarlos?

—En el chiringuito de aquí al lado. Es de mi primo —me dice como queriendo que con eso me quede tranquila porque no van a estar

solas con ellos sin vigilancia—. Prometo que cuidaremos de Galilea y Corina. Me llamo Samuel, por cierto. Y él es mi mejor amigo, Carlos.

—Encantado, señora —me dice el rubio al que ahora le puedo llamar Carlos.

—¿Pequeña, todo bien? —pregunta Eliam cuando llega a nuestro sitio con Rubén sobre sus hombros.

—¿Qué queréis? No hagáis daño a Corina, por favor —dice mi sobrino.

—¡Oh, no tranquilo jefe! —Carlos levanta las manos y sonrío a mi sobrino—. Solo queremos invitarlas a unos helados. ¿Nos das permiso?

Eliam me mira, sonrío y deja a Rubén en el suelo que observa a los dos chicos como si no tuviera cinco años si no alguno más. Y en ese momento me recuerda tanto a Elías, cuando mintió diciendo que Lea y Rubén eran mis hijos.

—Bueno, vale, os dejo. Pero me tenéis que invitar a mí también. Quiero uno de tres bolas de chocolate bien grandes. Y con barquillos —dice mi pequeño, cruzándose de brazos y frunciendo el ceño.

—¿Y por qué no vienes con nosotros? —pregunta Samuel—. Si tu papá y tu mamá te dejan.

Rubén va a decir algo, pero antes de eso, mira a Eliam que a su vez me

mira a mí y mi sobrino se gira para mirarme.

—¿Puedo, mami? —pregunta, ahora sí, con su voz y su puchero de no haber roto un plato en la vida.

—Vale, pero portate bien. Haz caso a tu hermana y a Corina.

—¿Su hermana? —pregunta Carlos.

—Sí, soy tía de los dos, pero este pequeño suele llamarme mami.

—Bueno, pues si os apetece un helado... vamos —dice Samuel.

Carlos se agacha para coger las muletas de Corina y se las da a Samuel para después ayudarla a ella a ponerse en pie y entregarle las muletas.

—Venga, que ahora seré un muro entre tú y la gente que se cruce en nuestro camino para que no vuelvas a caer —asegura Carlos, sonriendo.

Corina susurra un tímido gracias y veo que los cinco se encaminan al chiringuito que hay cerca de donde estamos.

Eliam se sienta a mi lado, me abraza y deja un beso en mi sien mientras observamos a mis sobrinos y Corina.

—Creo que esas dos jovencitas van a ser un peligro juntas para los de mi especie —me dice, y noto una sonrisa en su voz.

—Eso me parece a mí. Tendremos que vigilar muy bien a los chicos cuando Lea sea mayor. ¿Sabes manejar una escopeta? El abuelo Tobías creo que tiene una...

Ni dos segundos tarda Eliam en reírse, y yo le acompaño.

Imaginarme a Lea, con ese genio que tiene, siendo cortejada por un chico, hace que sonría ante la suerte que deberá tener el muchacho en cuestión.

Eliam se recuesta en la toalla y yo me quedo mirando a mis sobrinos. No debo haberlo hecho mal estos años, cuidando de ellos.

Estoy orgullosa de Lea, que se convirtió en la protectora de Corina en cuanto se hicieron amigas. Y Rubén... ese hombrecito a pesar de ser pequeño y de menor tamaño que los chicos que han

empujado sin pretenderlo a Corina, se ha enfrentado a ellos como todo un protector de su hermana y su amiga.

Sonrío, miro hacia el cielo y siento una brisa que me estremece por entero.

Siempre he creído que cuando pensaba en mi hermano, esas brisas eran su modo de decirme que estaba orgulloso de mí, que me quería y que no le había defraudado.

Eliam pasa la mano por mi espalda, lentamente, y cuando llega a mi cintura me arrastra hacia él haciendo que me recueste sobre su pecho.

—Quiero tener una niña como Lea y un niño como Rubén —me susurra, y lejos de parecerme mal que me diga abiertamente que quiere tener hijos conmigo, sin que me asuste por lo que dice, me reconforta y hace que me sienta mucho más querida aún.

—Yo también. Pero tampoco estaría mal tener uno como Elías y otro como tú.

—¿Quieres tener cuatro hijos? —pregunta, sin dejar de acariciar mi brazo, sin que nos miremos siquiera.

—Quiero tener los hijos que tú quieras. No quiero que tengamos solo uno.

Eso debe ser muy triste.

—Lo es. Aunque teniendo primos, no es tan malo haber sido hijo único.

Y con esas palabras ambos nos quedamos en silencio, cada uno inmerso en nuestros pensamientos.

Los suyos, no sé cuáles pueden ser. En cambio, los míos los tengo muy claros.



Quiero a Eliam, de un modo que jamás pensé que querría a alguien.

Quiero ser su mujer, y que tengamos tantos hijos como vengan para llenar nuestra casa de alegría al lado de mis sobrinos.

Guapa  
Lista  
y  
Madridista



Capítulo 28

***Palma de Mallorca, 11 de julio de 2014***

—Es una pena que tengáis que volver ya a Madrid, hijo. Apenas si he disfrutado de mis nietos unos días —dice Sonia abrazando a Eliam.

—Volveremos en cuanto podamos, mamá. De todos modos, sabes que en mi casa hay sitio de sobra para los dos. Podriais venir a últimos de mes a pasar unos días.

—Eso sería maravilloso, ¿no crees Calan? —pregunta Sonia a su marido.

—Sí, estaría bien. Así puedo ver a mis sobrinos. Ese desapegado futbolista... parece mentira que tenga a sus padres aquí. Al menos el grandullón viene alguna vez a ver a sus padres.

—Pues no se hable más. La última semana de julio vamos a tu casa. Y si no te parece mal, nos quedamos allí unos días de agosto también.

—Claro mamá. Me encantaría —asegura Eliam antes de salir de casa.

—¡Ay, mis niños! Dadme un abrazo que me dure hasta que vuelva a veros

—Sonia abre los brazos y acoge en ellos a Lea y Rubén, y cuando Corina se queda a mi lado, Sonria frunce el ceño—. Jovencita, ven aquí ahora mismo que eres una más de la familia.

Corina sonrío y, ayudada por las muletas, camina hacia ella y se deja



abrazar.

—Bueno, deja que se marchen, mi amor, o perderán el vuelo —dice Calan que se acerca a mí para darme un abrazo—. Me alegro de que estés en mi familia, Damaris. Eres la mujer que mi hijo necesita a su lado. Cuídalo mientras esté en Madrid, por favor.

—Lo haré —le aseguro, aunque esas palabras hacen que se me rompa un poquito el corazón.

¿Mientras esté en Madrid? Es que... ¿acaso se marchará alguna vez? Y en ese momento recuerdo que es el representante de su primo, el futbolista, que está en negociaciones con el Real Madrid para ver si lo fichan. Aunque por lo que me dijo Eliam el otro día, eso es complicado y su primo ahora mismo con tal de quedarse a vivir en España está abierto al contrato de cualquier otro equipo del país.

Más besos y abrazos y algunas lágrimas de Sonia, y al final dejamos la casa que ha sido nuestro hogar durante unos días.

Despidiéndonos de Sonia y Calan desde el coche, salimos de la finca y ponemos rumbo al aeropuerto, donde cogeremos el vuelo que nos lleva de regreso a casa, a Madrid.

### ***Madrid, 11 de julio de 2014***

Al llegar a nuestra calle veo que el coche de Isis está aparcado en la acera de mi casa. Un poco más adelante están el de Ana y el de Alicia.

Corina se queda esta noche en casa puesto que mañana tenemos partido y a sus abuelos no les ha importado, a pesar de estar deseando ver a su preciado tesoro.

Entramos en casa y escucho las risas de las chicas que nos llegan desde el salón.

—¡Vaya! Así que, en mi ausencia, mis amigas montan fiestas en mi casa...

—¡¡Dama!! —gritan las tres al unísono antes de salir corriendo hacia mí.

—¡Ey, ey! Que me aplastáis... —digo cuando todas, a la vez, me abrazan.

—Hija, te echábamos de menos. ¿Qué tal por aquellas tierras?  
—pregunta Isis— ¡Mira, si viene morenita y todo!

—Bien, muy bien. Los padres de Eliam son increíbles. Vendrán a pasar unos días a finales de mes y se quedarán hasta agosto.

—Chica, te has metido en la familia de tu hombre, pero bien —dice Ana al tiempo que asiente—. Bueno, yo no creo que tarde en conocer a mis suegros. Entre nosotras... —susurra y se acerca para que solo nosotras tres podamos oírla—. Tengo al grandullón comiendo de mi mano. Bueno, y de lo que no es mi mano también...

—¡Ana! Por Dios, qué bruta eres a veces hija —dice Alicia—. Me alegra que lo hayas pasado bien, y que tus suegros te acojan en la familia. Pero bueno, ahora vamos a cenar que me muero de hambre. Hemos traído mogollón de cosas ricas de las que hace Olga.

—Vale, esperar por lo menos a que deje las maletas.

—Tranquila, pequeña, yo me encargo. Y Rubén me ayuda. ¿Verdad, campeón? —dice Eliam inclinándose para dejar un beso en mi mejilla.

Mi sobrino asiente y entre él y Lea ayudan a Eliam a llevar las maletas.

Corina los sigue y el abuelo Tobías se excusa para ir a ver a Sofía.

—¿Cómo está? —pregunto antes de que se marche.

—Mejor, más animada. Aquí estas tres no la han dejado sola ni una tarde.

Y no sé la de cosas que han comprado para el bebé... Tendrías que ver el cuarto de invitados. Está lleno de ropita, juguetes, el

carricoche...

—A ver, una no siempre se convierte en tía abuela a los veintiocho años, abuelo Tobías —asegura Isis.

—Eso. ¿Es que crees que el bebé de Elías no va a estar tan mimado por el aquelarre de brujas como lo han estado Lea y Rubén? Qué poco nos conoces, abuelo —dice Ana.

—Os dejo, ¡brujas! —grita antes de fingir un estremecimiento y salir corriendo.

Cuando estamos solas en el salón, las tres me hacen un interrogatorio de

tercer grado como mínimo. Que si el padre de Eliam es majó, que si le he caído bien, que si sus tíos son buena gente...

Y después llega el momento morboso de las tres. Y a pesar de que no les cuento al detalle ninguno de nuestros encuentros, las dejo alucinadas cuando les digo que tuve los mejores orgasmos de mi vida al aire libre en mitad de la noche y bajo el manto de estrellas que nos acompañaba.

Gritos de alegría, de sorpresa y aplausos por doquier me envuelven antes de que las tres se lancen a abrazarme.

—Dama, ¡que este es definitivo, brují! —grita Alicia sin dejar de mirarme.

—Pues... sí, todo apunta a que sí. De hecho, me ha dicho que quiere tener una hija como Lea y un hijo como Rubén. Y yo le dije que al menos quiero tener también uno como Elías y otro como él.

—¡Madre mía que esto acaba en boda, brujitas mías! —ahora es Ana quien grita eufórica.

—Pues chica, ojalá. Que ya era hora de que nuestra Dama se topara con un hombre que acepte que lleva mochila, como Dora la

exploradora —y cuando Isis lo dice, tan seria, no podemos evitar reírnos y empezar a gritar todas a coro.

—¡¡Mochila, mochila!!

Tal como hace el dibujo llamado Dora que tantas veces hemos visto con Lea y Rubén.

Sí, estas son mis amigas, mis hermanas, mi otra familia. Mis brujis...

Guapa  
Lista  
y  
Madridista



Capítulo 29

**Madrid, 12 de julio de 2014**

—¡Vamos, que llegamos tarde! —grita Lea desde el salón.

Termino de ponerme las *Converse* y cojo la mochila para salir del dormitorio. Hoy toca partido, y Lea está que se sube por las paredes.

Cuando llego al salón, Eliam ya tiene todo preparado para irnos, así que no perdemos más tiempo.

Ya en el coche, llamo a las chicas y me dicen que están de camino.

Cuando llegamos, todas las niñas se acercan a Corina para preguntar qué tal está, y ella sonríe y les cuenta sus pequeñas vacaciones en la playa con Lea.

—Cre  que no llegabas —una voz de hombre a mi espalda hace que me gire.

— Lo has traído? —pregunta Eliam.

— Crees que iba a venir con las manos vacías? Joder t o, qué poco confías en mí.

—Entonces...  te dio tiempo a hacer todo? —Eliam se acerca y coge un par de bolsas de las manos del hombre con el que habla.

—T o, soy un máquina, ya lo sabes.

—Eliam...  ocurre algo? —me atrevo a preguntar finalmente.

—Dama, él es  ngel, un buen amigo —me dice Eliam mirando entre las bolsas—. T o, eres genial. Gracias por esto.

—Encantada,  ngel —sonrío y le tiendo la mano.

—Un placer. Así que eres la chica del escocés. Tiene buen gusto —y me guiña un ojo, mientras Eliam sigue sin prestarme atención.

—Dama, vamos a empezar —mi sobrino Elías me llama y cuando voy a contestar, Eliam se me adelanta.

— Espera un momento! —grita Eliam mientras corre hacia donde est n las niñas con Elías.

Le sigo, con  ngel a mi espalda, y cuando veo lo que saca de la bolsa me quedo sin palabras.

Son camisetas, pantalones y calcetines. Una equipación para las niñas.

Los pantalones y los calcetines son violetas, mientras que las camisetas son blancas y en la espalda llevan el nombre de cada una con un número en color violeta, y en la parte delantera...

—¡¡Guapa, lista y madridista!! —gritan las niñas al leer lo que pone en sus camisetas.

—¿Os gusta la equipación? —pregunta Eliam, y veo que le brillan los ojos por la emoción al ver las sonrisas de las niñas.

—¡Me encanta! —asegura Lea emocionada—. Muchas gracias, tío Eliam.

Te quiero.

Eso último Lea lo ha dicho en apenas un susurro mientras abrazaba a mi chico, abrazo que él devuelve cerrando los ojos disfrutando de ese contacto.

—Venga, a poneros la equipación, chicas —dice Elías.

Las niñas corren hacia el vestuario del gimnasio que está al lado de la pista de fútbol del colegio, con su ropa en la mano, gritando emocionadas.

Corina está a mi lado, con su camiseta, y me inclino para ponérsela y que la luzca, aunque vaya a estar en el banquillo.

—Te queda perfecta —digo sonriendo.

—Eliam me gusta, es un buen pa... Quiero decir...

—Corina, sé que lo que querías decir. Estoy segura de que será un buen papá algún día.

—Sí —responde ella sonriendo y mirando a mi chico.

Hay admiración en los ojos de Corina, y anhelo, puesto que ella no pudo apenas disfrutar de su padre.



Cuando las niñas regresan con la equipación, mis brujas se unen a nosotros y aplauden y las animan al verlas vestidas con su frase favorita.

—Gracias por esto —le digo a Eliam cuando se acerca a mí.

—No hay por qué darlas. Quería tener un detalle con ellas. Esa frase, es importante para Lea, y también para el resto.

—Lo es... Para Lea lo es.

Cierro los ojos y procuro que no se derrame ni una lágrima. Era la frase que siempre le decía mi hermano, y es algo que no quise que nos dejara cuando él se marchó.

Nos sentamos en las gradas y disfrutamos del partido.

—¡Hemos ganado! —grita Lea—. Corina, ¡hemos ganado!

Ambas se abrazan mientras las demás niñas las rodean dando saltos y gritando.

—¡Guapa, lista y madridista! ¡Guapa, lista y madridista!

Ante la felicidad de las niñas, los padres y familiares se unen a su cántico y veo a Lea levantando el brazo y dando saltos.

—Madre mía, estas niñas van a ser imparables como se dediquen a ello profesionalmente —dice Ángel, que se quedó a ver el partido con nosotros.

—Si es que nuestras niñas son las mejores —asegura Isis.

—Sí, pueden con cualquiera. ¡Qué paliza las han dado! ¿Habéis visto los tres golazos de nuestra Lea? —pregunta Alicia con los ojos abiertos como platos.

—Chica, tu sobrina es la pichichi de las guapas —suelta Ana y todos nos reímos.

—Venga, que os invito a comer —dice Elaim.

—Pensé que íbamos al restaurante —digo mirándole.



—No. Hoy nos llevamos a las niñas a celebrar su victoria.

Tras hablar Eliam con todos los padres, aceptan encantados que vayamos a una de las pizzerías cercanas para comer todos juntos. Así que allá vamos.

Elías vuelve a casa, para no dejar sola a Sofía mucho tiempo, y después irá al restaurante para su turno. Esta noche me la da libre, dice. Qué cabrito es algunas veces.

Entramos en la pizzería y los encargados de las cajas se sorprenden al ver tanta gente. Una de las chicas sonrío, sale y nos lleva a un lugar en el que podremos estar todos. Las niñas en un par de mesas y los padres en varias más, todas juntas. Nos facilita la tarea y dice que nos toma nota ahí mismo y cuando esté todo nos lo traen.

Así que entre pizzas, bebidas y postres celebramos la victoria de nuestras niñas.

Cuando llegamos a casa estoy molida.

Después de comer, mientras las niñas disfrutaban en el parque, los mayores tomamos café en una de las cafeterías cercanas. Después llevamos a Corina a casa de los abuelos y nos invitaron a merendar. La abuela había hecho su delicioso bizcocho de chocolate y yo... no iba a rechazarlo.

—¡Hemos llegado! —aviso al abuelo, porque no le veo por ningún lado y tampoco escucho nada.

—¡Dama, corre!

El grito desesperado del abuelo Tobías me llega al alma. Salgo corriendo y escucho los pasos de Eliam detrás.

Cuando llego al dormitorio de Elías, veo a Sofía doblada por el dolor y llorando.

—¿Qué pasa? —pregunto, y escucho que mi propia voz suena aterrorizada.

—Estoy... estoy sangrando, Dama.

—¡Mierda! —grita Eliam que se acerca, la coge en brazos y me pide que vaya abriendo el coche—. No hay tiempo para una ambulancia, pequeña.

Vamos a la clínica de Alicia.

Asiento, temblorosa, y le pido al abuelo que se quede con Lea y Rubén.

Llamo a Alicia y a pesar de estar de vacaciones, me asegura que sale para la clínica.

Aviso a Elías y aunque trato de calmarlo, sé que no lo consigo.

Eliam deja a Sofía en el asiento trasero, me siento a su lado y él ocupa el del conductor y sale tan rápido que sé que no tardaremos mucho en llegar a la clínica.

—¡Dama, aquí! —grita Alicia cuando nos ve entrar por la puerta.

—Ali, no puede perder el bebé... —mi voz suena angustiada y mi amiga me acaricia la espalda, pero no dice nada.

Un par de celadores llegan con una camilla, donde Eliam recuesta a Sofía, y la llevan a urgencias para que la atienda el médico.

Eliam me abraza, y finalmente me rompo.

Lloro como hacía tiempo no lloraba. Siento el dolor de la pérdida de mi familia y pensar en que Sofía pueda perder el bebé...

—No puede perderlo, Eliam. Destrozaría a Sofía... y a Elías.

—Tranquila, que los médicos saben lo que hacen. Seguro que no es nada.

No me suelta en ningún momento. Pasa las manos por mi espalda dejando suaves caricias y me lleva hasta una de las sillas de la sala de espera.

Cuando Elías entra, corriendo, me pongo en pie y le abrazo.

—Estás llorando —me dice mi sobrino—, eso es que...

—Aún no sabemos nada —Eliam se adelanta a que yo hable.

—Vale.

Elías se sienta a mi lado, sin dejar de abrazarme, mientras Eliam me coge la mano.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que escucho la voz de Alicia. Los tres la miramos y está sonriendo.

—Está bien. Los dos lo están. Ha sido un sangrado normal. El médico

dice que puede que aún tenga alguno más... y que la traigáis si ese es el caso.

—¡Ay, Ali! Creí que... —no puedo seguir, el llanto no me deja hablar.

—Venga bruji, que esa muchacha necesita a su tía Dama la fuerte, no la llorosa.

—Vale. Ya está —digo secándome las lágrimas.

Entramos en la sala donde la han atendido y Sofía nos mira con los ojos tan rojos como los míos.

—Lo siento —susurra.

—¡Ay, mi niña! No pasa nada, esto es normal por lo que se ve —le digo abrazándola.

—Venga, que volvemos a casa —Eliam la coge en brazos mientras Elías le mira—. ¿Quieres llevarla tú?

—No, tío. Por favor, llevarla vosotros. Yo os sigo —responde mi sobrino y veo el miedo en sus ojos—. Me has dado un susto, cariño...

—Yo también me asusté. No quiero perder a nuestro hijo. Estoy haciendo todo bien. Ni siquiera me levanto de la cama, tan solo para ir al baño.

—Cariño, ya está. No vamos a perder a nuestro hijo. Es un Moreno, y los Moreno somos unos luchadores. ¿Verdad, tía? —me pregunta mi sobrino.

Solo puedo asentir. No me salen las palabras. Mi sobrino, aquel adolescente de quince años al que cogí a mi cargo cuando murieron mi hermano y mi cuñada... se hizo mayor mucho antes de tiempo.

# Guapa Lista y Madridista



## Capítulo 30

**Madrid, 19 de julio de 2014**

Y al fin llegó el cumpleaños de Alicia. ¿Y qué se le ocurre hacer? Pues una de sus locuras. Tiene un antiguo compañero de facultad que conoce al dueño de un pub al que por lo visto le gusta hacer de vez en cuando fiestas de disfraces en su local. Y ¿a que no sabéis dónde vamos a ir después de cenar en casa de Alicia? Efectivamente, al pub, disfrazadas.

Aún recuerdo la conversación que tuvimos la semana pasada sobre este tema...

—Pues me puedo disfrazar de *Wonder Woman* —dice Ana—. Me gusta a mí ese conjuntito que lleva la guerrera milenaria.

—¿Estás loca? Que se te van a lanzar como locos todos los hombres del local... —Isis niega con la cabeza, pero no para de reírse.

—Pues yo pensaba vestirme de colegiala, en plan Britney Spears en el videoclip de su primer *single* —cuando siento las miradas de mis

amigas, con los ojos abiertos como platos, me encojo de hombros—. ¿Qué pasa? Es un disfraz como otro cualquiera.

—Nos acaban follando a las cuatro en la pista, lo estoy viendo  
—salta Isis.



—¡Ale la bruta! —grita Alicia—. Por Dios, que vamos a ir de brujas...  
¡Si ya tengo todos los disfraces! Además, no vamos a ir solas. Los chicos también vienen.

Y siento que me quedo paralizada. ¿Ha dicho los chicos, o yo la he entendido mal?

—¿A qué chicos te refieres, exactamente? —pregunto, esperando equivocarme con lo que estoy pensando.

—Pues a los chicos, hija. Eliam, Fran, Dominic, Ian y Kayden. Que pareces tonta —me contesta Alicia poniendo los ojos en blanco.

—¿Sabes lo absurdo que es que quieras poner en el mismo local a mi novio —le recalco bien esas dos últimas palabras— y al tío con el que eché un polvo una noche?

—Bueno, eso ya es pasado. Seguro que está más que olvidado  
—Alicia agita la mano queriendo quitarle importancia al asunto, pero es que no se la puedo quitar.

—Alicia, que todavía sigue preguntando por ella —Ana me mira, se encoge de hombros y sigue—. Eso me ha dicho Fran. Kayden está dispuesto a intentarlo. Pero claro... tendrías que dejar a...

—No voy a dejar a Eliam por un picha brava como Kayden que se folla a todo el coño que se le antoja —y me quedo tan pancha.

—Vale, pues... habrá que ver cómo lo hacemos. Porque los chicos ya están invitados.

—Joder Alicia, es que ya van dos que me la lías —suspiro y niego con la cabeza.

Afortunadamente, tras esa conversación, hablé con Eliam y me dijo que esta noche tenía una cena de negocios con uno de los patrocinadores de su primo. Así que... Esta noche salgo con las chicas, sus parejas y... con Kayden.

La verdad, debo reconocer, que Alicia este año para su cumpleaños se lo ha currado en cuanto a cómo vamos a ir vestidas. De brujas, si es que...

Pero me gusta verme así, una bruja sexy, aunque después de elegir cada una el atuendo que queríamos, soy la que más tapada va.

El corpiño es de terciopelo verde, con la parte de los pechos en negro, unos lazos cruzados en los costados, y de la cintura sale una falda que más bien hace de capa que solo cubre por la parte de atrás y llega hasta los tobillos.

La falda es de terciopelo negro, y menos mal que llevo la capa para cubrir por detrás porque... si me agacho seguro que hago más de una foto... ¿Y el liguero? Encaje negro con lazo verde, y no puedo



evitar reír cuando veo que el liguero se cierra con un gato de color verde.

El conjunto se acompaña de unas mangas de encaje negro que se abrochan al cuello con uno de esos camafeos antiguos que lleva ribetes del mismo verde que el corpiño, y con un sombrero de bruja también de encaje con una cinta y una pluma en la base del cono.

Una escoba negra con un lazo de terciopelo verde y unos zapatos de tacón que espero controlar y no partirme la crisma.

Me doy el último retoque de maquillaje, un último vistazo en el espejo y salgo a reunirme en el salón con el resto de mis brujis.

—¡Joder, estás impresionante, Dama! —me dice Isis.

Pero ella no se queda atrás ni mucho menos. Si no fuera porque ya tiene pareja... esta noche le lloverían los murciélagos revoloteando a su alrededor.

Un vestido negro por encima de sus muslos, con un escotazo que le marca bien esos pechos que tiene, de manga larga y con caída. Sombrero negro y unas botas altas, hasta llegar casi a sus rodillas. Y su escoba que no puede faltar esta noche.

Miro a Ana y está muy sexy con su vestido. Corpiño negro con la parte de los pechos naranja; la falda es naranja y lleva medias que le llegan hasta la mitad de la pantorrilla, a rayas naranjas y negras. Unos preciosos botines negros con cordones naranjas, el sombrero negro con una cinta y un pompón naranjas. Y como no, la escoba de brujita.

Y Alicia... Alicia esta noche va a volver loco a su escocés.

Vestido rojo con encaje negro que va por encima de sus hombros y los costados del vestido, que como el mío se abrocha en el cuello con un camafeo rojo; guantes de encaje negro, botas negras altas

por encima de sus rodillas con cordón rojo que las ata en la parte de arriba. Se levanta la falda y veo que

también lleva ligero, de encaje negro y lazo rojo, y su cierre también es un gato, en su caso de color rojo. El sombrero es rojo y lleva una cinta con encaje negro. La escoba, también negra, lleva un lazo rojo.

—¡Madre mía, chicas! Estáis... para que me haga lesbiana —y tras esas palabras de Alicia, todas rompemos en carcajadas.

Listas para nuestra noche de copas y baile hasta que el cuerpo aguante, salimos del piso de Alicia y ya en la calle paramos un taxi que nos lleve al local donde nos esperan los chicos.

La música que sale del local invita a bailar, y sé que esta noche lo voy a hacer, y mucho. Es sábado noche, y hay que disfrutar.

Entramos y cientos de personas, todas con diversos disfraces, se agolpan en la pista bailando, o se encuentran sentadas en alguna de las mesas o en la barra.

Todas seguimos a Alicia que va a la barra y saluda al que intuyo es el dueño. Dos besos, un abrazo y un estirón de orejas después, el rubio asiente y le pide al camarero de la barra que prepare nuestras bebidas. Pues pronto empezamos con los gin-tonics.

Alicia nos presenta al rubio en cuestión y, copa en mano, nos dirigimos las cuatro a uno de los reservados donde al parecer ya están esperándonos los escoceses.

Y efectivamente, cuatro pares de ojos, de tíos grandes como armarios empotrados, nos miran de arriba abajo mientras se ponen en pie y silban.

Ellos van vestidos de Conde Drácula, sin duda la bruja de Alicia les pidió que se vistieran así para ir más o menos conjuntados con nosotras.

Pero en serio, ver a cuatro tíos tan grandes, con traje, pajarita y capa...

Madre. Del. Amor. Hermoso.

Vale, tengo pareja, pero, joder, no soy ciega.

—Felicidades, Alicia —el primero en hablar es Ian, ese escocés que trae a mi brujita por la calle de la amargura.

—Muchas gracias. Sobre todo, por venir, chicos —dice ella, dirigiéndose a todos, sin mirar a su chico, o casi chico o... ¿Follamigo? Qué complicado es el escocés, por Dios.

—Venga, ¡ronda de chupitos! —grita Ana cogiendo la botella y sirviendo

en los vasitos.

Soy consciente de que tengo la mirada de Kayden puesta en mí, pero es que no quiero estar cerca de él. Y huyo como si de una rata se tratara, con el asquito que las tengo...

La música sigue, y nosotros dejamos vacía la botella entre chupito y chupito.

Y entonces, la escucho. Una canción que me gusta y que quiero bailar.

—¿Os animáis a un baile, brujis? —pregunto y todas asienten y tras dar un trago a su copa, salimos del reservado.

Nos movemos en la pista al ritmo de la música. Brazos al aire, contoneo de caderas, y cuando se acerca algún que otro murciélago a intentar restregarse con nosotras, enseguida tenemos a los cuatro a nuestro alrededor para impedirlo.

Fran abraza a Ana y la besa como si no hubiera nadie más por aquí.

Dominic hace lo mismo con Isis y mientras, Alicia y yo bailamos juntas, con un escocés pegado a nuestra espalda cada una.

Cuando siento las manos de Kayden en mi cintura, me sobresalto y me giro para pedirle que pare, pero no me deja opción a hablar pues... me está besando.

Me aparto, le miro con toda la furia que puedo y antes de que vuelva a intentarlo, le doy un bofetón.

Me giro en busca de Alicia, pero no la veo. Ana e Isis siguen bailando con sus chicos, así que decido que es hora de que vaya al cuarto de baño a refrescarme.

Salgo de la pista, camino hacia la barra y busco la señal que indique por dónde leches voy a los baños, pero no encuentro ninguna.

Veo un pasillo a mi derecha y me encamino por él, y al fondo encuentro una puerta.

La voz de Demi Lovato me acompaña desde la pista, y abro la puerta dispuesta a entrar, pero me quedo parada y sin respiración cuando veo lo que hay ante mis ojos.

Jo-der. La madre que la parió...

Alicia está apoyada en la pared de lo que ahora sé que es un despacho, con Ian pegado a ella, comiéndole la boca como si fuera el último deseo de un

preso a punto de ser condenado a muerte.

Las manos de Ian recorren los muslos de mi bruji con desesperación, supongo que queriendo que ese tacto se quede en su recuerdo para siempre.

Las piernas de Alicia rodean las caderas de su empotrador... Sí, sí, su empotrador porque joder con el escocés. Cómo mueve las caderas para pegar a su pequeñín en la cueva de mi amiga.

Cuando levanta la falda del vestido y ve el liguero, un gruñido sale de lo más profundo del pecho de Ian. Sube más alto a Alicia, se inclina y le arranca el gato del cierre con los dientes. Madre mía, creo que me estoy excitando de verlos...

Y con esta parte de la canción de Demi, estoy totalmente de acuerdo porque estos dos...

*«Baby, when they look up at the sky*

*We'll be shooting star just passing by.*

*You'll be coming home with me tonight*

*We'll be burning up like neon lights[27] .»*

Y no tengo ninguna duda de que van a arder, los dos.

Ian coge de entre sus labios el gato rojo y se lo guarda en el bolsillo del pantalón.

El sonido de la cremallera de esos pantalones se entremezcla con los jadeos de mi amiga, que está enloquecida completamente.

Con la mano derecha, Ian aparta el tanga de Alicia y después dirige su erección a la entrada del sexo de ella.

—Sé que lo quieres, preciosa —asegura Ian, y Alicia tan solo asiente, le coge las mejillas entre sus manos y acerca su cara para besarle.

Otro gruñido del escocés y...

—¡¡Aaahhh!! —grita Alicia al ser embestida por el moreno de ojos negros.

¿Y yo? Debería irme, dejar de ser una puñetera *voyeur*, ¡pero Dios!, es que estoy excitada... me noto el encaje de mi propio tanga empapado.

Joder, si Alicia se entera de esto... Madre mía, qué vergüenza.

Ian sigue empalándola contra la pared, porque delicado no está siendo, y parece que a mi amiga no le importa demasiado.

—Alicia... *mo ghrádh*, me voy a correr.

—Sí, Ian, correte. Correte... sí... ¡¡Sí!!

Una última embestida, y el grito de mi amiga se mezcla con el de Ian que, cuando acaba, apoya la frente en el hombro de Alicia y empieza a dejarle pequeños besos.

Y yo cierro la puerta, discretamente y esperando no hacer ruido, y me alejo de vuelta por ese pasillo para buscar el cuarto de baño.

Al llegar a la barra pregunto a una camarera y cuando me indica por dónde están, voy para... joder, para refrescarme, pero de verdad.

Una vez dentro, cojo el móvil de mi bolsito y llamo a Eliam. Sé que debería esperar y volver en taxi a casa, pero por lo que veo las chicas no se van a ir solas, así que mejor me marchó ya.

Eliam me dice que en quince minutos me recoge y salgo para ir al reservado y tomar un largo trago de mi gin-tonic.

—Dama —la voz de Kayden hace que me sobresalte, me giro y se acerca—. Necesito que hablemos.

—No hay nada de lo que hablar. Tengo novio y eso no va a cambiar.

—Joder, pero fui el primero en conocerte. ¿Por qué no me diste una oportunidad, *mo shítiche*?

—No vuelvas a llamarme así. No soy nada tuyo. Mira, tendremos que entendernos por nuestros amigos, pero nada más. Yo te olvidé.

—Eso no es cierto, y lo sabes —dice acorralándome en la pared, detrás de una de las cortinas, y antes de que me de cuenta, su dedo

está sobre el encaje de mi tanga. ¡Mierda!—. ¿Ves? Estás mojada...

—No es por ti, he hablado con mi chico y me ha calentado. Viene a buscarme...

Y justo en ese momento suena mi móvil. Un mensaje. Salvada por la campana.

Lo saco del bolsito y veo que Eliam me dice que ya está esperándome en la puerta.

—Me voy. Dile a las chicas que las llamaré.

—Espera, deja que te acompañe.

—¡¡No!!

Me alejo, camino por el local y salgo de allí, recibiendo el poco aire fresco de la noche madrileña que me saluda en la calle.

Veo el coche de Eliam, me acerco y abro la puerta, entro y le saludo con un beso, uno muy, muy largo y... perverso. Joder, si es que me he puesto cardíaca viendo esa escena de mi amiga y su escocés.

—¡Vaya! ¿Me echabas de menos, pequeña? —pregunta Eliam acariciando mi mejilla.

—Ajá. Vamos a tu casa, que quiero que me folles... —Eliam arquea una ceja, sonrío y me deja un breve beso en los labios.

Cuando me pongo el cinturón, veo a Kayden en la puerta. Se mete las manos en los bolsillos y niega con la cabeza. ¿Será que al fin se ha dado por vencido sabiendo que nunca, jamás, en mi vida, volveré a estar con él?

Espero que sí, porque tengo a mi propio escocés que me llama pequeña, *mo ghrádh* y me quiere no solo a mí, también a mis sobrinos.

# Guapa Lista y Madridista



## Capítulo 31

Nada más traspasar la puerta del dormitorio de Eliam, me coge por la nalgas y entrelazo mis piernas alrededor de sus caderas. Noto la erección que le ha acompañado en el camino, desde que le dije en el coche que quería que me follara.

Me besa con tanta urgencia que siento que el aire me falta, que se lo queda todo él entre sus labios.

Hundo las manos en su cabello, tan suave como siempre, y cuando me mordisquea el labio inferior tiro de algunos mechones. Estoy excitada después de ser testigo del encuentro fugaz de mi amiga, pero es que mi chico me lleva hasta más allá de la locura cuando me toca.

Camina hacia la cama y me deja en el suelo. Tras un último beso me desabrocha el camafeo que llevo al cuello y me quita las mangas de encaje.

Pasa los dedos por mis hombros, lentamente, haciendo que me estremezca y cierro los ojos. Sigue bajando, hasta llegar a mis manos y cogerlas para levantarlas y vuelve a acariciarme los brazos. Cuando siento esas caricias en los costados de mis pechos



me quedo sin respiración por un instante, el tiempo que tarda en inclinarse y mordisquearme un pezón por encima de la tela del corpiño.

Me aferro a su cuello y siento que recorre con besos mi pecho hasta llegar a la parte más sensible de mi cuello, consiguiendo que jadee y quiera más.

Dirige sus manos hacia mi espalda, y empieza a desabrochar, corchete a corchete, el corpiño de mi vestido de bruja.

Cuando acaba, me lo quita por la cabeza junto con la capa que sale de la cintura del corpiño, y se queda contemplando mis pechos desnudos. Se inclina y sostiene cada uno con una mano, inclinándose para pasar la punta de su lengua por el pezón izquierdo, besarlo y mordisquearlo antes de succionar por completo mi aureola.

Pasa al pezón derecho y un gemido sale de mis labios cuando le atiende igual que a su gemelo. La sensibilidad en ellos hace que todo se sienta más intensamente.

Desabrocha la cremallera de la falda y deja que caiga en un montón de tela en mis pies. Y ahí está el liguero. Sé en qué momento lo veo porque se le abren los ojos completamente y se llenan de deseo.

Se aferra a mi cintura, se arrodilla frente a mí y me besa el vientre, bajando tan despacio que me estremezco pensando en lo que tiene pensado.

Sigue con besos por mi cintura hasta llegar al gato que cierra el liguero, lo desabrocha y me lo quita, dejándome únicamente con el tanga y los tacones puestos.

Un gruñido sale de sus labios, se acerca a mi entrepierna y aspira un poco.

Joder, eso hace que me excite un poco más.

—Delicioso —susurra.

Y sin apartar la mirada de mis ojos, se acerca y pasa la lengua por mi sexo con el encaje de por medio. Jadeo, me estremezco y me aferro a sus hombros, clavándole las uñas.

Sube a mi cintura y coge el encaje con los dientes, y lentamente empieza a bajarlo hasta que está a la altura de mis muslos. Lo coge con los dedos y me lo quita, haciendo que levante un pie primero y después el otro.

Desnuda, me tiene desnuda completamente, a su merced, esperando que haga conmigo lo que quiera en este momento.

Se aferra a mis caderas con ambas manos y se acerca a mi entrepierna, me abre un poco para él y pasa la punta de su lengua en mi humedad. Poco a poco, caricia a caricia, consigue que me corra sin siquiera tocarme con los dedos.

Grito, temblando y con las uñas aún más calvadas en la piel de sus hombros.

Se pone de pie y me besa, compartiendo conmigo el sabor de mi humedad, de mi placer.

Desabrocho uno a uno los botones de la camisa y se la quito, dejando que caiga al suelo. Sigo con los pantalones, le despojo de ellos y del bóxer al tiempo que voy arrodillándome para quedar frente a él, con su erección a unos centímetros de mis labios.

Me paso la lengua despacio, sin apartar la mirada de esa gota de líquido preseminal que brilla y me reclama. Me mordisqueo el labio inferior y agarro a Eliam por las nalgas, acercándome a él, abriendo la boca y pasando la punta de mi lengua desde la base de su erección hasta la punta, donde me apodero de esa gota salada.

Eliam gruñe, enrosca mi cabello en un puño y con la otra mano se aferra a mi hombro.

Dejo que su erección entre en mi boca, la saboreo y me muevo lentamente, chupándola entera.

La mano de Eliam empieza a moverme, al ritmo que él necesita, y yo me dejo guiar. Me encanta darle placer, me gusta saber que soy la responsable de esa erección, de sus jadeos, sus gruñidos...

—Joder, pequeña... para, o me correré en tu boca.

No quiero parar, quiero que se corra, quiero saborearle, quiero hacer lo que nunca antes había hecho con un hombre. Entregarme por completo.

Le clavo las uñas en las nalgas, pero Eliam me aparta, se inclina para cogerme y con las piernas entrelazadas en su cintura, me penetra de una embestida y me lleva hacia la pared más cercana.

Me besa, me mordisquea los labios y me tira del pelo mientras me folla, porque es lo que está haciendo, follarme tal y como le he pedido.

Mis gritos rompen el silencio de la noche en el dormitorio, sus gemidos se entremezclan con los míos y el sonido de mi culo golpeando en la pared nos acompaña.

—Correte, pequeña, correte para mí.

Y mi cuerpo obedece a esa petición. Le muerdo el hombro cuando siento los músculos internos de mi sexo contraerse y apretar su erección. Eliam aumenta el ritmo y en una última y certera embestida, estamos los dos gritando por nuestra liberación, por el orgasmo tan intenso que ambos acabamos de tener.

Eliam no para, sigue moviéndose entre mis piernas, entrando y saliendo lentamente de mí, mientras nuestros orgasmos están en sus últimos coletazos.

Jadeantes, sudorosos y satisfechos, nos quedamos en esa pared hasta que nuestras respiraciones vuelven a la normalidad.

—Te quiero, pequeña —me susurra en el oído antes de darme un beso en el cuello.

—Y yo a ti.

—No he terminado contigo. No he terminado de... ¿qué me dijiste en el coche que querías? ¡Oh, sí! Que te folle —me mira a los ojos, y con esa voz ronca y sexy que hace que toda yo me estremezca, me dice—. Pues te voy a follar, toda la noche.

Me lleva hasta la cama y siento sus manos por todo mi cuerpo, haciendo que vuelva a excitarme. No sé cómo lo hace, pero en apenas cinco minutos está recuperado y con una nueva erección.

Sí, esta noche va a hacer lo que le he pedido. No lo dudo.

Guapa  
Listo  
y  
Madridista



Capítulo 32

**Madrid, 9 de agosto de 2014**

Han pasado dos semanas desde el cumpleaños de Alicia, y las chicas y yo nos hemos visto alguna tarde en mi restaurante. Alicia se enfadó porque me marché del local sin decirles nada, y cuando les expliqué lo que había pasado con Kayden, ella se sintió mal y me pidió perdón.

Como es lógico, me callé y no le conté que la había pillado echando un polvo con su escocés. ¡Qué vergüenza! Me quedé ahí espiando en vez de irme.

Los padres de Eliam vinieron la semana pasada, tal como dijeron, y Calan está encantado con mi sobrino Elías. Sonia se alegró al saber que va a tener un bebé y desde que llegaron, cada tarde viene a casa para estar con Sofía.

Las chicas querían que saliera con ellas y sus chicos. A ver, que Alicia sigue en una situación en la que ni ella ni el escocés dicen qué tienen, un tira y afloja que me tiene harta. Ese ni contigo sin ti... me desespera. ¿Es que no se dan cuenta de que los dos quieren estar juntos? Madre mía, qué cabezones por Dios.

Pues eso, que hoy salgo con mis brujis, sus chicos y el mío. Al fin va a conocer a las parejas de Ana e Isis, y al follamigo de Alicia. Porque creo que siguen teniendo algún que otro encuentro...

Les he pedido por favor que no venga Kayden, no quiero estar cerca de él y mucho menos que Eliam le conozca. Soy una mujer adulta, madura y hasta que conocí a mi chico totalmente independiente, y sí, me acosté con Kayden, pero hasta ahí.

Mi novio no tiene por qué saber que un poco antes de empezar con él me tiré a otro. No creo que sea necesario que lo sepa, la verdad.

Me pongo un vestido largo veraniego, en color azul, con mis sandalias de tacón. Termino de maquillarme y cuando salgo al salón, ahí está mi chico, esperándome mientras juega una partida a la consola con Rubén.

—¿Nos vamos? —pregunto para llamar su atención.

Cuando me mira, se queda con la boca abierta y después traga y sonrío.

A ver, que el vestido se las trae... Es sexy, hasta los tobillos y lleva una abertura en la parte derecha que deja mi pierna al descubierto cuando ando.

Es de tirante ancho, pero claro, es que el escote... es bastante abierto y se ve algo de mis pechos, puesto que no llevo sujetador.

—Sí, vamos —Eliam se pone en pie y cuando se acerca, me besa en el cuello antes de susurrar—. Ese vestido, esta noche acaba en el suelo de mi dormitorio.

Y con el aliento cálido en mi piel, y esa voz, hace que tiemble ante lo que ocurrirá esta noche.

Me despido de mi familia y salimos de casa, para ir a mi restaurante donde las chicas ya están esperando para cenar con nosotros.

—Buenas noches, jefa. Estás preciosa esta noche —me dice Susana, la camarera del turno de noche.

—Gracias. ¿Está nuestra mesa?

—Sí, ya han llegado sus amigos.

—Bien, pues ir sirviendo la cena, por favor.

—Claro.

Cogidos de la mano, Eliam y yo caminamos por el salón hasta llegar a la mesa donde están mis amigas. Los chicos están de espaldas y no ven que nos acercamos, pero en cuanto mis amigas me ven, se ponen en pie dando gritos y aplaudiendo.

—¡Al fin las parejas juntas! Anda que no nos ha costado meses  
—dice Ana cuando llegamos a la mesa.

—Bueno, ya sabéis que Eliam es...

—¡¿Eliam?! —tres hombres grandes como armarios, esos tres a los que ya conozco, se ponen en pie y pronunciando el nombre al mismo tiempo.

Cuando se giran y nos ven, abren los ojos como platos.

—¿Sois las parejas de sus amigas? —pregunta Eliam, sorprendido igual que Franc, Ian y Dominico.

—No, colega, la pregunta es ¿Damaris es la rubita que te ha enamorado?

Joder macho, podías habernos dicho el nombre por lo menos —dice Fran.

—¿Ya los conoces? —pregunto mirando a mi chico.

—Sí, son amigos desde hace mucho tiempo.

—Bueno, pues ya sabemos quién es la mujer madrileña y misteriosa que trae loco a nuestro Eliam —Ian sonrío y todos vuelven a sentarse.

—Vamos a cenar, que esta va a ser una noche de las mejores  
—Alicia me mira, sonrío y palmea la silla libre para que me siente a su lado, mientras que Eliam lo hace frente a mí.

Cenamos entre risas y cuando acabamos, ponemos rumbo al local de siempre para tomar unas copas.

Entre baile y baile las chicas vuelven a recordarme las noches en las que salíamos antes de que tuviera que hacerme cargo de mis sobrinos, pero reconozco que no cambiaría ni una noche en casa con ellos.

Aunque en estos momentos, cuando la música me envuelve y me dejo llevar bailando, disfruto con mis amigas como solía hacerlo.

Los chicos nos dejan en la pista y van a la barra para pedir unas bebidas.

Y la música cambia y los primeros acordes de *Bailando*, de Enrique Iglesias, hacen que las chicas enloquezcan y nos dejamos llevar por la música.

Eliam me mira desde la barra, mientras espera que le entreguen las bebidas, y yo me contoneo para él, solo para él.

*«Yo quiero estar contigo, vivir contigo*

*Bailar contigo, tener contigo*

*Una noche loca (una noche loca) Ay besar tu boca (besar tu boca)»*

Cierro los ojos y sigo moviéndome, sabiendo que mi chico me está mirando. Y entonces siento unas manos que se aferran a mis caderas. Sonrío al pensar en mi chico, le ha debido gustar el bailecito y no ha podido resistirse a venir y sentir mi cuerpo pegado al suyo.

Me gira y abro los ojos, esperando ver los suyos y recibir el beso que deseo ahora mismo. Pero me encuentro con la mirada de Kayden.

Y Enrique sigue cantando a nuestro alrededor.

*«Tú me miras y me llevas a otra dimensión*

*(Estoy en otra dimensión)*

*Tus latidos aceleran a mi corazón*

*(Tus latidos aceleran a mi corazón)*



*Qué ironía del destino no poder tocarte*

*Abrazarte y sentir la magia de tu olor»*

Intento apartarlo, pero no puedo mover a este hombre tan grande.

Antes de que me de cuenta, veo una mano en el hombro de Kayden que le aparta de mí, y un brazo retrocediendo con el puño cerrado. Le gira y veo a Eliam, que al ver a Kayden se queda parado y baja el brazo.

—¿Kayden? ¿Se puede saber qué...? —pero Eliam no dice nada más. Se queda callado, mirándome y después mirando a Kayden.

—¿Es que le conoces? —le pregunto a mi chico, pero no me contesta.

—¿Así que es ella? La chica de la que tanto me has hablado. Esa a la que te follaste una vez y que te evitaba. La que ahora tiene novio y a la que quieres recuperar para que...

—¿Eliam? —pregunto acercándome a él, tratando de coger su brazo pero se aparta.

—Vale, no sé si sabías que ella es mi chica y por eso quieres recuperarla, o si de verdad te interesa. No tengo ni puta idea, Kayden, y tampoco quiero



saberlo. Al fin y al cabo, yo siempre soy el que pierde a la chica ¿no? Cuando Kayden McBane pone los ojos en una mujer, Eliam McBane la pierde. Está bien, de nuevo vuelves a quedarte con la chica. Solo espero que la hagas feliz.

Y, por cierto, busca otro agente deportivo, porque yo dimito.

Se aleja y trato de ir tras él, pero me quedo paralizada en el sitio. ¿Ha dicho Eliam McBane? ¿Kayden es su primo? Ese primo futbolista...

Si tan solo hubiera preguntado una vez por el apellido de Eliam, ahora no estaría aquí como una idiota.

Miro a Kayden, y siento que se me cae el mundo encima al comprender lo que ha pasado. Él siempre se ha quedado con la chica mientras que Eliam tenía que ver a su primo con unas y otras, sintiéndose despreciado por ellas, al caer rendidas ante la fama de Kayden.

Me escuecen los ojos, las lágrimas se agolpan en ellos, pero no pienso dejar que Kayden las vea.

Salgo corriendo, tratando de alcanzar a mi chico, al hombre de mi vida, para que sepa que yo no quiero a otro que no sea él. Pero no le veo, no encuentro el coche donde lo aparcó y es ahí cuando dejo que las lágrimas salgan.

¿He perdido al hombre de mi vida por un polvo de una noche antes de conocerle? Porque ha resultado que ese maldito polvo fue con su primo...

Me seco las lágrimas y paro el primer taxi que veo. Tengo que irme, irme lejos...

—A la estación de Atocha, por favor.

### ***San Fernando, Cádiz, 10 de agosto de 2014***

—¡Mi niña! —grita la abuela Milagros cuando abre la puerta—. Pasa, cariño. ¿Por qué vienes sola? ¿Y vestida como si hubieras estado de fiesta?

—Porque anoche salí con las chicas, pero la noche se torció y...

Y durante la siguiente hora y media, entre lágrimas e hipidos, le cuento mi noche al saber que Kayden y Eliam son primos. Y que el hombre al que quiero, me dejó anoche.

—Ay mi niña, no me llores más. Anda, ve a darte una ducha que no ha debido ser buena noche para ti pasarla en la estación esperando a que abrieran para coger el primer tren hasta aquí.

Asiento, dejo la taza de chocolate caliente vacía en la mesa y, tras quitarme las sandalias, voy al dormitorio que siempre he ocupado desde que hemos venido aquí.

Todas tenemos algo de ropa, así que ahora agradezco esto ya que me vine con lo puesto y sin una maleta pequeña.

—Mi niña, he llamado a Alicia —me dice la abuela Milagros cuando salgo del cuarto de baño, con uno de los pijamas de verano—.

Estaba preocupada, dice que tienes el teléfono apagado —asiento. Lo apagué nada más llegar a la estación para no seguir recibiendo llamadas y mensajes de las chicas, y de Kayden—. Se ha quedado más tranquila al saber que estás aquí.

Me ha dicho que no te preocupes, que no le va a decir a nadie dónde estás. Y

que ella se encarga de los niños y de Sofía.

—Gracias, abuela. Por acogerme...

—Dama, eres una más de mis nietas. Esta casa, siempre estará abierta para ti. Y ahora duerme un poco, debes estar agotada.

Asiento, me abrazo a ella que acaricia mi cabello como cuando era una niña, le doy un beso y entro en el dormitorio.

Me meto en la cama y cierro los ojos, tratando de no pensar en nada, de dormir y olvidarme de la noche tan mala que he pasado. Una de las peores de mi vida, sin duda alguna.

Guapa  
Lista  
y  
Madridista



Capítulo 33

***San Fernando, Cádiz, 14 de agosto de 2014***

Los últimos días aquí en casa de la abuela Milagros se me han pasado demasiado rápido.

No es que haga gran cosa, pero su compañía es la mejor medicina para un corazón hecho pedazos, como el mío.

Cada día desayunamos y después salimos a pasear cerca de la playa. No he dejado que cocine ni un solo día, sino que la he invitado a comer en alguno de los restaurantes que hay por la zona.

Volvemos a casa y pasamos la tarde viendo esa cantidad de viejas fotos que conserva en álbumes. De joven fue una mujer preciosa, y según me cuenta tenía locos no solo a su difunto marido, sino a un par de amigos de él.

Pero ella se enamoró del hombre adecuado. «Me dio los mejores años de mi vida. No cambiaría ni un solo día juntos.» Esas eran las palabras que la abuela Milagros siempre dice al recordarle.

El amor de su vida, lo llamaba. El hombre al que buscaría si volviera a nacer para compartir nuestros años juntos, aseguraba.

Ese era Eliam para mí, el hombre que rompió todos mis esquemas y se hizo no solo con mi cariño y mi corazón, sino con el de mi familia.

A mis sobrinos también se los ha ganado con su forma de ser; Rubén le adora, Lea le quiere y Elías le admira. Sí, Eliam era perfecto para mí, pero



todo eso ya pasó.

Durante estos días he llamado a Elías para ver cómo están todos, y especialmente Sofía. Mi nueva sobrina va bien, aunque ambos siguen preocupados por el bebé y no quieren correr muchos riesgos. Está de poco más de catorce semanas y ya tiene algo de barriguita. Me ha dicho que, si todo va bien, si Sofía no vuelve a sangrar y se encuentra mejor, quieren casarse el mes que viene. Una boda íntima y una cena en nuestro restaurante.

Así que ya ha reservado el día en la agenda de reservas para tener el restaurante cerrado para la familia. Y además ha hablado con el cura que bautizó a mis tres sobrinos. Ya está algo mayor, pero al saber que Elías está esperando un hijo y que quiere casarse con la mujer a la que ama, está encantado de celebrar una boda íntima a última hora de la tarde.

En cada llamada ha intentado hablar de Eliam, pero no le he dejado. No quiero saber nada de él, al menos por el momento, ni llorar como una idiota mientras hablamos. Pero mi sobrino es cabezón como un Moreno, y no ha dejado pasar la oportunidad de decirme que Sonia, la madre de Eliam, ha seguido acompañando a Sofía por las tardes y cuidando de Lea y Rubén.

Según me ha dicho, Sonia no acepta que su hijo me dejara escapar de ese modo. Ella bien sabe que otras veces lo ha pasado mal por su primo Kayden, y que ha tenido unas palabras con ambos hombres. Ni siquiera me he molestado en preguntarle a mi sobrino si le ha contado lo que ha hablado con ellos, no quiero comerme más la cabeza.

### ***San Fernando, Cádiz, 17 de agosto de 2014***

Llevo una semana en este lugar que tantos recuerdos me trae.

Mis mejores momentos con mis amigas están aquí. La felicidad de la primera vez al ver la playa.

Esos fines de semana después de los exámenes de la universidad en los que veníamos para desconectar.

Las noches de baile hasta que el cuerpo no podía más.

La abuela Milagros es la mejor abuela que podía encontrar. No ha dejado que me hunda en mis miserias ni un solo minuto. Tan solo cuando paseo por la playa, sola, al atardecer como ahora, me permito llorar.

Sigo pensando en Eliam. ¿Cómo no hacerlo si es el hombre al que más he querido en mi vida? Ni siquiera con Quique me sentí tan enamorada. Eso creía yo, que aquél primer amor, aquél primer hombre, sería siempre el que mi corazón extrañaría después de que me dejara. ¿No dicen que el primer amor nunca se olvida?

Pues es cierto, no olvido a Quique. Pero por todo el daño que me hizo en el momento en que más le necesitaba. ¿Los recuerdos felices? No me molestó en rebuscar en mi memoria aquellos instantes que compartimos. De él solo me queda el dolor que me causó al dejarme.

Pero con Eliam es todo tan diferente. Recuerdo todos y cada uno de los momentos que hemos pasado juntos. Aquella primera vez que

nos vimos, el modo en que su mirada me hizo quedarme prendida en ella.

La noche que me acorraló en la pared de su casa en el patio, el modo en que sus labios tocaron los míos.

Nuestra primera vez juntos. Los viajes para llevar a mis sobrinos al colegio. El momento en que la mirada de Lea se llenó de amor y cariño por él cuando entregó las equipaciones nuevas para las niñas del equipo de fútbol.

Sus besos, sus caricias. El modo en que me hacía el amor, aunque me estuviera follando, como le pedí la noche del cumpleaños de Alicia.

Sentada en la arena, contemplando el sol del atardecer, dejo que la brisa me acaricie brazos y piernas. Cierro los ojos y aspiro el aroma del mar. Podría vivir aquí el resto de mi vida. Tal vez debería hacer eso. Dejarlo todo en Madrid, coger a mi familia y mudarnos al sur de España. Aquí, a la playa.

Siento el calor de unas silenciosas lágrimas deslizarse por mis mejillas al pensar en la vida que podría haber tenido con Eliam. Sé que habría sido un padre maravilloso. No hay más que verle con mis sobrinos para darse cuenta de que lo habría sido.

Pero eso... eso no lo veré yo. No serán mis hijos con él quienes disfruten del amor incondicional que les profesará.

Encontrará otra mujer que le ame y a quien amar. Él le entregará su amor, su corazón y su alma. Tendrán hijos y los querrá tanto que sería capaz de

cualquier cosa por ellos.

Abrazada a mis piernas, inclino la cabeza para esconder el rostro en mis rodillas y llorar sin que nadie me vea.



Y entonces lo noto. Ese olor... El olor de su perfume. No puedo levantar el rostro, no quiero verle. ¿Por qué está aquí? ¿A qué ha venido?

Se sienta detrás y me rodea la cintura con esos brazos que tanto he echado de menos estos días.

Eliam apoya la barbilla en mi hombro, se aferra más en el abrazo que me está dando como si fuera un salvavidas para él y se queda en silencio, mientras mi cuerpo se agita por el llanto.

—No puedo estar sin ti, *mo ghràdh* —susurra rompiendo el silencio, dejándome un suave beso en el cuello—. He pasado la peor semana de mi vida. Me estaba volviendo loco sin ti.

No digo nada, no puedo hablar. Tengo un nudo tan grande en el estómago que no puedo.

—Mi madre habló conmigo. Me dijo que sería un completo imbécil si dejaba escapar a mi mujer. Y, cito textualmente, quiere que seas tú quien lleve el apellido McBane y no otra, que solo tú seas la madre de sus nietos. Porque sino, si se me ocurre casarme con otra mujer, no le hará la vida nada fácil a esa mujerzuela —eso hace que me ría entre lágrimas. Adoro a Sonia, es una gran mujer que he tenido el placer de encontrarme en esta vida, y perderla sería muy difícil.

Las manos de Eliam me acarician los brazos mientras me besa el hombro.

Suspira al darse cuenta que no voy a dejar de esconder el rostro en mis rodillas, y sigue hablando.

—Kayden ha entendido que me quieres a mí. Le ha costado, no está muy acostumbrado al rechazo de las mujeres, pero lo ha hecho. Le dije que no iba a renunciar a ti tan fácilmente como en otras ocasiones porque, por raro que pueda parecerle a un hombre acostumbrado a ir de cama en cama y de mujer en mujer, yo me he enamorado de ti. La noche que supe que eras tú aquella chica con

la que él... —hace una pausa, suspira y continúa—. Aquella noche le dije que se buscara otro agente, yo pensaba dimitir. Escribí una carta incluso que le entregué el día que hablamos de esto. ¿Y sabes lo que hizo?

Como no puedo hablar, tan solo niego con la cabeza sin soltar mis piernas, mientras Eliam sigue acariciando lentamente mis brazos.

—Rompió la carta, me dijo que era gilipollas si pretendía dejarle. Le aseguré que, si eso era lo que tenía que hacer para estar contigo, lo haría. Y

entonces se dio cuenta de lo enamorado que estoy de ti. De cuánto te quiero, y de lo mucho que te necesito a mi lado el resto de mi vida.

Las lágrimas siguen deslizándose por mis mejillas. ¿Realmente Eliam estaba dispuesto a dejar a su primo por mí? ¿Por mi familia?

—Quiero que te cases conmigo —esas palabras hacen que mi corazón se pare un instante. ¿Realmente me está pidiendo...?—. Dime que sí, por favor, *mo ghràdh*.

Levanto la cabeza, me seco las lágrimas y Eliam me da un beso en la mejilla para después girarme y poder mirarme a los ojos.

—Dime que sí, pequeña. Sé mi esposa, la señora McBane.

—Eliam... tú viajas mucho y yo... Yo no puedo dejar solos a mis sobrinos. Son mis hijos.

—No hace falta que los dejes, he pensado quedarme en Madrid. Ya tengo una casa al lado de la tuya, y voy a comprarla. Lea, Rubén y tú podeís instalaros conmigo, y Elías y Sonia quedarse en la vuestra. El abuelo Tobías puede escoger. Con ellos o con nosotros.

—¡Oh, Eliam! —vuelvo a llorar, pero esta vez de alegría. Este hombre me ama de verdad. Está dispuesto a quedarse conmigo en

Madrid. Y yo...—. ¡Sí, sí, sí! Me caso contigo, *mo ghràdh*.

# Guapa Lister y Madridista



## Capítulo 34

**Madrid, 20 de septiembre de 2014**

—Cariño, estás preciosa —le aseguro a Sofía, la novia embarazada más guapa que he visto en mi vida.

Está de veinte semanas y su barriguita aún es pequeña, pero se nota con el vestido que lleva. Es sencillo, pero le queda perfecto. De gasa, con mucha caída y cómodo para que no le quede entallado en la tripita.

De tirantes no muy anchos, con escote en v y en la cintura, justo encima de la barriguita donde está mi nietecita, sí, es una niña, lleva un cinturón de cristales.

—Gracias, Damaris —Sofía se sonroja y no puedo evitar abrazarla. Es mi niña también.

—Vas a ser una madre estupenda, ya lo verás —ella tiene miedo de no ser lo suficientemente buena para la pequeña, pero yo sé que lo hará genial—.

Además, tienes la ayuda del abuelo Tobías que está encantado con la idea de tener a su pequeña Lidia correteando por la casa.

Cuando Eliam y yo les dimos la noticia de nuestra boda a mis sobrinos y al abuelo Tobías, él decidió que se quedaría en la casa que había vivido tantos años, junto a Elías y Sofía, para cuidar de la pequeña que estaba en camino.

—Y yo también estaré para ayudarte, ya lo sabes —le aseguro secando una furtiva lágrima que ha escapado por el rabillo de su ojo.

—Muchas gracias. Sin ti... sin ti y sin Elías habría tenido que...

—No lo digas. Ese ogro que tenías por padre no sabía lo que decía. Estoy segura de que se arrepiente de haber alejado a su hija de su vida. Y la que más sufre es tu madre.

Unos golpecitos en la puerta nos interrumpen, y Ana asoma la cabeza.

—Chicas, ¿estáis listas? Tenemos un novio desesperado en una iglesia a punto de sufrir un ataque de nervios. ¡En serio, nuestro Elías está histérico!

Chica, se cree que le vas a dejar plantado.

Sofía y yo reímos ante las palabras de mi brujita, que nos acompaña con su melodiosa risa. Entra, nos abraza y salimos del dormitorio de Elías para ir a la iglesia.

Como Eliam vive al lado, ahí es donde envié a Elías para prepararse.

Sonia, que cuando supo que mi sobrino se casa quiso venir a la boda junto a Calan, se ha encargado de que se vista decentemente y no le falte ni un solo detalle.

Al llegar al salón, el abuelo Tobías se pone en pie y sonrío. Él será quien acompañe a Sofía hasta el altar, y cuando está cerca, extiende los brazos para acogerla y ella se deja mimar.

—Estás preciosa, mi niña. Cuando te vea mi nieto, seguro que se le escapa alguna lágrima. Yo lo hice cuando me casé. Los hombres también pueden llorar, ¿sabes?

Sofía sonrío, le abraza más fuerte y cuando está lista, se gira para que salgamos.

Isis y Alicia están en la iglesia con Elías y los niños. Ana acompañará a Sofía y al abuelo Tobías en el coche de Eliam, quien será el encargado de llevar a los novios desde la iglesia al restaurante. Y yo... yo voy con mi primo Kayden en su coche.

Sí, ya le llamo primo. Está claro que ambos hemos tenido que olvidar lo que pasó entre nosotros y que Eliam también lo ha hecho. De otro modo... no sería capaz de subirme a ese coche.

—Estás preciosa, prima —Kayden me recibe con una sonrisa y un beso en la mejilla.

Entro al coche y cuando él lo pone en marcha, salimos antes que Eliam

para llegar a la iglesia y ver a mi sobrino como hombre soltero por última vez.

—Sé que no hay que hablar de aquello...

—No, no hay que hacerlo —le interrumpo.

—Pero necesito que sepas que para mí eras especial. No una más, eso te lo aseguro. Pero me alegro de que estés con mi primo. Hacéis muy buena pareja. Y, además, os amáis —me dice señalando el anillo de oro blanco y diamantes que llevo en el dedo, mi anillo de compromiso—. No podéis pedir más.

No digo nada, y el resto del camino lo hacemos en silencio, acompañados por el atardecer madrileño.

—Yo os declaro, marido y mujer. Puedes besar a la novia, hijo —con esas palabras, Elías y Sofía ya son oficialmente los señores Moreno.

Elías coge a su esposa, la abraza y le da un tierno beso en los labios. Ante ese inocente gesto, Fran, Dominic, Ian y Kayden le dicen que la bese en condiciones, que no son dos quinceañeros.

Sofía se sonroja, Elías sonrío y cogiendo a su esposa por las caderas, la besa como cualquier actor de cine en una película.

—¡Madre mía, qué beso! —me dice Ana mientras todos aplaudimos—.

Dama, nuestro pequeño se ha hecho mayor.

—Lo sé, y solo han pasado cinco años desde que nos hicimos cargo de él.

—Y nos ha hecho tías —esa es Isis, que está emocionada y llorando como nunca.

—Sí, el pequeño gran hombre que ha hecho que en ocasiones mis braguitas se mojen con esas miradas...

—¡¡Alicia!! —la recriminamos todas, y ella se encoge de hombros mientras llora como una magdalena.

Entre aplausos y vítores, Elías y Sofía salen de la iglesia y Eliam los lleva hasta el restaurante.

Los demás vamos en los coches para llegar antes que ellos y así veré que todo está dispuesto como quería.

Cuando entro en nuestro restaurante, no puedo evitar llorar.

Una foto de Elías y Sofía está en la pared tras la mesa que van a ocupar ellos, y justo al lado, una de mi hermano y Lidia con Eías de pequeño.

Siento las lágrimas pues yo no sabía nada de eso. Miro a mis brujis y sonrien abrazándome.

—Sus padres no podían faltar en un día como hoy, brujita —me dice Isis que sé que ha sido la artífice de esto.

—Gracias, chicas —digo entre lágrimas mientras Ana se encarga de secarlas con un pañuelo.

—Por Dios, deja de llorar que acabaremos todas igual —me reprendre Ana.

—Vamos, hay que esperar a los novios —Alicia me coge del brazo y caminamos hacia el centro del salón.

Cuando Joao ve a Eliam, que camina por delante de mis sobrinos, enciende el equipo de música y empieza a sonar la marcha nupcial.

Eliam abre la puerta y deja que entren los recién casados, a quienes recibimos con aplausos.

Cuando mi chico, mi prometido, me ve, se acerca a mí para besarme y rodear mi cintura.

—Pronto seremos nosotros. Estoy deseando que seas mi esposa. Mía para siempre —me susurra sin apartar los ojos de los míos.

—¡No puede ser! —grita Elías y cuando le miro, tiene lágrimas en los ojos y sé exactamente lo que está viendo—. Tía, esto... esto es perfecto, de verdad. Pero eso... —señala la pared a mi espalda y niega mientras se seca las mejillas.

—Eras un niño monísimo, esposo mío —le dice Sofía sonriendo al tiempo que le abraza.

—Joder, es que... son mis padres, la hostia —Elías sigue sin creérselo, y miro a mis amigas que están las tres llorando, emocionadas.

—Ha sido cosa de estas tres de aquí —le digo señalando a mis amigas.

—¡Gracias, joder! —Eliam se acerca a nosotras cuatro y nos abraza a la vez— Os quiero, os quiero mucho de verdad. Sois las mejores tías que podía tener.

—¡Ay por Dios! Que no quiero llorar más —grita Ana sin soltar a Elías.

—¿Es que creías que íbamos a permitir que no estuvieran tus padres esta noche, guapo? —pregunta Isis.

—Muchas gracias —susurra mi sobrino, sin dejar de llorar en nuestros brazos.

—Anda, muchachote. Deja de llorar que nos estás mojando el vestido.

¡Como si hubiera sido poco que nos mojaras las braguitas!

—¡¡Alicia!! —gritamos las tres y Elías al fin rompe a reír.

—¿Qué? Le he hecho reír, ¿verdad? De nada, brujis —dice sacudiendo la mano como si no tuviera importancia.

Nos sentamos en las mesas y todos los empleados salen para dar la enhorabuena a Elías y empiezan a servir la cena.

Risas, recuerdos de la infancia de mi sobrino, sus momentos de adolescente, y el momento en que supo que Sofía tenía que ser para él.

Cuando acabamos de cenar, voy al equipo de música y asiento a Elías para que coja la mano de su esposa y tengan su primer baile.



Me dijo qué canción quería para esta ocasión, así que estoy preparada para darle al play en cuanto ambos se ponen de pie.

Los primeros acordes de *Stay with me* de Sam Smith llenan el restaurante, y Sofía abre la boca, sorprendida, y después sonrío al tiempo que cierra los ojos mientras su esposo la coge para bailar.

La melodiosa voz del cantante los acompaña, mientras Sofía apoya la mejilla en el pecho de Elías y se deja llevar con los ojos cerrados. Mi sobrino apoya la suya en la cabeza de Sofía y baila, pidiéndole en silencio lo que Sam canta.

«*Because you're all I need*[\[28\]](#) .»

Se les ve tan enamorados, tan bien el uno con el otro, que sé que Elías estará el resto de su vida con esa jovencita por la que se enfrentó a un hombre mucho mayor que él y le dejó claro que no era un irresponsable. Que iba a casarse con la chica a la que había dejado embarazada porque la quería.

«*But Darling, stay with me*[\[29\]](#) .»



Veo a Eliam acercarse, me tiende la mano y la cojo encantada. Salimos al centro del salón y bailamos junto a los novios.

Nadie más lo hace, todos nos observan durante unos minutos, hasta que Fran y Dominic cogen a sus parejas, Ana e Isis, y salen a bailar con nosotros.

Los padres de Eliam son los siguientes, y así llegamos al final de la canción, cinco parejas bailando pidiéndose en silencio el uno al otro que se queden a su lado siempre.

Y como la noche es joven, después de unas copas en el restaurante, Sonia y Calan llevaron al abuelo Tobías a casa y a Lea y Rubén a la suya para que se quedaran a dormir con ellos, mientras los jóvenes nos divertíamos en un local de moda, tal como dijo Sonia.

Y aquí estamos, en el local donde empezó todo para Elías y Sonia, donde se besaron por primera vez y no quisieron separarse más.

La música invita a bailar, así que eso es lo que hacemos las cinco. Sonia ya es una más de las brujis, la hemos adoptado en nuestro aquelarre. Y aunque nos preocupamos por ella, quiere disfrutar de su día hasta que el cuerpo aguante.

Los chicos están en el reservado, brindando una y otra vez por el novio y porque se ha hecho un hombre.

—Ahora que estás casado se acabaron las noches de copas, macho  
—le había dicho Kayden.

Pero mi sobrino sonrió y miró a su esposa, y dijo que no cambiaría ni una noche en casa con ella y su hija por ninguna noche de copas con algún amigo.

Alicia lleva todo el día evitando a Ian, y aún no he podido hablar con ella, así que aprovecho que tengo que ir al baño para arrastrarla conmigo.

—¿Piensas decirme qué coño te pasa, hija? ¡an se acerca y tú huyes de él como si el pobre hombre tuviera la peste.

—Se ha follado a otra —me dice y se queda tan tranquila—. Ahora que no venga a buscarme a mí, porque no.

—¡¿Cómo?! Pero... ¿cuándo ha pasado eso?

—Creo que la noche en que nos dijisteis que os casábais Eliam y tú, aunque no me importa. Me pienso tirar hoy al primer tío que se me ponga a tiro.

Y así, sin más, sale del baño y yo me quedo ahí como una estatua. ¿Es que estos dos no pueden darse cuenta que no pueden vivir el uno sin el otro?

Madre mía, qué cabezones que son por Dios.

Regreso con el resto y voy al reservado para tomar un refresco. Estamos todos menos Kayden y Alicia. Los busco y cuando miro hacia la pista, me quedo petrificada.

—¡¿Pero qué cojones está haciendo esa loca?! —joder, lo he gritado en voz alta.

Miro al resto y están boquiabiertos con los ojos clavados en lo mismo que yo he visto.

Alicia, esa loca enamorada de su escocés hasta la médula, está comiéndole la boca a Kayden. Pero como si no hubiera un mañana, oye. Con las piernas entrelazadas en la cintura de mi primo.

Es que la mato. Doy un par de pasos para ir a separarla, pero antes de que pueda salir del reservado, ¡an pasa a mi lado como un rayo y llega a ellos, la coge y la deja en el suelo para después liarse a puñetazos con su amigo.

—¡Joder! —gritan Eliam, Dominic y Fran al unísono, poniéndose en pie y corriendo hacia ellos para separarlos.

Los sigo y fulmino a mi amiga con la mirada.

—¿Como no pudiste conseguir a la chica de tu primo, vas a quitarme a la mía? —pregunta Ian—. ¡Hijo de puta! Y mira que quiero a tu madre, pero tú...

—¡Basta, joder! Kayden, será mejor que te marches —le pide Eliam.

—Ian, ella se me ha tirado a los brazos, qué querías que hiciera —se defiende Kayden, y yo le miro y niego, regañándole en silencio.

—¿Apartarla? ¿Decirla que no? ¡Que es mi chica, joder! —grita Ian.

—No, perdona —y ahí está el genio de mi rubita—. No soy tu chica. Eso quedó claro al follarte a otra.

—¿Qué? ¿Pero qué cojones...? —Ian está, cuanto menos, desconcertado.

Niega, da un último puñetazo a Kayden sin que ninguno de los hombres pueda evitarlo, y se va.

—Genial, bonita —le digo a mi amiga—, has arruinado la noche de mis sobrinos. Joder Alicia, ¡joder!

Me doy la vuelta, vuelvo al reservado y les digo a Elías y Sofía que nos marchamos a casa, a lo que ellos asienten y sonrían.

Está claro que me entienden, se me han quitado las ganas de fiesta.

# Guapa Lista y Madridista



## Capítulo 35

**Madrid, 3 de octubre de 2014**

No puedo creer lo que ven mis ojos.

El restaurante está lleno de globos rosas y una enorme cinta cuelga del techo donde pone “Despedida de soltera de la bruja mayor”. ¿Es para matar a mis amigas, o no?

Sí, me caso. Me caso el domingo, concretamente, en Palma de Mallorca.

Mi suegra, Sonia, se ha encargado de organizarlo todo. Queremos una boda en la playa así que... espero que salga todo bien.

—Jefa, bienvenida a tu despedida de soltera —me dice Mariela con una sonrisa.

—La que habéis liado. ¿Tú lo sabías? —le pregunto a Sonia.

—¿Quién te crees que tenía que entretenerte hoy, maja? —me pregunta Isis.

—Anda, vamos a cenar, que después hay noche de copas y baile con los chicos —Alicia me coge del brazo y da un beso—. Siento lo de...

—No pasa nada, está olvidado —le aseguro a mi amiga, que sé que se refiere a la boda de mi sobrino, cuando se enrolló con Kayden ante la mirada

de todos y al final Ian acabó a puñetazos con el futbolista.

Me siento en la mesa y disfruto de una cena con mis brujis, mi sobrina Sofía y las chicas del restaurante, Mariela, Alena y Susana.

Reímos, brindamos, volvemos a reír y acabamos con tres botellas de vino entre plato y plato.

Cuando llegamos al lugar en el que hemos quedado con los chicos, me quedo pensativa en la puerta. Aquí es donde empezó todo, donde conocí a Kayden y después vine con Eliam y las chicas.

Parece que fue ayer y... tan solo han pasado unos meses desde que Eliam y yo empezamos a vernos. Tal vez sea demasiado pronto para algunas personas que queramos casarnos ya, pero cuando tienes claro que es la persona indicada, ¿por qué esperar? Eso me dijo el abuelo Tobias cuando le dije que me casaba.

Él se enamoró y no esperó mucho para hacerla su esposa, así que simplemente sigo sus pasos. A ellos les fue bien, igual que a mi hermano Ismael con Lidia. ¿Por qué debería irme mal a mí?

Entramos, pero no vemos a los chicos por ningún lado, así que pedimos unos gin-tonics y vamos a uno de los reservados.

Un *gin- tonic* más tarde veo a mi chico llegar. Me abraza, me besa y le rodeo el cuello con ambos brazos. Escuchamos risas y silbidos y algún que otro “Buscaros un hotel” que nos hace separarnos y romper a reír.

—Pequeña, te presento a Manu y Jonás. Son amigos desde hace algunos años y no querían perderse ni mi despedida, ni mi boda —me dice Eliam cogiéndome de la cintura y pegándome a su costado.

—Encantada.

—El placer es nuestro —dice el que me ha presentado como Manu—.

Que se nos case él primero nos da esperanzas a nosotros.

—Bueno, dicen que de una boda sale otra boda. Quién sabe —les digo entre risas.

—Nah, no nos importa esperar —me responde Jonás.

Hago las presentaciones de mis amigas y de mis empleadas y pronto empiezan a llegar botellas de champagne, gin-tonics y refrescos para todos.

Me fijo en Kayden y veo que está demasiado interesado en Mariela. ¿Será

que esa mujer de ojos grises le ha calado hondo al futbolista?

Eliam me coge de la mano y me lleva a la pista, han puesto una balada y quiere bailar conmigo. Pienso en nuestra boda, en lo poco que queda para que seamos al fin marido y mujer. Voy a ser la señora McBane... y caigo en la cuenta de que ese apellido está en las revistas de todo el mundo.

—Así que, la señora McBane —digo pasando mis manos por el pecho de Eliam.

—Ajá. Vas a ser mi señora McBane, no la de él —me responde señalando con un leve movimiento de cabeza a su primo.

Miro hacia el grandullón rubio y le veo muy pegado a Mariela, bailando sin dejar de mirarla a los ojos.

Y ante mí tengo a un hombre distinto. Se inclina y deja un breve beso en los labios de Mariela, que se sonroja como una adolescente. Kayden sonrío y vuelve a besarla, pero no hay desesperación en ese beso, ni urgencia, hay ternura, tanta que todos nos quedamos mirando al futbolista que, cuando rompe el beso, nos mira y sonrío.

Y por el guiño de ojo que me dedica... creo que este hombre va a ser la perdición de Mariela.

Alena y Susana están bailando con Manu y Jonás y se las ve muy sonrientes.

Alicia baila con Ian, a regañadientes, pues el escocés no le ha dejado otra opción, pero sé que ella está disfrutando de estar entre esos brazos. Está enamorada, aunque la muy puñetera me lo quiera negar hasta la saciedad.

Eliam posa las manos en mis nalgas y siento un escalofrío.

—Pequeña... —susurra inclinándose para acercarse a mi oído— ¿crees que podríamos tener un encuentro rápido como despedida de solteros?

Con esa voz consigue que toda yo me estremezca, que se me empiecen a humedecer las braguitas y que se me acelere la respiración.

Me paso la lengua por los labios, los mordisqueo y asiento.

Él sonrío, el muy pícaro, y me coge de la mano para sacarme de la pista.

Cuando creo que vamos a ir hacia la salida, me sorprende girando y caminando por el pasillo hasta que encuentra una puerta.



La abre, me coge en brazos y cerrando de una patada se gira para pegarme a la madera de la puerta.

—Joder, estoy deseando enterrarme en ti, pequeña —me dice entre besos que va dejando por mi cuello.

—Pues hazlo —susurro envuelta en el deseo—, hazlo ya.

Y como si eso fuera lo que quería escuchar, se desabrocha los pantalones que deja caer hasta sus tobillos y me arranca el tanga con una mano.

Jadeo al sentir su mano entre mis pliegues y me aferro a sus hombros.

—Siempre tan mojada y lista para mí, pequeña.

—Sí... solo para ti.

Su dedo me penetra una, dos, tres veces y siento que se acerca el orgasmo.

Le aprieto el dedo con mis músculos internos y grito su nombre.

Con el orgasmo aún en lo más alto, me penetra de una rápida embestida y mi espalda golpea con la madera mientras sus caderas se acercan y se alejan de mi cuerpo, con esa erección poderosa entrando y saliendo de mí.

Gemidos, besos, gritos y jadeos nos acompañan en la penumbra del despacho en el que estamos.

¿Qué tendrán los despachos para estos hombres? Me pregunto cuando recuerdo el día del cumpleaños de Alicia. Borro ese recuerdo de mi mente y me centro en mi hombre, que pronto se convertirá en mi marido.

Paso la lengua por la piel de su cuello y se estremece. Acelera el ritmo de sus magníficas caderas y me penetra con fuertes

embestidas. Me preparo para él, para recibir su semilla en mi interior y para un segundo orgasmo.

Le muerdo el hombro y cuando ambos nos corremos, el grito que sale de lo más hondo de mi ser queda amortiguado por la piel de su hombro.

Eliam me besa el cuello, va subiendo por la mejilla y cuando llega a mis labios se apodera de ellos como si no hubiera un mañana. Es un beso profundo, cargado de hambre y necesidad, pero también de un amor infinito que no ha hecho más que empezar.

Guapa  
Lister  
y  
Madridista



Capítulo 36

***Palma de Mallorca, 5 de octubre de 2014***

—No puedo creer que este día al fin ha llegado, brujita —me dice Isis mientras termina de recogerme el cabello en un moño italiano.

—Desde luego, siempre supe que serías la primera en casarte —asegura Ana.

—Sí, y yo seré la última —Alicia coge los pendientes que Sonia me ha prestado y me los entrega para que me los ponga.

—Estás preciosa —Isis sonrío ante el espejo y le devuelvo la sonrisa.

—Gracias por estar aquí, chicas. De verdad. Sabéis que es importante para mí.

—¿Cómo íbamos a perdernos el día más importante de tu vida? Ni que fuéramos tontas —me dice Ana.

—Bueno, yo tengo que contaros algo... —Isis está nerviosa, algo raro en ella.

—Habla hija, que nos tienes en ascuas —le dice Ana.

—Dominic... Dominic y yo...

—¿Vais a ser padres? ¡Lo sabía! Sabía que estabas guardando un secreto

desde hace días. ¡Coño otro sobrino para el aquelarre! —grita Alicia,

—No, no es eso. Nos hemos prometido. Pero aún no lo sabe nadie.

Queremos esperar un poco para decirlo.

—¡Coño! ¡Otra boda! Ay brujita, ¡felicidades! —Alicia es la primera en lanzarse a por ella y la besuquea como haría cualquier abuela.

—Oye, pero no digáis nada, que aún no hay anillo ni nada —Isis empieza a reír y yo me alegro de que mi amiga vaya a casarse.

—Tranquila, el aquelarre guarda el secreto —asegura Ana.

—¿Damaris? —la voz del abuelo Tobias desde detrás de la puerta hace que dejemos de reírnos.

—Pasa, que está visible —le dice Alicia y el abuelo Tobias abre la puerta y cuando me ve, sonrío y veo una lágrima en sus ojos.

—No, nada de lágrimas que como empiece la rubia a llorar... ¡a la mierda mi obra maestra! —le reprende Alicia.

—Estás preciosa, cariño. Tus padres, y tu hermano, estarían encantados si te vieran ahora mismo.

—Gracias, abuelo.

—Bueno, ¿lista? Tenemos un novio esperando en la playa.

—Sí.

Las chicas salen con nosotros de la casa de los padres de Eliam y en la calle está Manuel, el muchacho que nos va a llevar a la playa donde se celebrará la ceremonia.

El cura no estaba muy contento con eso, pero Sonia, que es muy persuasiva, le ha prometido un buen donativo para la parroquia, y no ha tenido más remedio que aceptar.

—¿Nerviosa? —me pregunta el abuelo cuando llegamos a la playa.

—Tal vez.

—No lo estés. Es tu día y tienes que disfrutarlo. El hombre que cuidará de ti el resto de vuestras vidas te está esperando, no se va a ir a ningún lado. Te quiere, mi niña, te quiere mucho. Y lo más importante, quiere a nuestros pequeños, a los tres.

—Lo sé, y es algo que me alegra el alma cada día. Él no es como...

—Ese miserable de Quique no era hombre para ti. Pero Eliam, sí. Y ahora, futura señora McBane, vayamos a su boda.

El abuelo abre el coche, sale y lo rodea para abrir mi puerta y ayudarme a salir.

Llevo un vestido blanco, estilo ibicenco, muy sencillo, hasta los tobillos, de tirantes finos y con la espalda completamente

descubierta.

Camino cogida del brazo del abuelo Tobías y cuando veo a Eliam, sonrío al ver sus ojos húmedos y esa sonrisa que tanto me gusta.

—Ahora eres tú quien debe cuidarla, Eliam. Ella es tu mujer y sé que la amas. Espero que seáis felices, hijos —dice el abuelo Tobías, emocionado, cuando me deja frente a él y Eliam me coge la mano.

Eliam asiente, traga y sonrío.

Nuestras familias y amigos, vestidos de blanco como Eliam y como yo, están a nuestra espalda esperando escuchar las palabras del cura.

Sé que el anciano que tengo frente a mí está hablando, pero no sé qué dice. No dejo de pensar en Eliam y lo que he pasado en estos meses a su lado.

Hasta que me toca hablar y vuelvo al lugar en el que estoy, en esta playa, al atardecer, de Palma de Mallorca.

—Sí, quiero —digo alto y claro para que todos lo sepan.

Es el turno del cura, que le hace a Eliam la misma pregunta y antes de que mi chico responda, siento cómo me aprieta la mano.

—Sí, quiero —responde al tiempo que asiente.

Respiro, cierro los ojos y espero que el cura diga lo que hace tiempo espero oír.

—Puedes besar a la novia.

Eliam me gira hacia él, me coge por la cintura, se inclina y me besa.

Dejando en ese beso apasionado promesas de lo que ocurrirá en nuestra noche de bodas.

Aplausos, vítores, felicitaciones y lágrimas de emoción nos rodean.

Nos giramos para ver a nuestras familias y sonreímos. Ahora sí, somos los señores McBane.



—Esposa, ¿me concede nuestro primer baile? —me pregunta EIAM poniéndose en pie y cogiendo mi mano.

Asiento, me levanto y caminamos hacia el centro del jardín de la casa de sus padres, donde Sonia quiso que celebráramos el banquete de bodas.

Cuando escucho los acordes de la canción *The Reason*, del grupo Hoobstank, no puedo evitar que las lágrimas se deslicen por mis mejillas.

EIAM me coge la mano derecha y la lleva a su pecho, sobre el latido de su corazón, mientras con la mano derecha me agarra de la cintura y con la mano izquierda me agarro de su hombro.

Empezamos a bailar, cierro los ojos y me dejo llevar por la música. No creí que fuera esta canción la que elegiría para nuestro primer baile como marido y mujer, pero me encanta.

*«I've found a reason for me*

*To change who I used to be*

*A reason to start over new*

*And the reason is you[30].»*

La voz de Eliam en mi oído, susurrando esa parte de la canción, hace que mis lágrimas corran por mis mejillas sin control.

Amo a este hombre, lo amo de verdad. Y él me ama a mí.

Miramos a nuestro alrededor y nos sorprendemos al ver a Kayden, que mantiene a Mariela pegada a su costado, dejando claro ante los compañeros de equipo de fútbol de Kayden que esa mujer menuda, de cabello castaño y ojos grises es suya.

Cuando acaba la canción, miro a Eliam que me seca las lágrimas y le digo lo que necesito en este momento.

—Ámame, mi amor. Hazme sentir la mujer más amada mientras me haces el amor, como marido y mujer.

Eliam sonrío, me besa en los labios y cogiéndome la mano, nos lleva hacia la casa entre los vítores de sus amigos.

Me da igual que nuestras familias sepan lo que va a pasar en la casa, no me importa. Soy una mujer adulta y ahora casada. Tengo derecho a reclamar a mi marido, aquí y ahora.

Entramos en el dormitorio que compartimos la primera vez que vinimos, me coge en brazos y me recuesta en la cama.

Me llena de besos desde los labios hasta el cuello y va bajando por mis pechos, cubriendo todo mi cuerpo con ellos por encima de la tela del vestido.

—Te quiero, Damaris. Y te deseo. Te deseo tanto que si algún día dejo de tenerte... me volveré loco.

—Yo también te quiero. Te deseo y... te necesito, ahora, dentro de mí.

—Tus deseos son órdenes, pequeña.

Eliam me quita despacio el tanga de encaje blanco y lo saca por mis pies, dejándolo caer al suelo sin ser consciente de dónde cae exactamente.

Me besa el clítoris y después pasa la punta de la lengua por toda mi hendidura húmeda y palpitante.

Me estremezco y me aferro a sus cabellos, tirando de ellos cuando Eliam me mordisquea el clítoris.

Pasa la lengua una y otra vez, mientras me penetra con dos dedos, hasta que consigue que me corra en su boca.

Se aparta, se lame los labios y después se coloca entre mis piernas, desabrochándose los pantalones y dejando libre su erección.

Me besa y me saboreo en él. Gruñe y acerca la punta de su erección a la humedad que hay entre mis piernas. Me penetra lentamente y arquea la espalda esperando que me llene por completo. Jadeo, me aferro a sus hombros y cuando toca en lo más profundo de mi interior, grito por el placer que me embarga al sentirme tan llena.

Sin dejar de besarme, manteniendo el ritmo lento de las penetraciones, nos dejamos llevar por el deseo, el amor y llegamos juntos al clímax que nos deja jadeantes y satisfechos sobre la cama.

—Te quiero, señora McBane —me susurra sin dejar de mirarme a los

ojos.



—Te quiero, señor McBane.

Guapa  
Listo  
y  
Madridista



Epilogo

### ***Madrid, 10 de mayo de 2015***

Han pasado poco más de siete meses desde que Eliam y yo nos casamos, y estamos esperando nuestro primer hijo. Estoy de cinco meses y ya sabemos que es un niño, un McBane al que llamaremos Ismael, como mi hermano.

La pequeña Lidia nació hace casi cinco meses. Se hizo esperar y al final nos tuvo a todos en vilo en la sala de espera de la clínica el día de nochevieja.

Fue uno de los últimos bebés de 2014, por poco no fue la primera niña nacida en 2015.

Y es preciosa. Ha heredado los ojos de mi sobrino, pero el resto es todo de Sofía. Rubita, una nariz pequeña y casi respingona y la misma carita que la madre cuando era un bebé. Eso dice ella que tenía sus fotos de bebé muy vistas.

Seguimos esperando la boda de Isis y Dominic, que finalmente y tras muchas indecisiones por parte de ambos, será dentro de tres meses, con el calorcito veraniego.

Ana y Fran se prometieron el día de los enamorados, y ellos tuvieron muchas menos dudas para el día de su boda, así que, si en agosto vamos de boda, en septiembre también que así Isis termina su luna de miel y se incorpora en la ayuda del aquelarre.

Alicia sigue como siempre, en un continuo ahora sí, ahora no con Ian.

Esos dos son incapaces de dar su brazo a torcer y dejar claras las cosas. Mi brujita se volvió una mujer mala en mi boda. ¿Por qué? Pues porque dos compañeros de equipo de Kayden estuvieron toda la noche tirándole los tejos a mi rubia. ¿Y qué hizo ella? Liarse con los dos. Pero no a la vez, al menos estuvo un par de días con uno y después llamó al otro. Poco le importó a ella que Ian se enterase.

Pero como el amor es imprevisible, nada ni nadie puede evitar que dos personas destinadas a quererse estén juntas, así que sigo manteniendo la esperanza del que maldito escocés, en palabras de Alicia, y la rubia que me saca de quicio, en palabras de Ian, admitan lo que todos vemos y ellos no quieren admitir.

Y aquí estamos, esperando para ver al mujeriego de la familia dar el sí quiero. Sí, no me he vuelto loca. Kayden McBane se casa. ¿Con quién? Con Mariela. Ese hombretón finalmente fue conquistado por esa mujer que, llena de dulzura, le robó el corazón y quiso entregárselo para siempre.

—Estás preciosa, Mariela —afirma Ana mientras terminamos de vestirla.

—Desde luego, una novia guapísima —secunda Isis.

—Bueno, pues yo seré la tía loca del pueblo, rodeada de gatos —dice Alicia.

Nos quedamos mirándola y me doy cuenta del cambio en mi amiga. Sigue siendo esa alocada que suelta una gracietta para que todas nos riámos, pero está con la mirada fija en algún punto de la pared, lejos de donde está Mariela ahora mismo.

Isis y Ana salen con Mariela, y antes de que Alicia pueda dar un paso fuera del dormitorio, la cojo del brazo y la retengo conmigo.

—¿Qué te pasa? Cariño, te noto apagada. ¿Estás bien? —pregunto, acariciando sus brazos.

—No, Dama, no estoy bien. O sí, no lo tengo claro del todo. Es que...

—Habla, por Dios que me vas a provocar un infarto. Y sabes que en mi estado los disgustos no son buenos —le digo señalando mi barriguita.

Alicia sonrío, me acaricia la barriguita y me suelta la bomba.

—Estoy embarazada, y es de Ian.

—¡No me jodas! O sea... me alegro ¿o no me alegro?

Eso la hace reír y asiente.

—Sí, te alegras, igual que yo. Voy a ser mamá. ¿Qué te parece? La más loca de las cuatro va a tener un bebé. De un hombre que... No importa.

—¿Cuándo piensas decírselo a Ian? —pregunto mientras la llevo a sentarse donde antes estaba Mariela.

—Nunca. Me voy de Madrid, Dama —me mira y hay determinación y tristeza en sus ojos—. Mi jefe me ha ofrecido un puesto en su clínica de San Fernando. La abuela Milagros me ayudará con el bebé.

—Estás loca, ¿lo sabías? No puedes ocultarle a Ian que va a ser padre.

—Puede pensar que es de cualquier otro si le cuento que estoy embarazada, y me da igual. Que piense lo que quiera.

—Ahí, por el amor de Dios. Ian se quedó sin padres, no le privas de su hijo también.

La puerta se abre y cuando miramos vemos a Ian, que entra y camina sin apartar la mirada de Alicia. Se acuclilla frente a ella y la besa con cariño.

—¿Vas a admitir ahora que me quieres, peque? ¿Y que eres mi mujer desde la primera vez que nos vimos? —le pregunta él con los ojos brillantes.

Me aparto un poco de ellos, pero no salgo, yo tengo que ver que esto acaba bien o me da un infarto.

—No es cierto —responde ella intentado apartar a Ian para levantarse.

—Alicia, eres mi mujer, no te lo niegues a ti misma. Y menos ahora que llevas aquí —Ian deja la mano sobre el vientre aún plano de ella— a nuestro hijo.

—Es posible que no sea tuyo —ahí está la excusa que ella quiere darle para que la deje, mira que es cabezona ¡por Dios!

—Sé que lo es. No olvidaré la noche que pasamos juntos hace tres meses, y sé que desde entonces no ha habido ningún otro.

Alicia me mira, me encojo de hombros y salgo de la habitación, con una sonrisa en los labios.

¿Cómo ha sabido Ian que desde hace tres meses su rubita no ha estado con otro? Pues porque yo me he encargado de decírselo, y de evitar que esa loca se fuera con el primero que encontraba. Al menos fue así durante un mes, pero después ella misma dejó de

querer estar con nadie, y ahora sé que era porque sabía que estaba esperando un bebé. El bebé de Ian.

Llego al salón de mi casa y veo a Mariela, nerviosa, esperando que su hermano la lleve junto a su futuro marido.

Me miran esperando que salgan Alicia e Ian, pero les digo que podemos empezar con la ceremonia pues esos dos... tienen mucho de lo que hablar.

Le hemos cedido nuestra casa a Kayden y Mariela, y está todo precioso.

Mariela sonrío al ver el jardín y cuando miro a Kayden, veo amor en esos ojos.

Me siento junto a mi esposo y le cojo la mano. Mira hacia atrás puesto que Alicia no ha venido conmigo e Ian tampoco están.

—¿Dónde está Alicia? —me pregunta Ana.

—Resolviendo algunas cosas —respondo sin más.

—Oye, ¿alguien ha visto a Ian? —pregunta Fran.

—También está resolviendo algunas cosas —digo sonriendo.

—¡Anda la bruja! Tú sabes algo y no lo cuentas. Eso es de mala amiga, querida —me reprende Isis.

—¿Estoy pecando? Tranquila, después me confieso con el cura que va a casar a mi primo.

Antes de que la pareja se de el sí quiero, Alicia e Ian llegan a nuestro lado y se sientan. No están cogidos de la mano, pero eso no me hace pensar en nada malo. Quizás... tengan aún algo que hablar y lo dejan para más tarde.

—Sí, quiero —la voz tímida de Mariela nos llega a todos, que sonreímos.

El cura le pregunta a Kayden y él, cogiendo la mano de Mariela, le responde.

—Sí, quiero. ¿Cómo no iba a querer a esta hermosa mujer, padre?

Todos reímos ante su respuesta, y cuando mi primo me mira, asiento y él me guiña un ojo.

Entre vítores y aplausos recibimos a los novios. Los camareros del *catering* reparten champagne y tras un brindis por los novios, Ian llama la atención de todos.

—Lo primero es felicitar a la pareja. ¿Quién nos iba a decir que este hombre acabaría casado? Yo no, desde luego. Pero te llevas un buen hombre, Mariela. Dará su vida por ti de ser necesario.

Kayden levanta su copa hacia Ian y abraza a Mariela para después darle

un beso en la mejilla, que ella recibe sonrojándose.

—Bueno, y también felicitar a mis amigos, mis hermanos prácticamente.

Fran y Dominic, que van a casarse con dos mujeres estupendas. A Eliam, quien encontró en Damaris a su compañera perfecta y junto a los sobrinos de ella y el bebé que están esperando crean una bonita familia. Quiero agradecer a Kayden que aquella noche nos llevara literalmente arrastras a un local para tomar una copa, porque allí conocí a una mujer que durante mucho tiempo me ha estado volviendo loco. Pero ahora... puedo gritar que la quiero, que la amo, que voy a ser padre en unos meses y que me voy a casar con esta rubita que me robó el corazón.

Todos aplaudimos y yo no puedo evitar llorar, pues he sido testigo de las idas y venidas de mi amiga y del hombre que, finalmente, es el amor de su vida.

—¿Crees que estos dos tendrán un matrimonio normal? —me pregunta Eliam abrazándome.

—Eso espero. Aunque creo que las reconciliaciones después de una discusión es lo que más les gusta a los dos. ¿De dónde crees que ha salido el bebé que van a tener? Porque las cigüeñas no los traen, mi amor.

—Ya lo sé, pero el amor entre dos personas es capaz de hacer cosas maravillosas.

Me besa y me siento la mujer más feliz del mundo. Y es cierto, el amor es capaz de hacer cosas maravillosas.

## **- LISTADO DE CANCIONES -**

- 1. – Esa chica es mía – Sergio Dalma (Año: 1989 – Álbum: Esa chica es mía)**
- 2. – Galilea – Sergio Dalma (Año: 1991 – Álbum: Sintiéndonos la piel)**
- 3. – Solo para ti – Sergio Dalma (Año: 1994 – Álbum: Solo para ti)**
- 4. – Fuego en el Fuego – Eros Ramazzotti (Año: 2000 – Álbum: Estilo libre)**
- 5. – Bad Romance – Lady Gaga (Año: 2009 – Álbum: The Fame Monster)**
- 6. – Virtual Diva – Don Omar (Año: 2009 – Álbum: IDon)**
- 7. – Recuérdame – La 5a Estación (Año: 2009 – Álbum: Sin frenos)**
- 8. – Una noche más – Jennifer López (Año: 1999 – Álbum: On the 6)**
- 9. – Rolling in the Deep – Adele (Año: 2011 – Álbum: 21)**
- 10. – Love Me Again – John Newman (Año: 2013 – Álbum: Tribute)**
- 11. – Shake It Off – Taylor Swift (Año: 2014 – Álbum: 1989)**
- 12. – Someone Like You – Adele (Año: 2011 – Álbum: 21)**
- 13. – Solamente tú – Pablo Alborán (Año: 2011 – Álbum: Pablo Alborán)**
- 14. – One More Night – Maroon 5 (Año: 2012 – Álbum: Overexposed)**
- 15. – Danza Kuduro – Don Omar**

(Año: 2010 – Álbum: *Meet the Orphans*) **16. – I'm Into You – Jennifer López ft. Lil Wayne** (Año: 2011 – Álbum: *Love?*)

**17. – Taboo – Don Omar** (Año: 2010 – Álbum: *Meet the Orphans*)

**18. – Lambada - Kaoma** (Año: 1989 – Álbum: *Worldbeat*) **19. – Without You – David Guetta ft. Usher** (Año: 2011 – Álbum: *Nothing but the Beat*)

**20. – Neon Lights – Demi Lovato** (Año: 2013 – Álbum: *Demi*) **21. – Bailando – Enrique Iglesias ft. Descemer Bueno, Gente de Zona** (Año: 2014 – Álbum: *Sex and Love*)

**22. – Stay With Me – Sam Smith** (Año: 2014 – Álbum: *In the Lonely Hour*) **23. – The Reason – Hoobastank** (Año: 2003 – Álbum: *The Reason*)

Si te ha gustado esta novela y quieres conocer alguna de las otras que tengo publicadas, puedes encontrarlas en Amazon, de venta en formato eBook y disponibles en Kindle Unlimited.

### **un poquito sobre mí**

Nací en Madrid una mañana de septiembre de 1982.

Me crié con mis abuelos mientras mis padres trabajaban, y de ellos escuché siempre las historias de sus infancias, de su juventud, de los años que vivieron durante la guerra y de la infancia de cada uno de mis tíos.

De ellos aprendí que el amor verdadero existe, que un hombre sí es capaz de hacer lo que esté en su mano para conseguir a la moza que le gusta (palabras de mi abuelo) y que por muchos pretendientes que tengas, siempre sabes quién es el hombre al que siempre querrás y con el que envejecerás (palabras de mi abuela).

Me gustaba pasar horas en mi habitación leyendo, y mientras las palabras se sucedían página tras página, era como si viera una película pues cada escena cobraba vida.



Hice mis primeros pinitos en la escritura en el instituto, y si hubiera hecho caso de lo que me dijo aquella profesora de Lengua y Literatura... hace muchísimos años que habría empezado a escribir.

Pero me lancé en 2016, con el apoyo de mi marido, santa paciencia la suya por leerse todas mis novelas y corregir mis errores, aportar ideas y anotar esas frases que le gustan para crear conmigo las sinopsis.

Disfruto con lo que hago, me gusta escribir y mientras las fuerzas y mi cabecita me lo permitan, seguiré escribiendo las historias que se forman en mi cabeza porque mis musos nunca dejan de maquinarse.

Si os ha gustado esta historia y os apetece dejar un comentario en Amazon o Goodreads, os lo agradeceré mucho pues eso para los escritores indies es una alegría.

Muchas gracias a tod@s.

[1] Traducción del portugués: Bom dia linda – Buenos días, linda.

[2] Traducción del portugués: sua alma gêmea – su alma gemela.

[3] Traducción del escocés: mo shìtiche – mi hada

[4] Traducción del escocés: Fuamhaire – Gigante

[5] Traducción del escocés: Bràthair – hermano

[6] Traducción del inglés: Las cicatrices de tu amor me recuerdan lo nuestro. Me mantienen pensando en que casi lo tuvimos todo.

[7] Traducción del escocés: buadhaiche – campeón

[8] Traducción del escocés: prìseil – preciosa

[9] Traducción: Es irremediable. Robé y herí tu alma. ¿Es eso lo que los demonios hacen? Ellos... son peores que yo, destruyen todo. Ellos queman a ángeles como tú.

[10] Traducción: Pero sigo saliendo, no puedo, no voy a dejar de moverme. Es como si tuviese esta canción en mi cabeza diciéndome: “Todo va a estar bien”.

[11] Traducción del escocés: glè mhath – bonita

[12] Traducción: No me olvides, te lo suplico. Recuerdo que dijiste: “A veces el amor dura, pero otras en cambio duele”.

[13] Traducción del escocés: Màthair – Madre

[14] Traducción del escocés: glè mhath – bonita

[15] Traducción: No puedo dejarte ahora, esto no puede estar bien. No puedo pasar una noche más sin dormir sin ti, sin ti.

[16] Traducción del escocés: mo ghràdh – mi amor

[17] Traducción del escocés: bana-phrionnsa – princesa

[18] Traducción: Ahora estás pegada a mi cuerpo, a mi cuerpo como un tatuaje. Y ahora me siento estúpido, me siento estúpido volviendo a ti.

[19] Traducción: Pero me quedaré contigo solo una noche más. Intento decirte que no, pero mi cuerpo no deja de decirte que sí.

[20] Traducción del escocés: seanmhair – abuela

[21] Traducción del escocés: ulaidh – tesoro

[22] Traducción: Cuando te miro a los ojos me derrito. Me tienes enganchada con tu controlador de amor. Estoy en un viaje y no puedo sobreponerme. Me siento afortunada como un trébol de cuatro hojas. Porque estoy en ti. Estoy en ti.

[23] Traducción del escocés: Is toil leam mo niegan-cèile. A bheil thu ga iarraidh? – Me gusta mi nuera.

¿La quieres?

[24] Traducción del escocés: Tha gaol agam oirre, athair – La amo, papá.

[25] Traducción: No puedo descansar, no puedo luchar, todo lo que necesito es a ti y a mí. Sin ti. Sin ti.

[26] Traducción: Pierdo mi corazón, pierdo mi mente. Sin ti. Sin ti.

[27] Traducción: Cariño, cuando miren al cielo seremos estrellas fugaces pasando. Esta noche vendrás a casa conmigo, arderemos como luces de neón.

[28] Traducción: Porque tú eres todo lo que necesito.

[29] Traducción: Pero querida, quédate conmigo.

[30] Traducción: He encontrado una razón para cambiar lo que solía ser una razón para empezar de nuevo y la razón eres tú.